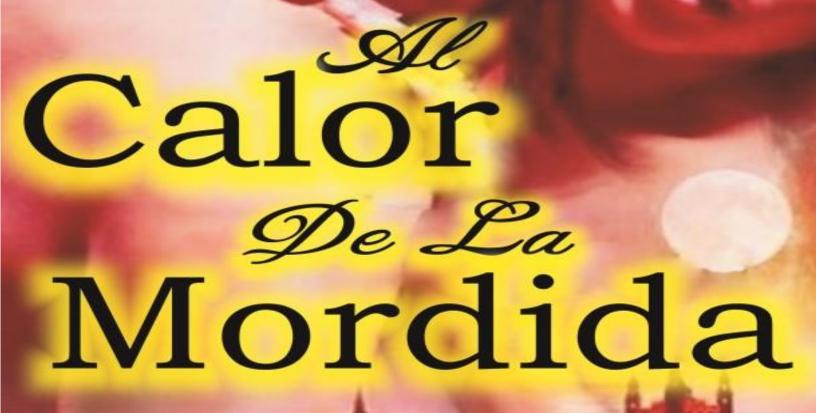
Serie Vampiros Caballeros 2



LYDIA DARE

Ella lo hace sentir más vivo de lo que jamás se había sentido, por lo menos desde que murió...

La caballerosidad no está muerta.

Matthew Halkett, Conde de Blodswell, es uno de los pocos hombres de la ciudad que puede decir realmente ser un caballero de armadura brillante, porque precisamente eso era antes de ser convertido en un vampiro. Al encontrarse a una damisela atrapada en una tormenta en Hyde Park, su primera reacción es lanzarse a rescatarla, naturalmente...

Pero no todas las damiselas están en apuros.

Rhiannon Sinclair, una bruja con el poder de controlar el clima, no está atrapada en la tormenta, más bien es la causa. Aunque avergonzada por ser sorprendida causando problemas por el atractivo conde, ella no necesita de ningún hombre, jamás los ha necesitado, y jamás los necesitará...

Pero cuando Rhiannon se encuentra nuevamente con Matthew, tanto sus poderes como las habilidades sobrenaturales de él se salen de control. Entre los dos, ponen de cabeza la ciudad. Jamás ha habido un escándalo tan tempestuoso como este.

TRADUCCIÓN EDICIÓN REV. FINAL DISEÑO Gcarpio Laurita Chema Magui

Traducido Para Libros Gratis Magui

Capítulo 1

Casa Cooper, Londres – Abril de 1817

Tener hermanas era una molestia. Sin importar que los lazos de hermandad vinieran de la sangre o del aquelarre, Rhiannon Sinclair había deseado varias veces poder deshacerse de ellos para tener la oportunidad de tener una vida normal. Pero aun así se encontró persiguiendo a su hermana pequeña desde Edimburgo hasta Londres para asegurarse de que estuviese a salvo.

Rhiannon se paseaba impacientemente en el zaguán de la casa de su tía en la calle Hertford, algo molesta de que no la hubiesen invitado a esperar en el salón. En lugar de eso, el acartonado mayordomo había fruncido la nariz ganchuda al escuchar su nombre y la razón de su visita. Entonces la había dejado parada en la puerta, recorriendo el pasillo de entrada lo más lenta y ceremoniosamente posible. Si no era cuidadoso, terminaría recibiendo una descarga eléctrica en su desdeñoso trasero. A lo mejor así aprendería y se movería más rápido.

Pero antes de que ella pudiese convocar el poder de la tormenta, él desapareció tras la esquina.

Luego de una eternidad, el mayordomo regresó, asintiendo.

-Sígame, Miss Sinclair.

¿Por qué se había tardado tanto? ¿Acaso se había detenido a esconder la cubertería de plata antes de dejarla pasar? Con lo que opinaba su tía respecto a ella, eso no la sorprendería ni un poco.

Con un atribulado suspiro, el sirviente la guio a una pequeña salita azul, donde su tía y su nuevo tío la esperaban. Habían estado casados por menos de un año, así que Rhi no conocía bien a Mr. Cooper. Pero su tía Greer era harina de otro costal. De hecho, la tía en cuestión era la hermana menor de su madre, y desafortunadamente Rhiannon la conocía bastante bien.

—¡Querida, que bueno verte! —la saludó tía Greer, tan falsa como de costumbre. La mujer incluso trataba de disimular su nativo acento escocés. Y su tono era tan enfermizamente dulce que le revolvía el estómago a Rhiannon. Para ser sincera, su tía la detestaba. La detestaba lo suficiente como para robarle a su hermana pequeña en medio de la noche, dejando a Rhi sola, con un par de sirvientes y un padre desmemoriado.

−¿Qué te trae por acá, querida? Hacía tiempo no me visitas.

Cómo si no lo supiera. ¿Qué razón podría tener Rhiannon para venir a Londres? ¿Cómo podía preguntárselo con esa expresión tan plácida? Rhi respiró profundo mientras un fuerte trueno resonaba en la distancia.

-Vine a ver a Ginny. ¿Podrías enviar a alguien a buscar a mi hermanita? Me gustaría hablar con ella.

La tía Greer dejó escapar un suspiro sibilante, gesto que a Rhi siempre le había molestado.

-Desafortunadamente ya se retiró a su alcoba por hoy -alzó las cejas, mirando a Rhiannon. -¿Quizás en otra ocasión?

En realidad si era algo tarde. Pero a Rhi no le molestaba despertar a Ginny, de ser necesario.

-Estoy segura de que aún está despierta. Solo quiero verla un momento -sseñaló hacia el pasillo. -¿Hacia dónde está su alcoba?

-Ahora no, Rhiannon.

Otro trueno retumbó en la distancia.

—Como ya te dije, Ginessa ya se fue a dormir. Déjame acompañarte a la puerta, querida —dijo su tía, tomando a Rhiannon por el codo con sus manitas nudosas y empujándola hacia la puerta. Rhiannon pudo haberse liberado fácilmente, con un bien colocado choque eléctrico, pero mejor no arruinar por completo esa relación filial: no sabía cuándo le convendría pedirle ayuda.

Su tía le habló en frenéticos susurros.

-Mi marido no está al tanto de tu particular aflicción, Rhiannon. Y preferiría que continuara así. Mantén tus poderes ocultos cuando él, o cualquier otro, esté presente. Tu madre nunca lo logró, pero tú eres lo suficientemente joven como para conseguirlo.

Rhi trató de mantener su tono libre de desprecio al responder.

- -Lamento que no tengas magia propia, tía Greer. No puedo hacer nada al respecto, pero ya deberías haber aceptado la situación.
- —Jamás aceptaré el hecho de que mi hermana fuese un fenómeno. Y tampoco veo con buenos ojos tu pequeño aquelarre. De hecho, planeo limitar tu interacción con Ginessa para que no reduzcas las posibilidades de tu hermana de tener una exitosa presentación en sociedad. No asociarás su nombre con ningún escándalo, ¿entendido?—esa última parte se le escapó en un siseo lleno de odio.
- —¿Presentación en sociedad? —Rhi quedó boquiabierta. Era lo último que esperaba escuchar de boca de su tía. Ginny apenas tenía diecisiete años, y era mucho más inocente que muchas de su edad.
 - –No me mires así, Rhiannon Sinclair.
 - -Pero Ginny es muy joven -Londres la devoraría.
 - -Bueno, no eres su tutora. Además, tu padre dio su aprobación.

Papá de seguro ni siquiera había escuchado una palabra de lo que le había dicho tía Greer, consumido por alguno de sus tonos. No podía pensar que *esto* fuese una buena idea, de solo haberse tomado un par de minutos para considerarlo. Su tía jamás le había ofrecido nada a ellas, hasta ahora. Tenía que haber algo más, algo que a Rhi se le escapaba en este momento.

- -¿Cómo llegaste aquí? -Tía Greer frunció todavía más el ceño. -No habrás venido acompañada de tu aquelarre, ¿verdad? No permitiré que le arruines a Ginessa la oportunidad de conseguir un esposo apropiado.
- -¿Un esposo apropiado? ¿Qué se supone que signifique eso? ¿Acaso planeas casarla con algún Sassenach imbécil? –siseó Rhiannon.
 - -Es mejor que lo que puede conseguir en Escocia.

Rhi respiró profundo.

- –¿Qué hay de malo con que se case con un escocés? Ginny es escocesa, después de todo.
- —Porque en Escocia no hay manera de que *Ginessa* escape al estigma de estar relacionada contigo, Rhiannon —su tía suspiró pesadamente, como si lidiar con ella fuese lo peor que le podía pasar. —Y espero que regreses, junto con quien sea que hayas venido, a Edimburgo lo más rápido posible. Estoy segura que deseas que tu hermana sea feliz.

Por supuesto que lo único que deseaba era que Ginny fuese feliz, pero no había razón para traérsela a Londres. Rhiannon era la hermana mayor, y a pesar de eso a ella no la habían presentado en sociedad. Su tía jamás lo haría, no con el tremendo resentimiento que sentía por todas las integrantes del *Còig*, el aquelarre de brujas al que había deseado pertenecer con tanta fuerza de joven. Desafortunadamente, solo la hija mayor de cada familia nacía con magia. Su tía jamás había superado el desaire de haber nacido de segunda.

-Mi estigma es la menor de tus preocupaciones -advirtió Rhiannon.

Su tía se enderezó, alzando más la nariz al escuchar eso.

-Escúchame bien, Tía -dijo Rhiannon, apuntándola con el dedo. -No permitiré que le arruines la vida solo para desquitarte de mí. O solo para desquitarte por el hecho de haber nacido mediocre.

Rhiannon casi podía ver las nubes tormentosas formándose a su alrededor, y aparentemente también su tía, ya que le sonreía desdeñosamente. Desafortunadamente, los poderes de Rhi eran controlados casi siempre por sus emociones, y aunque había gente que podía disimular las lágrimas, el delatador repiqueteo de gotas de lluvia podía revelarle a su tía mucho más de su estado emocional de lo que a Rhiannon le gustaría.

Rhiannon se dio la media vuelta, marchándose. El mayordomo parecía sumamente complacido al abrir rápidamente la puerta de salida. A Rhi le sorprendió que no la echara a patadas de la casa. Él chilló ligeramente cuando ella le pasó por al lado. Eso le enseñaría a ese perro inglés a no meterse con Rhiannon Sinclair. Lo había golpeado con el equivalente a lo que se siente al tocar el pomo de una puerta luego de arrastrar los pies en el felpudo, por lo cual debería estar agradecido, ya que habría podido hacer algo mucho peor.

Rhiannon se deslizó entre las sombras. Estaba acostumbrada a pasearse a la luz de la luna. Y con sus poderes, no le temía a ningún maleante que quisiera hacerle daño. Por lo que se dirigió a Hyde Park, buscando un banquito tranquilo donde sentarse y planear su próximo movimiento.

Había sabido desde el principio que su tía no la invitaría a quedarse con ella. De hecho, Rhiannon ya había enviado su equipaje a la Casa Thorpe, en la plaza Berkeley, hogar de Caitrin, su hermana en el aquelarre, ahora Marquesa de Eynsford, y su lobuno esposo, Dashiel. Rhi supuso que quizás debería haberse anunciado primero, pero Cait de seguro la perdonaría, ya que no se habían visto en meses.

Cait recibiría a Rhi en su hogar, no como tía Greer.

Para ser sincera, no esperaba que tía Greer la recibiera con los brazos abiertos, pero ¿acaso no podía por lo menos dejarla ver a Ginny para asegurare de que estaba bien?

Rhi suspiró. Aparentemente eso era mucho pedir. Tía Greer siempre la había tratado así. Como si no fuera un respetable miembro del *Còig*. Como si no fuese lo suficientemente fuerte e inteligente. Como si no mereciese amor. La trataba como si fuese algo repulsivo, algo que había que borrar de la faz de la tierra.

Una lágrima solitaria se escurrió por la mejilla de Rhiannon al mismo tiempo que una gota de lluvia aterrizaba en su cabeza descubierta. Fantástico. Estaría empapada en segundos si no se controlaba. Pero mientras más se quedaba allí sentada, peor se sentía.

Rhi se puso de pie de un golpe. El viento se arremolinó a su alrededor, alborotándole el cabello y sacudiéndole las faldas. Miró a su alrededor. Afortunadamente estaba sola. Podía hacer un berrinche de los buenos.

Rayos brillantes iluminaron el cielo mientras los truenos retumbaban amenazadoramente a la distancia. Rhiannon alzó los brazos, llamando al viento y la lluvia, alborotándolos a tal punto que al momento estuvo empapada de pies a cabeza.

Pero se sentía solo un poco mejor. Dio entonces un fuerte pisotón y el aire se crispó con su ira. Mejor, mucho mejor.

A pesar de la apetitosa muchacha recostada en su regazo, Matthew Halkett, Conde de Blodswell, estaba pensando en mucho más que alimento. Necesitaba encontrar a su nuevo pupilo y asegurarse de que el recientemente renacido escocés estuviese bien. Alec MacQuarrie había dado más trabajo de lo que se había esperado.

Cuando Matthew lo había conocido por primera vez en las Lowlands, le había parecido un tipo bastante amistoso y simpático; pero cuando se habían vuelto a encontrar en las Highlands, Matthew no tenía ni idea de que al hombre le habían

roto el corazón. De haberlo sabido, quizás habría pensado mejor su decisión de convertir a MacQuarrie en uno de su especie. Más el daño ya estaba hecho, y Matthew tenía que lidiar con las consecuencias, aunque eso significara tener que perseguir al escocés a todas partes mientras aprendía a usar sus nuevos dientes.

Matthew levantó a la muchacha de su regazo, limpiándose la boca con el dorso de la mano antes de agradecerle con una amable sonrisa. Ella le hizo una reverencia corta, diciendo:

-El placer fue todo mío, señor.

Claro, él le había dado una buena cantidad de placer antes de retirar sus incisivos de su cuello. Esa era la razón por la cual muchas mujeres rondaban *Brysi*, el club de caballeros para los de su especie. Deseaban el placer y la emoción que solo un vampiro podía brindarles. Y casi todas estaban dispuestas solo por el placer, raramente cobrando sus servicios. Raramente le tocaba seducir a alguna para alimentarse. O para llevársela a la cama. O ambas cosas a la vez.

- -¿Sabes dónde está Mr. MacQuarrie? -le preguntó mientras ella se vestía.
- -Me parece que está arriba con Charlotte. Lo vi subir justo antes de que usted llegara.

Él le puso un puñado de monedas en la mano.

—¿Con cuántas de ustedes ha estado esta noche? —preguntó en tono casual, temiendo la respuesta.

Ella se rió delicadamente.

-Varias. Es realmente insaciable -se estremeció delicadamente. Obviamente ella había sido una de ellas, por la reacción que había tenido.

Matthew suspiró.

-Mejor voy por él -abandonó la habitación, dirigiéndose escaleras arriba. Si esperaba a que MacQuarrie terminara con todas las libidinosas que rondaban por los pasillos, estaría esperando décadas. Afortunadamente, *Brysi* era un lugar seguro para

que el recién nacido probara su temple. Matthew buscó por todo el piso superior hasta que por fin escuchó el sonido gutural de un hombre gimiendo.

-No -chilló una mujer.

Oh, por todos los cielos. MacQuarrie era un experto en buscar problemas. Matthew ni se molestó en llamar a la puerta. La abrió de golpe. Vaciló al escuchar nuevamente a la amante de su pupilo.

-No te detengas -suplicaba.

Ah, era un chillido de placer, no de miedo. Maravilloso. Matthew casi resopla de la risa.

MacQuarrie ni se molestó en alzar la vista. Tenía a una bonita rubia a horcajadas sobre su regazo, con el corpiño abierto y las faldas embojotadas alrededor de la cintura. Maldición, a Matthew le desagradaba interrumpir escenas de esta naturaleza.

Pero algo lo hizo vacilar. Un delgado hilito de sangre que bajaba por la espalda de la mujer, originándose donde el malhadado escocés había fallado en sellar sus labios alrededor de la herida luego de hincarle los colmillos.

–Por favor –suplicó ella, con la voz rota y llorosa. Miró por encima del hombro, consciente de la presencia de Matthew. –Por favor, hazme acabar,- chilló. No hizo ningún movimiento para cubrirse o para apartarse del hinchado miembro de MacQuarrie.

—Séllalo y termina ya —gruñó Matthew. Se lo había dicho miles de veces al imbécil de Alec. Ella esperaba el sello, la transferencia de emociones. Que MacQuarrie compartiera su deseo con ella y tomara su placer a cambio.

Alec alzó la vista, hablando con los labios pegados a la carne de ella.

- -No quiero. No quiero sentirlo. Esto es suficiente para mí -murmuraba contra la piel de ella, pero Matthew lo escuchó con claridad.
 - -Pero no es suficiente para ella.

Alec lo fulminó con la mirada.

Pero Matthew era su tutor, después de todo.

-Acaba ya -le ordenó.

—Maldita sea —exclamó el tipo, inclinándose hacia adelante y sellando la herida con sus labios. La muchacha dejó escapar un alarido de éxtasis y Matthew apartó la mirada para no ver como MacQuarrie se estremecía bajo ella.

¿En que estaba pensando? El maldito escocés no estaba en condiciones de abandonar *Brysi*, por lo menos no de momento. Matthew suspiró pesadamente. Lo estaba haciendo muy a menudo últimamente, y él no necesitaba respirar.

-Regresaré en unas horas, pero espero que te quedes aquí. Y no generes ningún tipo de problema -le advirtió antes de marcharse.

La risa de Alec MacQuarrie lo siguió escaleras abajo. Tratar de mantener a ese tipo fuera de problemas era como tratar de llevar a una prostituta a un convento.

Se escurrió hacia la noche, caminando hasta dejar atrás Coven Garden por completo. Necesitaba aclarar sus pensamientos y decidir qué hacer con su pupilo. Servirle de tutor a Kettering había resultado mucho más llevadero, cientos de años atrás. ¿Acaso se estaba volviendo demasiado viejo para lidiar con la juventud? ¿O acaso esta generación de hombres era particularmente difícil?

Antes de darse cuenta, había llegado a Mayfair, y todavía no tenía ni idea de que hacer. De pronto, una ventolera casi le hace perder el equilibrio. Se apoyó de un poste.

¿Qué demonios? Jamás había visto una tormenta tan repentina, y había vivido más que muchos.

Entonces rompió a llover. Momentos antes, las estrellas brillaban plácidamente en el cielo, pero ahora retumbaban truenos y brillantes relámpagos atravesaban el firmamento. Incluso granizaba, los grandes pedazos de hielo rompiéndose

estruendosamente contra el empedrado de la calle. Se cubrió la cabeza con un brazo antes de guarecerse junto a un árbol.

Fue entonces que la vio. Parada justo en el medio del vendaval, estaba la muchacha más bonita que había visto en su vida. Su brillante y empapado cabello negro le caía hasta la cintura y tenía el vestido completamente enchumbado y pegado a la piel. Se echó a reír ruidosamente al caerle un rayo junto a los pies.

La muchacha de seguro estaba loca. ¿Qué no sabía que no debía pararse en la lluvia?

La ferocidad de la tormenta de seguro la mataría si él no intervenía. Matthew corrió hacia ella, viendo como aplaudía siguiendo el ritmo de los truenos, aparentemente complacida por ello. No pareció notarlo al acercársele.

¿Acaso acababa de escapar del manicomio?

Él le gritó para hacerse oír por encima del estruendo.

–¿Está bien, señorita?

Ella se volteó de golpe a mirarlo.

—¡Oh! —sus ojos brillaron con la ferocidad de la tormenta. Pero entonces el viento se calmó y el trueno cesó su retumbar cuando ella dejó caer las manos. Entonces la hermosa muchacha se apartó los mechones mojados de la frente. —¿Quién es usted? —preguntó.

Su acento escocés lo asustó tanto como el tono de su voz. Sonaba como si hubiese estado llorando recientemente, pero como continuaba lloviendo, no podía verificar si lo que corría por sus mejillas era solo agua de lluvia. Se encontró con el absurdo deseo de alzar la mano para acariciarle la mejilla.

—No me diga que es una especie de caballero de armadura brillante que vino a salvar a una damisela de la tormenta —ella se echó a reír melodiosamente, el sonido haciéndolo querer sonreír también.

—Bueno, en realidad... —empezó él. Si era un caballero de armadura brillante. O por lo menos eso había sido, antes de su primera muerte, casi seiscientos años atrás. Matthew sacudió la cabeza. —Me preocupé al ver a una dama en medio de una tormenta tan salvaje. Creí que sería prudente rescatarla.-

Los nubarrones grises se dispersaron y la lluvia se detuvo. Ella miró su vestido empapado, que se le pegaba al cuerpo como una segunda piel y cruzó de golpe los brazos sobre el pecho. Fue entonces cuando él cayó en cuenta: ella no estaba en medio de la tormenta, ella *era* la tormenta. ¡Por los dientes de San Jorge! Ella era una fuerza de la naturaleza. Era una de *ellas*.

Capítulo 2

Rhiannon miró el suelo empapado a su alrededor, y se mordió la parte de adentro de la mejilla para evitar echarse a reír. Después de todo, estaba segura que el guapo caballero frente a ella no apreciaría que se riera de él. Pero aun así le resultó algo difícil. Nadie había tratado de salvarla nunca de su propia tormenta. Incluso aquellos en Edimburgo que desconocían sus habilidades tendían a dejarla sola cuando se desgajaba la tormenta, más preocupados por su propia seguridad. Pero este caballero había decidido enfrentar la tormenta para rescatarla.

Ese Sassenach estaba loco de remate. O era demasiado noble para su propio bien. Alzó la cabeza para mirarlo bien nuevamente. Su cabello oscuro estaba mojado por la lluvia, por lo menos hasta que se sacudió, enviando gotas a todas partes, enrulándosele las puntas. Su fuerte barbilla con un hoyuelo en el medio parecía segura y determinada. Pero fueron sus ojos, oscuros como la noche, lo que hicieron que Rhiannon contuviera un suspiro estremecedor. Había algo atemorizantemente familiar en ellos. Como si los hubiera visto antes, en un sueño con un final bastante malo.

Dio un paso atrás al sentir una corazonada repentina.

Ese caballero era más de lo que parecía. Mucho más. Era peligroso. Podía sentirlo en sus huesos, especialmente cuando lo vio fruncir el ceño.

-Bueno, ya paró la lluvia, así que no necesito rescate -Rhi dio otro paso atrás, y entonces su zapato derecho se hundió ruidosamente en el suelo lodoso del parque. ¡Perfecto! Acababa de arruinar un bonito par de zapatos solo por hacer un berrinche.

Pero antes de que perdiera el equilibrio, el caballero la tomó por el codo delicadamente, sujetándola.

-Cuidado, señorita.

Rhiannon tragó saliva al ver nuevamente sus ojos de obsidiana. ¿Por qué le resultaba tan familiar?

–¿Nos conocemos, señor?

Finalmente una sonrisa curvó los serios labios de él.

- Lo recordaría, señorita... –alzó las cejas, dejando la frase sin terminar esperando la respuesta de ella.
 - -Sinclair.
- -Bueno, señorita Sinclair de Edimburgo, creo que alguien debería escoltarla a un lugar seguro. Por favor no me diga que se encuentra vagando sola en una noche como esta -la guio hacia el gastado camino empedrado.

Rhiannon hizo un gesto de desagrado. No pensaba admitir que había enviado a su mucama personal junto con su equipaje a Casa Thorpe para que nadie fuese testigo de su encuentro con tía Greer. Mucho menos a un tipo que no conocía. Ni siquiera sabía su nombre. Un momento...

-¿Cómo supo que soy de Edimburgo?

Ella no le había dicho de donde venía.

-Sé muchas cosas, señorita Sinclair -respondió el caballero, con una sonrisa enigmática. -Ahora, ¿Dónde está su chaperón?

Ella hincó los talones en el suelo, rehusándose a moverse un centímetro más. Un trueno retumbó en el cielo sobre ellos.

-Suélteme - ¡Qué tontería! Ni siquiera sabía su nombre.

El guapo caballero inglés la volteó con delicadeza, mirándola a los ojos mientras arqueaba una ceja.

-Puede llamar a su tormenta, no soy de los que se intimidan con facilidad.

¿Llamar a su tormenta? No podía creer lo que escuchaba.

¡Él lo sabía! ¿Cómo era posible que supiese lo que ella era? Nadie que no perteneciese al aquelarre sabía de sus poderes, con excepción de sus familiares cercanos. Y este hombre -quien quiera que fuese- definitivamente no era ningún pariente. Rhiannon alzó la nariz, fulminándolo con la mirada más arrogante que pudo asumir.

-No sé de lo que me habla. ¿Ha estado bebiendo, señor?

Él resopló.

 No tengo tiempo para esto, señorita Sinclair, de verdad. Solo indíqueme donde está su chaperón o chaperona y con gusto la escoltaré a su presencia.

-Señora Sinclair -mintió Rhiannon entre dientes. Pero era una buena mentira, ¿no? Una señora no necesitaba chaperones. Si tan solo este tipo la dejara tranquila, podría secarse con una brisa cálida antes de dirigirse a la casa de Caitrin. Estaba cansada de su interferencia.

El tipo la soltó de inmediato. Frunció el ceño, y Rhi estaba segura de que olfateaba en su dirección. Sin duda era la criatura más rara que había conocido nunca. Entonces cayó en cuenta. ¡Es una criatura! Miró nuevamente sus ojos negros como el carbón y el corazón dejó de latirle por un momento.

¡Qué tonta! ¿Cómo no se había dado cuenta antes? "Criatura" era el epíteto más adecuado para referirse a él. Jamás lo había visto antes, pero si se había encontrado a uno como él. Incluso había quedado encantada por su mirada oscura, rindiéndose sin pudor ante los avances del chupasangre. No era una experiencia que quisiese repetir jamás. Todavía tenía pesadillas al respecto, y no pensaba pasar un segundo más en compañía de un vampiro.

Rhiannon se agarró las faldas, atravesando a toda velocidad la reja de entrada de Hyde Park, su zapato arruinado rechinando desagradablemente bajo su peso. Corrió tan rápido como pudo por Park Lane, bajando por la calle Curzon y recorriendo el pedacito faltante por la calle Charles hasta que llegó a la plaza Berkeley, sin aliento, pero todavía viva.

Matthew se pasó la mano por el cabello húmedo mientras contemplaba como la señorita Sinclair escapaba a Casa Thorpe sin siquiera mirar por encima del hombro. Y sabía que era una señorita. Podía oler su inocencia a kilómetros de distancia. Y era sumamente bonita, aunque su temperamento pudiera literalmente hacer que cayeran rayos y centellas.

¿De verdad pensaba que podía escapar de él corriendo? Matthew suspiró mientras contemplaba por la ventana como ella entraba al recibidor de Eynsford. Podría haber recorrido la distancia entre Hyde Park y la plaza Berkeley una docena de veces en el tiempo que a ella le había tomado huir de él.

Que chica tan misteriosa. No por lo que era: él había notado de inmediato que se trataba de una bruja. Después de todo, había conocido otras brujas capaces de controlar el clima durante su vida después de la muerte. Las antepasadas de ella, para ser exactos. El reverenciado *Còig.* El místico aquelarre de brujas que le había otorgado el regalo más poderoso que había recibido en su vida. Matthew miró de soslayo el anillo que llevaba todavía en su mano derecha.

Sin las brujas, él se habría visto condenado a vagar por la oscuridad durante el resto de la eternidad. Pero ellas le habían otorgado el regalo de poder caminar al sol como si todavía tuviera pulso, como si todavía estuviese realmente con vida.

Regresó su atención al hogar del Marqués de Eynsford en Mayfair. La señorita Sinclair sin duda estaba a salvo en compañía de su hermana bruja, quien era la nueva marquesa. No tenía razón para permanecer afuera, tratando de verla a través de la ventana. Pero marcharse no le apetecía. ¿Por qué le había mentido con respecto a su estatus marital? ¿Por qué había huido de él como alma que lleva el diablo?

- –Lord Blodswell –una suave voz con acento escocés llamó su atención, y Matthew se volteó para encontrar a Caitrin Eynsford a su lado. Al parecer la señorita Sinclair lo había afectado más de lo creía. No había escuchado los pasos de Lady Eynsford acercándosele.
- –Milady –Matthew asintió a modo de saludo a la bonita mujer rubia. –Nos encontramos nuevamente.
- –Aye –ella se le acercó, posando una mano en el brazo de él. Las estrellas se reflejaron en sus ojos azules cuando ella los alzó para mirarlos. –¿Cómo se encuentra Mr. MacQuarrie?

Matthew cerró los ojos para no ver su mirada suplicante. ¿Por qué una bruja con el don de la clarividencia le preguntaría eso? De seguro ya conocía la respuesta. ¿Acaso esperaba que él le dijera lo contrario para aliviar su consciencia culpable?

-Lleva las cosas lo mejor que puede -¿Qué más podía decir? Lady Eynsford había roto el corazón de MacQuarrie al casarse con su marqués lycan, poniendo un sello indeleble al destino de MacQuarrie, pero el decirlo en voz alta no le haría bien a nadie ahora. Lo hecho, hecho está.

La marquesa se limpió una lágrima solitaria.

—Seguiste a Rhiannon —no era una pregunta, de seguro ella había tenido una visión al respecto. ¿Qué otra cosa habría visto?

Rhiannon. El nombre hizo eco en la mente de Matthew. Dios, su nombre era tan bonito como ella misma. Femenino y alegre, como una brisa de verano.

- -Solo quería asegurarme de que llegara a salvo a casa.
- -Claramente lo logró.
- —Si. Yo...eh, bueno, parecía molesta —sonaba como un maldito idiota. ¿Por qué se molestaba en hablar con Lady Eynsford? Ella lo sabía todo de todas maneras. Esa bruja podía ver el futuro. Sabía mucho más que él. De seguro incluso sabía por qué la muchacha estaba molesta.

–Los familiares a veces tienen esa habilidad. Estoy segura de que estará mejor, ahora que vino a quedarse con Eynsford y conmigo. No hay necesidad de que se preocupe. Tiene que ocuparse de MacQuarrie. Estoy segura de que tiene las manos llenas con eso.

Y de vuelta al tema de MacQuarrie. Matthew casi deja escapar un quejido. Sabía que la marquesa quería que de algún modo hiciese lo imposible, que hiciera que su antiguo amigo regresara a ser el hombre que era antes. No tenía corazón para destrozar la ilusión de la joven bruja con la verdad.

MacQuarrie jamás volvería a ser el de antes, sin importar lo mucho que Matthew lo intentara. Los humanos eran humanos, y los vampiros no lo eran.

Así que no dijo nada, quedándose quieto. Simplemente siguió contemplando Casa Thorpe. ¿Qué demonios estaba esperando? ¿Otro vistazo fugaz a Rhiannon Sinclair? No, eso no tenía sentido ¿Cuántas mujeres le habían llamado la atención a través de los siglos? Más de las que podía contar. Solo quería un descanso de esa vida, algo que lo distrajera de lo que le esperaba en el futuro.

-Le invitaría a pasar, pero creo que es hora de que regrese a ese monstruoso lugar al que llaman club -ella soltó una risotada. -Es más bien un comedero.

Si Matthew todavía tuviese sangre corriéndole por las venas, lo habría hecho sonrojarse. Había cosas que una dama no debería saber. Pero Caitrin Eynsford lo sabía todo, incluso antes de que sucediera. No tenía opción al respecto.

Apartó esos pensamientos de su mente. Prefería no preguntarse qué clase de escenarios podía ver ella con su don.

Matthew asintió, despidiéndose de la marquesa.

- -Como de costumbre está usted en lo correcto, Milady. Hasta la próxima -se dirigió a la calle Charles.
 - -Mañana en la noche -exclamó ella.

Matthew se detuvo, mirando a la bruja rubia por encima de su hombro.

- –¿Mañana en la noche?
- -El baile de Lady Pickering. Le veré entonces.

Matthew no pudo evitar reírse.

-Creo que su don le ha fallado, Lady Eynsford. Jamás asisto a ningún baile -y tampoco pensaba asistir al de Lady Pickering, quien quiera que fuese.

Pero Caitrin Eynsford solo sonrió antes de dirigirse de regreso a su hogar. Matthew sacudió la cabeza antes de voltearse, yendo de regreso por donde había venido. El baile de Lady Pickering, claro. Quizás esta generación de brujas había perdido algo de poder. Su futuro de ninguna manera incluía trajes de noche, baile ni conversaciones con tipos con más dinero que sentido común.

Rhiannon le agradeció al mayordomo de los Eynsford por el té que acababa de traerle. Era un hombre sumamente amable. Ni siquiera había alzado la ceja al verla entrar de golpe, calada hasta los huesos y dejando huellas lodosas por todo el recibidor. Incluso le había traído toallas limpias y té sin una mirada desaprobatoria. Qué poco inglés de su parte.

Con un gesto de disgusto, Rhi miró una última vez su zapato arruinado. El desastre de la tarde de hoy había sido su culpa. Había permitido que la tía Greer la molestara, revolviéndole las emociones, y eso no ayudaría a nadie, mucho menos a Ginny. Y de no haber provocado esa tormenta, no se habría topado con ese vampiro ni habría arruinado su zapato. El solo pensar en él le aceleraba el pulso. Eran criaturas terribles, y su tormenta lo había guiado directamente a ella. ¡Tonta, tonta, tonta!

Caitrin entró de golpe al salón mientras Rhi se reprendía a sí misma. Con una exclamación, Caitrin se dejó caer junto a Rhi.

- -Estoy tan feliz de verte -dijo, rodeándola con sus brazos.
- —No tienes que ahogarme —Rhiannon se echó a reír, apartando los brazos de Cait para poderla ver bien. —El matrimonio te sienta bien, Cait —le admitió. La verdad, jamás había visto a su amiga tan contenta. O tan hermosa, pues prácticamente brillaba de felicidad.
- –Oh, no podría ahogarte ni intentándolo. Puedes controlar el viento, boba –agarró un mechó húmedo del cabello de Rhiannon. –¿Qué diantres te pasó? ¿Te caíste en un pozo?
 - -Solo algo de lluvia -murmuró Rhi.
- —¿Lluvia? Pero si el cielo está despejado —dijo la bruja rubia. Entonces entrecerró los ojos. —A menos que tú hayas conjurado la tormenta. Por favor, dime que no lo hiciste en pleno Mayfair —suspiró ruidosamente.
- -Fue solo una tormenta pequeñita -explicó Rhiannon, sosteniendo su pulgar y su índice a una pulgada uno del otro.

Cait alzó las cejas.

- —¿Una tormenta pequeñita que te caló hasta los huesos? Sinceramente lo dudo —le lanzó una mirada elocuente a Rhi. —Ahora, cuéntame por qué estás molesta.
 - -Nada de qué preocuparse, Cait. Cambiemos de tema.
- -No es nada, pero está bien, ya me dirás después -Cait se inclinó hacia adelante, arrugando la nariz al ver la cantidad de lodo que Rhi había esparcido en su bonita alfombra Aubusson. -¡Diantres! ¿Qué le pasó a tu zapato?

Rhiannon se sintió sonrojar hasta las orejas. Una cosa era sentirse tonta por sus acciones y otra era que alguien más se diera cuenta. Se retorció ligeramente en su asiento.

-Un vampiro me asustó y pisé donde no debía, es todo.

Cait se echó a reír.

- -Si otro te escuchara, pensaría que estás loca.
- -Aye, eso es cierto -concordó Rhi. No se había dado cuenta de lo absurdo que sonaba, pero de todas maneras su vida no había sido precisamente normal últimamente.
- -Bueno, de todas maneras -dijo Cait, apretando la mano de Rhiannon, -no hay razón para temerle a Blodswell. No es que no sea peligroso, pero...

Rhiannon quedó boquiabierta. ¿Cait *conocía* al vampiro en cuestión? ¿Acaso Londres estaba repleto de esas criaturas?

- —¿Conoces muchos vampiros? —no podía creer lo tranquila que estaba Cait al respecto, como si fuese normal ser amiga de tales monstruos. Pero Caitrin no había estado presente la vez que aquella horrible criatura había caído sobre el aquelarre de esa forma tan destructiva.
- -Unos cuantos. Pero Blodswell es benevolente. No hay razón para arruinarse los zapatos huyendo de él.

Rhiannon se cruzó de brazos.

-Benevolente o no, no quisiera volverme a cruzar con él o con alguien parecido -además, tenía que preocuparse por el futuro de Ginny. No tenía tiempo para lidiar con atractivos vampiros, sin importar lo inofensivo que Caitrin lo considerara.

Los ojos de Cait brillaron traviesos.

- -Me pregunto qué tanto te afectó el guapo conde -dijo, como si ya supiera la respuesta, lo que hizo que Rhi se sonrojara todavía más.
- —¡Demonios Cait, se supone que no debes estar fisgoneando en mi futuro! —le había dicho una y otra vez que no se metiera en su vida. ¿Pero acaso la bruja le hacía caso? Aparentemente no.
- -Ay, ya -la acalló su amiga. -No miré por diversión -bajó la voz. -Solo miré un poquito cuando a mi puerta llegó tu diligencia, con tu equipaje y sirvienta pero sin ti. Tenía que asegurarme de que estabas bien.

- —¿Y ya terminaste de meterte? —Rhiannon no pudo evitar sonar mordaz. Cait no podía evitar que su don le permitiera ver el futuro de otros. Muchas veces era más una molestia que una virtud.
- —Bueno, casi —respondió la otra bruja. Al ver la expresión de incomodidad de Rhiannon, continuó. —Sé que no fue Lord Blodswell quien provocó la tormenta. Tu tía siempre ha sido una mujer rencorosa —Cait se estremeció.
- -Ni siquiera me dejó ver a Ginny -suspiró Rhiannon. -Dice que planea presentarla en sociedad en esta temporada.

Cait ahogó una exclamación indignada.

-¡A ti jamás te presentó! Ni siquiera se ofreció a traerte a la ciudad. Esa horrible...

El corazón de Rhiannon se encogió ligeramente.

- -Obviamente no soy un buen prospecto en matrimonio -desdeñó las protestas de Cait. -Y tiene razón.
 - -Eso es ridículo.
- -Yo sé la verdad, Cait. No soy buena para nadie. No hay ningún hombre vivo que pueda con mis poderes. O con mi temperamento –sonrió avergonzada luego de decir eso último, tratando de ocultar el zapato arruinado bajo la falda.
 - -Yo pensaba lo mismo, hasta que conocí a Dash.
- –Ay no, no empieces con eso. Tengo el estómago vacío –Rhiannon se echó a reír cuando Cait le dio un par de golpecitos cariñosos en el hombro.
- —¿Qué planeas hacer? ¿Librar a Ginny de las garras de tu malvada tía? ¿O te marcharás a casa ya que no la puedes ver?
- -De eso nada -Rhiannon se frotó la frente. -Me gustaría quedarme un tiempo para vigilarla, si no te molesta.
- -No tienes ni que preguntarme, boba. Eres bienvenida, siempre y cuando no te moleste mucho tener un par de lycans en casa. Dash se ha encariñado mucho con sus

hermanos, a los que no ha visto en mucho tiempo, y siempre hay alguno rondando la casa.

El imaginarse eso era bastante divertido, ya que a Cait nunca le habían agradado mucho los hombres lobos, hasta que se casó con uno. Pero el estar rodeada de bestias todo el tiempo tenía sentido, considerando la situación.

- -Estoy segura que no será ningún problema.
- -Bien. Esperaba que respondieras eso.
- –No tengo mucha opción. Si no estoy aquí para vigilarla, la tía Greer de seguro casará a Ginny con algún viejo verde de bolsillos pesados o con alguna conexión importante en la sociedad.
- –Eso sería un éxito para tu tía –Cait se aclaró la garganta. –¿Acaso la dulce tía Greer te dio alguna razón para presentar a Ginny en sociedad en lugar de a ti? –evitó la mirada de Rhiannon.
- —Dijo que se trajo a Ginny a Londres porque de otra forma ella *no podría escapar* de mi estigma en Edimburgo. Así que ahora, a menos de que pueda prevenirlo, mi hermanita tendrá que sufrir la compañía de algún maldito Sassenach por el resto de su vida.

Rhiannon saltó de la sorpresa al escuchar una voz estertórea tras ella.

 –¿Y qué tiene de malo el maldito Sassenach? −preguntó Dashiel Thorpe, Marqués de Eynsford.

El inglés de cabellos dorados cruzó el salón, sus ojos ambarinos brillando divertidos. Se detuvo frente a su esposa para besarla en la frente antes de dirigirse a Rhiannon con un respetuoso asentimiento.

-Miss Sinclair -la saludó. -Ahora regresemos al tema del maldito Sassenach, ¿le parece?

Rhi casi se echa a reír. Qué propio de su señoría no olvidar un insulto a todos los ingleses.

-No es nada, milord.

Él se sentó lo más cerca que pudo de Cait en el pequeño asiento.

-No me crea tonto, Miss Sinclair. Ustedes los escoceses, por muy agradables que sean, jamás usan esa expresión de modo cariñoso, y menos al agregarle el "maldito".

Bueno, ¿qué podía responder a eso? Tenía razón, por supuesto, y de saber que él estaba cerca, jamás habría usado esa palabra. Rhiannon se levantó para poner algo de distancia entre la pareja y ella.

—No la molestes, Dashiel. Rhiannon ha tenido un día difícil —lo regañó Cait mientras Rhi se sentaba en una silla de espaldar alto frente a ellos.

El marqués se inclinó sobre su esposa para olerle el cabello.

—¿Qué pasa con toda esa oledera? —exclamó Rhiannon. Ese vampiro imbécil también la había olido. —¿Es acaso algo que las mujeres inocentes no sabemos? ¿Acaso a los hombres les gusta oler a las mujeres?

-Estoy seguro de que hay muchas cosas que no sabes, en especial sobre parejas casadas –se rió el Lycan.

Nuevamente, Rhiannon se sintió sonrojar, y era su culpa.

- -¿Quieres que responda tu pregunta? -preguntó el marqués en voz baja.
- –No la habría formulado de no querer una respuesta –respondió ella, con más valentía de la que sentía.
- Lo seres extraordinarios... –comenzó él, sacando el pecho y dándose unos golpecitos.

Rhi soltó una carcajada.

-¿Así se llaman a sí mismos ahora? -comentó.

Los ojos ámbar del marqués brillaron divertidos.

- -Los seres extraordinarios, como yo sí, Miss Sinclair, soy bastante extraordinario, normalmente tenemos sentidos más desarrollados. Podemos oler cosas que otros no pueden.
 - –¿Cómo perfume? −preguntó Rhiannon.
 - −¡No te atrevas a decirle, Dashiel! −exclamó Cait, sacudiendo un dedo.

El marqués volvió a reírse.

- —Si. Perfume, miedo y cualquier otra emoción que produzca una respuesta física. —la miró con los ojos entrecerrados. —¿Acaso alguien la *olisqueó*, Miss Sinclair? De ser así, por favor dígame quien para ir a hablar con él.
- –¿Lord Blodswell te olisqueó? –preguntó Cait, boquiabierta. –Eso no me lo habías contado.
- -Y se supone que eres el miembro omnisapiente del aquelarre -masculló
 Rhiannon, tomando asiento.
 - -Conque Blodswell -dijo el Lycan con el ceño fruncido. -Qué atrevido es.
- No vayas a erizarte, Dash –dijo Cait, calmadamente. –Estoy segura de que Lord Blodswell no pretende hacerle daño a nadie. No es todos los días que uno se encuentra con una bruja en medio de un temporal –miró a Rhi de manera elocuente.
 Y estabas en el medio, ¿verdad? Seguramente dando pisotones e invocando los truenos más estruendosos posibles.
- -¿Eso lo hiciste $t\acute{u}$? -preguntó Eynsford, echándose hacia adelante. -Yo venía de camino a casa cuando empezó. El conductor tuvo que esperar a que pasara la tormenta para continuar.
- -Sí, fui yo -admitió Rhiannon, avergonzada. Una cosa era hacer un berrinche y otra que te descubrieran.
- —Blodswell no tiene ni idea de lo que le espera —Cait se echó a reír, mirando a la distancia antes de reírse con más fuerza. —Ni la más mínima idea —obviamente veía visiones futuras. Y atormentaría a Rhiannon de manera despiadada con las mismas.

- -Bueno, afortunadamente no lo volveré a ver jamás -masculló Rhiannon.
- –Oh, sí que lo harás. Mañana en la noche, para ser exacta –Cait se echó para atrás con una sonrisa satisfecha.
 - –¿Qué te acabo de decir sobre meter las narices en mi futuro?
- -Mirar y meter las narices no es lo mismo -dijo Cait, sencillamente. -Ginny asistirá al baile de Lady Pickering. Me imagino que tú también.
 - -Supongo que eso significa que nosotros también asistiremos -comentó el Lycan.
- -Oh, no me lo perdería por nada del mundo, Dash -dijo Cait, con un brillo travieso en la mirada. -Rhiannon, ¿recuerdas la vez que me levantaste las faldas delante de todos esos muchachos durante el picnic?

Cómo olvidarlo. Cait tenía quince años entonces y era una malcriada de armas tomar. Rhiannon decidió poner a su amiga en su lugar. Cait había estado avergonzada por días. Y jamás había perdonado a Rhi.

-La venganza es dulce, querida Rhi. Muy, muy dulce -las dulces carcajadas de Cait hicieron que Rhi se estremeciera.

¿Qué demonios habría visto Cait? No pasaría nada si dejaba que Ginny asistiera a un baile sola, ¿verdad? Ni siquiera tía Greer era capaz de juntar a su hermanita con un Sassenach maloliente durante su primer baile.

- -No creo haber traído nada apropiado para un baile de Londres.
- -Tonterías -Cait sonrió. -Tengo un armario lleno de vestidos de todos los tamaños y colores. Te verás hermosa, y no puedo esperar a ver la cara que pone tu tía cuando te vea entrar.

No había manera de evitar el condenado baile.

—De todos los tamaños y colores, ¿eh? —repitió Rhi con un suspiro. Y de seguro todos eran el último grito de la moda, conociendo a Cait.

Eynsford le guiñó un ojo a Rhi.

-Me encanta complacerla.

Rhi suprimió una carcajada. Todos los hombres que habían conocido a Cait alguna vez se morían por complacerla. ¿Cómo era posible que algunas mujeres fuesen tan afortunadas?

-Oh, Dash -Cait le dio unas palmaditas al brazo de su esposo para llamar su atención, -tienes que decirle a tus hermanos que vengan con nosotros.

Claro, para que hubiese bastante público para la humillación de Rhi.

El marqués se echó a reír.

 No creo que acepten asistir a uno de esos bailes de casamenteras por mí, querida. Después de todo, eres tú la que los tiene comiendo de la palma de la mano.
 Podrían estar un poco menos encantados contigo, si me preguntas.

Cait le besó la mejilla.

-Ah, pero entonces no sería divertido.

Capítulo 3

Honestamente, Matthew no podía recordar la última vez que había tenido un dolor de cabeza.

Los recuerdos tendían a hacerse borrosos cuando uno llegaba a su cumpleaños número 650. Pero si se concentraba, podía recordar que el último lo había experimentado alrededor de 1190, en Tierra Santa, cuando todavía era mortal. Pero servirle de tutor al recién nacido Alec MacQuarrie le hacía retumbar la cabeza casi tan estruendosamente como los truenos de Miss Sinclair.

Matthew se frotó las sienes, tratando de aliviar la presión mientras contemplaba a Charlotte, la última muchacha a la que había visto con su pupilo. Ella se encontraba echada en la cama, abanicándose despreocupada.

-¿Cómo que él se marchó?

La rubia mujercilla se encogió de hombros, y el tirante del corpiño se le deslizó por el hombro. Ella no hizo ningún ademán de arreglarse la ropa, solo mirándolo con cara de fastidio.

Dijo algo de unos fuegos artificiales.

New Spring Gardens... eh... Vauxhall Gardens. New Spring Gardens era el nombre antiguo. ¿Qué demonios le pasaba? El lugar tenía más tiempo llamándose Vauxhall que New Springs. Ciertamente el tiempo suficiente para que él no se confundiera ya. Al parecer los dolores de cabeza impedían recordar. Le gruñó a Charlotte, aunque no fuese su culpa que MacQuarrie decidiera arbitrariamente marcharse. Pero no había nadie más con quien desquitarse, así que ella tendría que bastar.

—¿Hace cuánto se fue? —preguntó Matthew por encima del hombro, dirigiéndose apresuradamente al pasillo. Con algo de suerte, atraparía al recién nacido escocés antes de que hiciera algún desastre.

–No estoy segura, señor. ¿Hace cuánto se marchó usted? Él se fue poco después.
Maldición.

Matthew abrió de golpe las ornamentadas puertas de *Brysi*, haciéndole señas a un carruaje para que se detuviera. Podría correr mucho más rápido, pero eso llamaría la atención de algún transeúnte, lo que quería evitar a toda costa. Aunque con MacQuarrie suelto en la ciudad, esa preocupación era solo un fútil intento de mantener la normalidad por parte de Matthew. El escocés tenía la habilidad de llamar la atención, incluso cuando se comportaba, lo cual no hacía a menudo.

Una vez de camino, Matthew apoyó la cansada cabeza del asiento, mientras el traqueteante carruaje recorría el camino desde Coven Garden hacia Whitehall. Cerró los ojos, tratando de apaciguar el latir de sus sienes, pero eso fue un error. Apenas los cerró, una visión de *ella* invadió su mente. Mojada de pies a cabeza, con el vestido pegado a la piel. El cabello color ébano derramándose sobre sus hombros. Sus suaves ojos color miel, que la hacían parecer vulnerable como un gatito, mirándolo inocentemente. Matthew abrió los ojos de golpe. ¿Qué demonios le pasaba?

El carruaje finalmente se detuvo en Whitehall. Luego de que Matthew pagara por el servicio, se lanzó escaleras abajo, abordando el bote que lo llevaría hasta Vauxhall Garden a través del Támesis. Pudo escuchar la orquesta y los aplausos antes de desembarcar. ¡Maravilloso! El lugar estaba repleto, y aunque eso no le sorprendía, sí que le dificultaría encontrar a MacQuarrie.

Cerró la mano izquierda sobre el pesado anillo que llevaba en el dedo meñique de la mano derecha y cerró los ojos para concentrarse en el escocés del infierno. Pero se detuvo, recordando que lo último que se le había venido a la mente había sido el bonito rostro de corazón de Rhiannon Sinclair. Lo último que necesitaba era una distracción de esa magnitud. Jamás encontraría a MacQuarrie si seguía así.

Así que hizo lo segundo mejor. Cerró un solo ojo, lo que lo hacía ver como un idiota y trató de buscar a su pupilo. MacQuarrie sin duda estaba en los jardines. Matthew podía sentir el espíritu inquieto del escocés entre la multitud. Pero, ¿dónde? Recorrió el camino que llevaba al lugar donde repartían la comida. Después de todo, Charlotte había dicho que MacQuarrie había mencionado fuegos artificiales, ¿verdad?

-¡Blodswell! -lo llamó una jovial voz tras él.

Matthew se volteó para encontrar al anciano Sir Ralph Smyth dirigiéndose hacia él, apoyándose pesadamente en su bastón.

—Sir Ralph, que placer encontrarme con usted —y de verdad lo era. Dos generaciones atrás, él y Sir Ralph habían sido amigos cercanos. Pero Sir Ralph envejecía, mientras que Matthew no. El paso del tiempo dificultaba tener amistades cercanas.

El anciano le sonrió dulcemente.

-Nunca deja de sorprenderme el parecido. Es una verdadera lástima que tu abuelo no viviera para verte, muchacho.

Ralph se sorprendería mucho de enterarse que Matthew *era* su abuelo. Era parte del ardid. Pasaba una generación en Londres y la siguiente en Derbyshire para evitar que la gente se diera cuenta de que no envejecía.

- -Eso dice a menudo, señor.
- -Estoy muy contento de verte -la mano huesuda de Sir Ralph apretó el pomo del bastón con fuerza. -Quería hablar contigo, Blodswell.

Eso sonaba francamente preocupante. Matthew se enderezó, esperando lo peor.

- –¿Sí, Sir Ralph?
- -Bueno, ya que tanto tu abuelo como tu pobre padre, al que lamento profundamente no haber podido conocer, en el más allá, siento que debo tomar algo de responsabilidad en su nombre.

- –¿Responsabilidad en su nombre? –¿De qué demonios hablaba Ralph?
- –No te haces más joven. Si no consigues esposa pronto, no tendrás un heredero. No quedará quien herede tus propiedades. Y tu familia terminará.-

A pesar del dolor de cabeza, Matthew no pudo evitar querer reírse. La ironía era algo difícil de asimilar sin romper en carcajadas. Ralph había evitado casarse más que nadie que Matthew hubiese conocido jamás. Tenía más de cuarenta cuando por fin aceptó contraer nupcias, y aun así se quejó todo el tiempo. O por lo menos eso había escuchado Matthew, quien para entonces ya se había retirado a Derbyshire.

-Creo que tengo tiempo suficiente para encontrar esposa -no planeaba nada parecido, pero no había razón para decirlo en voz alta.

El anciano suspiró.

-Por años pensé lo mismo. Y terminé con dos hijas. Muchachas preciosas, por supuesto, pero no pueden continuar con el linaje. No te das cuenta de lo importante de eso hasta que es demasiado tarde.

Matthew contempló a su viejo amigo. Prestó atención a cada arruga alrededor de los ojos de Sir Ralph y a cada ligero espasmo de la mano que aferraba el bastón.

-Tonterías -dijo Matthew, en un tono más alegre de lo que de verdad sentía. -Se ve tan fuerte como un semental. Estoy seguro de que podría engendrar unos cuantos hijos por lo menos durante unos treinta años más -Ralph se había vanagloriado incesantemente de su virilidad cuando era joven.

El barón se echó a reír de buena gana.

- -Te pareces tanto a tu abuelo, jovencito. Estoy seguro de que estaría realmente orgulloso de ti.
- -Gracias, señor -respondió Matthew con sinceridad. Entonces vio a su pupilo detrás de Sir Ralph. Alec MacQuarrie emergió de uno de los caminos oscuros, limpiándose los labios con un pañuelo. Maldición. ¿Qué habría hecho ahora?

La migraña de Matthew empeoró.

- -¿Estás bien, Blodswell? -Sir Ralph se le acercó más, preocupado.
- -Yo, eh, acabo de ver a un amigo.

Sir Ralph volteó a donde miraba Matthew. El movimiento, o quizás la rabia que emanaba de Matthew como un aura, llamó la atención de MacQuarrie. Los saludó con un movimiento de cabeza y se dirigió a ellos, saludando a cuanta dama se le cruzaba en el camino.

- -Ah, Lord Blodswell, que sorpresa verlo por aquí -MacQuarrie sonrió.
- -Estoy seguro de que así es -respondió Matthew en tono seco, -pues quedamos en encontrarnos en el otro extremo de la ciudad.

El maldito escocés no tuvo ni la decencia de parecer avergonzado.

-Pues que suerte encontrarnos acá entonces -entonces dirigió su atención a Sir Ralph. -Alec MacQuarrie -se presentó.

Sir Ralph sonrió.

−¿MacQuarrie? Si no me equivoco, eres amigo de mi yerno, Pickering.

MacQuarrie asintió.

-Correcto. Estudié en Cambridge con Pickering.

¿Pickering? El alma de Matthew se llenó de terror al recordar la predicción de Caitrin Eynsford. Maldición, no iría a ese baile. Se negaba rotundamente.

-Sir Ralph Smyth -dijo el anciano, estrechando la mano de MacQuarrie. -Mi hija dará un baile mañana por la noche. Deberías pasar por allí para entretener al pobre de Pickering. Estoy seguro que estará muy agradecido.

MacQuarrie miró brevemente en dirección a Matthew, quién negó sutilmente con la cabeza, advertencia que el maldito escocés ignoró.

-Hace mucho que no asisto a un baile. Pobre Pickering. Dígale que sin duda asistiré. Los hombres de Cambridge deben permanecer unidos. No me lo perdería por nada.

–¡Maravilloso! –exclamó Sir Ralph. –Asegúrate de arrastrar a Blodswell contigo. Tengo que cumplirle algo a su abuelo.

MacQuarrie pareció confundido, pero asintió de todas maneras.

- -Por supuesto, señor.
- -Muy bien -Sir Ralph se volteó para retirarse. -Mi esposa debe estar por acá. Creo que debería regresar a su lado antes de que envíe a la policía a buscarme.

Cuando el hombre estuvo lo suficientemente lejos, MacQuarrie se volteó a mirar a Matthew con curiosidad.

—¿Qué clase de deuda tiene ese señor con tu *abuelo*? Parece anciano, pero no puede ser tan anciano así.

Matthew fulminó a su pupilo con la mirada.

-¿Qué demonios haces aquí? Te dije que te quedaras en Brysi.

El escocés se encogió de hombros.

–No he tenido niñeras desde que era un chiquillo, Blodswell. No necesito una ahora.

En muchos aspectos, MacQuarrie todavía era un chiquillo, pero no era el momento para comentarlo.

- −¿Qué hacías en ese camino tan oscuro? –Matthew alzó una ceja, expectante.
- -Lo que hace un hombre como nosotros. Para eso me creaste, ¿no?

Matthew tuvo que contenerse para no agarrar a MacQuarrie por el abrigo y lanzarlo al Támesis. Pero si lo hacía, de seguro el bastardo encontraría alguna manera de causar más problemas.

-No te creé para que pudieras acosar mujeres incautas en algún jardín oscuro. En caso de que lo olvidaras, Alec, te hice porque era esto o dejarte morir en las orillas congeladas del Loch Calavie –fulminó otra vez a MacQuarrie con la mirada. –Y porque me pediste que te salvara.

El escocés resopló de la risa.

-Esa parte no la recuerdo tan bien -MacQuarrie se acercó a Matthew, frunciendo el ceño. -¿Por qué hueles a Caitrin MacLeod?

Matthew se apretó el tabique nasal. De verdad no quería hablar de ello.

- -Lady Eynsford me tocó el brazo cuando pasé a asegurarme de que su tormentosa hermana de aquelarre hubiese llegado a salvo a Casa Thorpe.
 - –¿Rhiannon está en la ciudad?
 - -¿La conoces? -preguntó Matthew sin darse cuenta.
 - -Preferiría que me dijeras, Blodswell, cómo la conociste tú.
- No diría que la conozco. Me la encontré en pleno berrinche cuando recorría
 Hyde Park –casi sonríe, a pesar de querer evitarlo.
 - -Siempre pensé que solo le gustaban las tormentas -musitó MacQuarrie.
- –Ella es la tormenta –gruñó Matthew. Y una muy hermosa, para ser sinceros.
 –¿Qué sabes de ella?

Los ojos de MacQuarrie brillaron divertidos al ver la incomodidad de Matthew, pero cuando habló, lo hizo en tono firme.

-Sé que es demasiado buena para alguien como nosotros.

Bueno, no era que él pensara casarse con la muchachita. Pero aun así no le gustó el tono de voz de MacQuarrie. -¿Y qué se supone que significa eso?-

- -Significa que mejor te apartas de Miss Sinclair mientras esté en la ciudad.
- −¿De verdad? ¿Es esa una advertencia? –el jovencito no podía ser tan tonto de creer que podía con Matthew. Había estudiado en Cambridge, después de todo.
- -Tómalo como te plazca. Pero no permitiré que le hagas daño. Y si alguna vez se te ocurre tomar algo de ella, ya sea sangre o algo más, haré todo lo que esté en mi poder para prevenirlo. Esas mujeres son como de mi familia. Las cinco.

-¿Incluso Lady Eynsford? -Matthew no pudo evitar aguijonearlo.

El escocés apretó la mandíbula.

-Incluso Cait -masculló.

Matthew le puso la mano en el hombro a Alec y apretó.

- -La mujer a la que sedujiste en las sombras antes de que yo llegara también tiene hombres que se sienten tan responsables de su seguridad como tú de esas cinco que mencionas. Hermanos, padres. Piensa en eso la próxima vez que busques tu próxima comida. Elige a alguien que no termine sucio.
 - -Ella ni siquiera se acordará en la mañana -gruñó MacQuarrie.
- —Si ese es el caso, ¿entonces por qué dices que alguien como yo no es lo suficientemente bueno para Miss Sinclair?

Los ojos oscuros del escocés se entrecerraron. Entonces asintió secamente.

- -Si tienes hambre, podemos regresar a Brysi -ofreció Matthew.
- -Estoy bien -dijo Alec, ajustando su abrigo y enderezándose. -Tengo demasiado tiempo encerrado. Quiero ver los fuegos artificiales.

Una rubia escultural les pasó por al lado, llamando la atención del escocés inmediatamente. Matthew lo golpeó en el brazo, apuntando al cielo.

-Esos fuegos artificiales, muchacho. No los otros.

MacQuarrie sonrió avergonzado, y siguió sin chistar a Matthew hacia la oscuridad. No podía dejar al jovencito solo. Lo que significó que Matthew tuvo que tolerar el estruendo de los fuegos artificiales a pesar del dolor de cabeza, y encima de todo, tendría que asistir a un baile. Un maldito baile. Uno en el que tendría que estar vigilando a Alec MacQuarrie muy de cerca o de lo contrario tendría grandes problemas.

–No puedo creer que me hayas convencido de usar esto –gruñó Rhiannon, acomodándose el corpiño del vestido prestado. Era demasiado escotado.

Caitrin se echó a reír mientras su esposo trataba de evitar mirar en dirección a Rhiannon. Miraba para todos lados. Por la ventana. Al techo. La tela que forraba los asientos. Si eso no era prueba suficiente de lo escandaloso de su vestido, entonces no sabía que podría ser.

–Te queda mejor a ti que a mí –admitió Cait. –¿No se ve divina, querido? −le preguntó a su esposo.

Él solo gruñó por lo bajo.

Cait le dio un ligero codazo en las costillas.

-¡Dash! –lo regañó. –Dile a Rhiannon lo bonita que se ve.

El Lycan suspiró ruidosamente, para entonces dirigir la mirada hacia Rhiannon.

- —Si planeas obligarme a que opine sobre el escote de Miss Sinclair, admitiré que es abundante... abundantemente hermoso —se inclinó entonces a besar la mejilla de Cait, frotando sus mejillas por un momento.
- -Te lo dije -suspiró Rhiannon, dejándose caer en el asiento. -Es totalmente indecente.
- -Rhi, querida, provoca algo de brisa. Tu sonrojo está acalorando el carruaje -Cait se abanicó antes de regañar a su marido. -Y tú deberías comportarte, Dash.
- -Tengo la impresión de que pasaré toda una noche comportándome, ya que me tocará defender el honor de Miss Sinclair. Caerán sobre ella como sabuesos, y eso es sin contar a mis hermanos.

Cait puso los ojos en blanco.

-Qué poca fe. Pues te digo que los tres muchachos Hadley han prometido comportarse la noche de hoy.

El marqués de echó a reír.

-Eso no significa nada, Cait, y menos con Miss Sinclair así vestida.

Cait regresó su atención a Rhiannon.

- -Solo piénsalo: podrías encontrar al hombre de tus sueños esta noche -suspiró. Era toda una romántica. Pero luego se recostó del asiento, sonriendo como el gato que se logró comer al canario. -O quizás ya lo conoces.
 - -¡Deja de meterte en mi futuro, Cait! -exclamó Rhiannon.
- –No miré tu futuro, solo comparto mis conjeturas –se quejó Cait, dándole un golpecito cariñoso en la rodilla a su esposo. –Dash, mejor le buscas un vaso de ese ponche especial apenas lleguemos. Si no, se pondrá muy nerviosa y perderá todo control sobre sus poderes.
- –¿Y emborracharla impedirá eso? −él alzó la ceja al escuchar la sugerencia de Cait.
 - -Claro que sí -respondió ella primorosamente.

El carruaje se detuvo por fin, y Rhiannon respiró profundo antes de ser presentada a los Pickering. Aunque solo habían llegado unos minutos tarde, ya la fiesta estaba en su apogeo. Había montones de parejas bailando, y algunas mujeres ya se abanicaban por el cansancio. Rhi miró a su alrededor en búsqueda de tía Greer y Ginny.

−¿Las ves? −preguntó Cait, halándola por la manga.

Rhiannon negó con la cabeza.

—Aún no —pero si veía lo demás. Londres era muy diferente a Edimburgo. Había estado en un par de bailes antes, pero ninguno tan grande y fastuoso. Montones de muchachitas de faldas coloridas se agrupaban en las esquinas, junto a muchachitos jóvenes, caballeros más refinados y un contingente de mujeres mayores que parecían más intimidantes que todo el Ejército Francés. Rhi tragó saliva. ¿Cómo encontraría a Ginny en este lugar?

-Oh, perfecto -gruñó el marqués en voz baja.

Rhi regresó su atención a Eynsford.

- −¿Qué sucede, cariño? −preguntó Cait.
- -La vieja arpía ya me vio. No habrá manera de evitarla.

Rhi contempló la multitud, encontrando a la mujer a la que se refería Eynsford. Se veía tan noble como anciana. Una expresión de desagrado curvaba sus arrugados labios y una larga pluma púrpura coronaba el turbante en su cabeza. Y miraba en dirección a ellos.

- -¿Quién es esa?
- –La Duquesa de Hythe –respondió él, soltando un quejido. –Ella y su decrépito esposo eran amigos de mi padre. Cómo desearía no volver a cruzarme con ellos jamás.

Rhi lo comprendía. La duquesa tenía pinta de insoportable.

- -¿Era amiga de tu padre? -preguntó Cait. -Deberías presentármela.
- -Hay muchas cosas que debería hacer -respondió Eynsford. -Pero igual las evitaré.
 - -No puede ser tan mala -insistió Cait.
- -Creo que lo mismo pensabas de mi padre, querida. Te aseguro que es así de mala. Puede arruinar a cualquiera con una sola palabra.

Cait se echó a reír.

- -Entonces no hay que temer. Todos me aman.
- -Todos los *hombres* te aman -la corrigió el marqués. -Las mujeres no parecen tenerte tanta devoción, a menos que se trate de una de tus hermanas de oficio.

Rhi preferiría evitar esa conversación de ser posible. Además, no lograba atisbar a Ginny desde su posición actual.

- -Voy a recorrer el salón a ver si veo a mi hermana.
- -Creo que no, Miss Sinclair -dijo Eynsford en voz baja. -Por lo menos no sola.
- -No estará sola, Eynsford. No si puedo evitarlo -dijo una voz familiar tras ellos. Rhiannon volteó para encontrarse con el rostro sonriente de Alec MacQuarrie. Este le tendió la mano al marqués, echándose a reír cuando el lycan lo fulminó con la mirada.
- —No me puedo imaginar que diantres haces aquí —gruñó Eynsford. Todos sabían que no había mucho afecto entre los dos, ya que ambos habían solicitado la mano de Cait. Aunque era obvio desde un principio de quién estaba enamorada ella.
- —Lady Eynsford —saludó Alec, con un ligero y respetuoso asentimiento. Pero no miró directamente a Cait. Su rostro se tensó: obviamente aún estaba dolido. Rhiannon le puso una mano amistosa en el brazo. No fue hasta que él le sonrió, mirándola con sus brillantes ojos negros que ella notó que había algo diferente en él. Lo soltó de golpe. —¿Estás bien? —preguntó él, en tono preocupado.
 - -Podría preguntarte lo mismo -le espetó ella.
- -Yo estoy bien, considerando las circunstancias -él la tomó de la mano, posándola sobre su brazo nuevamente. ¿Pero a qué circunstancias se refería? ¿Al hecho de que de alguna manera se había vuelto un vampiro? ¿O que Cait se hubiese casado con otro? -¿Te gustaría caminar conmigo?
- -Claro -dijo Rhi de inmediato. Cait les asintió ligeramente y Eynsford le lanzó una elocuente mirada a Alec, la cual lo hizo reír, aunque la situación no tuviese nada de gracioso. El solo pensar que Alec era ahora un no-muerto llenaba a Rhi de tristeza.
- Anímate, Miss Sinclair –murmuró Alec de manera dramática mientras la guiaba por el perímetro del salón. –O harás que estos insípidos ingleses pierdan toda la compostura con la pequeña tormenta que estás generando sobre sus cabezas.

Rhi alzó la vista y notó la pequeña nube tormentosa acumulándose sobre los bonitos candelabros. Respiró profundo, forzándose a calmarse, y la nube desapareció tan rápido como se había formado.

- —¿Cómo lo supiste? —preguntó. Nadie sabía de sus poderes, excepto sus hermanas del aquelarre. Pero todos los vampiros de la zona parecían estar bien informados.
- -Fue cuando fui tras Blaire -empezó a explicar él, sacudiendo la cabeza. -Es una historia muy larga, Rhiannon. No creo poder hacerle justicia en este momento.
- −¿Me contarías por lo menos el resumen? –sugirió ella. –Podríamos encontrarnos mañana para que me lo cuentes todo.

Él asintió.

- -Cait estaba preocupada por Blaire. Dijo que un ser de ojos muertos la perseguía. Así que fui tras ella. Seguí a los Lindsays hasta Briarcraig, el castillo del capitán.
- —Creí que te habías ido porque tenías el corazón roto —dijo Rhiannon, arrepintiéndose de inmediato de sus palabras al ver como la sonrisa en el rostro de él se desvanecía.
 - –También –gruñó él.
 - −¿Y entonces te volviste uno de ellos?

Él asintió lentamente.

-Eso también.

Rhiannon no estaba segura de que decir entonces.

- -Dime que estás bien -dejó de caminar, mirándolo directamente a los ojos. Sus ojos, antes marrones, ya no brillaban al mirarla. Eran completamente negros.
- -Estoy tan bien como puedo estarlo. Lleva algo de tiempo acostumbrarse, pero lo estoy logrando -le sonrió con dulzura. Alec seguía siendo el mismo. Todavía era el muchacho amable y compasivo con el que había crecido.
 - -¿Quién te hizo esto? -susurró ella.
- -Hablando del rey de Roma -masculló Alec justo cuando Lord Blodswell apareció frente a ella. Le hizo una reverencia a Rhiannon.

-Señora Sinclair -dijo, en tono burlón. -Se ve preciosa esta noche.

Asustada, Rhiannon ahogó un suspiro. Maldito él por ser tan guapo y dejarla sin aliento, y maldita ella por permitirle hacerlo: supo inmediatamente que había sido él. Blodswell había convertido a Alec en lo que era ahora.

−¿Cómo pudiste? −exclamó, tapándose la boca de inmediato.

Alguien chilló cuando el bol de ponche al otro lado del salón estalló en pedazos. Había sido golpeado por un relámpago. La Duquesa de Hythe gritó aterrorizada cuando un carámbano que Rhiannon había dejado que se formara cayó del candelabro a su corpiño, quedando firmemente atascado entre los pechos de la anciana.

Rhiannon, tienes que controlarte –le advirtió Alec, sujetándola por los hombros
 y volteándola hacia él. –Él me salvó la vida, no me mató –agregó en voz baja.

Pero eso era exactamente lo que Blodswell había hecho. Sin importar lo que dijera Alec, ya no era humano. Era otra cosa, algo oscuro y peligroso.

- -No te creo -dijo ella, apartándose de él. Un trueno resonó afuera mientras ella ahogaba un sollozo. Miró los ojos de Lord Blodswell, negros como la noche y sintió como la ira le subía por la garganta. Un sirviente que montaba guardia a las puertas de la veranda saltó de la impresión al romperse la baldosa bajo sus pies.
- -Rhiannon -exclamó Cait, a unos metros de distancia. Tanto ella como Eynsford se movían con rapidez en su dirección.

Pero antes de que su amiga llegara a su lado, Rhi se abalanzó sobre Lord Blodswell.

- —¡¿Cómo pudiste hacer algo como eso?! ¡¿Qué clase de hombre eres?! —una lluvia torrencial se empezó a colar de pronto por las puertas abiertas del balcón, empapando el suelo.
- –Me gustaría poder explicarme –dijo Lord Blodswell, con una expresión de calma sumamente irritante.

La cachetada sonó casi tan fuerte como el trueno afuera. Blodswell soportó el golpe con entereza, solo apretando los dientes con los ojos cerrados antes de volverla a mirar.

- −¿Mejor? –preguntó, tanteándose la mejilla con un dedo.
- -Para nada -le espetó ella, mientras un repentino silencio caía sobre el salón.

Capítulo 4

Matthew no sabía cómo responder a eso, por lo que se sintió sumamente agradecido cuando Lady Eynsford tomó la mano de Miss Sinclair, llevándola hacia una de las salidas.

—¡Cielos! —exclamó la marquesa. —Creo que te rompiste un volante, querida. Sígueme —ambas señoras se marcharon por el pasillo.

Matthew no supo qué hacer entonces. Todos los invitados de Pickering lo miraban impresionados, mientras que Alec MacQuarrie lo miraba ceñudo.

-¿Contento? –preguntó el escocés en tono molesto, pero solo lo suficientemente alto para que él escuchara.

Matthew le habría fulminado con la mirada, pero todavía era el centro de atención. Cómo le encantaría que la orquesta volviera a tocar, pero hasta los músicos estaban embelesados con su predicamento. En la distancia, escuchó el repicar de un reloj, y entonces supo que se estaba quedando sin tiempo, al igual que Miss Sinclair. Para la próxima generación, nadie recordaría este incidente. Él había superado cosas peores con el tiempo, pero ella no tenía el mismo lujo.

–Mis disculpas –dijo, dirigiéndose a Eynsford, quien estaba ahora junto a él, pero lo suficientemente alto como para que los demás le escucharan. –He pasado mucho tiempo lejos de la sociedad. Olvidé por completo mis modales. Por favor hágale llegar mis más sinceras disculpas a Miss Sinclair. Su reprimenda estuvo completamente justificada.

Los ojos ambarinos de Eynsford brillaron divertidos, pero aun así mantuvo la apariencia de seriedad mientras asentía y respondía:

 Me aseguraré de que Miss Sinclair reciba tus disculpas, Blodswell –entonces alzó la voz ligeramente. –Pero podrás disculparte en persona cuando vengas mañana a Casa Thorpe de visita.

El maldito lycan estaba disfrutando de todo eso.

Matthew asintió secamente.

-El Vizconde Radbourne. Mr. Grayson Hadley y Mr. Weston Hadley -- anunció el mayordomo de Pickering.

Todos los invitados apartaron entonces la vista de Matthew para mirar a los tres sorprendidos caballeros que acababan de hacer acto de presencia. ¿Por qué demonios no podían haber llegado antes?

Cait escoltó rápidamente a Rhiannon a una pequeña habitación que figuraba como salita de descanso para las damas, donde esperaron a que dos risueñas jovencitas se retiraran antes de trancar la puerta tras ellas. Justo a tiempo, pues el cuarto empezaba a llenarse de nubes tormentosas mientras los sollozos escapaban de la garganta de Rhiannon. Esta se dejó caer pesadamente en una poltrona.

–Oh, Rhi –suspiró Cait. –No puedo creer que hicieras eso. Desearía que Blaire hubiese estado con nosotras para verlo. Te diría que es lo más genial que ha visto en su vida.

–No fue genial –exclamó Rhiannon. –Fue horrendo. No podré salir nunca más de la casa.

Cait se echó a reír discretamente.

Rhiannon no pudo evitar esbozar una ligera sonrisa entre las lágrimas. Acababa de romper un bol de ponche, casi hace caer a un sirviente y había echado un

carámbano de hielo al corpiño de una aterradora duquesa, sitio en el que nadie había estado en mucho tiempo al parecer. Y para colmo, había cacheteado a un estimado invitado.

No, había cacheteado al vampiro que había transformado a Alec en lo que era, a la criatura que le había robado el futuro. Y lo había hecho frente a la creme de la ciudad, en un atestado salón de baile donde podría haber expuesto su propia naturaleza sobrenatural. Rhiannon volteó a mirar a Cait, quien la miraba con curiosidad.

–¿Estás bien?

Rhiannon resopló.

-Sabías que iba a hacer eso y no me advertiste.

Cait se encogió de hombros.

-No es exactamente cierto, Rhi. Te mencioné el picnic, si recuerdas. Además, me has estado diciendo que no me meta en tu futuro desde que llegaste, y eso hice.

Rhiannon se cruzó de brazos.

- -Bonito momento para empezar a hacerme caso.
- -Anímate -dijo Cait, sonriendo. -Están tocando la puerta, deberías abrir.

Pero nadie estaba tocando la puerta...

Entonces alguien tocó la puerta. Rhiannon tragó saliva antes de fulminar a su amiga con la mirada. Cait podía ser insoportable a veces.

-Dime que no es Lord Blodswell.

La bruja rubia negó con la cabeza.

-Puede que sea valiente, pero ni el benevolente Blodswell es lo suficientemente atrevido como para intentar entrar a la sala de las damas.

Benevolente. Luego de lo que esa criatura le había hecho a Alec, Rhi no lo describiría como "benevolente". Suprimiendo un resoplido, se levantó, dirigiéndose la puerta que Cait había trancado al entrar.

- –Un momento, por favor.
- –¡Rhi, abre la puerta! –susurró Ginny, su voz ahogada tras la puerta. –Antes de que alguien me vea.

Rhiannon abrió la puerta de golpe, sintiendo alivio por primera vez en dos semanas.

—¡Oh, Ginny! —exclamó, abrazando con fuerza a su hermanita. —Estaba tan preocupada por ti.

Ginny se apartó ligeramente de los brazos de Rhi.

- -¿Estás preocupada por mí? Luego de lo que pasó en el salón, deberías estar más bien preocupada por ti misma.
- —¿Viste eso? —Rhiannon soltó un quejido. Había perdido la compostura nuevamente. —¿Qué tan mal están las cosas? —su tía no la dejaría volver a ver a Ginny ahora. ¡Por todos los cielos, había conjurado relámpagos en el salón! Jamás podría volver a Inglaterra. Con algo de suerte, solo la perseguirían de vuelta a Escocia. Si no... bueno, no hace mucho a las brujas las quemaban en la hoguera sin mucha fanfarria.

Ginny sonrió.

-Podría ser peor, pero creo que su señoría está arreglando las cosas. Dice que fue su culpa.

¿Su culpa? ¿De qué demonios hablaba Ginny?

- −¿Lord Eynsford se está haciendo responsable de mi tormenta?
- -¿Fuiste tú la que convocó la tormenta afuera?

-Y en el salón. El bol del ponche. El sirviente que casi se cae –la duquesa... No se atrevió a mencionar eso último.

Ginny soltó una melodiosa carcajada antes de apartar a Rhiannon para entrar a la salita.

-No tenía ni idea. Nadie ha notado el clima.

¿Cómo no iban a notar una tormenta dentro de la casa? ¿Acaso los londinenses estaban todos chiflados?

–¿Entonces que trata de arreglar Lord Eynsford?

Ginny negó con la cabeza.

—¿Por qué sigues mencionando a Eynsford? Es el caballero de cabello oscuro, al que cacheteaste en pleno salón quien está arreglando las cosas —arrugó el ceño al dejarse caer en el asiento que antes ocupaba Rhiannon. —Tía Greer está bastante traumatizada por eso, por cierto.

Tía Greer podía irse al infierno. Rhiannon se dejó caer contra la puerta cerrada.

–¿Es eso lo que le preocupa?

Ginny la miró como si tuviera el vestido puesto al revés y el cabello en llamas.

- -Bueno, no puedes ir por ahí cacheteando caballeros londinenses, Rhi.
- -Por supuesto que no -admitió Rhi. -Pero eso es menos impresionante que ver relámpagos en una sala -aunque quizás no debería quejarse. Si se fijaran en los relámpagos y se los atribuyeran a Rhi, la perseguirían con antorchas por todo el camino de regreso a Newgate.
- -¿Quién es ese caballero? ¿Y qué diablos te hizo? —los ojos color miel de Ginny brillaron expectantes.

Afortunadamente, Cait se levantó entonces de su asiento.

-El caballero en cuestión es el Conde de Blodswell. Y con respecto a lo que hizo, creo que Rhiannon preferiría no comentarlo, y yo preferiría que el salón siguiera

seco, si no les importa. Estoy esperando la llegada de tres caballeros que me prometieron venir y aún no llegan. Detestaría que la velada se arruinara por completo.

Eso llamó la atención de Ginny.

–¿A quién esperas, Caitrin?

La marquesa sonrió elegantemente.

- —Parientes de Eynsford. Tres guapos e importantes parientes —sus hermanos, en realidad, aunque Cait no pudiese admitir la desafortunada circunstancia del nacimiento de su marido. *Parientes* tendría que bastar.
- –¿De verdad? –Ginny se inclinó en su asiento, embelesada con la idea. –¿Qué tan guapos?
 - -Bueno... -empezó Cait, pero Rhiannon la detuvo, alzando la mano.
- -No estarás pensando casarte con un inglés, ¿verdad? -¿No había viajado desde Edimburgo precisamente para evitar algo así? Bueno, había viajado para recuperar a Ginny, pero en este momento protegerla de los ingleses era su prioridad número uno.
- -No sé en realidad con quién deseo casarme -admitió Ginny, pensativa. -Imagino que no lo he conocido aún. Ahora, Caitrin, ¿qué decías de los parientes de Eynsford?
 - -¡Ginny! -exclamó Rhiannon. -No puedes hablar en serio.
- —Bueno, ¿por qué no? —su hermana parpadeó inocentemente. —Tía Greer dice que tengo una cara lo suficientemente bonita como para asegurarme un buen marido. ¿Tienen fortunas? —esa última pregunta fue para Cait, quien pareció impresionada por la sorprendente actitud mercenaria de Ginny.

Rhiannon tampoco podía creer lo que escuchaba.

−¿De verdad viniste con tía Greer de buena gana?

Ginny asintió.

- -Papá dijo que podía, y quiero asistir a bailes y conocer caballeros y...
- −¿Pero con la malvada tía Greer? −la voz de Rhiannon se alzó una octava.

Ginny bajó la mirada.

- -Sé que no es muy amable contigo, Rhi...
- -Tampoco ha sido particularmente amable contigo jamás.

Ginny suspiró.

-Cierto, pero se ofreció a presentarme. ¿Cuándo tendría otra oportunidad como esta? Papá jamás dejaría su biblioteca el tiempo suficiente como para traerme a Londres de compras y acompañarme a bailes y reuniones de sociedad. Lamento que no haya hecho lo mismo por ti.

Rhiannon se quedó sin aire. Había venido a Londres sin razón alguna. Ginny estaba contenta con sus circunstancias, incluso en la compañía de su malvada tía, al parecer. Pero eso no significaba que tía Greer no tuviese alguna razón oculta.

-No permitiré que la tía te case con algún viejo verde. Quiero que seas feliz.

Ginny arrugó el entrecejo.

–¿No la creerás capaz de hacer algo así, verdad?

Rhiannon sí lo creía, pero no creyó conveniente decirle tales cosas a Ginny. Su hermana parecía estar disfrutando de todo esto, y Rhi no quería destrozar sus ilusiones.

-Yo no lo permitiré -le prometió. -Jamás estaré lejos, Gin. Si te gusta algún prospecto, preséntamelo antes de tomar cualquier decisión. Y no hagas todo lo que te dice tía Greer. No la dejes decidir todo.

Los ojos de Ginny se iluminaron.

-¿Estarás aquí toda la temporada?

Rhiannon le sonrió.

-Cait y Eynsford me invitaron a quedarme con ellos.

Ginny saltó de su asiento, echándole los brazos al cuello.

-Rhi, te prometo no aceptar ninguna propuesta sin consultarte primero.

Matthew se dio la media vuelta, con el propósito de escapar a la locura de este baile. ¿Por qué demonios había aceptado asistir a tal cosa? Pero alguien lo tomó del brazo, y entonces Matthew se encontró con los ajados ojos de Sir Ralph. Le sonrió al barón.

- -Estaba por marcharme.
- -¿Vas a dejar que la muchachita te espante así como así?
- –Yo... –Matthew no sabía ni cómo responder a eso. Rhiannon Sinclair no lo había espantado. Quería marcharse porque no quería codearse con esta gente. No había razón para ello.
- —Tienes razón en eso que dijiste antes. Has pasado mucho tiempo fuera de la sociedad. Obviamente no sabes cómo hablar con una dama —Sir Ralph lo llevó a una esquina apartada. —Tu padre debió haberte mandado a Eton, pero eso ya no importa. No imagino que le habrás dicho a la chiquilla. No, no me lo digas —alzó la mano en falsa protesta. —No quiero saberlo. Pero es obvio que necesitas de mi tutela. Debes estar bastante encantado con la señorita para sugerirle lo que de seguro sugeriste.

Matthew casi deja escapar un quejido.

- -De verdad, señor, creo que este no es el lugar para mí.
- -¡Tonterías! -exclamó el anciano. -Eres el condenado Conde de Blodswell, y estás buscando esposa. Este lugar es perfecto para ti.
 - -No busco esposa, señor.

Sir Ralph alzó una de sus pobladas cejas grises.

—Si vas por allí haciéndole proposiciones como la que le hiciste a esa muchachita, te verás casado más temprano que tarde. Hay dos maneras de hacer este tipo de cosas: la correcta y la incorrecta.

Matthew se preparó para escuchar la versión de Sir Ralph sobre "lo correcto". Que Dios lo protegiera.

–Ah –el barón sonrió complacido, mirando hacia la entrada. –Allí está la dama en cuestión.

Matthew se volteó para encontrar a Rhiannon Sinclair caminando hacia él. Se veía hermosa, de la cabeza a los pies. Su vestido era francamente escandaloso, lo que la hacía ver todavía más hermosa a los ojos de él. Estaba seguro que se vería igual de hermosa envuelta en lana. Desafortunadamente, el vestido atraía más miradas que la lana.

Matthew sintió una pequeña puntada de dolor en el pecho, y alzó la mano para frotarlo. ¿Qué demonios era eso? No había sentido nada parecido en más de 625 años. Pero no tuvo tiempo de prestarle más atención, pues Sir Ralph le habló en voz baja.

- -Es un diamante de primera calidad -suspiró. -Me alegra que ya la hayas reclamado, porque llamará mucho la atención esta temporada.
- -¿Reclamado? -Matthew no pudo evitar ahogarse. No había hecho nada por el estilo, ¿verdad?
- —¿Y lo que pasó antes qué fue? Tienes suerte de que Eynsford aceptara tus disculpas, pero te aseguro que para mañana todo Londres sabrá de tu interés por la muchacha —¿Acaso los ojos del anciano se habían suavizado al ver a la brujita? Sí, lo habían hecho, lo cual no tenía sentido. A pesar de lo bonita que era, Rhiannon Sinclair no era en absoluto encantadora. De hecho, era una tormenta ambulante, abrasiva e impresionante. Si Sir Ralph supiese la verdad, dejaría de estar tan encantado con ella.

Pero Matthew dudaba que alguna vez pudiera verla de otra manera, aun sabiendo de lo que era capaz. Era como una sirena. El hermoso cuello de Rhiannon estaba descubierto ya que tenía el cabello peinado hacia arriba. Matthew casi podía ver su pulso marcándose en la base de su cuello. Estaba seguro de poder oírlo. Su aroma de tormenta, con un ligero toque de gardenia, se hacía cada vez más potente al acercársele.

Matthew se acomodó la casaca, sintiéndose reconfortado por el simple hecho de tener algo que hacer con las manos. Sabía que tenía que ir a encontrarse con ella, pero de la nada apareció ese cachorro, Radbourne, deteniéndola con una reverencia.

- -Oh no -dijo Sir Ralph, con un gruñido.
- -¿Oh no? –Matthew tuvo que preguntar.

 Radbourne –el anciano hizo un gesto desaprobatorio, dándole una palmada a Matthew en el hombro. –Un caza fortunas con reputación cuestionable. Deberías intervenir, sobre todo ahora que tu incidente con ella podría manchar su reputación. Te hará ver galante.

Si, de veras galante. Maldición, ¿no se había sacrificado ya para proteger la reputación de Miss Sinclair? Dejándole asumir a todos que él había dicho algo inapropiado había sido más sencillo que revelar la verdadera razón de la cachetada.

Matthew se quedó congelado al ver como Miss Sinclair le sonreía tímidamente a Radbourne, quien guardaba un parecido sorprendente con el Marqués de Eynsford. Salvando el color de cabello, podrían pasar por hermanos. Obviamente estaban emparentados. Matthew había percibido el olor de los lycans apenas entraron al salón de los Pickering. Pero no se había dado cuenta de que el mayor era un caza fortunas. Parecía tan decente como cualquier otro.

¿Acaso Miss Sinclair era rica? ¿Necesitaba ser rescatada nuevamente? La mente de Matthew quedó en blanco al ver como Radbourne apretaba los labios contra los dedos enguantados de ella.

Volvió a sentir una presión extraña en el pecho, tan repentina que casi lo hace caer.

- –¿Te sientes bien? –preguntó Sir Ralph. –¿Llamo a alguien?
- —No es necesario —gruñó Matthew al pasársele el dolor. Fue reemplazado inmediatamente con algo desconocido al ver como los labios de Radbourne permanecían más tiempo del debido cerca de los dedos de ella. Entonces la bestezuela la tomó del brazo, guiándola a la pista de baile.

Miss Sinclair le sonrió a Radbourne de una manera que Matthew jamás había visto, y entonces nubarrones rojos se apoderaron de su visión. Hacía mucho tiempo que no experimentaba una emoción así. ¿Cómo se llamaba? Ni siquiera recordaba el nombre.

–¿Celoso, Blodswell? −preguntó Sir Ralph.

¿Celoso? En lo absoluto. Resopló a modo de respuesta.

Pero *si estaba celoso*. Era lo más raro del mundo, pues apenas la conocía. Matthew no pudo evitar mirar ceñudo como Radbourne bailaba el vals con Miss Sinclair, con su cuerpo escandalosamente cerca del suyo. Miró de cerca como el joven lobo tomaba la mano de ella en la suya. El maldito cachorro de seguro podía sentir su calor a través del guante. Maldito sea. Matthew dio un paso hacia ellos.

-Yo no haría eso, si fuese tú -le dijo Sir Ralph, tomándolo del brazo.

Matthew apretó los dientes.

–¿Hacer que, Sir Ralph? −preguntó.

El viejo se echó a reír.

—Moler a golpes al muchacho. No puedes hacerlo, por lo menos no aquí —señaló a Matthew, como regañándolo. —Y sin importar lo mucho que lo desees. Diantres, yo desearía poder hacerlo por ti. Ese tipo siempre ha creído que se lo merece todo. Nunca me gustó el mozuelo, ni él ni su padre. Siempre anda metido en problemas, y también sus hermanos, que no han tardado en seguir sus sórdidos pasos.

La rabia de Matthew se enardeció mientras veía como Miss Sinclair bailaba con el degenerado caza-fortunas del vizconde. Cada sonrisa lo hacía molestar más. Esperó, cada vez más enfurecido, a que terminara la pieza.

Sir Ralph señaló a la pareja con la cabeza.

-Cuando él se incline, podrás ir a pedirle un baile a la dama. Pero cuida tu lengua, no queremos que te vuelva a cachetear.

Capítulo 5

Rhiannon sabía bien que miraba los ojos brillantes de un lycan cuando Archer Hadley, Vizconde de Radbourne, le pidió que bailara con él.

- -Creo que me arrancará la cabeza si no te dejo ir pronto -dijo Lord Radbourne, con un dramático suspiro. -O por lo menos lo intentará.
- -No sé a quién se refiere, milord -respondió Rhiannon, tratando de recordar todas las clases de etiqueta a las que tía Greer la había obligado a asistir.
- –Oh, sabes exactamente a quién me refiero –respondió él, con una carcajada. –
 Ese tipo no te quita los ojos de encima desde que te saqué a bailar.

Rhiannon sintió como los colores se le subían a las mejillas.

−¡No me ha estado mirando todo el tiempo! −siseó en voz baja.

Lord Radbourne se echó a reír.

—¿Qué hiciste para merecer tal devoción de ese hombre? Por lo que me dice Cait, llegaste a la ciudad ayer. Entiendo que puedas robarte algunos corazones rápidamente, pero veinticuatro horas es algo pronto, incluso para una belleza como la tuya —sus ojos ambarinos brillaron divertidos. —Me tomaría un par de semanas enamorarme de ti —le recorrió el cuerpo con la mirada lánguidamente. —Bueno, quizás solo una.

Rhiannon se tropezó con el zapato de él. O quizás con el suyo propio. No estaba segura de cual. Pero él solo la apretó con más fuerza, guiándola de nuevo al compás.

-No mires ahora, querida, pero el desafortunado conde apenas y puede mantenerse bajo control -dijo Radbourne.

La hizo girar para que pudiera ver a Blodswell por encima de su hombro, y el tipo de verdad parecía capaz de comérsela de un mordisco. Luego de asesinar a su pareja de baile, claro. Ese pensamiento la hizo estremecerse, recordando otra noche, con otro vampiro. Para apartar eso de su mente, se fijó en su acompañante lycan, con su cabello oscuro y ojos ambarinos.

- −¿Disfrutas de la velada? −preguntó Rhiannon, conteniendo una sonrisa.
- —Más de lo que crees —dijo Radbourne. —Vine por petición de Cait. Para ayudar a presentarte en sociedad. Pero con ese vestido y... —volvió a recorrerla con la mirada antes de soltar un gruñido apagado, —el resto, no debería haberme molestado. La única razón de que tu tarjeta de acompañantes de baile esté vacía es que yo te robé antes de que otro pudiese anotarse.
 - -¿Siempre eres tan directo?

Él se encogió de hombros.

- -Eso creo. ¿Te molesta? -la miró, como si su respuesta fuese de pronto sumamente importante.
 - –No, aprecio tu franqueza. Podría hablar contigo toda la noche.
- -Ojalá fuese posible -suspiró Radbourne. Entonces la música se detuvo y él le hizo una profunda reverencia, entrecerrando los ojos al enderezarse. -Blodswell.

Rhiannon miró por encima de su hombro. Allí estaba él, el elegante vampiro. También le hizo una profunda reverencia. Jamás le habían otorgado tanta deferencia en su vida.

−¿Me permite este próximo baile, Miss Sinclair? −preguntó el conde.

Si se negaba, no podría bailar con ningún otro hombre por el resto de la noche. Aunque considerándolo, no estaría tan mal, por hoy: no estaba aquí para buscar esposo, sino para estar pendiente de Ginny. Rhiannon miró a Radbourne en busca de consejo, pero el lycan solo sonrió, guiñándole el ojo.

—Por favor, no diga que no —dijo Blodswell en voz baja, —o todos asumirán que mi anterior falta al decoro fue tan grave que usted ha preferido no dirigirme la palabra nunca más.

Falta al decoro. ¿Era así como los vampiros se referían al acto de transformar a un encantador muchacho en uno de ellos? A ella le encantaría no volverle a hablar jamás, luego de dejarle claras unas cuantas cosas, pero perder la paciencia no le haría ningún bien. Ni a ella ni a Ginny. Así que Rhiannon le sonrió al vampiro.

—¿Le importaría si mejor damos una vuelta por el salón? No tengo muchas ganas de bailar esta noche —miró al techo, donde un pequeño nubarrón gris empezaba a formarse. —¿Por qué no me puedo controlar cuando aparece él? —murmuró para sí misma.

Desafortunadamente, tanto Blodswell como Radbourne la escucharon. El segundo miró al primero con desaprobación.

-Suerte, Blodswell -dijo el vizconde antes de ir a reunirse con sus hermanos sl otro lado del salón.

Pero Radbourne no sabía de sus tormentas, o por lo menos eso creía ella. Así que de seguro el lycan se refería a otra cosa, no a las nubes en el techo.

–¡Bah! –exclamó Rhiannon, abanicándose. –No era eso a lo que me refería. Ahora el vizconde creerá que siento algo por usted.

El Conde de Blodswell la tomó del brazo elegantemente antes de dedicarle su mejor sonrisa.

-Bueno, no es mentira, ¿verdad?

Rhiannon casi se tropieza con su propio vestido, completamente desarmada por sus ojos oscuros. El condenado vampiro no debería ir por allí sonriéndoles a las mujeres de esa forma. Toda la población femenina de Londres se lanzaría a sus pies solo por un atisbo de tal espectáculo. Era tonto de su parte olvidarse de los poderes encantadores que tenían los vampiros. Sacudió la cabeza para aclarársela. No debió

haberlo mirado a los ojos. No creía estar encantada, pero nunca se era demasiado cuidadoso con estas criaturas.

-Bueno, supongo que molestia y desagrado son sentimientos después de todo, milord.

Maldito sea, sonrió nuevamente. Rhi se negó categóricamente a volverlo a mirar. Las sonrisas y miradas encantadoras podrían funcionar con otras, pero no con ella. Ella sabía que se escondía detrás de todo eso. Miró a su alrededor, notando que Ginny estaba en una esquina junto a tía Greer, quien la fulminó con la mirada. Por un momento no estuvo segura de quien era peor: Tía Greer o Blodswell, pero solo por un momento. Tía Greer, por muy antipática que fuese, no tenía la capacidad de robarle la voluntad a nadie.

−¿Y por qué me tiene tanto desagrado, Miss Sinclair? –la voz gentil y profunda del conde le llegó como una caricia mientras caminaban por el perímetro del salón.

Ella mantuvo la mirada fija en las parejas danzando en la pista, para no darle la oportunidad a él de volverla a mirar a los ojos.

- −¿De verdad me está preguntando eso? Luego de lo que le hizo a Alec...
- -Usted no estaba al tanto de mi conexión con su amigo anoche, cuando se fabricó un esposo de mentira y huyó de mí por Hyde Park como si la policía la persiguiese.

Eso era cierto. Se había sentido terriblemente mortificada al ser sorprendida en pleno berrinche y *entonces* se había dado cuenta de lo que él era.

-Habría preferido a la policía -gruñó ella.

Blodswell se detuvo, acercándola a él. Rhiannon mantuvo la mirada clavada por encima de su cabeza para no verle los ojos, pero aun así se dio cuenta de que él fruncía el ceño.

-Nadie me ha demostrado tanto rechazo en tan poco tiempo, Miss Sinclair. Nunca, en cientos de años. Por favor, dígame que hice anoche que la ofendió de tal manera.

Rhiannon fijó la mirada en el hoyuelo de su barbilla.

- -Usted es un vampiro -dijo en voz baja. Si alguien más escuchaba sus palabras, estaría perdida.
- —Y usted es una bruja —respondió él en el mismo tono, inclinándose para hablarle al oído. A ella se le erizó el vello de los brazos. —He conocido a muchas de su tipo durante mi vida, Miss Sinclair. Siempre nos hemos llevado bien.
- —Bueno, yo no he tenido la misma suerte con los de *su tipo* —eso se quedaba corto, pero Rhiannon no deseaba discutir los detalles, mucho menos con él. Apartó la mano de su brazo. —Y preferiría mantener mi distancia de los vampiros, si no le molesta.
- -Me temo que sí me molesta. El Marqués de Eynsford ha solicitado que me presente en su casa mañana, y le he dado mi palabra de caballero que asistiré.

¿Qué sabían los vampiros de caballerosidad? El de Edimburgo no se había preocupado de nada de eso.

- –¿Por qué le haría una petición tan tonta?
- —Para apaciguar las cosas entre nosotros, me imagino. Lastimó bastante mi honor con esa cachetada —explicó el conde, como si ella fuese una niña.

Rhi admitió a regañadientes que tenía sentido, pero seguía sin agradarle. Además, no era la única habitante de Casa Thorpe en este momento. Rhiannon forzó una sonrisa y le hizo una graciosa reverencia.

-Bueno, espero que el marqués y usted la pasen bien el día de mañana. Que tenga buena velada, milord.

Aturdido. Matthew no podía recordar la última vez que se había sentido aturdido. Pero no había otra manera de describirlo. Cada vez que Rhiannon Sinclair se marchaba, él terminaba más perplejo. Había huido de él por tercera vez. Era casi suficiente para lastimar el ego de cualquier hombre. Por los dientes de San Jorge, solo había intentado ayudar a la damisela. La caballerosidad no estaba muerta, pero Rhiannon Sinclair no quería nada que ver con ello.

Miró como Lady Eynsford y su manada de lobos rodeaban a la dama en cuestión. Ella claramente no quería tener nada que ver con él. ¿Por qué habría de importarle? No la conocía. No le debía nada. Pero el ver como el maldito Vizconde Radbourne besaba los dedos de Miss Sinclair lo hacía querer voltearle la cara de un buen puñetazo. Pero eso no sería muy civilizado...

Radbourne era un caza fortunas, ¿no? Eso había dicho Sir Ralph. ¿Y qué habría Sir Ralph de hablar mal de alguien sin motivo alguno? Si Miss Sinclair fuese de hecho rica, él muy bien podría asegurarse de que el caza fortunas se mantuviese alejado de ella, por su propio bien. Eynsford y su esposa parecían no ver los defectos de Radbourne. Estaban emparentados de alguna manera, pero él todavía no estaba seguro de cómo. Tendría que averiguar los detalles.

Si no podía confiar en Eynsford para que protegiera la integridad de Miss Sinclair, quizás Matthew debería mantener un ojo vigilante sobre la muchacha. ¿Quién mejor que un caballero para rescatar a una damisela en apuros, aunque dicha damisela no lo supiera?

-Y después dices que yo soy el terco -masculló Alec MacQuarrie a su lado.

Matthew ni siquiera había notado el regreso del escocés. No se molestó en mirarlo, con los ojos aun fijos en Miss Sinclair.

- –¿De qué diantres hablas?
- -Te pedí específicamente que te alejaras de Rhiannon, y me ignoraste por completo.

Al escuchar eso, Matthew resopló, mirando finalmente a su pupilo a los ojos.

-Creo que te has pasado de la raya, Alec, olvidando la naturaleza de nuestra relación -lo regañó, hablando lo suficientemente bajo como para que el escocés fuese el único que lo escuchase. Se sintió satisfecho al ver el rubor coloreando el rostro de MacQuarrie.

Matthew relajó el rostro. La dama era una vieja amiga de Alec. Debería estar contento de que al escocés le importase *algo*, considerando la manera como se había estado comportando últimamente, como si no le importaran los sentimientos o el bienestar de nadie más.

- -Debiste haberla visto anoche. Estaba sumamente triste. Y ahora...
- —¿Y ahora qué? —dijo MacQuarrie, mirando a la esquina donde se congregaba la manada de Eynsford y la tormentosa brujilla. Hizo un gesto de dolor al posar los ojos en Lady Eynsford.

¿Acaso el pobre hombre superaría algún día la pérdida de la marquesa? Matthew lo dudaba. Había visto otros vampiros en su misma posición, los cuales habían sufrido por décadas. Se dio cuenta entonces de lo afortunado que había sido al no enamorarse de alguien que pudiese perder de esa forma.

−¿Y ahora qué? –repitió MacQuarrie con algo de irritación.

Matthew volvió a fijar su atención en la brujilla a la que Radbourne le sonreía lobunamente. Era muy extraño pedirle consejo a su pupilo, pero este se había codeado en estos círculos antes de su muerte, así que estaba más al tanto de quién era quién.

-¿Qué sabes de Radbourne?

MacQuarrie se encogió de hombros, mirando al hombre en cuestión.

- -Me lo he encontrado un par de veces en el pasado, pero jamás en un baile. No frecuenta este lado de la ciudad. Tampoco socializa con *damas* normalmente.
- -Escuché que sus bolsillos no están demasiado llenos últimamente. Aunque no parece particularmente pobre en este momento -Matthew se frotó la barbilla.

Secretamente deseaba poder encontrar algo para despreciar al vizconde. ¿Debería sentirse mal por ello? Ciertamente odiaba la manera en la que Rhiannon Sinclair respondía a sus sonrisas. A él ni siquiera lo miraba a los ojos.

- No, pero si los rumores son ciertos, y normalmente lo son, no es precisamente rico –entonces MacQuarrie frunció el ceño, estudiando a Radbourne más de cerca. – Es increíblemente parecido a Eynsford, ¿verdad?
 - -Pensaba lo mismo.
- —Jamás los he visto juntos antes —masculló el escocés. —Jamás he escuchado que ambas familias estuviesen emparentadas. Pero podrían pasar por hermanos —escupió eso último, como si encontrara esa idea sumamente desagradable.
- -Son bestias de la misma variedad -explicó Matthew. -Debe haber algún parentesco en alguna parte.
 - -¿Bestias? -Alec volteó de repente a mirarlo. —¿Qué quieres decir con eso?

Matthew suspiró pesadamente. ¿Por qué se le había escapado eso?

- -Aquí no. Te explicaré lo que es un Lycan luego.
- –¿Qué demonios es un Lycan?
- -Este no es el lugar para discutir esas cosas.

Alec lo aferró por la solapa.

- -¡Me lo dirás aquí y ahora! -siseó. -Si Caitrin está en peligro...
- -Ella está a salvo -gruñó Matthew, apartándose del agarre del escocés. Recuerda que estamos en público, Alec.
 - -¿Estás diciendo que Eynsford es un Lycan, lo que sea que eso signifique?

Matthew se acomodó la casaca.

- -Deberíamos regresar a *Brysi*, si quieres tener esa conversación ahora.
- –¡Pero Cait! –insistió Alec.

—Está casada con él. Mírala —indicó Matthew. —¿Parece infeliz, o lastimada? Tienen varios meses de casados, Alec, más de un par de lunas llenas, y parece estar todavía sumamente enamorada de su marido. Sé que te duele, Alec, pero es así como son las cosas.

MacQuarrie lo miró, lleno de angustia.

-Prométeme que está a salvo.

Eso no era algo difícil de prometer. Eynsford cuidaba de su mujer como si fuese el tesoro más preciado del mundo.

-Te juro por mi honor que Caitrin está a salvo con Eynsford.

Alec asintió secamente.

- -Gracias.
- —Pero creo que deberíamos retirarnos por hoy —la mirada de Matthew volvió a posarse en Rhiannon Sinclair. ¿Qué en ella lo atraía tanto? Esperaba caer en cuenta durante su visita el día de mañana a Casa Thorpe. Hasta entonces, averiguaría todo lo posible sobre el aparentemente quebrado Vizconde Radbourne.

Capítulo 6

Casa Thorpe era una casa de locos. O una perrera, dependiendo por donde lo vieras. Rhiannon no estaba segura en este momento de que pensar. Poco después del desayuno, el Marqués de Eynsford había tomado a Caitrin entre sus brazos sin mucha ceremonia se la había llevado a lugares desconocidos, a pesar de sus poco sinceras protestas. Rhi consideró por un minuto lanzarle un pequeño rayo a la retaguardia, de la misma manera que había hecho cuando se había puesto demasiado indecente con Cait durante su banquete nupcial meses atrás. Pero era una invitada en el hogar de él ahora, así que supuso que sería de mala educación.

No los había visto desde entonces.

Rhiannon no estaba sola. Caitrin tenía razón al decir que los hermanos de Eynsford siempre estaban cerca. Había pasado gran parte de la mañana viendo como Grayson y Weston Hadley, los gemelos, discutían sobre todo tipo de temas, desde estilos de corbatas hasta las últimas ofertas de Tattersall's. Eso le resultó bastante entretenido, hasta que Lord Radbourne le sugirió al par que se marcharan a un sitio más apropiado para resolver sus diferencias.

- –¿Y dejarte a solas con Miss Sinclair, so depravado? –Weston Hadley enarcó una ceja. –No lo creo.
- -Estoy completamente de acuerdo -Grayson Hadley se sentó junto a Rhiannon, en una butaca de brocado verde. -Lamento que la ineptitud de mi hermanito con respecto al ganado haya acaparado la conversación, Miss Sinclair.
- Lo siento, querida –dijo Lord Radbourne, sonriéndole de manera lobuna.
 Aparentemente solo se ponen de acuerdo para incordiarme.

- -Y no soy tu *hermanito* -insistió Weston Hadley, dejándose caer en la silla junto a su hermano, fulminándolo con la mirada. -Tenemos la misma edad.
- -Yo soy mayor por cinco minutos -Grayson Hadley se inclinó hacia Rhiannon, susurrando dramáticamente. -El más pequeño de la camada normalmente es más débil, tanto física como mentalmente. No sabe cuántas discusiones hemos tenido al respecto.

Rhiannon no pudo evitar reírse.

- -No se preocupe, Mr. Hadley, le creo.
- -Mr. Hadley es demasiado formal, y se tornará confuso habiendo dos de nosotros. Llámeme Gray, por favor -le guiñó el ojo.

Un gruñido acallado escapó de su gemelo.

−¿Tanta confianza ya? Entonces insisto que me llame Wes, Miss Sinclair.

Gray se echó a reír.

- -Te volví a ganar.
- -Solo porque soy más educado que tú -le espetó Wes.

Lord Radbourne se frotó el entrecejo, como si sus hermanos le produjesen jaqueca.

 De verdad lo siento, querida. Debí dejarlos en casa, en la guardería –los fulminó con la mirada.

Wes resopló.

 No íbamos a permitir que te quedaras con Miss Sinclair –le sonrió amablemente a Rhiannon. –Cait no nos ha contado mucho de usted.

Cait no les había revelado que eran brujas. Su amiga se lo había revelado la noche anterior, luego del baile. Afortunadamente Lord Radbourne no había notado el nubarrón sobre ellos cuando Lord Blodswell los interceptó. Eso habría sido difícil de explicar.

- -No hay mucho que contar -se excusó Rhiannon.
- —Eso no lo creo —Wes se inclinó hacia adelante en su silla. —¿Cómo conociste a Cait?

Rhiannon se apartó un mechón de cabello de la frente.

- –Nos conocemos desde pequeñas. Nuestras madres eran muy buenas amigas. Somos como hermanas –hermanas de aquelarre, pero eso también contaba, ¿verdad?
- –¿Y qué le ha parecido Londres? −preguntó Gray. −Es muy diferente a Edimburgo,
 o por lo menos eso dice Cait.
- -Por lo que he escuchado, no le ha agradado mucho -Radbourne sonrió de buena gana.

Entonces Price, el anciano mayordomo, entró al salón con una pequeña bandeja de plata en la mano.

-Un caballero desea verla, señorita.

Rhiannon tragó saliva. Solo un caballero había amenazado con visitarla hoy. Tomó la tarjetita de terciopelo de la bandeja y soltó un quejido al ver las enormes letras que anunciaban "Conde de Blodswell". Maldito sea. ¿Por qué no la dejaba en paz?

- –¿Tu devoto admirador? −preguntó Radbourne.
- −¿El tipo de anoche? –Gray se enderezó en su poltrona. –Parece bastante... intenso.
 - -Lord Eynsford le pidió que viniera hoy.

Wes resopló.

- -Entonces debería ser Dash quien lo recibiera -eso también había pensado Rhiannon la noche anterior.
- —Si no quieres ver a Blodswell, querida, puedes decirle a Price que no estás disponible —sugirió Radbourne.

Rhiannon asintió. Esa parecía ser una buena idea.

- -Sí—pero su respuesta fue interrumpida por una alegre exclamación en el corredor.
- —¡Lord Blodswell! —la voz de Cait se filtró por la puerta del saloncito —Qué alegría verlo. Estamos reunidos en el salón verde. Si es tan amable de seguirme.
- —Es un placer volverla a ver, Lady Eynsford —a pesar de sus palabras, Blodswell no sonaba demasiado complacido.

¡Perfecto! Caitrin había estado ausente toda la mañana, pero había aparecido en el momento justo para asegurarse de que el chupasangre pasara a la casa. Un trueno retumbó en la lejanía.

- -¿Escucharon eso? -comentó Gray. -No había ni una nube en el cielo cuando llegamos.
- —Aquí estamos —canturreó Cait al entrar junto a Blodswell al salón. Los tres hombres Hadley se levantaron al ver a la marquesa. —Oh, siéntense, muchachos —dijo ella. —Bueno, excepto tú, Grayson —Cait frunció el ceño al verlo regresar a su puesto junto a Rhiannon. —El marqués desea comentarte algo.
- –¿Conmigo? –Gray se levantó, dirigiéndose a Cait. –¿Sabes por casualidad lo que quiere hablar conmigo Dash?
- -No lo sé, realmente -ella lo empujó discretamente al pasillo. Entonces miró por encima de su hombro al vampiro parado junto a ella. -Milord, ¿por qué no toma asiento junto a Rhiannon, ya que se conocen?

¿Qué tramaba Cait? Sabía que Rhiannon no quería tener nada que ver con ese tipo. Se lo había dejado bastante claro la noche anterior. Otro trueno retumbó en la distancia, esta vez más fuerte. Al escucharlo, Cait enarcó arrogantemente una rubia ceja. *Compórtate*, parecía decir.

-Lord Blodswell, creo que conoció a Lord Radbourne anoche. Y sentado allí junto a él está su hermano, Mr. Weston Hadley. Son parientes de Eynsford. Archer,

Weston, este es un querido amigo, el Conde de Blodswell. Por favor, sean amables con él —entonces ella regresó su atención al pobre mayordomo en medio de la habitación. —Price, por favor trae algo de té y refrigerios.

-Por supuesto, Milady -respondió el mayordomo, retirándose.

Cait empujó discretamente a Lord Blodswell hacia Rhiannon, instándolo a sentarse junto a ella en la butaca verde antes de sentarse ella en una silla libre junto a Wes. La mirada oscura del conde cayó sobre Rhi, pero ella se negó a mirarlo.

-Miss Sinclair -dijo él, acomodándose junto a ella, -que placer volver a verla.

Rhiannon casi no podía ni moverse. ¿Cómo era posible que él ocupara tanto espacio en la poltrona? Gray no ocupaba tanto espacio. Ella alzó lentamente la mirada para verlo a los ojos. Maldición, era aún más guapo a la luz del día. Apartó la mirada rápidamente.

- -Gracias, milord -masculló.
- —Pues bien —dijo Cait desde su silla. —Archer, acabo de recibir la carta más encantadora de parte de tu madre.

Lord Radbourne masculló algo que Rhi no alcanzó a escuchar, pero hizo que Wes se riera discretamente. Estúpidas orejas lycan. A ella le encantaría poder distinguir sus gruñidos y susurros.

-Miss Sinclair, esperaba que aceptara pasear conmigo el día de hoy -dijo Lord Blodswell en voz baja. -Creo que ya conoce Hyde Park, pero es un espectáculo diferente a la luz del día.

Rhiannon lo miró boquiabierta. ¿Acaso estaba loco? Los vampiros no podían pasear a la luz del sol. ¿Qué tramaba? Sintió demasiada curiosidad entonces.

-Maravillosa sugerencia, milord.

Matthew no podía creer su suerte. ¿Acaso ella acababa de aceptar dar un paseo con él? ¿Después de que considerara decirle al mayordomo que no estaba disponible para verlo? Si, la había escuchado. También había escuchado a los cachorros dándole ideas para evitarlo, lo cual no le había agradado demasiado. No se imaginaba por qué habría cambiado de opinión, pero no pensaba darle razones para retractarse.

Se levantó, ofreciéndole el brazo.

- –¿Nos vamos?
- -Claro -ella se levantó graciosamente, aunque mantuvo sus ojos clavados en el mentón de él. ¿A qué diantres se debería eso?

Matthew la tomó del brazo antes de voltearse a despedirse de Lady Eynsford con una sonrisa.

- -Hasta luego, Milady.
- —Disfruten de su tarde, Lord Blodswell —entonces la marquesa le guiñó el ojo, algo que lo tomó por sorpresa. Caitrin Eynsford había abogado fieramente por él el día de hoy, pero que lo admitiera con ese guiño... Bueno, era una dama formidable, sin duda.

Matthew caminó junto a Miss Sinclair por el corredor hacia la salida.

- -En realidad no planeas llevarme a pasear -dijo ella, con naturalidad.
- —¿De verdad? —Matthew frunció el ceño, sin detenerse. Cada encuentro con esta dama lo dejaba más confundido. ¿No acababa de pedirle que lo acompañara a un paseo, y ella no acababa de aceptar? —¿Entonces que pretendo hacer con usted?
- -Eso es lo que estoy esperando que me diga. Claramente tiene algo que decirme, ya que lo he visto más veces en estos últimos tres días que a mi propia hermana.

Él no estuvo seguro de cómo responder. Era una criatura sumamente seductora, y él no lograba entenderla.

—Le aseguro que de verdad pretendo llevarla a pasear —y así era. Se le había ocurrido esta mañana por dos razones. Una, el carruaje solo acomodaba dos personas, así que no habría espacio para algún Lycan entrometido. Y dos, si los veían pasear juntos por la ciudad, la gente asumiría que la dama le había perdonado su supuestamente horrible indiscreción de la noche anterior.

Un sirviente abrió la puerta principal. Rhiannon volvió a mirarlo con ojos entrecerrados.

- -¿Está bien, Miss Sinclair? -Matthew ladeó la cabeza. Era eso, o sacudirla violentamente para tratar de enderezar sus pensamientos.
 - −¿De verdad puedes caminar a la luz del sol?

Matthew se sintió sumamente frustrado, pero no se atrevió a decirle nada al respecto, pues sonaba sincera.

-¿Preferiría quedarse aquí adentro, en lugar de pasear?

Sus hermosos ojos color miel se entrecerraron aún más.

-Dijo que quería llevarme a pasear, pero no sé cómo será eso posible.

Matthew no estuvo muy seguro de lo que quería decir ella, pero parte de él se estremeció al escucharla. Pero, el paseo que a él se le ocurría entonces no era... algo particularmente caballeroso, se recordó.

–Claro que la puedo llevar de paseo, Miss Sinclair –señaló el carruaje negro que los esperaba al frente. –Pero solo si sale conmigo –¿Qué esperaba ella: que la tomara entre sus brazos y la raptara? Eso sonaba encantador. Se forzó a calmarse.

Ella asintió.

-Me haría bien algo de aire fresco -y entonces lo tomó de la mano.

Matthew la guio hacia el carruaje, caminando bajo el brillante sol por las escaleras de Casa Thorpe. La ayudó a subirse antes de darle una brillante moneda al muchacho que sostenía las riendas de sus hermosos caballos grises y sentarse junto a

la bruja. Con un movimiento de muñecas, los caballos iniciaron su trote en dirección a la calle Curzon.

Notó que ella lo miraba sorprendida, y le dedicó su más encantadora sonrisa.

–¿Mejor?

Ella asintió.

-¿Cómo es que puede caminar al sol?

Sin pensarlo, Matthew la tomó de las manos, apretándola suavemente. Su anillo destelló.

-Cinco maravillosas mujeres me dieron un regalo hace tiempo, el cual ha hecho mi vida más llevadera.

Ella miró sus manos enlazadas, y él pudo ver el preciso momento en que juntó las piezas de su rompecabezas mental.

- -Se parece al anillo de Blaire.
- -Es idéntico -concordó él, tomando entonces las riendas con ambas manos mientras guiaba a los caballos por la entrada de Hyde Park. Al momento tuvieron que detenerse, pues había bastante tráfico.
 - -Usted se encontraba en Briarcraig cuando Blaire se encontró con Lord Kettering.

Matthew asintió en silencio. No estaba seguro de que podía decir. No tenía muy buenos recuerdos de su estancia en Briarcraig, la cual había culminado en esa terrible noche, con un moribundo Alec MacQuarrie a sus pies. Y la verdad no quería hablar de eso en este momento, no cuando ella parecía por fin estarse relajando en su presencia. No estaba seguro de por qué le importaba tanto, pero así era.

-Todavía no puedo creer que nuestras madres aprisionaran a ese pobre hombre en el castillo. Es inadmisible.

Matthew miró de soslayo a la bruja junto a él. Ella tenía la cabeza gacha, con las manos en el regazo. ¿Acaso se sentía culpable por las acciones de su madre?

- -No fue culpa suya, Miss Sinclair.
- –No, pero fue mi aquelarre. Mi legado. Espero que nosotras cinco jamás tengamos que hacer algo tan terrible que nuestras hijas se sientan mortificadas a cuenta de ello.

Hijas. Ella algún día tendría hijos con algún hombre afortunado. Lástima que no podría ser con él, aunque no sabía de donde había salido esa idea.

-Estoy seguro de que no debe preocuparse por ello, Miss Sinclair.

Ella alzó la cabeza, clavando los ojos en su nariz.

- -Muy amable de su parte.
- –¿Por qué hace eso? −preguntó él, de pronto. −Jamás me mira.

Miss Sinclair se retorció incómoda.

- –¿Qué dice? Lo miro todo el tiempo.
- –No –replicó Matthew, urgiendo a sus caballos adelante. –Mira a mi mentón, o mis orejas, o mi nariz, pero jamás me mira a mí. ¿Por qué, Miss Sinclair?

Ella se apartó ligeramente de él, clavando la vista en una pareja que paseaba tomados de la mano.

- –¿Va a responderme alguna vez?
- -Caitrin dice que no debo temerle, pero no puedo evitarlo, milord. No puedo mirarlo a los ojos y darle la oportunidad de encantarme.

A Matthew le habría sorprendido menos que al Serpentine le hubiesen brotado patas y se hubiese marchado trotando.

-¿Un vampiro te encantó? –buscó con los ojos las señales acusatorias de la influencia de uno de su especie, pero no encontró mácula alguna en su cuello. Deseó entonces poder revisarla más de cerca, por todas partes.

Ella asintió, mirando a la lejanía.

-Yo quedé atrapada en mi mente, viendo lo que pasaba, pero sin poder hacer nada. Me dominó por completo. No podía moverme, ni reaccionar.

Y ella pensaba que él iba a hacerle lo mismo. Y no es que él no hubiese usado jamás ese poder, pero era la primera vez que se sentía culpable por tener esa habilidad.

-Le doy mi palabra, Miss Sinclair, de que jamás haré algo así.

Rhiannon asintió, pero mantuvo a vista apartada.

-¡Rhi! -exclamó una muchachita tras ellos.

Matthew miró por encima del hombro, viendo a una muchacha que parecía recién sacada de un salón escolar, acompañada de dos mujeres mayores en una diligencia.

Rhiannon se volteó, y su rostro se iluminó de alegría.

-¡Ginny!

El joven que conducía la diligencia de Ginny y tía Greer maniobró el vehículo de modo que anduviera junto al carruaje de Blodswell. Fue entonces que Rhiannon notó la presencia de otra persona en el asiento frente a su familia, la formidable Duquesa de Hythe. Rhiannon tragó saliva.

El vampiro junto a ella inclinó su sombrero a modo de saludo.

- -Buenas tardes, mis señoras.
- -¿Y quién es usted? −le espetó tía Greer.

Rhiannon cerró los ojos, mortificada, y un ventarrón sacudió los árboles a su alrededor. Lord Blodswell le apretó la mano delicadamente, y el viento se calmó. Rhi abrió los ojos lentamente para fulminar a su tía con la mirada.

- Lord Blodswell, le presento a mi tía, Greer Cooper, y a mi hermana, Miss Ginessa
 Sinclair –entonces le sonrió tímidamente a la terrible Duquesa.
 - -Me temo que no nos han presentado, mi señora.

La duquesa fijó su mirada astuta en Blodswell.

- –Usted –dijo, señalándolo con un enjoyado dedo. –Conocí a su abuelo, jovencito.
- −¿De veras, Su Excelencia? –él parecía estar conteniendo una sonrisa.

La duquesa se inclinó ligeramente hacia el carruaje de Blodswell.

-Ciertamente, y estoy segura de que no aprobaría su comportamiento anoche. Su título es uno de los más antiguos y respetables del reino.

El rostro de tía Greer se suavizó entonces, mientras miraba apreciativamente al conde. ¿De dónde había salido eso? Rhi no recordaba ninguna instancia en la que su tía cambiase de opinión una vez que se decidía a despreciar a alguien.

La duquesa dirigió entonces su mirada gélida hacia Rhiannon.

-Con respecto a usted, Miss Sinclair, es un placer conocerla. Las jóvenes son muy liberales con sus favores estos días. En mis tiempos, se comportaban con más decoro. No sé qué le habrá dicho este atrevido, pero estoy segura que obtuvo su merecido. ¿Se ha comportado el día de hoy?

Rhiannon parpadeó, confundida, pero logró asentir.

-Ha sido un perfecto caballero.

La anciana sonrió de soslayo.

-Cómo lo imaginaba. Los hombres son como perros, Miss Sinclair. Hay que dejarles claros sus límites. Bien por usted que ha sabido entrenar al suyo.

Rhiannon casi se ahoga, y nuevamente Lord Blodswell le apretó la mano con gentileza.

- –No es *mío*, Su Excelencia –protestó Rhiannon, pero el conde la interrumpió.
- -Estoy a las órdenes de Miss Sinclair -dijo el conde.

La duquesa lo ignoró, manteniendo sus ojos azul claro fijos en Rhiannon.

- −¿Te hospedas con el Marqués de Eynsford y su esposa, cierto?
- -Sí, Su Excelencia -respondió Rhiannon en voz baja.
- -Espléndido. Tengo una velada planeada para finales de esta semana, y me gustaría que fueses mi invitada de honor. Trae a Eynsford y a su esposa contigo.

Rhiannon asintió.

-Gracias. Estoy segura que estarán encantados -por lo menos Cait lo estaría.

La duquesa miró al conde.

-Y por supuesto que estás invitado también, Blodswell. Quiero ver que tan bien entrenado estás.

Él se rió discretamente.

- —Estaré muy feliz de acompañar a Miss Sinclair, si ella lo permite —dijo, sonriéndole a Rhi, con las cejas arqueadas a modo de pregunta. Finalmente, ella se permitió mirar sus ojos oscuros. Las profundidades de obsidiana no ocultaban nada peligroso. De hecho, brillaban entusiasmadas.
 - –¿Miss Sinclair? −preguntó él.

Ella asintió, forzándose a cerrar la boca. De seguro parecía tonta, mirándolo a los ojos con la boca abierta.

Ginny aplaudió, riéndose.

—¡Maravilloso! ¡No puedo esperar a verlos allá! —entonces el carruaje en la que montaba se empezó a mover de pronto, haciendo que casi perdiera su sombrero.

Ginny se asomó por la ventana. –¡Te veo el fin de semana! –exclamó, despidiéndose con la mano.

- —¡Espera! —exclamó Rhiannon, pero el carruaje no se detuvo. Suspiró: ¿solo dos minutos con su hermana? ¿Acaso sería así para siempre?
- —Parecen algo apresuradas, ¿no crees? —preguntó el conde, mirándola. Una gota de lluvia cayó sobre su abrigo, dejando una huella húmeda en su manga. Miró al cielo. —No había ni una sola nube cuando partimos de Eynsford —se lamentó.

Rhiannon ahogó un sollozo, enderezando la espalda.

- -Disculpe.
- –¿Y por qué se está disculpando? −él enarcó las cejas.

Ella gesticuló a su alrededor.

-El clima, milord -susurró. -No siempre puedo controlarlo. Pero trataré de no empaparnos.

Él se rió discretamente.

- -En realidad me gustó mucho la tormenta anterior.
- −¿La del parque o la del baile? –Rhi se cubrió el rostro, avergonzada. –Ese día fue horrible. Lamento que haya tenido que presenciar algo así.
- —¿Tus tormentas? ¿Por qué lamentarías que haya presenciado eso? Me parecieron espléndidas —la miró como si estuviese loca.
- —El incidente en Hyde Park fue un berrinche —admitió ella. —Estaba sumamente frustrada con respecto a mi hermana. Mi tía Greer no me dejó verla. Dijo que mi sola presencia sería un detrimento para el debut de mi hermana en sociedad. Así que expresé mis frustraciones de la única manera que sé: desencadenando una tormenta épica —se limpió la nariz. —Todavía estoy apenada por ello.

Blodswell chocó hombros con ella.

-Todavía creo que fue algo hermoso.

- ¿Creía qué?
- –¿Disculpe?
- -¿Puedo ser sincero con usted, Miss Sinclair?

Ella se encogió de hombros.

- -Adelante.
- —He vivido durante casi seis siglos y medio. He visto muchas cosas. Y hecho muchas otras. No hay mucho que me impresione. Después de un tiempo, las cosas se tornan aburridas. Pero, cuando la vi en el parque, me sentí encantado por primera vez —le dio un golpecito cariñoso en la nariz. —De verdad.

De seguro él solo trataba de hacerla sentirse mejor. Esa gota de lluvia de seguro lo hizo sentirse mal por ella, por eso decía lo que decía. A nadie le gustaban las tormentas. A nadie le gustaban las cosas que no podían controlar. A nadie le gustaba ella, además de su aquelarre.

- -Es muy amable de su parte decir eso.
- -No, está mal de mi parte.
- -No sé qué quiere decir -él hablaba en acertijos, lo que era sumamente frustrante.
 - -Olvide lo que dije -dijo él, urgiendo a sus caballos a que se movieran.

Capítulo 7

No estaba bien que él entretuviera pensamientos de esa naturaleza con respecto a Miss Sinclair. Estaba completamente mal. Pero olía a gardenias, y estaba sentada junto a él de tal manera que sus muslos se rozaban a través de sus ropajes, de la manera más inapropiada y emocionante. Él era demasiado viejo para ella, desde el punto que se viera. Demasiado roto. Demasiado vampiro.

Matthew sabía, en lo profundo de su alma, que no tenía nada que ofrecerle a la hermosa jovencita junto a él. De hecho, solo podía pensar en *tomar* algo de ella. Escuchaba con claridad el susurrar de su sangre recorriendo sus venas, e incluso podía verlo repicando en su cuello. Deseaba, ahora más que nunca, apretarla contra sí y beber de ella. ¿Cómo demonios habían pasado de un inocente paseo por el parque a esto? Quizás el caos la seguía a donde fuera. Y absurdamente, él quería seguirla también.

- −¿Se encuentra bien, milord? −preguntó ella, en voz baja.
- —Bastante —respondió él, crípticamente, aunque no estaba en lo absoluto bien. En lo absoluto. Experimentaba un hambre que no había sentido en siglos. De hecho, sus incisivos eligieron ese preciso momento para descender. Normalmente solo le ocurría cuando estaba hambriento o excitado. Y en este momento sentía ambas cosas. Apretó los labios en una severa línea.

Ella se inclinó a mirarlo a la cara. Él sonrió de soslayo.

 –Oh –murmuró ella, enderezándose entonces, y cruzando las manos en su regazo.

¿Qué demonios quería decir con "oh"?

-Miss Sinclair -dijo él, a punto de informarle que la regresaría a Casa Thorpe en este instante. Necesitaba apartarla de él ahora mismo. No sentía un impulso tal de poseer algo desde su renacimiento.

La dama hizo un gesto de desagrado, interrumpiéndolo antes de que pudiera continuar. Se llevó una mano a la boca, apoyando el talón de la misma contra sus labios antes de soplar suavemente. Él se retorció, incómodo.

Peor aún, ahora los caballos no parecían querer obedecerlo. Una brisa suave les alborotó las crines, haciendo que agitaran las orejas, de pronto llevaron al carruaje a un camino poco transitado, al abrigo de los árboles. Él haló las riendas, pero fue inútil.

- —No es necesario que luches —dijo ella en voz baja. —Los he encantado —ella volvió a soplar y los caballos se detuvieron. Antes de que él pudiera adivinar lo que ella tramaba, Miss Sinclair se bajó de un salto del carruaje, aterrizando limpiamente con un revoloteo de sus faldas.
- −¿Por qué de pronto me siento como empujado? –preguntó él. No estaba acostumbrado a no estar en control, menos con respecto a una dama.
 - -Quizás sea porque así fue -comentó ella. Entonces se alejó.

¿Qué diablos estaba haciendo?

—¡Miss Sinclair! —exclamó él, con los ojos fijos en su espalda mientras se alejaba. Y qué espalda más bonita. La alcanzó con tres largas zancadas. Ella no podía escapar de él a pie. Si de verdad lo quería, él era capaz de atraparla, se dijo a sí mismo. Entonces hizo un gesto de desagrado. De verdad quería atraparla. —¿Puedo preguntarle a dónde se dirige?

Ella se volteó a mirarlo, quitándose su bonete y dejándolo caer en la hierba.

-¿Quiere beber mi sangre, milord? –preguntó simplemente. Entonces ladeó su bonita cabeza. –De ser así, entonces hagámoslo de una vez, para que pueda dejar de sentir temor de usted –le hizo señas para que se acercara, apuntando a su cuello. –

No puede ser tan malo. Estoy segura de que Blaire le permitió a Kettering que lo hiciera. El viento me susurró cosas.

Maldición, su cuerpo respondía a la llamada de la bruja. Los colmillos le dolían de solo pensarlo. Apartó la mirada, clavándola en algún punto distante.

- —No tienes ni idea de lo que me pides —dijo lentamente. Lo peor era que estaba hambriento. No había comido en *Brysi*, ni en ningún otro lugar desde que la había encontrado. Por alguna razón, no deseaba cualquier sangre. Deseaba la sangre de ella.
 - -Te pido que me ayudes.

Él no pudo evitarlo. Se volvió a verla.

-Y estoy dispuesta a devolver el favor. ¿Me deseas, verdad? -Ella ladeó la cabeza nuevamente, estudiándolo, sus pestañas rozando suavemente sus mejillas con cada parpadeo de sus ojos color miel.

No podía. ¿O sí? No, definitivamente no.

- No podría, Miss Sinclair –dijo. Le encantaría, pero entonces sería la peor escoria del mundo.
- —¿Tampoco soy lo suficientemente buena para ti? —una ráfaga de viento le alborotó los cabellos, lo suficientemente fuerte para llamar su atención.

Matthew se metió las manos en los bolsillos. Era eso, o tomarla entre sus brazos. La pequeña bruja se atrevía a usar sus propios poderes contra él. Eso lo hizo sonreír.

- -Eres demasiado buena para alguien como yo -maldición, podía escuchar la voz de Alec MacQuarrie haciendo eco en su mente.
 - -Oh, haz eso otra vez -dijo ella, alegremente, dando un paso hacia él.
 - –¿Qué haga qué? –Dios, qué tortura.

- -Sonríe -ella contempló pacientemente su boca. Entonces le hizo una mueca, sacando la lengua. Se veía tan ridícula que él no pudo evitar sonreír abiertamente. Se echó a reír.
- -Oh, qué bonito -susurró ella, alzando la mano para acariciarle el borde de la boca con el pulgar. -¿Duelen?
 - -En este momento me atormentan -admitió él.
- -¿Por qué? -preguntó ella, con una expresión de genuina sorpresa en el rostro. ¿Acaso no tenía ni idea? Acababa de ofrecérsele como un cordero al altar. Pero él no podía tenerla. Solo había una razón para su incomodidad en este momento.

Su mano aún rozaba la mejilla de él. Él apretó el rostro contra la mano enguantada, sin poder contenerse. Por lo menos había algo de tela entre sus dientes hambrientos y el frágil pulso de su muñeca. Aunque eso no lo detendría. Él inhaló profundo, percibiendo el perfume de gardenias y ese olor especial que era solamente de ella. Ella lo hacía querer quitarle ese guante y hundir sus colmillos en esa piel delicada. Pero eso no sería apropiado.

- —No me respondiste —le recordó ella, en voz baja. Se rió discretamente cuando los labios de él recorrieron la distancia de la palma de su mano hacia su codo. Cuando trató de apartarse, él la retuvo. Ella miró boquiabierta como él recorría su brazo son los labios.
- —Me atormentan, Miss Sinclair, porque te deseo más de lo que he deseado nada en mi vida —él dio un paso adelante, quedando ambos pecho contra pecho. Si se movía un milímetro más, podría sentir sus ropajes contra los suyos. Su calor contra su cuerpo. El latido de su corazón contra el silencio del suyo. Se apartó.
 - -Propongo un intercambio, Blodswell -dijo ella.
- –No intercambiaremos nada, jovencita −él frunció el ceño. ¿Qué se proponía la brujita?
- -Oh, pamplinas -ella sonrió burlona. -Podríamos hacer cosas maravillosas el uno por el otro.

Él no ponía eso en duda. Ese era el problema.

- -Nadie sabe lo que eres, ¿verdad? Estás en nuestra sociedad, y nadie lo sospecha.
- –Aparte de ti, nadie –admitió él. Bueno, y también Lady Eynsford, pero ella ya lo sabía.

Ella se echó a reír.

- -Qué especial me siento -su risa era contagiosa, tanto que él casi se le une. Ella apoyó la palma de su mano con firmeza contra su pecho y lo miró a los ojos.
- -Te necesito -suspiró en voz baja. Una lujuria pura y arrebatadora, del tipo que no había sentido en siglos, amenazó con apoderarse de él. Casi cae de rodillas. Dios, que esta chiquilla fuese capaz de ponerlo en este estado era...vergonzoso. -Como hombre respetable.

Él se forzó a apartar los pensamientos lujuriosos para estudiarla con cuidado.

- Soy bastante respetable, gracias –o por lo menos lo había sido hasta el cachetón de anoche.
- -No -corrigió ella, dándole un golpecito cariñoso. -Necesito que me *hagas* respetable.

Él lo que quería en realidad era faltarle el respeto. Matthew suspiró.

- -Me parece que ya eres bastante respetable -dejando a un lado los berrinches y los nubarrones que se acumulaban sobre su cabeza de cuando en cuando, como una señal de mal agüero, claro.
- -No para mi tía. Ella me odia. Ni siquiera me deja ver a mi hermana. Solo por el estigma que traigo conmigo por ser lo que soy.

La tristeza que le causaba esa afirmación era palpable, en la manera en la que apartaba la vista y parecía recogerse en sí misma.

-Tu tía está completamente loca, querida. Debe ser la mujer más idiota que ha vivido jamás. Confía en mí: he conocido bastante gente loca durante mi vida.

- -Mi tía me odia -repitió ella. -Y también odia a Caitrin. No gano ningún favor quedándome en Casa Thorpe, pero no tengo ningún otro lugar donde quedarme.
- -No creerás poder quedarte conmigo, ¿verdad? –a él le encantaría, pero entonces ella quedaría arruinada. Completamente arruinada.
- -Oh, no, nada tan drástico. Solo quiero tomar algo de tu prestancia. Bueno, la de tu título -ella se aferró a las solapas de su abrigo con ambas manos. -Te necesito.
 - –¿Para qué? –Dios, si ella no lo decía, él se volvería loco.
 - -Para que me corteje. Que pretenda estar interesado en mí.
- —No tendría que pretender nada —admitió él en voz baja. Los ojos miel de ella brillaron al escucharlo. —Pero no puedo —él la apartó de si gentilmente antes de dar un paso atrás. —Simplemente no puedo.

Ella suspiró.

- –Puedo pagarte.
- -No necesito dinero, querida.

Entonces ella se recogió el oscuro cabello, dejando al descubierto su delicado cuello.

-No con dinero, Blodswell.

¡Santo Dios! ¿Acaso ella sabría lo que le estaba haciendo? Su olor ya empezaba a volverlo loco. Ahora podía ver con claridad su pulso, repiqueteando contra la delicada piel en la base de su cuello. El viento, sus palabras y los sonidos a su alrededor fueron reemplazados con la cadencia del corazón de ella. ¿Acaso ella deseaba ser devorada? Matthew cerró los ojos, contando hasta diez. Y luego diez más. Lentamente.

Al parecer dejó escapar algún lamento, pues ella se enderezó, mirándolo con el ceño fruncido. Con un suspiro, volvió a cubrirse el cuello con los cabellos. Gracias a Dios.

-Oh, olvídalo. Pensé que funcionaría. La duquesa estaba tan encantada contigo. Incluso mi tía dejó de fruncir el ceño cuando Su Excelencia mencionó la antigüedad y prestancia de tu título. Pero creo que puedo pedirle ayuda a alguno de los parientes de Eynsford. Alguno de ellos tiene que ser lo suficientemente respetable como para ayudarme.

Matthew se erizó enseguida, una niebla roja de rabia apoderándose de su mirada. Le rodeó la cintura con un brazo, apretándola contra si mientras la tomaba por el mentón, alzándole el rostro.

- -No le pedirás a ninguna de esas bestias libidinosas que te acompañen de ninguna manera, ni ningún tipo de ayuda. Pasarán por encima de mi cadáver.
- -Eso sería algo difícil, viendo que eres inmortal -comentó ella. -Me refiero a lo de pasar sobre tu cadáver. Eso es algo difícil -se rió discretamente. No se le resistió en lo más mínimo, solo dejando que la abrazara. Calzaban perfectamente, casi como si ella hubiese sido hecha para él.
 - -Y aun así, tú eres capaz de acabar conmigo -admitió él.
- -Entonces di que sí, por favor. Di que me ayudarás -ella lo miró con ojos inocentes y plañideros.

Matthew suspiró. Si se negaba, ella le pediría al condenado de Radbourne que la ayudara, o a alguno de su camada. Entonces ella terminaría con la marca de otro. Él no podía permitir eso.

Asintió apresuradamente, antes de perder el valor.

- -Está bien, lo haré. Pretenderé cortejarte. Para congraciarte con tu tía. Haré lo mejor que pueda para encantarla y parecer respetable.-
- -¿Y me permitirás pagarte? -preguntó ella, estremeciéndose. Él notó que no se estremecía de miedo, sino más bien por otra cosa.
- -Lo pensaré -respondió él. Maldita sea. Sí que lo pensaría. Pensaría en ello una y otra vez. Y soñaría con ello. Y lo desearía. Terminaría consumiendo sangre de

animales, porque ninguna otra lo satisfaría, no después de haberla olido y haberla tenido en sus brazos.

-Piénsalo -rió ella. -Haré que me desees.

Él la tomó de la mano, llevándola de vuelta al carruaje, mascullando en voz baja.

-No lo dudo.

Al llegar junto al vehículo, Matthew la ayudó a subirse al asiento.

- -Miss Sinclair, si no estuviese muerto, temería por mi vida.
- -¿No irás a cambiar de parecer? -ella pareció preocupada.

Matthew negó con la cabeza.

-Te di mi palabra -se subió de un salto, tomando las riendas. -¿Me devuelves a mis caballos ahora? -preguntó, gesticulando hacia los caballos, que aún parecían encantados.

Ella sopló en dirección a los animales, quienes enseguida agitaron las orejas.

-Todos tuyos -rió.

Él sacudió la cabeza, impresionado: no solo acababan de verle la cara de tonto, sino que era realmente un tonto.

Capítulo 8

Esta era realmente una de las mejores ideas que había tenido Rhiannon en su vida. No podía dejar de sonreír. El Conde de Blodswell era el candidato perfecto para ganarse la aprobación de su tía. Tenía un buen título, era guapo, adinerado... y pertenecía a una de las familias más antiguas y respetadas de Inglaterra. De seguro tía Greer no encontraría defecto alguno en él.

Bueno, estaba lo del cachetón que le había propinado Rhi en el baile de los Pickering, pero la Duquesa de Hythe parecía haber superado cualquier impresión bastante rápido. Ya que la duquesa parecía estar tan encantada con el título de Blodswell, o quizás hubiese estado enamorada del "abuelo", la opinión de tía Greer no podía ser mala. Incluso había sonreído al escuchar sobre la antigüedad del título de Blodswell. Tía Greer jamás sonreía.

Gracias al cielo por la Duquesa de Hythe. Rhi se rió para sus adentros. Eynsford jamás creería que Rhi realmente había pensado eso, en especial teniendo en cuenta la expresión de terror en su rostro la noche anterior al posar sus ojos en la anciana. Pero era verdad. Sin el beneplácito de la anciana...

Rhi frunció el ceño. ¿Qué hacía su tía paseando en una diligencia con la duquesa? No había caído en cuenta de lo absurdo de la situación hasta ahora. Había estado tan contenta de ver a Ginny, y luego tan aterrada de ver a la duquesa que no había considerado lo extraño de las tres mujeres en la misma carroza.

¡Cielos! Tía Greer estaba mejor conectada de lo que Rhi pensaba. Aunque eso no la deprimía. A lo mejor tía Greer de verdad quería lo mejor para Ginny y estaba haciendo uso de sus influencias para asegurarle un buen matrimonio. Y quizás un dragón podía darle un aventó a una familia de trolls a Casa Carlton, donde estaban invitados a tomar el té con la Reina.

En realidad lo segundo era más posible que lo primero. Tía Greer solo se interesaba en sí misma. Si tan solo Rhi pudiese averiguar cómo calzaba su hermana en todo eso. ¿Acaso la duquesa tendría algo que ver?

Miró al vampiro junto a ella. Blodswell cargaba una expresión fulminante, pero no era dirigida a nadie en particular. ¿Qué le pasaba?

- –¿Estás bien, milord?
- -Perfectamente bien -respondió él, los ojos fijos en el camino.

Pero no se veía perfectamente bien. Tampoco sonaba bien. Había dicho que no cambiaría de parecer, que le había dado su palabra, y Rhi le había ofrecido buena paga. Quizás los vampiros eran criaturas caprichosas. Así era con los lycan que había conocido, después de todo. Rhiannon decidió no presionar más al conde y contentarse con ver las casas de Mayfair pasar mientras Blodswell dirigía sus caballos de vuelta a Casa Thorpe.

El carruaje se detuvo frente al hogar de Caitrin antes de lo esperado. Blodswell se bajó rápidamente para ayudarla a bajar. Una vez a salvo en el suelo, Rhi alzó la vista para mirar en sus ojos oscuros como la medianoche, algo que no habría considerado hacer hace solo dos horas atrás. Pero él le había prometido no encantarla, y ella confiaba en su palabra.

Parecía un alma bastante estable, completamente diferente al vampiro que se había apoderado de ella en Edimburgo. Enseguida sintió vergüenza por haber dejado que esos antiguos miedo influyeran en su opinión de Blodswell. Aparentemente lo único que tenían en común eran sus oscuros ojos.

-Gracias por pasear conmigo hoy, Miss Sinclair -el conde apretó los labios contra su mano enguantada.

Ella se estremeció por completo.

-Gracias, milord. Por todo.

Algo que ella no entendió por completo se quedó en los ojos de él.

-Me disgusta tener que separarnos, querida -dijo. Parecía sincero, incluso dolorido por el prospecto.

Blodswell se metió la mano en el bolsillo, sacando una nota doblada y se la entregó.

—Alec me pidió que te entregara esto. Dijo que querías encontrarte con él hoy —miró Casa Thorpe, alzándose tras ellos, —pero dadas las circunstancias, es mejor que no te visite aquí. De seguro entenderás por qué.

Por supuesto. ¿En qué estaba pensando cuando le dijo eso a Alec? Rhiannon tomó la nota, asintiendo.

- –¿Él está realmente bien, señor? ¿De verdad?
- -Tu devoción a él habla bien de su carácter -él inclinó la cabeza ligeramente. Vendré a visitarte mañana.

Entonces se subió de un salto a su carruaje, marchándose antes de que Rhiannon pudiese caer en cuenta de que en realidad él no respondió a su pregunta. Miró la nota en sus manos y se dirigió apresuradamente a Casa Thorpe.

El amable mayordomo abrió la puerta antes de que ella llegara al escalón superior.

-Bienvenida, Miss Sinclair. Lady Eynsford se encuentra reunida en el salón verde.

Lo que significaba que Rhi tenía que evitar el salón verde, por lo menos hasta después de leer la nota de Alec. La sentía quemarle la palma de la mano. Estaba segura que no debía compartir su contenido con Caitrin. Le sonrió al anciano mayordomo.

-Muchas gracias, Price. Iré a refrescarme antes de unirme a la señora de la casa.

Entonces corrió escaleras arriba antes de que Cait pudiese interceptarla en el recibidor, como había hecho temprano con Blodswell. Rhi se apresuró por el corredor hacia su habitación, antes de detenerse de golpe al ver una enorme figura decididamente masculina esperándola en la puerta.

Lord Radbourne se enderezó, haciéndole una ligera reverencia.

-Me alegra ver que regresas de una pieza, querida.

¡Cielos! Rhiannon se quedó sin aire. ¿Acaso él la acechaba? ¿Por qué?

–¿Milord? –dio un paso indeciso hacia adelante. –Creí que estaba con Caitrin–que cosa tan poco inteligente que decir.

Los cálidos ojos ambarinos de Radbourne la recorrieron apreciativamente.

-Espero que eso no signifique que me estás evitando.

Rhiannon sacudió la cabeza.

-No, solo deseo refrescarme luego del paseo.

El vizconde hizo un gesto grandioso hacia la puerta, como invitándola a su propia habitación.

-Por favor, quítate el olor de ese tunante.

Rhi lo miró boquiabierta.

–¿Disculpa?

Radbourne enarcó una de sus cejas oscuras, señalándose la nariz.

-Tengo un olfato excelente.

Ella lo sabía, pues había pasado bastante tiempo en la compañía de Lord Benjamin Westfield. El sentido del olfato de un lycan no tenía parangón. Pero ella no había notado nada desagradable en el olor de Blodswell.

- –No es ningún tunante –lo defendió sin razón aparente. ¿De dónde había salido eso?
- -No, es peor que eso -Radbourne dio un paso hacia ella, ocupando casi todo el corredor. -Es una criatura que se alimenta de los vivos.

Rhiannon ahogó un grito.

–¿Sabes lo que es?

El vizconde le apartó un mechón de cabello del rostro.

- —Sé muchas cosas, querida. Fue ayer que conocí a Blodswell, pero me he encontrado con otros como él. Son una raza peligrosa.
- –Lo mismo se podría decir de los lycan –Rhiannon se encontró defendiendo a Blodswell nuevamente.
- -Touché -Radbourne se rió ligeramente. -Pero por lo menos los lycans disfrutamos de las damas por placer, no como comida.

Rhiannon tragó saliva. Eso no podía negarlo. Pero aun así, se había ofrecido como pago a Blodswell por su ayuda, y él, aunque había admitido que si la deseaba, había evitado tomarla. Eso tenía que significar algo, ¿cierto? Quizás ella fuese algo más que su próximo bocado. Aunque en parte no le importaba que el conde tomara su sangre. Eso debería aterrarla, pero extrañamente no lo hacía. Qué día más extraño.

-Bueno, su señoría fue extremadamente caballeroso conmigo. Puedes buscar las marcas de dientes si no me crees.

Los ojos dorados de Radbourne se oscurecieron y una sonrisa lobuna se dibujó en su rostro.

- -Eso me agradaría más que nada, preciosa. ¿Por dónde quieres que empiece?
- Rhiannon se sonrojó hasta las orejas. ¡Cielos! ¿Qué pensaba al sugerir tal cosa?
- -No quise decir que...
- —¡Archer! —exclamó Cait, emergiendo de las escaleras. —Ya me preguntaba dónde te habías metido. Dash te busca.
 - –¿De veras? –Radbourne contuvo una sonrisa. –¿Lo mismo que a Gray temprano?
- -Exacto -respondió Cait con altanería. -¿Y qué haces bloqueándole el paso a Rhiannon? No creo que tu madre te haya enseñado a acosar jovencitas en los umbrales de sus recámaras.

El vizconde se echó a reír, pasando junto a Rhiannon y a su cuñada.

-Hay muchas cosas que mi madre no me enseñó.

Cait suspiró.

- -Estoy al tanto. Ahora, anda al estudio de Dash.
- -Como desee, Milady -besó la frente de Cait antes de marcharse. -Eres la arpía más bonita que jamás he conocido.

Cait le dio unos golpecitos cariñosos.

 –Anda, márchate antes de que haga que Dash te eche a la perrera –en lo que se marchó, Cait tomó a Rhiannon por el brazo, sonriendo ampliamente. –Cuéntamelo todo.

Rhi apretó el puño que contenía la nota de Alec y sacudió la cabeza.

- –¿Todo sobre qué?
- -El paseo, so boba, y no dejes ningún detalle por fuera.

Oh, había bastantes detalles que Rhi deseaba evitar.

- -Vimos a Ginny. La Tía Greer pareció impresionada por el título de Blodswell.
- -Cómo debería ser.

Rhiannon se cruzó de brazos. No estaba segura de apreciar la ligereza con la que Cait hablaba del conde. Aunque había decidido que el conde le caía mejor de lo que pensaba, el ávido interés que mostraba Cait en la situación la incomodaba. Esperaba que su amiga jamás se enterara del convenio que tenía con el vampiro.

–¿No has estado mirando en mi futuro otra vez, verdad?

Con una cara que se le caía de la inocencia, Cait negó con la cabeza.

-Dije que no lo haría. Pero si no quieres que mire, tienes que contármelo todo. Si no, me dará mucha curiosidad y no podré evitarlo.

Rhi resistió las ganas de poner los ojos en blanco. Cait obtendría la misma versión que pensaba hacer correr por la ciudad, y nada más.

-Pues, parece que el buen conde tiene intenciones de cortejarme.

Los bonitos ojos azules de Cait brillaron.

-Pues claro que planea cortejarte. Blodswell es tan sabio como viejo. Pero, ¿te gusta Rhi? Dime que sí.

En eso, Rhi no tuvo que fabricar una respuesta. Asintió.

-Sí me agrada, Cait. Y no sabes cuánto me sorprende.

Cait le echó los brazos al cuello.

-Esto es tan maravilloso.

Rhi se apartó del abrazo de su amiga.

-Me temo que huelo mucho a los caballos de Blodswell. ¿Te importa si me cambio antes de ir a dar contigo en el salón?

Una sonrisa gatuna curvó los labios de Cait.

-Claro. ¿Me lo contarás todo cuando vayas al salón?

Rhi se dirigió a su habitación.

—Oh sí. Y también te contaré que la Duquesa de Hythe, quien solicita nuestra presencia en su reunión a final de semana. Dijo que debía llevarte a ti y a Eynsford también.

Cait se echó a reír.

−¡No puedo esperar a ver la cara de Dash! −dijo, antes de dirigirse de vuelta a las escaleras.

Rhiannon entró a su habitación, cerrando la puerta antes de tocar la campana para llamar a la sirvienta. Entonces se dejó caer en la cama, desdoblando la nota que había estado ocultado de su mejor amiga.

Queridísima Rhiannon,

Me alegra verte con bien. Eres un pedacito de casa que jamás creí volver a ver. Me gustaría contarte algunas cosas, y estoy seguro que también tienes preguntas. Si gustas en complacerme, enviaré un carruaje a por ti esta noche. Solo manda una nota a mis habitaciones en Picadilly y yo me encargaré del resto. Espero verte pronto.

Eternamente tuyo,

Alec.

¿Eternamente tuyo? Bueno, eso no era mentira, pero la calidad de su existencia era otra cosa. Rhi se moría de ganas de hablar con él, pero claro, él no podía presentarse así como así en Casa Thorpe, no con Caitrin allí. O Eynsford. El plan de Alec parecía lo mejor.

Se levantó de un salto, yendo a su escritorio a escribir una apresurada respuesta a su viejo amigo. Con algo de suerte, Cait cumpliría su palabra y dejaría de meter la nariz en el futuro de Rhi.

Capítulo 9

¡Santo cielo, que día! Cuando no tenía a Rhiannon Sinclair ocupando sus pensamientos, se ocupaba en perseguir a su pródigo pupilo. MacQuarrie se movía más rápido de lo que Matthew podía seguirlo.

Lo había buscado primero en *Brysi*, de donde le dijeron que había partido minutos antes de su llegada, con destino desconocido. Valiéndose de sus sentidos supernaturales, siguió al escocés a Tattersall's, solo para descubrir que justo acababa de irse.

Pasó de club en club, siempre un paso atrás de MacQuarrie. Entonces pasó un buen rato en las habitaciones de soltero de Alec, pensando que tendría que dar la cara en algún momento, pero fue en vano.

De vuelta en *Brysi*, Matthew se dejó caer en una mullida butaca de cuero y suspiró profundamente. No necesitaba respirar profundo, ya que su corazón no latía, pero esas acciones sumamente humanas lo hacían sentir más como un hombre que como una criatura de la noche.

Con eso como meta, debería haberse ido a White en lugar terminar en el refugio vampírico, pero algunos hábitos eran difíciles de romper. Debería por lo menos haber pretendido beberse un whisky en St. James, jugar cartas con los otros caballeros, debatir con ellos si Lord Elgin era un vándalo o un héroe, y presentarse al mundo como el respetable Conde de Blodswell. Pero en lugar de eso se retiró a su escondrijo habitual, donde una docena de mujeres, en diferentes niveles de desnudez, se echaban a sus pies, dispuestas a compartir su intimidad.

Una particularmente joven y bonita le tocó el hombro. Al alzar la vista, se topó con los ojos azules más brillantes que había visto jamás.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted, milord? —le preguntó en voz baja. Su mano tembló ligeramente al tocarle el hombro. Era obviamente nueva: él jamás la había visto en el local.

Días atrás, su respuesta había sido obvia. La habría iniciado en un mundo de placer que ella jamás había imaginado. Pero al mirarla ahora, no sentía... nada. Bueno, sin sentía algo. Lástima de que se le ofreciera de esa manera para sobrevivir, cuando en realidad valía más que unos centavos y una bebida.

La tomó de la mano, sentándosela en el regazo. Podría haberse tratado de una hermana pequeña, tomando en cuenta la falta de deseo que sentía por ella.

- –¿Podemos conversar primero? –le preguntó en voz baja. Ella se estremeció, por lo que él le apretó la mano cariñosamente. –¿Por qué no empiezas por decirme tu nombre?
 - -T-tillie -tartamudeó ella, evitando su mirada.
- —¿Me tienes miedo, Tillie? —no era tan terrorífico, ¿verdad? Ella se le había acercado, después de todo. Y estaba en *Brysi* por voluntad propia, o por lo menos eso creía él.
- -No le tengo miedo, señor -ella se retorció en su regazo. Pero eso no le produjo nada. No sintió nada por la muchachita, solo algo de fastidio al escucharla darle vueltas al asunto.
- -¿Por qué estás aquí? -él se cruzó las manos sobre el pecho, apoyándose de la poltrona. Ella olía a agua salada, así que a lo mejor venía del puerto.
 - -Porque usted me sentó en su regazo -respondió ella, tratando de levantarse.

Él la detuvo.

- -Me refiero aquí, en Brysi, querida. ¿Cómo llegaste aquí?
- –Oh, vine caminando –ella se apartó las faldas para mostrarle sus gastados zapatos.

- –¿Desde…?
- −¿Desde...? –repitió ella, como esperando que él terminara la frase.

Matthew suspiró pesadamente. La chiquilla tenía la cabeza vacía. Eso temía.

Tillie continuó.

- –Mi prima vive aquí. Me mandó un mensaje diciendo que había trabajo para mí
 –sonrió tímidamente.
 - −¿Y tenías idea de qué tipo de trabajo sería antes de llegar?

Ella susurró su respuesta.

-Mi prima dice que no es trabajo en realidad. Que es mucho más fácil que lo que hacía en donde Madame Lefrèvres.

Así que no era inocente, aunque se viera y temblara como una.

- —¿Entonces querías subir de categoría? —hablarle era como hablar en una cueva y esperar al eco.
- -En realidad -dijo ella, sonrojándose terriblemente, -esperaba que fuese placentero también.

Matthew quedó boquiabierto. De seguro se veía como un idiota.

—Jamás lo he disfrutado, ¿sabe? *Eso* —esperó a que él asintiera antes de continuar. —Pero mi prima dice que es muy placentero con los de su especie. Y me gustaría experimentarlo —empezó a columpiar las piernas, como un niño en el banco de un parque.

Él le puso una mano en la falta para que se detuviera.

-No hagas eso -la regañó. Si era placer lo que quería, entonces se lo daría.

Matthew se inclinó a olisquearle el cuello. Percibió nuevamente el olor a mar. No olía a gardenias. Tampoco a una noche tormentosa. Tampoco tenía unos brillantes ojos color miel. No era Rhiannon Sinclair. No podría hacer nada.

Me dijeron que le pidiera a usted que me tomara primero. Dicen que es el mejor
 susurró ella en voz baja, acariciándole la mandíbula con un dedo. Él quiso apartarla como una mosca molesta, pero solo apretó los dientes.

-¿Quiénes dicen eso?

Las otras muchachas –respondió ella. –Dicen que usted es el mejor de todos.
 Que cada sesión con usted es impresionante e inolvidable.

Él no tenía ni idea que ellas se sentían así al respecto.

- —¿Te importaría explicarme más a fondo? —para él, esos encuentros lo proveían de alimento y un cuerpo caliente contra el cual acurrucarse. No siempre en ese orden. Era cuidadoso con ellas, claro. ¿Sería eso lo que marcaba la diferencia?
- —Dicen que con usted es lo más placentero del mundo. Que de verdad se preocupa por la felicidad de la mujer en su lecho. Que usted es poderoso y dominante —ella cruzó sus delicadas manitas sobre su regazo. —Yo quiero ser consumida —entonces se echó a reír como una colegiala.
- -Ten cuidado de a quién le dices eso -gruñó él, molesto con la crudeza que escuchó en su propia voz.
 - -Solo se lo he dicho a usted -ella le hizo un puchero. -¿Me desea, verdad?

¡Maldición! Era la segunda vez el día de hoy que le preguntaban eso. Matthew estaba famélico. La garganta le dolía de solo pensar en consumir la sangre caliente de un cuerpo dispuesto. Pero sus colmillos se negaban a descender, incluso con la muchachita en su regazo. Típicamente podía controlarlos, excepto cuando estaba sumamente excitado, como con Miss Sinclair. Pero en esa situación, no había podido hacerlos retraerse. Ni a sus colmillos ni su erección. Pero no lograba despertar deseo por esta chica.

Asintió rápidamente. Debería desearla. Si la deseaba. O por lo menos deseaba desearla.

Ella se apartó el cabello del cuello, ofreciéndole la lánguida extensión del mismo.

-Soy suya entonces -le dijo.

Eso le recordó a otra muchacha, en el parque, haciéndole la misma oferta. Matthew volvió a suspirar pesadamente. No podía alimentarse de Tillie. No podía poseerla de ninguna manera. Y no por ningún código de honor caballeresco, sino porque sus tercos dientes se negaban a cooperar.

Ella empezó a desabrocharse el camisón. Él la detuvo, tomándola de la mano.

- –¿Qué haces?
- -Me desnudo, milord. Usted dijo que me deseaba.

Pero eso, lamentablemente, era mentira.

—Puedes quedarte vestida, Tillie —le ordenó él. Ella se movió para alzarse las faldas y sentarse a horcajadas en su regazo, pero él la detuvo nuevamente. —No —dijo sencillamente.

Ella ladeó la cabeza, mirándolo con una confusión distante.

–¿Por qué no?

Porque su cabeza estaba ocupada enteramente por esa bruja que lanzaba truenos y relámpagos, cuyos berrinches podrían destruir una ciudad. Y hasta que no la poseyera, no estaría tranquilo. Tendría que terminar aceptando el pago ofrecido.

Maldición, sería un tunante de la peor calaña si lo hacía. ¿Pero qué opción le quedaba? Moriría de inanición si no tomaba su sangre. Podría tomar su sangre sin quitarle su inocencia. Pero eso la marcaría para siempre. Con manos temblorosas, apretó una brillante moneda en la mano de Tilly.

-En otra ocasión.

Ella se enfurruñó, haciendo puchero.

Un vaso se posó en la mesa junto a él con un golpe seco.

-Estás algo pálido, Matthew -dijo Alec MacQuarrie. Señaló el vaso, lleno de sangre oscura. -Bebe, amigo mío.

-¿Dónde demonios has estado? -demandó Matthew.

Pero su pupilo lo ignoró por completo cuando Tillie le dirigió una mirada coqueta.

–Él no me quiso.

Santo Dios, el escocés jamás dejaría de burlarse.

-Entonces es un completo imbécil, señorita -MacQuarrie le rodeó los hombros con un brazo, susurrándole algo al oído que la hizo sonrojarse tremendamente.

Matthew tomó el vaso, llevándoselo a la nariz. Lo olisqueó. Sangre de cordero. No era su favorita. Nadie tomaba sangre de cordero si podía evitarlo. Pero como sus colmillos se negaban a descender, tendría que bastarle. Se sentía bastante débil y cansado. Incluso algo disperso. Jamás se le había dificultado alimentarse, en sus 650 años de vida. Tampoco se le había dificultado estar con alguna mujer. Pero de pronto, el solo pensar en tomar la sangre de cualquiera le hacía sentir enfermo.

Se tomó el contenido del vaso de un trago y le hizo señas a un sirviente para que le trajera otro. No podía morirse de hambre. Pero tampoco quería enfrentar el dilema moral de beber la sangre inocente de Miss Sinclair. Estaba perdido si lo hacía, y si no, también.

- –¿Por qué no te llevas a la dulce Tillie arriba, Alec? –preguntó Matthew. Quizás el jovencito podría complacerla. Matthew no podía. Maldición ¿Cuándo envejeció? Cuida de que ella lo pase bien también, ¿entendido?
- Nada me gustaría más, pero tengo un compromiso con una bonita dama más tarde –dijo Alec, demasiado alegremente.
- -No me importa compartir -comentó Tillie, mordiéndose nerviosamente una uña.
- -Ah, algo digno de recordar para más tarde -rió MacQuarrie. -Pero me temo que Miss Sinclair no es ese tipo de chica.

- —¿Miss Sinclair? —Matthew se levantó de golpe, fulminando al escocés con la mirada. —¿Por qué vas a verte con Miss Sinclair? —¡Esa maldita nota! ¿Por qué la había entregado sin leerla primero? Las tonterías que le hacía hacer el honor.
- -Eso es asunto mío, Matthew -respondió Alec MacQuarrie, francamente no impresionado, con el ceño fruncido.

¿Cómo se atrevía el maldito escocés a hablarse así a un superior? ¿A su hacedor, por todos los cielos? ¿Y si Rhiannon le ofrecía el cuello a Alec como lo había hecho con él en el parque?

Matthew arrinconó a MacQuarrie contra la pared en menos de un segundo, con el brazo apretándole la tráquea. Los pies de Alec no tocaban el suelo.

-Si la tocas... -gruñó Matthew, amenazante.

La postura amenazante era solo por apariencias, claro, ya que MacQuarrie tampoco necesitaba respirar.

-Déjame ir, Blodswell -gruñó Alec. -Por favor, oh gran amo, benevolente caballero errante -agregó sarcásticamente.

Matthew lo soltó a regañadientes.

Alec cayó pesadamente sobre sus propios pies.

- -Por el amor de Dios, Rhi es una vieja amiga -se acomodó la ropa. -No tenía ni idea de que sintieras algo tan profundo por ella en tan poco tiempo -agregó en voz baja, de modo que solo Matthew escuchara.
 - -No siento nada -protestó Matthew.

El escocés de echó a reír.

—Si esa pequeña demostración no son celos, entonces no sé qué será, Matt —gruñó Alec. —Solo recuerda que Rhiannon Sinclair es la única muchacha a la que jamás podrás tener —entonces le dio la espalda a Matthew, dirigiéndose hacia Tillie y besando sus carnosos labios rápidamente. —Regresaré pronto, ¿me esperarás?

La muchachita asintió, dando saltitos de anticipación.

- -Compórtate con Miss Sinclair -le recordó Matthew antes de que se marchara. El maldito escocés solo hizo un gesto desdeñoso antes de desaparecer.
 - -No creo que él se moleste si usted me toma primero -comentó Tillie en voz baja.

No, a Alec no le importaría, pero no importaría de todas maneras. Matthew deseaba solo a una mujer. Y la deseaba con una furia sin paralelo. Una tormenta de relámpagos no sería nada comparado a lo que se desencadenaría si llegaban a estar juntos alguna vez. Sería algo fiero, furioso y...delicioso. Pero Alec tenía razón. No podía tenerla. De ninguna manera.

Miró nuevamente a la muchachita que se le ofrecía, y negó con la cabeza.

–En otra ocasión.

Rhiannon no podía ver mucho por la ventana del carruaje que le había enviado Alec. Ocasionalmente alcanzaba a mirar el resplandor de alguna lámpara filtrándose por alguna ventana, pero no tenía ni idea de a donde se dirigía. Suponía que esto era lo que pasaba cuando aceptabas encontrarte con un vampiro en medio de la noche sin pedir más detalles, aunque dicho vampiro fuese un viejo amigo. Aunque no dudaba de las intenciones de Alec. Ni un poco.

El carruaje se detuvo. Un momento después la puerta se abrió y Rhi se encontró mirando frente a frente el rostro sonriente de Alec MacQuarrie.

- -Bienvenida al Museo Británico, Rhiannon.
- ¿El Museo Británico? ¿Por qué diantres la traería aquí? Rhi miró más allá de Alec, al enorme edificio tras él.
 - -No creo que estén abiertos a esta hora -masculló cuando él la ayudó a bajarse.

Los ojos negros de Alec brillaron divertidos.

-Cualquier cosa es posible, si tienes los contactos correctos -La guio hasta la enorme puerta principal, abriéndola como si fuese su propia casa.

Adentro estaba tan oscuro como afuera, pero eso no pareció perturbar a Alec mientras las guiaba por el corredor.

-¿Quieres ver los mármoles que han asombrado a Londres?

Rhiannon se tropezó con su propio vestido.

- −¿Los mármoles de Elgin? −incluso en Edimburgo se hablaba de ellos.
- —Los mismos —Alec la acercó más a sí. —Fui lo suficientemente afortunado como para ver una muestra privada de la colección antes de que la adquiriera el estado. Cualquiera puede venir a verla ahora, lo que supongo es lo mejor, pero las multitudes no dejan disfrutar el espectáculo como es debido.

Más adelante, el resplandor de las velas llamó la atención de Rhiannon, como un faro. Al llegar a la entrada, se quedó sin aliento. El cálido resplandor bailaba entre las estatuas y los relieves de mármol, dando la impresión de que habían viajado atrás en el tiempo.

- -¿Son todas del Partenón?
- La mayoría –respondió Alec, mientras se adentraban en el recinto. –Algunas vienen del Propileos, y otras del Erecteón. Echa un vistazo.

No había otra cosa que hacer. Era el espectáculo más maravilloso que había visto. Un grabado de una batalla histórica llamó su atención.

- −¿Es tonto sentirme como si estuviese en Atenas?
- -En lo absoluto -le aseguró Alec.

Ella se volvió a mirarlo.

-¿Seguro que está bien que estemos aquí?

Alec le guiñó un ojo.

-Conozco al encargado hace años, y puedo ser sumamente persuasivo.

Apenas dijo esas palabras, Rhiannon sintió como el alma se le caía a los pies. Tragó saliva.

-No lo encantaste, ¿verdad?

Algo peligroso se dejó entrever en los ojos de Alec.

- -¿Qué sabes de eso? -preguntó. -Blodswell no te hizo nada, ¿verdad?
- –No –Rhiannon negó con la cabeza. –Y prometió no hacerlo –el rostro de Alec se relajó marginalmente, así que ella posó una mano consoladora en su brazo. –Pero me encontré con un vampiro en Edimburgo que no fue tan amable. Es una experiencia que no le deseo a nadie.
 - –¿Cuándo pasó eso?
 - -Hace unos meses. Cuando Blaire y Kettering regresaron de las Highlands.

Una expresión pétrea se apoderó del rostro de Alec, haciéndolo parecer una estatua.

-¡Maldición! ¿Te lastimó? ¿Los demás están a salvo?

Entonces Rhiannon cayó en cuenta. Se sintió como una tonta.

-Fue él quien te atacó en Briarcraig.

Alec asintió.

-Eran dos. Un hombre y una mujer. Ella es la responsable de lo que soy ahora. Rhi, en realidad no recuerdo lo que pasó. En un momento estábamos mirando las estrellas, y al siguiente me encontraba a los pies de Blodswell, demasiado débil para asentir. Sentí cómo se me escapaba la vida -parecía perdido, los ojos fijos en cosas que Rhiannon no podía ver.

Ella rozó uno de los botones dorados de su chaqueta.

-Lo siento, Alec.

Él negó con la cabeza, sonriendo pícaramente.

-Vamos, siempre he sido un estudiante voraz de la historia. Imagina lo que veré ahora.

Rhi lo miró fijamente.

- -No trates de suavizarlo. Sé que el cambio ha sido difícil para ti.
- -Permíteme verle el lado bueno, ¿quieres? -él le sonrió nuevamente.
- -Muy bien -ella le sonrió tímidamente.
- -Blodswell ha vivido tanto. Solo puedo imaginarme lo que veré yo. ¿Crees que las próximas generaciones pensarán que somos tontos y poco educados?

Rhi sacudió la cabeza. Él sonreía, maravillado, pero había algo vacío en su voz. Si no lo conociera, no se daría cuenta de que mentía entre dientes.

-No pretendas por mí, Alec.

La sonrisa de él se desdibujó por un momento.

-Estoy preocupada por ti.

Él frunció el ceño.

-Yo estoy más preocupado por ti, Rhi. ¿Cómo pueden tú y...? -él miró por encima del hombro de ella para evitar sus ojos. -¿Cómo pueden Caitrin y tú vivir en la misma casa que esas bestias?

Así que también sabía sobre los Lycan ahora. Rhi suspiró.

-No son tan malos. De veras.

La mirada oscura de Alec se fijó en ella.

–No sé cómo puedes decir eso. Se transforman en fieros lobos súper desarrollados, lastimando mujeres y luego culpando a la luna por ello. Rhiannon no conocía a ninguna mujer lastimada por un Lycan, pero prefirió no comentar al respecto. De hecho, Elspeth estaba encantada con su bestia, que resultaba ser el mejor amigo de Alec, aunque él no tenía idea sobre las transformaciones mensuales de su amigo. Además, a él no le preocupaban otras mujeres. Le preocupaba Cait.

- –Ella está bien. Ha visto ese lado de él y no salió lastimada. Él la protegería con su vida. De eso no tengo duda.
 - -Blodswell me prometió que ella estaba a salvo.
- –Y es verdad. Son como perritos falderos con ella –Rhiannon sonrió, esperando contagiarle la sonrisa. –Sabes cómo es ella. Casa Thorpe está por completo a su disposición. Si ella les ordena sentarse, darse la vuelta o hablar, obedecen al instante.

Él no sonrió.

-Cuidado, Rhi. No quiero que te pase lo mismo que a ella, ni a ti ni a Sorcha.

Sorcha, la más joven del aquelarre, estaba bastante obsesionada con tener un Lycan propio. Pero Alec no necesitaba saber eso. Una brisa gentil sopló por la habitación, haciendo que la luz de las velas temblara y acariciando el oscuro cabello de Alec. Él sonrió suavemente, sacudiendo la cabeza.

- -Has estado haciendo eso toda la vida, pero nunca supe que eras tú.
- -¿Haciendo qué? -preguntó ella, fingiendo inocencia con respecto a sus poderes.
- –Aún me preocupas, Rhiannon.
- -No es necesario. Me he estado cuidando sola toda la vida.
- -Porque Dougal Sinclair prefiere tener la cabeza enterrada en un libro en lugar de cuidar a sus hijas.

Rhi no pudo evitar sentirse agraviada por el comentario, aunque había pensado lo mismo en muchas ocasiones.

- -Está investigando, Alec.
- —Está dejando la vida pasar desde que murió tu madre, y en el proceso las abandonó, a ti y a Ginny. Has cuidado tan bien de todos a tu alrededor que ahora crees que puedes mantener la oscuridad a raya tú sola.

¿Todo esto por unos cuantos Lycans? Casi le dice que su mejor amigo era una de esas criaturas, pero se contuvo. No había razón para hacerlo enfadar más.

- -Creo que mis rayos son suficientes para protegerme.
- —¿Y qué tal te funcionó eso contra el vampiro en Edimburgo? —preguntó él, en tono condescendiente, mientras se cruzaba de brazos y la fulminaba con la mirada.

Si no cuidaba su tono, ella se vería obligada a mostrarle lo bien que funcionaban sus rayos contra un vampiro en el Museo Británico. Se cruzó de brazos en lugar de responder.

 No tienes como protegerte de algo sobrehumano. No de algo que esté determinado a poseerte –Alec frunció el ceño nuevamente. Lo hacía muy a menudo últimamente. –Deberías alejarte de Blodswell también.

¿Blodswell? ¿De dónde había salido eso? Rhiannon sintió como se le aceleraba el corazón. ¿Acaso Alec no lo había defendido la noche anterior?

- –Dijiste que te salvó.
- –Y es cierto –Alec la tomó de los hombros, mirándola a los ojos. –Pero no quiero que sienta la necesidad de salvarte como lo hizo conmigo, Rhi. Regresa a Edimburgo, donde sé que estás a salvo. Cuida de Sorcha.

Rhiannon sacudió la cabeza.

-Estoy aquí por un motivo, Alec. Ginny está aquí. No regresaré a casa sin ella.

Él hizo un gesto de dolor.

-Entonces prométeme que te alejarás de Blodswell.

Pero tampoco podía hacer eso. Había hecho un trato con el conde esa misma tarde.

–No le tengo miedo.

Alec murmuró algo por lo bajo, que sonó bastante como "bruja terca", pero ella no lo escuchó bien.

-Es honorable, Rhi. Legendario. ¿Puedes creer que en realidad lo estudié en Harrow?

Ella no tenía ni idea. Rhiannon negó con la cabeza.

—Ricardo Corazón de León le concedió el condado a Sir Matthew Halkett. Se le dio el título de Blodswell pues su espada rezumaba sangre siempre que la alzaba. Fue bastante reverenciado en su época. He llegado a conocerlo a fondo estos últimos meses. Es un caballero de brillante armadura en todas sus facetas. Es el tipo de hombre que capturaría tu corazón y jamás lo dejaría ir. No quiero eso para ti. Mereces algo mejor que una criatura como él o como yo. Mereces a un hombre de carne y hueso.

Rhi quedó boquiabierta. Después de ese monólogo, no era apropiado que mencionara su acuerdo con Blodswell. Alec no reaccionaría bien.

-Te prometo que tendré cuidado, Alec. Es lo mejor que puedo hacer -porque vampiro o no, Blodswell era el indicado. Rhi deseaba permanecer cerca de Ginny, y el tener a Lord Blodswell a su lado era la mejor manera de asegurar dicha meta.

-Muy bien -Alec asintió. -Te lo recordaré.

Ella le sonrió a su viejo amigo.

–No esperaría menos.

Él le ofreció el brazo.

-Veamos algunas estatuas, ¿te parece?

Ella lo tomó del brazo con una sonrisa. Él no había cambiado, no donde importaba. Gracias al cielo.

Capítulo 10

Matthew se sentía como el peor tipo de tonto, escondido en el follaje afuera de Casa Thorpe. Pero tenía que asegurarse de que Alec hubiese regresado a Miss Sinclair a casa. No tenía ni idea de a donde había ido. Pero si no regresaban pronto, perdería la poca cordura que le quedaba. Se paseó de un lado a otro, con las manos en los bolsillos en un momento y al siguiente mesándose los cabellos del desespero.

El alboroto de risas masculinas le llegó del interior de la casa de Eynsford. Los lobos. De seguro estaban los cuatro adentro. Pero entonces se abrió la puerta y tres salieron a trompicones. Uno de los gemelos, Matthew no estuvo seguro de cual, terminó de bruces en el pavimento. Matthew se escondió más entre las sombras mientras el cachorro se levantaba, sacudiéndose el polvo y gruñendo.

-Eso fue completamente innecesario.

Su gemelo se echó a reír ruidosamente.

-Valió la pena que nos echaran, solo para verte de bruces en el suelo -aulló.

Eynsford los fulminaba con la mirada desde la puerta.

- –La próxima vez que les diga que se comporten, espero que obedezcan de inmediato. Si no, el trasero de Gray no será lo único que quede dolorido.
 - –Pero, Dash... –empezó Radbourne.
- —¡No me vengas con tonterías, Archer! —exclamó Eynsford. —Eres igual de malo que esos dos. Ahora a casa, los tres.
- —¿Podemos regresar mañana? —preguntó el gemelo que no había dado con sus huesos en el suelo. —¿O estamos exiliados por una semana, como aquella vez que Archer te hizo rabiar?

—Pueden *intentar* regresar mañana —Matthew sabía que Eynsford escondía una amplia sonrisa tras su ceño fruncido. Él mismo había hecho lo mismo muchas veces. El marqués obviamente sentía un profundo afecto por los cachorros, aunque no quisiera que lo supieran de momento.

Matthew se quedó muy quieto, escondido en las nutridas sombras del patio, mientras el trío de Lycans le pasaba por el frente. Pero entonces Lord Radbourne se detuvo.

−¿Huelen eso? –le preguntó a sus hermanos.

Maldición. Por supuesto que lo olerían. Tenían olfatos sobrenaturales.

Los gemelos se rieron discretamente.

-¡Dash! -exclamó Radbourne, antes de que la puerta se cerrara.

Eynsford suspiró pesadamente antes de contestar.

–¿Qué pasa, Archer?

-Creí que querrías saber que hay un chupasangre escondido en tus arbustos. Que tengas buenas noches -intercambió miradas con Matthew antes de sonreír pícaramente y marcharse tras sus hermanos.

—Por amor a Dios —se quejó Eynsford. Bajó los escalones, pero ya el trío se había marchado. —¿De qué chupasangre hablarían? —masculló el marqués, mirando en la dirección en la que se habían marchado.

Matthew supuso que era mejor salir ahora. Eynsford lo percibiría en un momento, después de todo.

-Creo que se refería a mí -dijo, saliendo a la luz.

El Lycan ladeó la cabeza.

-¿Y exactamente qué hace usted en mis arbustos?

¿Debería mentir o decir la verdad? Eynsford podía leerlo como un libro abierto, y si él no podía, su esposa se encargaría.

- -Me escondo -admitió Matthew.
- Bueno, supuse que no buscabas huevos de pascua. Pero la pregunta fue, y aún
 es: ¿qué hace usted en mis arbustos? –Eynsford se cruzó de brazos, la sospecha
 brillando en sus ojos ambarinos.

Era vergonzoso. Pero esto era lo que pasaba cuando uno husmeaba en los arbustos de un Lycan. Fue impresionante que no lo descubrieran antes.

- -Espero a Miss Sinclair -gruñó Matthew en voz baja, sabiendo que Eynsford lo escucharía de todas maneras.
- —¿De verdad? —el marqués entrecerró los ojos. —¿Hay alguna razón por la que no puedas presentarte en la puerta como un ser humano normal para preguntar por la dama? Además de que no seas un ser humano normal, claro —sacudió la cabeza, como si pudiera deshacerse de lo absurdo de la situación como un perro que se sacude el agua del pelaje.
- No vine de visita –confesó Matthew. –Solo quería asegurarme de que Miss
 Sinclair estuviese bien. Fue a encontrarse con MacQuarrie –se encogió de hombros.
- –¿Qué hizo qué? –el Lycan gruñó en voz alta, regresando a la puerta. Miró por encima del hombro antes de entrar. –¿Qué diantres esperas? No te quedes allí. Sígueme.

En sus seis siglos de vida, nadie le había ordenado a Matthew que lo siguiera. Pero de todas maneras obedeció al lycan. El anciano mayordomo tomó el abrigo de Matthew mientras Eynsford llamaba a gritos a su esposa.

-¡Caitrin! -gritó con tanta fuerza que los cimientos de la casa temblaron.

Ella apareció por el pasillo, con su bonito ceño fruncido.

—¿Por qué me gritas? —preguntó, fulminándolo con la mirada con sus delicados brazos en jarra. A MacQuarrie le habría aliviado ver como ella no se dejaba mangonear por su marido.

Eynsford no pareció demasiado impresionado.

- -Blodswell acaba de informarme que Miss Sinclair salió al encuentro de *Alec MacQuarrie* -gruñó al pronunciar su nombre, como si fuese una palabrota. -¿Estabas al tanto de esto?
 - –Quizás –admitió ella tímidamente, con los labios fruncidos.
 - −¿Quizás, Caitrin? –insistió Eynsford.
- -Bueno, Rhiannon no me contó nada, si es eso lo que preguntas. También me pidió que no mirara más en su futuro -se encogió de hombros ligeramente.
 - –¿Pero...? −inquirió su esposo.
 - -Lo hice de todas maneras -eso fue todo lo que dijo.
 - –¿Miró en su futuro? –Matthew no pudo permanecer en silencio. –¿Está a salvo?
 La rubia hizo un gesto desdeñoso, como si él solo fuera una mosca fastidiosa.
- -Claro que lo está. Está con Alec, después de todo. Él jamás le haría daño -se rió, lo que hizo que su esposo soltara una carcajada más baja.
 - -¿Cuándo llegará a casa? -preguntó Matthew.

La bruja se quedó mirando al vacío, como viendo cosas que nadie más veía.

-En unos veinte minutos, imagino -volvió a ver dentro de su propia mente. -Y no estará contenta si se da cuenta que ustedes dos se andaban preocupando por su paseo -miró a Eynsford de manera conciliadora. -Saben lo que pasa cuando se molesta.

El Lycan se estremeció ligeramente, lo que habría sido gracioso si Matthew no estuviese tan preocupado.

- −¿Qué pasa cuando no está contenta? –Matthew simplemente tenía que saberlo.
- —Sus emociones se disparan cuando se pone nerviosa o molesta. Pero es capaz de controlar el producto, aunque no lo crean —Lady Eynsford bajó la voz, susurrando conspirativa. —Una vez le lanzó un rayo a Eynsford por ponerse demasiado cariñoso conmigo.

Sonaba como algo típico de Rhiannon. Una sonrisa amenazó con curvar los labios de Matthew.

- –¿Y qué tal estuvo eso?
- -Electrizante -admitió Eynsford. Se dirigió a Matthew. -Ya que Miss Sinclair no ha regresado a casa, me gustaría que conversáramos un momento.
 - -¿Conversar?
- -En mi estudio -ladró el Lycan. Entonces lo guio a sus dominios, haciéndole señas de que se sentara.

Matthew aceptó a regañadientes. Preferiría seguir escondido en los arbustos a estar en el despacho de Eynsford. ¿Qué diablos querría el lobo con él?

-Te ofrecería una copa, pero creo que no es lo que prefieres -comentó el marqués, señalando una licorera llena de claret en el escritorio.

Matthew no dijo nada, simplemente mirando al lobo con ropas de caballero con una expresión desdeñosa. Jamás le habían importado mucho los lycan como raza. Tendrían a ser brutos escandalosos en su mayoría. Pero Caitrin Eynsford parecía muy feliz con el suyo. Este, para ser precisos. Para gustos hay colores, supuso.

El marqués frunció el ceño al no recibir respuesta por su comentario.

- -Creí que vendrías a mí esta mañana para conversar -dijo Eynsford, sirviéndose una copa del rojo vino.
- -¿Sobre qué? -preguntó Matthew, impacientándose. No tenía nada que hablar con Eynsford. No le debía nada.
 - -Casi arruinas la reputación de Miss Sinclair en el baile de los Pickering.
 - -Creo que exageras. La sorprendí y ella reaccionó. Nada más.

Eynsford entrecerró sus ojos ambarinos.

-Cosas menores pueden arruinar la reputación de una dama.

-¿Hablas por experiencia? -masculló Matthew, casi sin querer.

El Lycan se echó a reír, dejándose caer en su silla.

-Te pedí que vinieras a Casa Thorpe esta mañana para llegar a un acuerdo. No estuve muy complacido cuando no te presentaste.

Que terrible. Matthew se dejó caer en su silla, imitando a Eynsford.

- -Vine, como me fue solicitado.
- -Y te presentaste directamente a la bella dama, no a mí.
- −¿Por qué demonios debería presentarme ante ti? –oh, el Lycan no sabía con quién hablaba.
- -Ya que el padre de Miss Sinclair no está presente, y no lo estaría aunque se encontrara en Londres, estoy en la obligación de tomar su lugar.

Era ridículo el solo pensar que alguien podía pedirle al Marqués de Eynsford que lo representara.

-Supongo que él mismo le solicitó eso -no lo creía.

Eynsford arrugó el entrecejo.

- -No fue necesario. Es mi obligación. Miss Sinclair es mi huésped. Mi esposa le ama como a una hermana. Protegerla es mi honor.
 - -¿Solo de vampiros o también de caza fortunas?
 - -De quien crea es una amenaza -el Lycan gruñó por lo bajo.
 - –Es decir, de mí.
 - –Es correcto –le aseguró Eynsford.

Matthew se aclaró la garganta.

- -Bueno, puedo asegurarle que su honor está a salvo conmigo -demasiado, quizás. Había bebido sangre de cordero, por amor a Dios. Era horrible. Todavía no se quitaba el sabor de la boca.
- −¿De veras? –el Lycan tomó un sorbo de su copa. –¿Cuáles son tus intenciones con respecto a ella, entonces? –Eynsford le clavó una mirada estoica a Matthew.

Hacer lo que ella disponga, sin probar ni una gota de su sangre. Matthew suspiró, molesto, más consigo mismo que con Eynsford.

-Me propongo cortejarla -se enteraría pronto de todas maneras, y Matthew jamás mentía.

El Lycan se ahogó, haciendo que gran parte del contenido de su copa se derramara sobre su corbata.

- -Sobre mi cadáver -dijo, cuando pudo respirar otra vez.
- -Eso puede arreglarse -dijo Matthew. Había tenido suficiente de la altanería del jovencito. Había vivido mucho más que ese cachorro como para dejarse amedrentar. Era un hombre honorable y no dejaría que ningún Lycan lo humillara.
 - −¿Por qué quieres cortejar a Miss Sinclair? −preguntó Eynsford, finalmente.

Porque era la persona más interesante que había conocido. Y era hermosa. Y porque no podía evitar desearla.

- -Por las razones de costumbre -Matthew se encogió de hombros enigmáticamente. Si debía sufrir este interrogatorio, lo haría lo más incómodo posible para el Lycan también.
 - -Blodswell -gruñó Eynsford, en advertencia.
- –Oh, maldita sea –dijo Matthew, levantándose para pasearse por el estudio. –Lo hago porque ella me lo pidió. Jamás elegiría a alguien como Miss Sinclair por mi cuenta –el elegirla lo volvería loco, y él apreciaba su cordura. –Es impredecible y emocional.

El Lycan alzó las cejas, pero no dijo nada.

–Ella me lo pidió. No, me *suplicó* que le permitiera hacerse con un poco de mi respetabilidad –antes de que Eynsford lo interrumpiera, Matthew continuó: –Y vaya que la necesita, si pretende tener alguna influencia sobre esa tía suya. Parece una encarnación de las Furias del mismísimo Tártaro.

−¿Y es por eso que deseas ayudar a Rhiannon? –preguntó el Lycan suavemente, su voz un zumbido bajo en la habitación.

–No, preferiría no ayudarla en lo absoluto –preferiría regresarse a toda prisa a Derbyshire, mientras conservaba algo de cordura. El perseguir a Rhiannon Sinclair lo había llevado a esconderse en los arbustos de un hombre lobo, sin poder siquiera beber sangre. –Pero estoy obligado a hacerlo –insistió. Había dado su palabra.

-¿Así que no deseas cortejarla? -Eynsford ciertamente sabía cómo sacarle todos los detalles a una persona.

¿Desearla? La deseaba como si no hubiese un mañana. Quería abrazarla, probarla, hundirse en ella, pero no cortejarla. Eso era demasiado poco para lo que realmente deseaba. Por los dientes de San Jorge, ella representaba un peligro para su existencia.

-No, no quiero cortejarla. Es más, sería preferible no volverla a ver.

Escuchó una exclamación desde la puerta. Matthew había estado tan embrollado en su propia diatriba que no había notado que las damas se aproximaban. ¿Cuánto habría escuchado? ¿Cuándo tiempo tenía parada allí? Guiándose por la expresión de dolor en su rostro y los nubarrones sobre su cabeza, lo había escuchado todo.

-Miss Sinclair -la llamó, pero ella se dio la vuelta de inmediato, huyendo en dirección contraria.

Rhiannon podía escuchar los pasos de él tras ella, y sabía que podía alcanzarla en cualquier momento, así que hizo lo único que se le ocurrió. Miró por encima de su hombro, lanzándole un rayo.

Sus pisadas se detuvieron por un momento, y lo escuchó maldecir.

Un segundo después, él la tenía por el codo, y la arrastraba hacia el patio interior.

-Eso no fue justo -le dijo, mirándola con sus ojos oscuros, llenos de una emoción que ella no supo describir.

¿Justo? Al infierno con él. Los nubarrones negros sobre su cabeza rompieron a llover, empapándolos en segundos.

- -Eso tampoco -dijo Blodswell, escupiendo agua.
- -Eso no lo puedo controlar. El rayo si fue todo mío, y te lo merecías, sanguijuela con pretensiones de caballero -la lluvia amainó ligeramente, pero no se detuvo.
- -Me han llamado cosas peores, Miss Sinclair -respondió él, evitando la mirada de ella.

Ella se arrepintió al momento de sus palabras, pero se negó a disculparse.

- -Dame algo de tiempo, Blodswell, y se me ocurrirán cosas peores -dijo, en lugar de una disculpa.
 - -Eso imaginé -dijo él, con un quejido. -¿Una disculpa ayudaría?
 - –¿Sería sincera?
 - -No.
 - -¿Entonces por qué crees que ayudaría?

Él frunció el ceño en respuesta, lo que la hizo molestar todavía más.

- −¿Cómo pudiste decirle que te supliqué? Dijiste que me deseabas, y yo te creí.
- -Miss Sin...

Ella sacudió la cabeza.

- —Si no querías ayudarme, ¿por qué no me lo dijiste, en lugar de mentirme? —dejó escapar un quejido cuando la lluvia arreció y al recordar la mortificación que sentía por lo que había escuchado. Por alguna razón había creído que podía confiar en él. Tremendo caballero había resultado. Ahora no podría ver a Lord Eynsford a la cara por el resto de su vida.
 - -¡No te mentí! -exclamó él, tratando de hacerse escuchar a pesar de los truenos.

Los mentirosos siempre insisten que no mienten. Rhiannon lo fulminó con la mirada. Además, lo había escuchado con sus propios oídos.

-No te mentí -repitió él, esta vez en voz baja.

Pero Rhiannon había escuchado suficiente.

- -No le obligaré a cumplir su parte del trato, milord. Puede marcharse. Discúlpeme por molestarle -ella le dio la espalda para que él no viera las lágrimas reales que le corrían por las mejillas, mezcladas con la lluvia. -Si no me quiere, no le obligaré a nada.
- —Es que eso es precisamente lo que pasa —dijo él, acercándose a ella, quedando su pecho a milímetros de su espalda. —Si te deseo. Te deseo más de lo que he deseado a nadie.

Pero eso no era lo que le había dicho a Eynsford, ¿no? Ella se volteó a enfrentarlo.

- –No es necesario que mienta para proteger mis sentimientos.
- -Me aterra, Miss Sinclair -su oscura e intensa mirada se clavó en ella. -De veras me aterra.
 - –Es usted un idiota, Lord Blodswell.

Una sonrisa curvó sus labios.

- -En más de una manera -concordó él. -Y es Matthew. Llámame Matthew.
- -No importa cómo le llame. Después de hoy no lo volveré a ver.

—¿Puedo llamarte Rhiannon? —preguntó él, rodeándola con un brazo para apretarla contra si, con la mano abierta contra su espalda. —Así es que te pienso.

Rhi trató de apartarse de él, pero su pecho era como granito bajo sus dedos.

- -Suéltame -susurró por lo bajo, pero estuvo segura de que él la había escuchado cuando lo sintió negar con la cabeza.
 - -No puedo.
 - -Claro que puedes. No me quieres -sollozó ella.

Rhiannon soltó un chillido cuando las manos de él bajaron a su retaguardia, apretándola con más fuerza contra sus caderas. La evidencia de su deseo se apretaba contra su vientre. Su voz sonó de pronto tan oscura como sus ojos.

-¿Acaso parece que no te deseo?

Sin darle un momento para responder, él simplemente ahogó su quejido de sorpresa con sus labios. El beso fue suave, pero exigente. Maleable, pero fuerte.

Sus labios la tomaron con sorprendente lentitud que le robó el aliento por completo. Rhiannon se sintió perdida en ese instante, como si flotara entre las nubes. Se vio envuelta por la fragancia de sándalo, y escalofríos le recorrieron la piel.

Jamás se había sentido tan viva, tan deseada, tan suave y femenina. Jamás había tenido toda la atención de alguien, no como la que el conde le prestaba en este momento. Era suyo. Y él solo pensaba en ella mientras su boca la consumía, bebiendo sus suspiros y gemidos. La había probado. La deseaba. Quería más de ella. Ella lo sabía y se sintió poderosa por ello.

Cuando Blodswell alzó la cabeza, parecía sorprendido.

- -Jamás te habían besado antes.
- -No así -respondió ella, respirando aceleradamente. Eso se podía deber a que las manos de él continuaban posadas en su retaguardia, las puntas de sus dedos apretándola discretamente, haciéndola rozarse con la evidencia de su deseo febril.

Él delineó con besos su mandíbula, enviando escalofríos a lugares que ella no sabía que tenía.

—He tratado tanto de ser honorable contigo —dijo él, en voz baja y rasposa. Apretó los labios contra un punto sensible bajo su oreja, lo que hizo que su vientre se contrajera. Ella se retorció en su abrazo, tratando de apretarse más contra él, frotando sin darse cuenta su erección a través de la ropa, haciéndolo gruñir. Era un sonido tortuoso, casi como los quejidos de ella.

-Perdón -suspiró ella. -No quise hacer lo que sea que acabo de hacer.

Él se rió, mirándola con ternura.

 Rhiannon, debo ser sincero contigo –dijo, su nombre derramándose de sus labios como agua por una cascada, –te deseo tanto que casi puedo saborearte.
 Ocupas todos mis pensamientos. Jamás me he sentido así en mi vida.

Volvió a frotar sus labios contra los de ella. Ella respondió al beso, estremeciéndose al rozar su lengua contra la de él. Él se apartó de sus labios con un juramento, pero seguía mirándola al apartarle un mechón de cabello de la frente. Parecía querer decirle algo más, pero ella no entendía.

Rhiannon alzó la mano para acariciarle la mejilla.

- -Pero eso que le dijiste a Dashiel...
- -Lo dije porque me das miedo, Rhiannon.

Eso era lo más tonto que ella había escuchado en su vida.

- -Mis dones no son tan impresionantes, milord -ciertamente no, en comparación con los de él.
 - -Oh, pero lo son -afirmó él. La apretó sutilmente. -Mírame.

Rhi alzó la vista para clavarla en sus ojos oscuros, notando algo en ellos que no lograba discernir. Entonces él sonrió. Sus colmillos estaban completamente distendidos. Pero eso no la asustó en lo más mínimo. De hecho, le dio curiosidad. Se

paró de puntitas para besarle la comisura del labio, acariciando con su lengua el colmillo al descubierto.

Él la soltó abruptamente, apartando la mirada.

Ella se tambaleó por un momento antes de lograr hablar.

- −¿Hice algo malo? –preguntó al notar que él no se volteaba a verla.
- -No, lo haces todo perfectamente. Ese es el problema -dijo él en voz baja. -No puedo ofrecerte nada, Rhiannon. No puedo casarme contigo. No puedo darte una familia. No soy capaz de hacer tales cosas.

Ella quiso preguntar por qué no, pero se rehusaba a rogarle. Él parecía bastante atormentado, realmente, mojado de pies a cabeza y con el cabello alborotado.

Pero puedo pretender –él asintió, como si acabara de tomar una decisión.
 Puedo pretender cortejarte, hacer feliz a tu tía, y entonces asegurarme de que regreses a salvo a Edimburgo.

El corazón de ella se enardeció en rechazo a sus palabras. ¿Cómo podía besarla así y decirle que solo pretendería cortejarla?

- –¿Y eso es todo?
- –Es todo lo que puedo darte.

Rhi asintió bruscamente. Se conformaría con ello. De momento.

Matthew se dejó caer en la poltrona acolchada frente al Lycan, deseando con fervor poder tomar una copa del claret carmesí que el marqués parecía favorecer. Sería maravilloso poder ahogar sus problemas en una botella de bebida espirituosa, pero desafortunadamente eso no le era posible. Podía olerla y fantasear con sus efectos, pero nada más. Justo como con Rhiannon Sinclair. Suspiró pesadamente.

Eynsford se echó a reír discretamente.

-Te lanzó uno de los buenos, ¿no?

Matthew se frotó un lado del cuello. Todavía tenía una sensación desagradable en la piel, pero por lo menos ya no le dolía tanto.

- —Así fue —gruñó. Había tratado de escabullirse lejos luego de su conversación en el patio, pero Eynsford los había estado vigilando y le había cortado el paso, solicitándole que se reuniera nuevamente con él en el su estudio. La fortuna no estaba de su lado.
- -Como compañero recipiente de sus rayos iracundos, tienes mi simpatía -se volvió a echar a reír. Maldición. El Lycan se estaba divirtiendo de lo lindo a costa de Matthew. -Aunque aparentemente el mío fue bastante ligero. Tus aullidos retumbaron por toda la casa.
 - -Asumo que escuchaste todo -gruñó Matthew.
- Toda la casa escuchó, Blodswell Eynsford inclinó la cabeza, mirándolo divertido.
 Hay que estar muy sordo para no escuchar el estruendo de un rayo en un pasillo y los chillidos de un tipo al ser golpeado por el mismo.
- No chillé –gruñó Matthew, cruzándose de piernas elegantemente. –Solté unos cuantos juramentos. Mis disculpas a los habitantes de tu casa.
- -Considérate afortunado de que mis hermanos no estaban presentes -el Lycan estaba disfrutando demasiado de todo el asunto.
- —¿Hay algo que quieras decirme? —preguntó Matthew, notando la impaciencia en su propia voz, pero no le importaba mucho ofender o no al marqués. De hecho, le encantaría ahogar al pulgoso por hacerle pasar tan mal rato.
- –No terminamos nuestra conversación antes de que salieras en pos de Miss Sinclair –Eynsford frunció el ceño. –Que terrible infortunio. Debiste dejar de hablar cinco minutos antes de que llegara.

Matthew alzó la vista de pronto para clavar sus ojos oscuros en los dorados del Lycan, los cuales brillaban divertidos.

- —¡Sabías que me escuchaba! —exclamó, levantándose de golpe. —Y fuiste incapaz de mandarme a callar antes de que quedara como un idiota.
- Pero si estabas quedando como idiota tan bien por ti mismo, no quise detenerte
 Eynsford se encogió de hombros. –Sin duda habrías escuchado sus pasos, como hice
 yo, de no haber estado tan concentrado en meterte bajo sus faldas.

Matthew dejó de pasearse nerviosamente, dándose la vuelta para enfrentar al marqués.

- –No tengo deseo alguno de meterme bajo sus faldas –trató de soltar una risa desdeñosa, pero sonó más como si se ahogara con su propia mentira.
 - -Oh, claro.
 - -Y no me agrada que hables de su virtud de esa manera.
 - −¿De verdad? Interesante −el Lycan dejó su frase sin terminar.
- —Eres insufrible, Eynsford. Es un verdadero milagro que convencieras a tu esposa de casarse contigo —cualquier otra mujer habría huido en dirección contraria. Pero claro, de seguro Lady Eynsford se le había atravesado a propósito, sabiendo de antemano su destino. —Tu esposa es demasiado buena para ti —dos podían jugar a lo mismo.
 - -Oh, estoy al tanto, pero no se puede luchar con el amor a primera vista.
 - -Eso no existe -gruñó Matthew.
- –No estoy de acuerdo –dijo Eynsford. –Me flechó desde el primer momento que puse mis ojos en ella –una expresión soñadora se apoderó de su afable rostro antes de lograr concentrarse, inclinándose hacia adelante. –¿Cuáles son tus intenciones con respecto a Miss Sinclair?

- -Planeo cortejarla, nada más -dijo Matthew, asintiendo como si intentara convencerse a sí mismo al mismo tiempo que convencía al Lycan.
- -¿Cortejarla? ¿Le enviarás flores? ¿Escribirás poemas dedicados a su belleza? ¿Intentarás acaparar su tarjeta de baile en la próxima fiesta?
- -Oliendo su aroma embriagador día tras día... -masculló Matthew en voz baja, aunque Eynsford lo escuchó de todas maneras.
 - -¿Aroma? ¿Tiene un aroma en particular? -miró a Matthew, confundido.
- -El más delicioso -admitió Matthew a regañadientes. -No me vengas con que no puedes olerlo -aunque el solo pensar en la nariz de Eynsford cerca de Rhiannon lo hacía enloquecer.
 - El Lycan se encogió de hombros.
- -Solo percibo el olor de mi esposa. O por lo menos es el único que me importa. ¿A qué huele Miss Sinclair?
 - -Gardenias -gruñó Matthew.
 - −¿Disculpa? −el Lycan se echó un poco más para adelante.
- —Sé muy bien que me escuchaste. Huele como un ramo de gardenias —y pecado. Olía a gardenias y a pecado. No. Olía al Paraíso. Olía como un ramo de gardenias en el Paraíso. Pues nada tan hermoso como ella podía ser pecaminoso.
- -Las gardenias se usan para calmar la ansiedad -dijo Eynsford. -No me extraña que Sorcha le otorgara ese aroma -Matthew pareció confundido, pues Eynsford se apresuró a explicar. -Sorcha es la más joven del aquelarre. Controla las plantas y su crecimiento. Le otorgó a mi Caitrin su aroma a madreselva, el cual le queda perfectamente.
 - −¿Y necesito saber esto por? –preguntó Matthew.
- -Porque Miss Sinclair es sumamente importante para mi esposa, y para el resto de ellas -respondió Eynsford, alzando ligeramente la voz. -Son una gran familia, y

bastante encantadoras si dejas de lado las tormentas, bolas de fuego, enredaderas estranguladoras y el jamás volver a tener ningún secreto en tu vida —respiró profundamente. —Y cómo estas mujeres son como hermanas para mi esposa, me veo en la necesidad de advertirte algo.

Matthew no pudo evitar sentirse ligeramente enfurecido.

Pero el Lycan continuó.

—Si hundes tus dientes, o algo más, en la carne de Miss Sinclair, felizmente ayudaré a esas mujeres planear donde esconder tu cadáver luego de que te asesinen —se acomodó nuevamente en su poltrona, mirando a Matthew con expresión estoica.

—Que seas capaz de dejarle una tarea tan monumental a esas cinco encantadoras jovencitas no habla muy bien de ti, Eynsford —dijo Matthew. —Un verdadero caballero se ofrecería a matarme con sus propias manos en lugar de simplemente venir a limpiar después.

El Lycan se echó a reír estruendosamente, tanto que lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas.

—Oh, Blodswell, eres divertido —se calmó luego de un momento. —Esas brujas son formidables. Sería sumamente entretenido verte tratando de enfrentárteles. Por eso te estoy advirtiendo. Tómatelo como quieras, pero no te atrevas a hacerlas enfadar. Si lo haces, tendrás que vértelas conmigo. Y no permitiré que les hagas daño —pausó un momento antes de continuar. —Ahora, me gustaría establecer algunas reglas para tu amable plan de *ayudar* a Miss Sinclair: no beberás su sangre. No tendrás ningún comportamiento impropio para con ella. No intentarás meterte bajo sus faldas, a menos de que hagas lo honorable primero y te cases con ella, aunque no estoy muy seguro de dar mi bendición para ello.

Casarse con Rhiannon. No sería capaz de hacer eso. Él viviría para siempre, mientras que la vida de ella llegaría a su fin. Ella envejecería, mientras que él permanecería igual. Eventualmente se vería obligado a abandonarla o apartarla de todo lo que conocía para poder continuar fingiendo ser humano. Y aunque era

bastante rico y podía cuidar de ella, no podría proveerla de familia. ¿Acaso no era el sueño de toda jovencita sostener a sus bebes en sus brazos en el futuro?

- –No planeo deshonrarla. Y tampoco pretendo meterme en sus faldas, como dices. Ella me ha pedido que la ayude, y eso haré. Luego, ella regresará a Edimburgo. Fin de la historia.
 - -Fin de la historia -repitió Eynsford.
 - -Si ya terminaste con tus advertencias, tengo cosas de las que ocuparme.
 - -Estás sediento, ¿verdad? -dijo el Lycan.

Eynsford no tenía ni idea de lo sediento que estaba.

-En lo absoluto -le espetó, -pero tengo cosas que hacer.

El Lycan extendió la mano.

-Me alegra que llegáramos a un entendimiento.

Matthew no estaba tan seguro, pero le estrechó la mano de todas maneras. Pero al parecer acababan de darle permiso de pretender cortejar a Miss Sinclair, siempre y cuando no bebiera su sangre, le levantara las faldas o la avergonzara en público. ¿Por qué había pensado en ello? Ahora estaría pensando en levantarle las faldas toda la noche.

Matthew se dirigió a la calle, sin poder evitar voltearse a ver Casa Thorpe, fijándose en una de las ventanas, iluminada por la suave luz de una vela. Allí estaba ella, con el rostro cubierto en sombras, medio escondida tras la cortina. Él le hizo una ligera reverencia, enviándole una deslumbrante sonrisa antes de marcharse.

Una brisa suave le acarició las mejillas, y él no pudo evitar llevarse una mano al rostro. Al hacerlo, sintió una punzada de dolor en el pecho. ¿Qué diantres había sido eso? Matthew frunció el ceño. No había sido un dolor debilitante, más bien una molestia, pero de todas maneras inesperada. Supuso que tendría que visitar a Callista. Maldición. Preferiría beber aguarrás.

Capítulo 11

Matthew se encontró de pie sobre el empedrado, mirando ceñudo la pequeña casita en Hampstead. Era el último lugar que querría visitar en todo el Reino Unido. Pero allí estaba, y era mejor darle prisa al mal paso. Aunque el dolor en su pecho se había apaciguado. Bueno, casi. Quizás sería mejor regresar en otro momento. De seguro se le pasaría pronto y esta visita sería inútil.

La puerta principal se abrió con un quejido, y entonces apareció Callista, con sus bucles rojizos cayéndole por los hombros. Enarcó una de sus bonitas cejas.

- -¿Piensas quedarte toda la noche parado allí?
- ¿Cuánto tiempo tendría observándolo?
- -No me di cuenta de lo tarde que era, Callista. Regresaré en otro momento.
- —¿Dónde está tu pupilo? ¿Y por qué hiedes a sangre de cordero? —aunque era bastante más bajita que él, parecía mirarlo desde más alto, como una reina que ojea desdeñosamente a un paje.

Sangre de cordero. ¿Acaso esa cosa horrible le había producido el malestar? Eso no tenía sentido. Aunque tener dolores en el pecho luego de seiscientos años tampoco tenía mucho sentido.

–¿Puedo robarte un poco de tu tiempo?

Con una rapidez impresionante, Callista abrió la puerta de par en par.

-Entra, Matthew. No tengo toda la noche.

Él la siguió, aunque a un paso más moderado. Apenas cruzó la puerta, sintió el penetrante olor a sangre humana. Como un sabueso, siguió el rastro hasta un salón de estar, completamente cubierto en sombras. Dios, moría de hambre.

Callista apareció inmediatamente junto a él, pasándole un cáliz.

-Te ves horrible. Bebe esto.

Eso debía ser cierto, pues jamás había visto a Callista servirle nada a nadie, vampiro o no. Matthew agarró el cáliz tentativamente. El líquido adentro era del mismo rojo oscuro que el claret de Eynsford.

–¿De dónde salió esto?

Callista lo miró, ceñuda.

-Caballo regalado, Matthew. Bébete la maldita sangre de una vez.

Nadie discutía con Callista, a menos que no quisiera permanecer en una pieza. Por ello Matthew se bebió todo de golpe. Instantáneamente deseó no haberlo hecho. ¡Santo cielo! Era lo más horrible que había bebido en su vida.

-Santo cielo -farfulló. -La sangre de cordero sabe mejor. ¿Intentas envenenarme?

El rostro de Callista se oscureció.

–¿Qué sentido tendría eso?

Ella siempre había sido calculadora. No había razón de peso para tratar de envenenarlo, o por lo menos no podía recordar ninguna en este momento.

–Esta sangre está rancia.

Entonces una expresión de curiosidad se apoderó del rostro de Callista, como si él fuese algo sumamente extraño.

-Hay algo raro contigo.

Matthew no estaba seguro de si debería sentirse aliviado por no estarse imaginando cosas o preocupado de que hubiera algo malo con él.

-¿Sabes que podría ser?

Ella negó con la cabeza, señalando una silla a unos pasos.

-Deberías sentarte. Jamás te he visto tan mal.

Y eso era algo, pues ella lo había encontrado moribundo en Tierra Santa, rodeado de los cadáveres de otros caballeros.

-¿Parezco estar a punto de morir otra vez? -Matthew se sentó, mirándola y esperando que ella tuviese algo sabio que impartirle.

–Algo así.

Bueno, eso no era muy positivo.

- -Tienes razón, por supuesto. Algo está mal, pero no sé qué es. Es por eso que he venido, Callista. Jamás me he sentido así.
 - -¿Así cómo? −ella se sentó junto a él.

Había tantas cosas que no supo por dónde empezar.

- -No pude alimentarme hoy. Una chica se me ofreció y no pasó nada. Nada de deseo -se rió desdeñosamente. -Mis colmillos se negaron a bajar.
 - −¿Debo suponer que eso explica la sangre de cordero?
 - -MacQuarrie me la dio para apaciguarme.

Ella alzó las cejas en reproche.

- -Deberías cuidar tú de él, no al contrario.
- No creo poder cuidar de nadie en este momento. Me han dado dolores de cabeza. Y hace rato tenía un malestar, aquí –dijo, dándose golpecitos en el pecho. – No muy fuerte, pero no se me pasaba.

Callista se inclinó hacia adelante, posando la mano en su pecho.

-¿Aquí?

Matthew asintió, deseando desesperadamente que pudiera ayudarlo. Callista era la vampira más antigua que conocía. Si se podía hacer algo o había algún precedente, ella lo sabría. Callista ladeó la cabeza, con un ligero gesto de dolor.

–¿Qué pasa? −él apretó la mano de ella con más firmeza contra el lugar donde hacía mucho tiempo no latía ningún corazón.

Ella resopló, como si fuese algo tonto.

- -Nada.
- -Dime.

Callista lo miró a los ojos, y por primera vez en mucho tiempo, pareció totalmente sincera.

- -No estoy segura, Matthew. Pero la sangre de cordero no es la solución.
- -Fue solo una vez.
- —Pues todavía la huelo en ti —ella frunció la nariz. —Me preocupa. Hemos visto como plagas terribles han acabado con pueblos humanos enteros en semanas. Odiaría que fuese nuestro turno.

Matthew no había considerado esa posibilidad.

-La chica que se te ofreció, ¿era atractiva?

¿Cuál? Se le habían ofrecido dos. El recuerdo de Rhiannon Sinclair apartándose el cabello del cuello le vino a la mente.

- -Hubo... –pero preferiría no mencionar a Rhiannon. Pero sus colmillos si bajaban para *ella*.
 - -¿Hubo qué?

Matthew negó con la cabeza.

-La chica de *Brysi* era perfectamente atractiva.

Callista entrecerró sus oscuros ojos.

-Vamos. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo para que me tomes por idiota, Sir Matthew -dijo, recordándole con ese título exactamente desde cuando se conocían. -¿Qué me ocultas?

Si no se lo decía, ella se enteraría por otros modos. Alec MacQuarrie de seguro lo dejaría escapar sin querer en el peor momento.

- -Hubo una chica...
- -Sí, hay muchas chicas -le interrumpió ella, en tono burlón.
- -Mis colmillos... si funcionan con ella.

Callista se quedó muy quieta, los ojos clavados en él.

–¿De veras?

Todo lo demás también funcionaba con ella, pero Matthew prefirió no divulgarlo. Asintió.

- –¿Y has bebido de ella?
- -No -negó con la cabeza. -Y he prometido no hacerlo.

Callista se echó a reír, dejándose caer en la silla.

- -Pero que tonto -le tomó un buen tiempo serenarse.
- -No me parece gracioso.

Callista se llevó una mano al pecho, levantándose.

–Me preocupaste, Matthew, y sin razón alguna. Solo bebe de la chica y termina con eso.

La idea de hundir los colmillos en la carne de Rhiannon hizo que otras partes de su cuerpo se inflamaran.

-No puedo.

Una delicada ceja se enarcó, y todo el divertimento desapareció del rostro de Callista.

-Claro que sí puedes.

Bueno, sí podía. Eso no se discutía.

- −¿Y si no funciona? No puedo beber de ella por el resto de su vida.
- –¿Por qué no?

Porque no sería *justo*. No podía pedirle eso a Rhiannon. No tenía nada que ofrecerle a cambio. No podía robarle su futuro. Pero no podía decirle eso a Callista. Ella no entendería, y aunque lo hiciese, no estaría de acuerdo.

- –Di mi palabra –respondió simplemente.
- -Entonces sufrirás el resto de tus días, Matthew. ¿Acaso crees que tu honor te alimentará? Creo que esa chica podría hacerlo mucho mejor.
 - –No tengo nada que ofrecerle.

Callista le tomó el rostro delicadamente.

-Te tienes a ti, hijo mío -le dio una palmadita en la mejilla, quizás con más fuerza de la necesaria.

Matthew se tocó la mejilla.

-Ella es inocente, Callista -beber de Rhiannon no sería igual que beber de una de las muchachas de *Brysi*. Pero su madre, por referirse a ella de algún modo, jamás había visto la diferencia.

Callista alzó los brazos, impaciente.

- -Entonces cásate con ella, si eso calma tu consciencia.
- ¿Acaso ella creía que sería así de fácil?
- –Ella querrá hijos.
- —Hay muchos orfanatos en Londres, alguno tendrá lo que buscas —gruñó ella, irritada. —Estás haciendo las cosas más difíciles de lo que deberían ser, Matthew. Inocencia e hijos. Eres un vampiro, necesitas sangre humana. Esta chica te llama por alguna razón. Termina con eso de una vez.

Matthew se levantó, despidiéndose con el sombrero de Callista.

- -Gracias por tu sabiduría.
- -En otras palabras, harás lo que te venga en gana, como siempre.

Él no pudo evitar la sonrisa maliciosa que curvó sus labios.

-Ha sido un placer verte.

Callista frunció el ceño.

-Te quiero de vuelta en una semana, Matthew Halkett. Y más te vale que estés recuperado para entonces.

O si no, ella iría tras él. Lo sabía, aunque ella no lo hubiese dicho en voz alta. Matthew asintió secamente.

-Hasta entonces, querida.

Evitar las finas orejas de un Lycan cuando uno se quería escabullir de casa no era tarea fácil. Rhiannon esperó ansiosamente que la casa quedara en silencio para abrir lentamente la puerta de su alcoba y mirar por el pasillo. No vio a nadie, y los pasillos estaban a oscuras. Quizás por fin todos se habían retirado a la cama.

En Edimburgo, ella solía escabullirse de casa regularmente en las noches, y se dirigía a Arthur's Seat, donde podía pensar en paz. Pero el encontrar un momento de paz e introspección en Casa Thorpe era prácticamente imposible. No solo había sirvientes por todas partes, sino que la manada de lycans de Eynsford estaba constantemente entrando y saliendo. Cuando no estaban retozando en la sala, estaban acabando con la paciencia del marqués. Honestamente era algo gracioso. Jamás había visto al Lycan dorado hecho un lío. Pero el punto era que, si uno necesitaba paz y quietud para ordenar sus pensamientos, Casa Thorpe no era un buen lugar.

Sus poderes habían estado algo fuera de control desde su llegada a Londres, y no habían hecho más que empeorar. La llegada de Blodswell no había ayudado en lo absoluto. Luego de ese beso, no estaba segura de poder volverse a sentir normal en su vida. Jamás se había sentido tan confusa, y casi todo giraba en torno al conde.

Ciertamente era sumamente guapo, pero había algo más, algo que atraía a Rhiannon como una polilla a una antorcha. ¿Sería quizás su confianza? No estaba segura de lo que fuera, pero la había cautivado desde el primer momento.

Caminó de puntitas hacia la puerta del patio trasero y se internó en la noche. En Londres no había ningún lugar como Arthur's Seat, pero quizás el parque donde lo había conocido por primera vez le sirviera. Debería estar solo a estas horas de la noche.

Rhiannon se envolvió en su capa, cubriéndose la cabeza con la capucha. No temía caminar sola de noche, pues era capaz de crear una niebla tan pesada que nadie sería capaz de verla o acercársele lo suficiente. Respiró profundo antes de dirigirse lo más rápido que pudo a Hyde Park.

Cuando finalmente llegó a las puertas del parque, se detuvo a mirar al cielo para disfrutar del parpadear de las estrellas. A veces le parecía que se burlaban de ella, pero hoy flotaban en el firmamento, cómo iconos de esperanza.

Qué idea más ridícula, pensó Rhiannon, regañándose a sí misma antes de encontrar un banquillo y sentarse en él. Aparentemente había pasado demasiado tiempo con Cait, que era una romántica empedernida. Rhiannon era todo lo contrario. Pero claro, el padre de Cait se había encargado de cuidarla de tal manera que ella pudiese tener esas nociones románticas, mientras que el padre de la propia Rhiannon había pasado casi toda la vida de ella encerrado en su estudio. Y la tía Greer...pues, no era la mujer más cariñosa del mundo.

El chasquido de una rama rompiéndose llamó la atención de Rhiannon. Se levantó, cerrando los ojos y abriendo las palmas de las manos. Entonces alzó los brazos, como si alzara una caja pesada a una repisa alta. Al levantarse sus brazos,

también se levantó una pesada niebla. Era bastante difícil de alzar, pues la sacaba directamente del húmedo suelo.

Uno podría pensar que la niebla era ligera, pero contenía tanta humedad que levantarla del piso era tarea difícil. Pero ella lo logró con facilidad, como había hecho muchas veces antes. Se sacudió las manos. Ahora podría pensar en paz. Nadie la vería. Nadie la molestaría.

Necesitaba practicar. Probarse a sí misma que sus poderes no estaban totalmente fuera de control. Que era capaz de usarlos con la misma precisión de siempre.

Rhiannon se llevó el dedo índice a la boca, soplando gentilmente y dándole vueltas. Un pequeño torbellino se manifestó frente a ella, girando alegremente sobre el suelo húmedo. Que se comportara con tanta precisión la emocionó, haciéndola querer bailar. Estaba bien. Aún podía manipular su magia con precisión mortal.

Aplaudió y el torbellino se desvaneció, tan rápido como se había manifestado.

-Bien hecho -dijo una voz a algunos pasos de ella. Rhiannon se volteó para encontrar al Marqués de Eynsford de pie tras ella.

Se cruzó de brazos.

-¿Qué haces aquí?

Él chasqueó la lengua.

- -Podría preguntarte lo mismo, chiquilla. ¿No es hora de que todas las brujitas buenas estén en cama?
- –No soy ninguna brujita buena –murmuró Rhiannon, dejándose caer en el banquillo.

Él se sentó tranquilamente junto a ella.

-Linda niebla, por cierto -comentó, estudiando con calma los pálidos nubarrones al su alrededor. -Me recuerda a aquella vez que te encontré en Arthur's Seat -asintió complacido. -Bien hecho.

-Qué bueno que te guste -dijo Rhiannon. Solo quería estar a solas un ratito y ya la estaban molestando. -¿Por qué me seguiste?

Él se encogió de hombros, dándose un golpecito en la oreja.

- -Oídos finos. No pude evitar escuchar como merodeabas por Casa Thorpe.
- -No merodeaba -protestó ella.
- –Merodear. Escabullirse. Escapar –él alzó las cejas, mirándola con curiosidad. –
 Además, Cait jamás me perdonaría si algo te pasara. Por eso decidí seguirte.
- -Me oliste entre la niebla -dijo Rhiannon, ahogando una risita. Claro. ¿Por qué parecía tan absurdo?
- —Me alegra que encuentres graciosos mis finos sentidos —él le lanzó una mirada elocuente que solo la hizo reír más. —Miss Sinclair, tienes que ser más cuidadosa. Si yo pude encontrarte en esta niebla, otros lycan también pueden.
- –No le temo a ningún lycan –ella enderezó los hombros. –¿Cuántos de ustedes hay por aquí?
- Suficientes. Igual debes tener cuidado –le advirtió él. Entonces respiró profundo.
 Creo que lamentaré preguntar, pero ¿qué hacías antes de que yo llegara?
 - -¿Siempre metes el hocico dónde no te llaman? –le espetó ella.
- Cuando hay alguien en peligro, sí –respondió él, sin verse afectado por su tono.
 Meto el hocico, los dientes y hasta mi cola peluda, de ser necesario.

Rhiannon gruñó para sí misma antes de decidir decirle la verdad. Después de todo, no parecía que fuera a marcharse pronto. Así que o divulgaba su intención de practicar, o perdía la oportunidad de tener una.

- -Estaba practicando, si debes saberlo.
- -Ese pequeño torbellino fue muy bonito -dijo él, lentamente, estudiándola con atención.

-¿Bonito? -ella se levantó de golpe. -Te informo que puedo crear torbellinos capaces de arrancarte de tu banco y soltarte en otro estado.

Él cruzó las piernas, revisándose las uñas de la mano.

- –Pruébalo –la retó.
- -No tengo que probarte nada a ti -dijo ella, lista para dar un pisotón.
- –Eso es cierto. Necesitas probártelo a ti misma –aunque lo dijo en voz baja, sus palabras la impactaron como un proyectil. –Y ya que no planeo dejarte sola aquí, puedes regresar conmigo o terminar lo que sea que estabas haciendo y entonces regresar conmigo. Personalmente siempre me ha gustado tu magia. El poder de Caitrin es bastante discreto, por lo cual no tengo muchas oportunidades de ver cómo se manifiesta la magia. A menos, claro, de que te moleste tener público –él dejó eso último en el aire.

Rhiannon alzó los brazos, expandiendo el círculo en la niebla, dándose más espacio para practicar. Tomó una pequeña roca y se la lanzo a Eynsford, quien la atrapó con facilidad. Señaló al cielo.

-Hazme los honores.

Eynsford lanzó la roca al aire con todas sus fuerzas. Cuando llegó al punto más alto, Rhiannon alzó su dedo índice, lanzándole un rayo demoledor. La roca estalló en pedazos.

—Muy bien —dijo él. —Inténtalo de nuevo —esta vez él mismo buscó una roca de buen tamaño y la lanzó al cielo. Esta también explotó, pedacitos minúsculos de la misma rebotando sobre la cabeza del Lycan sin lastimarlo. —¿Cómo haces eso sin que retumben los truenos sobre nosotros?

Ella se encogió de hombros.

-Eso es solo un pequeño rayo. Para hacer truenos, tengo que conjurar una tormenta.

Él asintió como si entendiera. Y ella se imaginó que probablemente así fuera.

Rhiannon se volvió a llevar el dedo a la boca, soplando sobre él y dándole vueltas. Otro alegre torbellino se manifestó, recogiendo los pedacitos de ambas rocas con su movimiento y dejándolos caer junto al impresionado marqués.

- -No sabía que podías ser tan precisa.
- No recuerdo no haber podido hacer eso jamás. Creo que aprendí en mi cuna
 suspiró pesadamente.
- -Entonces ¿por qué perdiste el control de esa manera en el baile? -preguntó él. Señaló el montoncito de rocas. -Si eres capaz de tal precisión, ¿qué te pasó?
- -Un fallo terrible con mis poderes -dijo ella en voz baja. -Mientras más nerviosa me pongo, más se descontrolan.
- –¿Y qué te pone nerviosa? −parecía estar completamente encantado con la conversación.
- -Las cosas que se escapan de mi control -admitió ella. -Mi vida en Edimburgo es muy ordenada y normal. Bueno, por lo menos para mí.
- –Y nada en Londres es normal. Entiendo –él tosió discretamente antes de continuar. –¿Tiene Blodswell algo que ver con esto?
- —No lo sé —y no lo sabía. No tenía ni idea de cómo estaría involucrado él en su futuro. —Prometió ayudarme. Hacerme parecer más respetable. Tiene un buen título, más dinero que cualquier persona que conozca y encaja bien en esta sociedad.
- -Cierto. Había pensado ofrecerte a alguno de mis hermanos, pero ninguno calza con esa descripción -sonrió, obviamente orgulloso.
 - -Y tú no los cambiarías por nada.
- -Exacto -él sonrió, lanzando una de las piedrecillas hacia la niebla. -¿Qué más puedes hacer?
 - -¿Con mi magia? -preguntó ella.

- -No, personalmente -él puso los ojos en blanco. -Claro que con tu magia. No quiero escuchar de tus acuarelas o tus bordados. Esas cosas me aburren.
- -A mí también. No hago nada de eso -ella se rió ligeramente. -Puedo hacer tormentas, relámpagos, truenos, lluvia, nieve...
 - –¿Puedes hacer arcoíris?

Ella asintió.

- -Puedo colocarlos en el cielo y hacerlos pasar por naturales.
- -Eso creí -él señaló la niebla. -Si estás lista, podemos regresar a casa.
- ¿Estaba lista? Asumió que sí. Además, no era justo obligarlo a mantenerse despierto solo para vigilarla.
 - -Supongo -dijo Rhi, encogiéndose de hombros.
- —Hazme un favor —dijo él, mientras la escoltaba de vuelta a Casa Thorpe. —Trata de no escaparte más de una vez por semana. Me gusta dormir. Te puedo ceder un lugar para que practiques en la casa. Me gustaría ver más de tus poderes, después de todo. Me parecen sumamente interesantes.
- —¿De verdad te parecen interesantes? —seguro que él solo trataba de hacerla sentir mejor.
- —Claro que sí. Casi no puedo esperar a ver como atosigas a Blodswell. Asegúrate de golpearlo con muchos rayos. Y esa niebla sería genial para hacerlo perderse. Pero él puede oler tan bien como un lycan, así que no asumas que te protegerá de él −se echó a reír. −¡Oh! −agregó dramáticamente. −¿Crees que podrías arrancarle los botones a Blodswell con tus rayos? Sin causarle daño permanente, claro.
 - -Estoy segura de que puedo.

Él se echó a reír a carcajadas.

-Pagaría buen dinero por ver eso -se rió durante todo el camino de vuelta.

Rhi lo acalló cuando entraron al recibidor a oscuras. Él trató de parecer contrito pero falló. Cait se despertó de la enorme poltrona donde dormitaba, envuelta en una enorme manta.

–¿Está todo bien? –preguntó.

Eynsford la tomó entre sus brazos, hablándole en voz baja.

- -Todo está bien, amor. Ella solo necesitaba algo de práctica.
- -Nos vemos en la mañana, Rhi -dijo Cait en voz baja por encima del hombro de él, antes de reírse discretamente por algo que él había hecho. Él echó a correr escaleras arriba, apretándola contra sí.

¿Sería capaz de arrancarle los botones a Blodswell con sus rayos? Tendría que intentarlo. Eso la hizo reírse por lo bajo. Era una bruja formidable. Solo necesitaba recordárselo de vez en cuando.

Capítulo 12

Risas estridentes se escuchaban desde el comedor, donde se servía ahora el desayuno. Rhiannon sacudió la cabeza, sin saber exactamente que hacer al respecto. Los lycan eran de verdad una especie completamente diferente. Eran como niños grandes, con enormes cantidades de energía y sin poder controlar el desastre que armaban. De hecho, esas risotadas que sacudían la casa sonaban más apropiadas para un bar de mala muerte junto al muelle, no para una casa respetable en Berkeley.

A pesar de sus reservas con respecto a comer con los alborotados hermanos de Eynsford, Rhiannon continuó de camino al comedor. Justo antes de que abriera la puerta, un pesado silencio cayó en la habitación contigua. De seguro la habían escuchado llegar. Rhiannon entró para encontrar a los tres Hadley sentados a la mesa, sin un bocado de comida en la misma. Los tres se levantaron de golpe al verla entrar, y Gray -o por lo menos ella pensaba que era Gray- tiró su silla con su prisa. Ella ahogó una risita.

- -Buenos días, querida -la saludó Lord Radbourne.
- -Buenos días, Miss Sinclair -dijeron los gemelos al unísono.

Rhi les sonrió.

- -Qué sorpresa encontrarme con ustedes esta mañana -dijo, pues sonaba mejor que lamentarse porque harían de su desayuno un asunto agitado.
 - -La comida es mucho mejor acá -admitió Gray, enderezando su silla.
- -Como la compañía -Radbourne le guiñó un ojo mientras sacaba la silla junto a él para ofrecérsela. Ella aceptó graciosamente su oferta.

- -Café para Miss Sinclair, por favor -le pidió Radbourne a uno de los sirvientes.
- -Gracias.

Los tres Hadley volvieron a sentarse, el vizconde dirigiéndole una sonrisa de inmediato a Rhiannon.

- -Estás tan resplandeciente como el amanecer.
- -Pero tú pareces algo marrón, milord -dijo ella, en son de broma.

Él se llevó una mano al pecho, fingiendo estar malherido.

-Que cruel sois, Milady.

Rhiannon puso los ojos en blanco.

- -Creo que se equivocó de ocupación, Lord Radbourne. Debió haber sido actor.
- -Archer -insistió él. -Si vas a regañarme, querida, deberías llamarme por mi nombre cristiano mientras lo haces.
 - -No creo que eso sea apropiado.

Radbourne se rió discretamente.

- -Nada apropiado vale la pena hacerse.
- -Amén a eso -brindó Wes.
- -Tendré eso en mente, Archer -Rhiannon le sonrió divertida al tunante. No podía evitarlo. El vizconde era encantador, de una forma bastante picaresca.

Entonces escucharon una tos en la puerta.

- -Oh, por amor a Dios -gruñó el Marqués de Eynsford desde la entrada. -¿Qué diablos hacen ustedes tres aquí? ¿No los eché a la calle ayer?
- -Dijiste que podríamos intentar regresar en la mañana -acotó Wes, sentado junto a su gemelo. -Price nos dejó entrar.

Las cejas doradas de Eynsford se alzaron.

—Tendré que tener una seria conversación con mi mayordomo si las cosas son así —entonces notó a Rhiannon y le sonrió. —Buenos días, querida. Disculpa que estos idiotas te arruinen el desayuno.

Rhiannon le devolvió la sonrisa.

-En realidad me agradan bastante -y era verdad. Al haber sido criada con solo una hermana, a Rhi le parecían graciosas las ocurrencias de los Hadley, aunque se hubiesen comido todo lo que había en la mesa antes de que el resto de la casa llegara.

Radbourne sacó el pecho al escuchar su comentario, regocijado.

Eynsford suspiró pesadamente, como si estuviese sufriendo un castigo divino, antes de entrar propiamente al comedor. Tomó su lugar al final de la mesa, mirando al vizconde con ojos entrecerrados.

- –Archer.
- -Dashiel -respondió Radbourne, con el mismo tono engreído en su voz.
- -Caitrin me informa que tu madre desea verte.

El vizconde se encogió de hombros.

- -Tu esposa es bastante entrometida.
- -Eso lo sabías desde el principio. Por favor no cambies el tema. Lady Radbourne desea que la visites.
 - -Entonces quedará decepcionada, ¿no crees?

Los gemelos se rieron discretamente, atrayendo la mirada penetrante de Eynsford.

-¿Algo que quieran agregar ustedes dos?

Wes clavó la vista en su plato vacío.

Gray negó con la cabeza.

−¿Y sufrir la ira de Archer? Prefiero cerrar la boca.

Los ojos de Eynsford recorrieron el comedor, yendo a parar a la mesa vacía.

- −¿Se comieron toda mi comida?
- -El cocinero está preparando más -le informó Wes alegremente.
- -Ustedes tienen sus propias acomodaciones -se quejó Eynsford.
- —Si, pero nos gusta más aquí —Gray le sonrió al marqués. —Además, esperaba convencer a Miss Sinclair a que me acompañara a un paseo por el parque el día de hoy.

Wes quedó boquiabierto.

-¡Aprovechado! Yo pensaba invitar a Miss Sinclair a dar un paseo hoy también.

Eynsford se aclaró la garganta, llamando la atención de todos en el comedor. Sus ojos ambarinos brillaron divertidos.

- -Bueno, Rhiannon, tienes a dos caballeros peleándose por tu atención el día de hoy. Son francamente intercambiables. ¿Puedo sugerir que lances una moneda para decidir al ganador?
- –Me parece –la voz de Radbourne se alzó sobre las quejas de los gemelos, –que al ser el mayor, les gano de antemano.

Rhiannon no estaba muy segura de lo que debería decir. Jamás había tenido tanta atención masculina en su vida. Nadie se había peleado por pasar tiempo con ella en Edimburgo. Pero claro, aquí era una novedad, y en algún lugar de su consciencia, estaba segura de que la fascinación de ellos para con ella desaparecería con el tiempo. Que la buscaran era agradable, aunque ninguno de los hombres en la habitación la fascinara tanto como Lord Blodswell. Se encontró deseando desesperadamente tener al conde a su lado.

-Buenos días -canturreó Caitrin desde la puerta.

Los cuatro hombres se levantaron apresuradamente al verla entrar. Eynsford le besó la frente.

-Buenos días, Caitie.

Ella dirigió su atención a la mesa.

- -Todos están sumamente guapos el día de hoy -entonces caminó alrededor de la misma, sentándose junto a Rhiannon. -Hoy iremos de compras.
 - –¿De verdad?
- —Sí —asintió Caitrin. —Tenemos que encontrar algo nuevo y costoso para la reunión de la Duquesa de Hythe.

Eynsford dejó escapar un quejido desde su asiento.

-¿Hythe?

Su esposa le dirigió una sonrisa de beata.

- —¿Se me olvidó decirte, Dash? Su Excelencia nos invitó junto a Rhi a asistir a una reunión al final de la semana.
 - -¿A todos nosotros? -Gray se inclinó hacia adelante.
- -Bueno, no a todos nosotros -enmendó Cait. -Pero estoy segura de que ustedes encontraran algo con que distraerse durante la tarde.
 - -Dime que no me obligarás a visitar a la Duquesa de Hythe -gruñó Eynsford.

Caitrin le dirigió una sonrisita insolente.

-Bueno, no tienes porqué acompañarme, Dash. Estoy segura de que a Lord Blodswell no le importará acompañarnos a mí y a Rhi –ignoró el gruñido bajo que emanaba del pecho de su esposo, haciéndole señas a un sirviente para que le trajera una taza de café y regresando su atención a Rhi. –Pienso en algo verde, que realce tus ojos. ¿Qué opinas?

Rhiannon estaba segura de que sus ojos eran color miel.

Lord Radbourne las interrumpió.

-Me parece, encantadoras señoras, que necesitarán de alguien que lleve sus bolsas por ustedes. ¿Me permiten ofrecer mi asistencia?

Bond Street era toda una experiencia. Cait había arrastrado a Rhiannon por más de una docena de tiendas y no parecía sentir cansancio. Rhiannon estaba contenta de tener la compañía de Radbourne. Hacía la excursión más llevadera molestando a Cait. Nadie hacia eso, no si sabía lo que les convenía, pero Radbourne, o Archer, como insistía que Rhi lo llamara, no parecía preocupado en lo absoluto. Seguro era porque ignoraba que acompañaba a dos poderosas brujas.

Cuando estaban a punto de entrar a una pequeña tienda de ropa, Cait entrecerró los ojos, clavándolos en el lycan.

-Archer Hadley, puedes retirarte por el día de hoy.

Una sonrisa lobuna curvó los labios del vizconde.

- -¿Quién llevará tus bolsas, Lady Eynsford?
- -Un sirviente -ella alzó las cejas. -Se les paga para esas cosas, después de todo.

Archer dirigió su atención a Rhiannon.

-Me parece que la marquesa se ha cansado de mi compañía -meneó las cejas de forma coqueta. -Espero que a ti no te pase lo mismo, querida.

Rhiannon se echó a reír. No había más que hacer.

- -No te preocupes, mi buen señor. Disfruto tu compañía.
- –¿Ves? –dijo Archer, mirando a su cuñada. –Eres la única que está molesta conmigo.

- -No olvides a tu madre. También está molesta.
- −¿Cómo podría olvidarlo? –gruñó el vizconde. –Me lo recuerdas cada cinco minutos.

Cait puso los ojos en blanco.

–Ah, Miss Sinclair –dijo una voz cálida tras Rhiannon. El solo escuchar esa voz la hizo estremecerse.

Miró por encima de su hombro para encontrar los oscuros ojos del Conde de Blodswell clavados en ella, y casi suspira.

-Milord -dijo, recordando el beso que habían compartido.

Se veía más pálido que antes, y algo más preocupado. Antes de que pudiera preguntarse el por qué, notó como él miraba discretamente sus labios y se sintió sonrojar.

- —Qué agradable sorpresa —entonces Blodswell saludó a sus acompañantes. —Lady Eynsford, Radbourne.
- Lord Blodswell –dijo Cait, emocionada. –Tenía el presentimiento de que nos encontraríamos hoy.
- −¿De veras? –los ojos de Blodswell brillaron divertidos. –Pues que afortunado soy. ¿Acaban de empezar su excursión a las tiendas?

Rhiannon sacudió la cabeza.

-Esperaba que estuviésemos por terminar.

Cait masculló algo incomprensible por lo bajo. Lo que sea que fuere, hizo que Lord Radbourne ahogara una risotada y se sonrojara.

Rhi se acercó al vizconde.

-¿Estás bien, Archer?

Junto a ella, Lord Blodswell se tensó, mirando al vizconde con ojos entrecerrados.

-Jamás habría pensado encontrarte acompañando a un par de señoras en plan de compras por Bond Street, Radbourne.

Archer se encogió de hombros.

- -Jamás habría pensado verte caminando a plena luz de día, Blodswell. ¿Cómo lo haces?
 - -¡Archer! -lo reprendió Caitrin.
- -Poniendo un pie frente al otro -respondió Blodswell, secamente. -Es más fácil con dos pies que con cuatro.
- -Este no es el lugar, caballeros -Cait miró por encima de su hombro, mirando a la multitud que recorría las calles. Varias miradas curiosas se posaban en ellos.
- —Algunas bestias simplemente no pueden juntarse con personas decentes —suspiró Blodswell de manera dramática. Rhi ahogó una risita al ver la cara de abatimiento de Archer, aunque guiándose por sus ojos, realmente temblada de ira.
- —Piensas que es gracioso, ¿verdad, Rhiannon? —preguntó Archer, arqueando una de sus bonitas cejas. —¿Que al buen ser nocturno le moleste que los perros se apoderen de Bond Street? —sonrió ampliamente. Blodswell se cruzó de brazos, tenso junto a ella.

Pero lamentablemente, ese humor teñido con auto-desprecio de Archer era contagioso. Rhiannon se encontró apretando los labios para no reírse.

- -¡Compórtate! -Cait regañó al lycan.
- -¿O qué, me harás correr de vuelta a casa? ¿O me pondrás la correa? −él pretendió deliberar. −Aunque debo admitir que eso de la correa suena divertido.

Cait se sonrojó, pero Rhi no estaba muy segura de por qué.

—Algunas cosas no deberían discutirse tan a la ligera —dijo Blodswell con elegancia. Le dirigió una mirada comprensiva a Cait, lo que la hizo sonrojarse más. ¿Acaso él sabía por qué Cait se sonrojaba? ¿Por qué Rhi no?

-¡Archer Hadley! –logró escupir Cait de pronto. –¡Sigue con eso y le diré a Dash!

Archer se miró las uñas, aparentemente no muy impresionado. Pero de pronto le besó la frente a Cait.

- —Discúlpame por ese comentario de la correa —susurró él. —No sabía que tú y Dash jugaban así... —dejó el resto de la frase sin terminar, con una sonrisa pícara en el rostro. —Normalmente no me comporto tan mal. De ahora en adelante, te obedeceré con el rabo entre las piernas.
 - -Sí, claro -masculló Blodswell.
- —Por lo menos yo tengo la decencia de no aparecerme apestando a... —Archer se inclinó, olfateando dramáticamente al conde, como lo haría un lobo. Entonces se estremeció antes de terminar su frase, —...ganado.

Blodswell dio un paso amenazante hacia el vizconde, pero Rhiannon se interpuso entre ellos.

- –No lo escuches –le susurró. –Solo trata de provocarte.
- –No huelo a cordero –gruñó él.
- -Nunca dije que olieras a cordero -lo provocó Archer, tras Rhiannon.

Archer chilló al recibir un golpecito de parte de Cait, quien señalaba hacia la calle con gesto adusto.

- -De vuelta al carruaje contigo.
- -Espero que tengas una camada como la Hadley un día -la molestó él.
- —¿Y tener que criar dos camadas? ¿Primero tú y tus hermanos y luego una propia? El destino jamás sería tan cruel —lo empujó con firmeza hacia la calle. Rhiannon hizo como para seguirlos, pero Cait se volteó. —¡Ni lo pienses! —exclamó de pronto. —Acabo de recordar que necesito cintas.
 - -¿Cintas? –seguro que no era algo tan importante. Podían esperar.

-Sí, verdes. Cintas verdes. No puedo olvidarlas, las necesito para tu vestido. Para la reunión de la Duquesa de Hythe.

Rhiannon suspiró pesadamente.

- -Entonces vamos a por ellas.
- –No, no. Tengo que llevar a Archer de vuelta a casa antes de que Blodswell decida tirarlo a golpes –empujó nuevamente el hombro del vizconde cuando él quiso protestar. –Lord Blodswell, ¿sería tan amable de acompañar a Rhiannon a Casa Grafton? La cola siempre es tan larga. De seguro regreso antes de que los atiendan.
 - -Sería un honor -respondió él, ofreciéndole su brazo a Rhi amablemente.
 - -Pero... -Rhiannon protestó débilmente.
- -Pero nada -exclamó Cait, ya del otro lado de la calle. -Regresaré rápido. Pero en caso de que tengan que comenzar sin mí, recuerden que el verde tiene que combinar con sus ojos. De otra manera no serviría de nada. Así que tómense su tiempo.

Rhiannon soltó un quejido al tomar el brazo de Blodswell.

-No son verdes, son color miel. ¿Cómo diantres se supone que encuentre cintas que combinen con mis ojos?

Blodswell la miró con atención, sus ojos de medianoche brillando divertidos.

- -Tienes los más bonitos toques de verde en tus ojos. Creo que podré ayudarte a conseguir el color correcto, querida.
 - -Te lo agradezco. Quisiera que Blaire estuviese aquí para que controlara a Cait.
- –Me puedo imaginar cómo sería presenciar tal cosa. Ambas son formidables
 –Blodswell se rió discretamente.
- —Siempre se me olvida que conoces a Blaire. Y a su esposo también —lo miró mientras la escoltaba tranquilamente hacia la tienda que Cait les había indicado. Era lo suficientemente alto como para que ella tuviese que alzar el rostro para mirarlo.

- Blaire es un encanto exótico. Llena de fuego y pasión. Y conozco a James desde hace mucho tiempo –evitó mirarla. La creación de un vampiro era un tema algo incómodo.
- —¿También lo creaste, no? ¿Cómo a Alec? —Blodswell se volvió a tensar junto a ella. —¿Por qué haces eso? —logró preguntar ella finalmente. La volvía loca: era sumamente encantador un minuto y al siguiente se volvía tenso y seco como una tabla.
 - −¿Hacer qué? −preguntó él, frunciendo el ceño.
 - -Aprietas los labios, como si ahogaras un juramento.
 - -No hago nada parecido -él enderezó los hombros.
- -Aye, lo haces. Lo hiciste antes, hablando con Archer, y lo volviste a hacer ahora, cuando mencioné a James y a Alec -Lo fulminó con la mirada, aunque a ella no se le daban tan bien como a Blaire, la bruja guerrera.
 - -No lo entenderías -Blodswell se encogió de hombros. -No importa.
- -Blodswell -suspiró ella, preparada para rendirse y regresar a Casa Thorpe, con cintas o sin ellas.

Él se detuvo, atrayéndola hacia él.

—Eso es exactamente lo que pasa —dijo finalmente, viéndose como si una terrible batalla tuviese lugar en su interior. Una que estaba perdiendo. Si es que eso era posible. —Me llamas Blodswell o milord, o cualquier otro título. Pero jamás usas mi nombre, a pesar de que te he pedido que me llames Matthew. Pero por alguna razón, los nombres propios de Alec e incluso de *Radbourne* caen de tus labios como los más dulces besos.

¿Besos? Maldición, ahora no podía dejar de pensar en besarla. Los colmillos de Matthew descendieron. Allí, a plena luz del día, justo en Bond Street. Maldición, eso no era buena señal.

- -Necesito regresar a mi carruaje, Miss Sinclair -tragó saliva, tratando de lograr que sus dientes se retractaran. Pero no funcionó. Desesperanzado acudió la cabeza. En todos estos años, jamás había tenido un problema parecido.
- –¿Qué pasa? −preguntó ella, acariciándole la mejilla. −Te ves realmente pálido, Blodswell.
- -Matthew -masculló él, tomándola de la mano y girándola de pronto. Prácticamente la arrastró hacia su carruaje. Afortunadamente su cochero se había quedado en el mismo sitio.
 - −¿Qué haces? –susurró Rhiannon, tratando de evitar que los miraran los curiosos.

Pero Matthew no podía responderle. No podía arriesgarse a que vieran sus colmillos. Al llegar al carruaje, abrió la puerta.

-Vamos. Adentro -dijo con impaciencia, mirando por encima del hombro de ella para asegurarse de no estar llamando la atención de nadie. Al sentirse satisfecho, se dirigió al cochero. -A Casa Thorpe. Pero toma la ruta escénica.

Cuando Rhiannon se le quedó mirando boquiabierta, allí parada sin hacer nada, Matthew perdió la poca cordura que le quedaba. La tomó en brazos, montándola en el carruaje a la fuerza. Notó de soslayo que ella no puso ninguna resistencia, algo extraño en alguien que está siendo arrastrado a un carruaje. Viviría para lamentar este día, de eso estaba seguro.

Ella se sentó en silencio en la oscuridad del vehículo mientras él le hacía señas al cochero que arrancara. Solo se limitó a mirarlo, preocupada, alzando la mano para tocarle la mejilla. Él la detuvo en el aire, regresándola a su regazo.

 No necesitas preocuparte, querida. Estaré bien en un momento. Solo necesito concentrarme –dirigió la vista a la ventana para no tener que verla. −¿Puedo ayudarte en algo? −preguntó ella, en voz baja.

Podía dejar de oler a flores de gardenia. Podía detener su corazón para que él no tuviera que escuchar el vaivén de su sangre en sus venas, un ritmo en staccato que lo atraía como ninguna otra cosa. Podía cerrar sus bonitos ojos color miel y dejar de parpadearle coquetamente. Podía... dejarlo probarla.

- —No lo creo —dijo él, finalmente, descansando la cabeza contra el asiento y cerrando los ojos. Dejó de aspirar. No necesitaba respirar. Pero aun así percibía el olor de ella en su cabeza, como una cortina sobre una ventana. No podía percibir nada más allá de ella. No podía apartarla. No podía hacer nada.
 - −¿Cuánto tiempo ha pasado? −preguntó ella, empezando a quitarse los guantes.
 - -¿Disculpa? -él no estaba seguro de que estaba preguntando ella.
- -¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que te alimentaste, Blodswell? -preguntó ella, en voz baja. Se quitó los guantes lentamente, dedo a dedo. Él pudo notar el palpitar de su pulso contra la delicada piel de sus muñecas. Y eso le hizo la boca agua.

No estaba seguro. Podían haber pasado días ya. Días sin consumir nada realmente sustancioso. Sus dientes se negaban a tomar de cualquier otra. Pero de ella sí. Todo su cuerpo respondía a ella. Se cubrió el regazo con el abrigo.

-No demasiado -mintió él. -¿Por qué preguntas? -dejó caer la cabeza a un lado, para poder mirarla sin alzarla. No tenía fuerzas. Era casi la sombra de lo que era antes, un hombre hechizado por esa bruja de las tormentas que poseía todo lo que él deseaba.

Ella alzó la mano para acariciarle la mejilla. Él solo tenía que voltearse y podría hundir sus colmillos en su suntuosa carne y beberla como deseaba. En lugar de eso la tomó de la mano, apartándola ligeramente de sí.

- -No sabes lo que me haces -dijo con un quejido.
- –¿Te duele? −preguntó ella.

Dios, dolía. Dolía demasiado saber que la deseaba, la necesitaba, tenía que hacerla suya, pero no podía. Pero no era eso lo que preguntaba ella, ¿verdad?

- –¿Por qué no te has alimentado? Dime la verdad, Blodswell.
- —¿Terminarás con esta horrible tortura si te digo? ¿Tendré algo de paz? —pero incluso al decirlo, él sabía que no habría paz para él. Ella no lo torturaba a propósito. Solo... existía. Y eso era suficiente.

Rhiannon se enderezó, pareciendo ofendida de pronto.

-Yo no te he hecho nada.

Pero sí lo había hecho. De alguna manera lo había hechizado, y aun ahora él no estaba seguro de cómo lo había hecho. Y le había pedido que la cortejara, aunque fuese de mentira al principio.

-No me llamas Matthew -gruñó, pues no se atrevía a decir el resto.

Ella suspiró, como si lidiara con un niño malcriado.

- -Bien, te llamaré Matthew. Pero dudo que sea eso lo que te tiene así de mal.
- -Ciertamente estoy mal -admitió él.
- –¿Y por qué, Matthew?

Matthew. Lo había dicho. Dijo su nombre. Él se había imaginado que fluiría de sus labios como un riachuelo cantarín. Como una gentil llovizna primaveral cayendo del cielo. Pero lo golpeó como un trueno. Como un relámpago. Como Rhiannon.

- -Dilo otra vez -suplicó, acariciándole las mejillas y tomando su rostro entre sus manos.
 - -Matthew -suspiró ella. -¿Qué te sucede?
- -No me he alimentado porque no puedo, querida. Y para ser honesto, me está enloqueciendo -era peor que eso, pero esa era la mejor descripción que se le ocurría.

- —¿Estás enfermo? —el rostro de ella se iluminó esperanzado. —Mi hermana del aquelarre, Elspeth, curó a un hombre lobo enfermo una vez. Ahora es su marido. Pero si estás enfermo, puedo llevarte a ella. Ella te curará.
 - -Es muy amable de tu parte, Rhiannon.

Ella se estremeció ligeramente al oírlo decir su nombre. Así que a ella también le afectaba. Gracias a Dios que no era el único.

- -Pero me temo que no es algo que pueda curarse. Necesito alimentarme, es todo.
 - –¿Pero dijiste que no podías? ¿Te ha pasado antes?
 - -Nunca.
 - -¿Jamás, en todos estos años?
 - –Nunca –repitió él.
 - −¿Y qué lo causa ahora? –ella parecía perpleja.
- -Tú lo causas -dijo él en voz baja, apretando sus labios contra los de ella brevemente. Su condenado corazón se aceleró, él podía oírlo en su cabeza. Matthew se apartó, terminando el beso.

Ella se acercó más a él.

- -¿Acaso mis *poderes* son la causa? Cuando estoy contigo, pierdo el control de ellos. Si es eso lo que te afecta, lo lamento mucho –posó una mano en su pecho.
 - -Silencio, Rhiannon -la acalló él.
 - -Pero -protestó ella tímidamente, con una expresión confusa en el rostro.

Tenía que decirle. O volverse loco con la verdad. Respiró profundo.

-Te deseo -sonrió, permitiéndole ver sus colmillos propiamente.

Ella alzó su manita inocente, acariciando uno con la yema del pulgar. Inmediatamente él lo rozó con el colmillo. No con suficiente fuerza para hacerle daño

y solo por un segundo. Pero fue suficiente para hacer que brotara una gotita de sangre. Ella quiso apartar la mano, pero él la sujetó, mirando fijamente la gotita en su dedo. Percibió su aroma embriagador, tensándose al instante.

- -¿Quieres? –preguntó ella inocentemente, ofreciéndole su pulgar.
- ¿Qué había hecho? La había lastimado. Para aplacar su necesidad egoísta.
- -Lo siento tanto -gruñó. Casi no podía hablar.
- –¿Por qué? No me duele.
- -No estuvo bien de mi parte -En lo absoluto. Jamás se perdonaría a sí mismo.

Pero nuevamente la manita inocente se acercó a él. Ella le acarició el labio inferior con el dedo sangrante, manchándolo justo donde él se vería obligado a probarla. Así que lo hizo. Cerró los ojos, pues no podía soportar escudriñar su rostro y sentir que hacía lo correcto. Se chupó los labios, percibiendo por primera vez su sabor. Ella sabía cómo ninguna otra. Ella se deslizó sobre sus sentidos como el más suntuoso terciopelo, la más deliciosa brisa cálida de verano. Dios, si de verdad lograba beber apropiadamente de ella, jamás sería capaz de sacar sus colmillos de su carne. Se llevó el pulgar de ella a la boca y lo chupó con fuerza. No era suficiente, claro, pero necesitaba probar más.

- -Algo me pasa, Matthew -se quejó ella. -Algo que no entiendo -su confusión lo hizo salirse de su tormentoso encantamiento.
- Rhiannon –gruñó, atrayéndola a su regazo. Claro, le había transmitido su pasión
 y deseo cuando se llevó su pulgar a la boca, propiciando la conexión. –Lo siento tanto
 –susurró.
- —¿Qué es esto? —preguntó ella, dejando caer la cabeza contra su hombro, relajándose contra él. Volvió a apretar su pulgar contra los labios de él, quien lo volvió a tomar, agradecido. Ella le agarró la mano, que descansaba sobre su muslo, guiándola hasta su bajo vientre. —Esto, Matthew. ¿Qué es?

—Dime lo que sientes —él la guio con gentileza, levantándole las faldas hasta que pudo deslizar una mano bajo ellas. Mientras hacía eso, continuó succionando su pulgar y hablándole en voz baja.

-Siento mariposas en el estómago, y algo que late, y late, y late... -ella suspiró largamente cuando él le chupó el pulgar con especial ahínco. Su deseo y pasión se mezclaron con los de él.

Él jamás había tenido una erección tan potente en su vida. Se sentía a punto de estallar. Ella se agitó en su regazo.

-Quieta -dijo él. Si no se quedaba quieta, él perdería el control. Entonces la tocó con suavidad bajo la falda. Estaba húmeda, y el pulso le latía con fuerza en la ingle -¿Aquí? -preguntó mientras rozaba el pequeño ramillete de nervios entre sus piernas.

-¡Aye! -exclamó ella, escondiendo el rostro en su hombro.

–Yo puedo ayudarte con eso –la tranquilizó. Volvió a chupar con fuerza su pulgar, aunque ya no sangraba. Pero la conexión entre ellos aún estaba allí. La acarició con los dedos, llevándola cada vez más alto. No pudo resistir arquearse contra ella. Deseaba hundir sus dientes en su carne al tiempo que el resto de su cuerpo se hundía en ella. Quería consumirla. Pero en lugar de eso continuó chupándole el pulgar mientras la acariciaba y contemplaba su rostro, sus labios entreabiertos y sentía su respiración agitada contra su piel.

Deslizó uno de sus dedos dentro de su suave calidez, y ella abrió los ojos de golpe, mirándolo mientras la llevaba al éxtasis. Creyó escuchar truenos cuando ella alcanzó su clímax, envolviéndose alrededor de sus dedos, disfrutando de cada onza de placer entregado.

Finalmente, cuando ella se relajó por completo, él soltó su pulgar de entre sus labios y la abrazó con ternura, dejándola que se recuperara de aquella tormenta de emociones. Ella tembló en sus brazos.

-Matthew -suspiró ella, mientras él se apartaba un mechón de la frente.

- −¿Sí, querida? –ella se estremeció en su regazo, haciéndole soltar un pequeño quejido al rozarse con la evidencia de su deseo reprimido.
 - –¿Te casarías conmigo? −preguntó ella en voz baja.
- -Creo que se supone que soy yo el que debería preguntarte eso -se rió mientras la besaba en la frente y le acomodaba las faldas. Jamás había sentido un placer igual. Y solo había probado una gota de su sangre. Era ella. No su sangre. No su cuerpo. Era ella. Esta encantadora bruja tormentosa.

Era suya.

Jamás se había considerado egoísta, pero ahora pensaba que lo era. Era bueno saber que viviría para siempre, pues sabía que sería condenado al infierno por no ser capaz de dejarla ir. Y no lo haría, no era capaz de hacerlo, no después de eso. Lo único bueno era que ella parecía desearlo con la misma intensidad que él.

-Bueno, ¿lo harás? -sus palabras lo sacaron de sus pensamientos.

Matthew miró a la bonita bruja, todavía en sus brazos.

–¿Hacer qué?

Ella se mordió el labio, como si contemplara si debía decir lo que pensaba o no. Entonces se enderezó.

—¿Me lo vas a preguntar o no? —se volvió, escondiendo el rostro en su pecho de la vergüenza. —Pregúntame si quiero ser tu esposa —agregó, la voz ahogada contra su hombro.

Él no se molestó en esconder la sonrisa que curvó sus labios. El fuego del infierno jamás lamería sus pies. Él la adoraría durante todos los años que tuviesen juntos.

- -Rhiannon -dijo en voz baja, tomándola por el mentón. -Dime que serás mi esposa.
 - −¿Pronto? –los ojos color miel de ella brillaron emocionados.

- -¿Por qué la prisa, querida? −tenían el resto de la vida de ella, después de todo. Ella se retorció en su regazo, dejando en evidencia que podía sentir cuanto la deseaba.
- -Porque creo que podemos hacer la más deliciosa tormenta juntos. Y eres demasiado honorable para tomar de mí sin casarnos antes... y me preocupas.

Matthew rozó sus labios con los de él.

-No te preocupes, mi hermosa bruja. He vivido por siglos y no me veo mal.

Ella lo miró dudosa.

Quizás se veía peor de lo que él pensaba. Y tenía la razón. Mientras más rápido se casaran, mejor.

-No conozco al Arzobispo. No estoy seguro de si nos otorgarían una licencia especial -también estaba el hecho de que él no había pisado una iglesia en siglos, incluso antes de la Reforma.

Rhiannon pareció contrariada.

—Olvidé que estamos en Inglaterra. Sería mucho más fácil si pudiésemos simplemente ir a la iglesia y decir nuestros votos. El vicario cerca de casa, Mr. Crawford, no estaría muy contento con otra ceremonia irregular, pero sé que podríamos convencerlo de olvidar los contratos. Refunfuñaría, pero nos casaría.

Él no había caído en cuenta de que ella hablaba de casarse hoy.

-La licencia solo toma tres semanas. No es tanto tiempo -no cuando se había vivido por más de un siglo.

Ella frunció el ceño, acariciándole la mandíbula.

-No esperarás que observe cómo te mueres de hambre mientras redactan los contratos, ¿verdad? Porque no lo haré, Matthew.

Él cerró los ojos para evitar su mirada suplicante.

-No tenemos opción, querida. Soy el peor de los tunantes. Tú mereces algo mucho mejor, mereces todo lo que yo no puedo darte. Pero no te mancillaré ni tomaré nada de ti antes de estar casados. No puedo.

Ella reposó la frente contra su hombro.

- -Pues yo no puedo esperar tres semanas. No puedo dejarte sufrir tanto tiempo.
- Rhiannon –él abrió los ojos para puntualizar la severidad de sus palabras. –Creo que hemos llegado a un punto muerto.

Ella se enderezó de pronto, sonriendo como si acabara de ocurrírsele la mejor de las ideas.

-Quizás Lord Eynsford conozca al Arzobispo. Estoy segura que nos ayudaría a obtener una licencia especial -le sonrió emocionada.

Si Eynsford supiese lo que acababa de pasar entre ellos, no solo los ayudaría, exigiría obtener una licencia especial inmediatamente. Matthew frunció el ceño. Preferiría no divulgar lo que había pasado. No permitiría que nadie ensuciara el nombre de Rhiannon, ni siquiera por aquellos cercanos a ella. Era tan joven, no entendería... ¿exactamente qué tan joven era? A Matthew se le secó la boca.

- -Querida. ¿Cuántos años tienes?
- -Casi veinte.

Maldición. Era un maldito asaltacunas. Sacudió la cabeza.

-Una licencia especial no nos serviría, Rhiannon. No tienes la edad suficiente. Necesitaremos el permiso de tu padre.

¿Y si Mr. Sinclair se negaba a dar su permiso? Matthew sintió como si le faltara el aire. Lo mejor sería no confesarle su naturaleza vampírica al buen señor.

-Estúpidos Sassenach y sus leyes, -masculló ella por lo bajo.

Su enfurruñamiento solo le hizo tenerle más cariño. Matthew le alzó el mentón con un dedo.

−¿Él no se opondrá a nosotros, verdad? –su respuesta importaba más que su próxima gota de sangre.

Rhiannon negó con la cabeza.

-Si logramos que lea la carta, nos dará su bendición.

Matthew se aseguraría de que la leyera. Haría que alguien se la entregara personalmente en los próximos dos días, y ese alguien no se marcharía de Edimburgo antes de obtener respuesta de Mr. Sinclair.

-Es mejor así, muchacha. Le enviaremos la carta. Haremos que Mr. Crawford lea los contratos en tu parroquia natal, y luego de que tu padre dé su visto bueno y pasen las tres semanas, serás mía hasta que la muerte nos separe.

Ella hizo puchero.

-Podríamos cruzar la frontera.

Matthew suspiró. Negarle algo era lo más difícil que había hecho en la vida.

- —¿Y arruinar tu reputación en el proceso? No, querida, no lo permitiré. Haremos las cosas correctamente —dio unos golpecitos en el techo del carruaje, indicándole al cochero que los llevara de vuelta a Casa Thorpe.
- -No quiero regresar todavía -sus ojos miel le suplicaron reconsiderar su curso actual.
- —Tres semanas no es mucho, Rhiannon. No cuando has vivido tanto como yo —Matthew la acomodó a su lado, abrazándola contra sí. Sonrió cuando ella descansó la cabeza contra su hombro. Se sentía completa con ella aquí. Incluso sin haber probado de ella, sabía que no podía vivir sin ella. No ahora.
 - -Parece una eternidad -se quejó ella en voz baja.

A pesar de sus protestas, Matthew sentía lo mismo. Las próximas tres semanas serían eternas.

-Dime que lo harás por mí, querida. Jamás he tenido una esposa de verdad y quiero hacerlo todo bien.

Ella se volteó a verlo, sorprendida.

- -¿Jamás has tenido esposa?
- -Jamás tuve razón para querer una de verdad, no hasta que te conocí. Hay muchas Condesas de Blodswell en el manual de Debrett, pero todas son ficticias. Las inventé para poder mantener mi mascarada.

Ella pareció aliviada al escuchar su confesión.

- -Podrías llevarme a tu casa y así no tendría que preocuparme por ti.
- —¿De verdad crees que podría secuestrarte y que nadie se daría cuenta? —él se rió con ganas de solo pensarlo. La banda de lycans de Eynsford la tenían vigilada, aunque ella no lo notara, y también Alec MacQuarrie. Y aunque no la tuvieran vigilada, el honor de Matthew no le permitiría hacer lo que ella le pedía, por mucho que quisiera.
- —¿Estarás bien? Quiero decir, necesitas alimento, ¿verdad? —ella parecía tan preocupada por él. Nadie se había preocupado tanto por su bienestar en mucho tiempo. Él elegía usar los servicios de *Brysi* precisamente por eso, para que a nadie le importara. Su alimentación era algo impersonal. Solo un intercambio de placer por sustento.
 - -Estaré bien -trató de calmarla, esperando por su propio bien tener la razón.

De pronto, Rhiannon frunció el ceño, inclinándose hacia adelante.

- —¿Beberás de alguien más para calmar la ansiedad? —¿Eran celos lo que veía en su bonita cara? Era una bendición inesperada que ella no quisiera compartirlo. Él no quería ser compartido.
- -Oh, querida, aunque pudiera, no lo querría -admitió, apoyando su frente contra la de ella para calmar sus preocupaciones.

- Así que, de ahora en adelante, ¿seré la única fuente de lo que necesitas?
 parecía extraordinariamente complacida por ello, con una sonrisita divertida amenazando con curvarle los labios. Era adorable.
- —¿Está bien contigo? ¿El necesitarte tanto? —ella no era una vaca a la que mantendría para obtener leche. Sería su esposa. Su todo.
- —¿Qué me necesites? —ella suspiró, mirándolo extrañada. —Creo que será agradable ser necesitada —se apretó con más fuerza a su costado al decir eso. —Jamás me han deseado antes, mucho menos necesitado.
- -Yo te deseo. Y te necesito. Y... -él ahogó un grito al sentir una punzada de dolor en el pecho.

Ella se arrodilló frente a él inmediatamente, tomando sus manos entre las suyas.

- –¿Qué pasa, Matthew?
- –No lo sé –gruñó él, sin poder evitar el dolor pulsante en su pecho. Latía y se expandía.
- –¿Qué puedo hacer? –preguntó ella. –¿Es porque necesitas alimentarte? –chilló, desabotonándose el vestido y descubriéndose un hombro. –Tómame, Matthew –lo animó. –Por favor.

Pero antes de que él pudiera responderle que ese no era el problema, o por lo menos él pensaba que ese no era el problema, el carruaje se detuvo y la puerta fue abierta de golpe. Entonces un brazo masculino rodeó a Rhiannon, sacándola a la fuerza.

Matthew trató de alcanzarla, pero fue en vano. Maldición, ¿Qué demonios estaba pasando? Se forzó a olvidar el dolor, gruñendo cuando dos manos lo sujetaron por la solapa del abrigo, sacándolo forzadamente del carruaje también.

Capítulo 13

Un lycan furioso y un vampiro lívido se estudiaban silenciosamente frente a Casa Thorpe. Rhiannon casi se echa a reír de lo absurdo de la situación. Dio un paso hacia Matthew, pero entonces se dio cuenta de que Alec MacQuarrie la sujetaba del brazo. ¿Había sido él quien la había sacado del carruaje? Nadie hubiese creído que MacQuarrie y Eynsford pudiesen trabajar juntos. Como la molestaba que se unieran para frustrarla.

Alzó un dedo, apuntando a Alec. Algo destelló en la punta del mismo, rozándolo levemente al ella advertirle que se alejara con un golpe de energía. Él dio un salto atrás, soltándola.

—Si la vuelves a agarrar así, no tendrás que preocuparte de donde sacarás tu próxima comida pues te encontrarás con una estaca en el pecho, Alec —dijo Matthew en voz baja, pero todos le escucharon, incluso Rhiannon, quien atrapó su murmullo en una corriente de aire y lo atrajo hacia sí.

Alec se quitó un sucio imaginario de la chaqueta, evitando la mirada incendiaria de su hacedor por completo. Pero casi parecía avergonzado.

-No necesitas preocuparte, pues puede que venga un ventarrón y se lo lleve a otro estado si me pone las manos encima así otra vez -aclaró Rhiannon en voz alta. Entonces se dirigió al exasperante marqués. -¿Y qué pasa contigo, Dashiel Thorpe?

Pero Eynsford no le prestó atención: sus ojos ambarinos permanecieron clavados en Matthew.

-Entra a la casa, Rhiannon. Me ocuparé de ti en un momento.

Ella ahogó una exclamación indignada. ¿Acaso creía que podía hablarle así?

-Y arréglate el vestido -ordenó el marqués, como si hablara con uno de sus hermanos traviesos.

Rhiannon se alzó, preparada para recordarle que ella no era uno de sus hermanitos cuando notó que su vestido estaba abierto por el hombro, de cuando ella misma se lo había desabrochado para Matthew.

Alec alzó una mano para cubrirle el hombro. Obviamente no pensaba con claridad, pues el vendaval casi lo tira al suelo.

- —¡Trataba de ayudar! —protestó en voz alta. Parecía tan contrariado que ella no pudo evitar imaginárselo como un chiquillo, dando pisotones al ser incomprendido.
- –No le pongas las manos encima –advirtió Matthew. –¿Estás bien, Rhiannon? –le preguntó nuevamente, sin quitar los ojos de Eynsford.
- —¡Claro que estoy bien! Estaba perfectamente bien hasta que este par de idiotas que no se soportan decidieron juntarse para sacarme a la fuerza de tu carruaje.
 - -Rhiannon -gruñó Eynsford. -Entra. A. La casa.

Alec le susurró al oído.

- -Te escuchamos rogarle que te tomara, chiquilla -lo dijo con una expresión triste, como si alguien le hubiese robado el último pastelillo a la hora del té.
- −¿Es todo? –le preguntó ella en un susurro, como si los otros entes sobrenaturales no pudiesen escucharlos con claridad.
- Bueno, primero escuchamos gruñir a Blodswell y después tu oferta –respondió
 Alec en voz baja.
- -¿Qué haces aquí, de todos modos? Detestas a Eynsford, ¿pero te juntaste con él para esto?

Alec hizo un gesto de dolor, y Rhi casi se sintió mal por él.

-Nos preocupamos por ti. Te advertí que te alejaras de Blodswell.

Rhi miró a Eynsford y a Alec por turnos. Un trueno retumbó en la lejanía. ¿Acaso pensaban que era una cabeza hueca, incapaz de tomar sus propias decisiones?

–¿Estaban preocupados por mi inocencia?

Ambos asintieron a la vez, aunque Eynsford no apartó la mirada de Matthew. Se preocupaban por nada. Ella suplicó, pero él se negó.

—Bueno, no tienen que preocuparse por mí. Lord Blodswell es el más noble de todos los caballeros —y eso era ligeramente inconveniente en este momento. Deberían haber huido de Londres y cabalgar directo a Gretna Green. Ella no pertenecía a la sociedad londinense. ¿Qué le importaba lo que pensaran? Solo deseaba cuidar de Matthew, y ahora tenía que lidiar con Eynsford y Alec. — Demasiado noble —gruñó por lo bajo.

Eynsford alzó las cejas, como cuestionando a Blodswell. O burlándose. Rhi no estaba segura.

–¿Demasiado noble, eh?

Los ojos oscuros de Matthew encontraron a Rhiannon.

-Quizás sería mejor, querida, que entraras a la casa.

Ella lo fulminó con la mirada. No pensaba marchase. Esto se trataba de ella, después de todo.

-¿Y dejar que se muelan a palos por mi honor? No lo creo —echó los hombros para atrás. —Ya es demasiado. Alec MacQuarrie, eres un amigo muy querido, y aprecio tu preocupación, pero no es necesaria. En cuanto a ti, Dashiel Thorpe, si tocas un solo cabello de la cabeza de mi prometido, me aseguraré de que Cait te ponga en la perrera por el resto del mes.

–¿Acaso dijiste "prometido", Rhi? −el rostro de Alec se volvió una máscara de furia.

Otro trueno retumbó en el cielo, esta vez más cerca. El cielo se ponía cada vez más gris. Oh, cielos, ella estaba más furiosa de lo que pensaba. ¿Cómo se atrevían a

pensar que sabían que era mejor para ella? Dio un pisotón, haciendo que cayera un relámpago en las cercanías, seguido por otro estruendoso trueno. Por lo menos no llovía. Preferiría morirse antes de llorar frente a estos hombres.

- –Sí, es mi prometido, y ustedes dos le deben una disculpa –los hizo retroceder con un ventarrón.
- —Rhiannon, no es necesario —protestó Matthew. —Estoy seguro que solo querían lo mejor para ti —volvió su atención hacia Eynsford. —Cómo puedes ver, Miss Sinclair se encuentra en perfecto estado. No ha pasado nada malo —pero seguía frotándose el pecho. Aún se sentía mal.

Algo estaba definitivamente *mal*. Solo deseaba saber *que* pasaba. Él se había mantenido extrañamente callado durante todo este intercambio, pero sufría mucho. Ella podía verlo en sus ojos, y acababa de ser maltratado por un Lycan salvaje y su lacayo chupasangre. Eso no sería bueno para la salud de Matthew.

Ella se dirigió hacia su vampiro. Todavía se veía extremadamente pálido.

- –¿Qué puedo hacer, Matthew?
- -Puedes llevar tu lindo traserito encantado a la casa -exclamó Eynsford.

El cielo se oscureció aún más mientras ella empujaba al marqués fuera de su camino.

-No creas que no te lanzaré un rayo si me haces enfadar más, Lord Eynsford -Rhi llegó junto a Matthew y le acarició la mandíbula con ternura. -¿Te apetece sentarte conmigo en el salón?

Él negó con la cabeza.

- -Tengo una carta que escribirle a tu padre -miró por encima del hombro a Alec. Entre otras cosas. Vendré a visitarte mañana a primera hora.
- -¿Lo prometes? -ella sabía que él tenía razón, pero no le agradaba tener que esperar hasta mañana para verlo de nuevo. Pero necesitaba consejo de Cait.

-Por mi honor.

Rhi miró indignada a Eynsford antes de subir los escalones a Casa Thorpe. Entonces lanzó una discreta ráfaga de viento que le trajo las palabras acalladas entre Eynsford y Matthew.

-Disculpa, Blodswell -gruñó Eynsford. -Pero *hueles* a que hiciste algo más que pasear en el carruaje.

¿Los lycans podían oler... eso? Iba a morirse de la vergüenza. Jamás podría ver a Eynsford a la cara. ¿Quién pensaría que eso tendría un aroma?

- Nos casaremos apenas estén listos los contratos.
- -Asegúrate de que así sea.

La puerta principal se abrió, y Price la mantuvo abierta para ella.

-Miss Sinclair -dijo el anciano mayordomo. -Lady Eynsford desea verla en su estudio -entonces cerró la puerta, evitando que escuchara el resto de la conversación entre el vampiro y el lycan.

Rhiannon suspiró.

-Gracias, Price –necesitaba el consejo de Cait, pero no apreciaba ser llamada de esa manera. De seguro la vidente ya había visto los eventos de la tarde y Rhi no deseaba hablar sobre los detalles. Lo que había sucedido entre Rhiannon y Matthew era privado, incluso para los videntes. O por lo menos así debería ser.

Pero no podía evitar la llamada de Cait. Su amiga la encontraría tarde o temprano, y Rhi preferiría no hacerla enfadar. La clarividente bruja no poseía ningún poder que pudiese lastimar directamente, pero podía enfurruñarse como una reina y hacer miserables a todos a su alrededor. Era mejor hacer lo que Caitrin pedía. Así que Rhiannon se dirigió lo más pronto que pudo al estudio de la marquesa, junto frente al de su marido.

Al escucharla entrar, Cait alzó la vista, dejando caer su pluma junto a una hoja de papel.

- -Ah, allí estás -entonces espolvoreó algo de arena sobre la hoja.
- -¿Querías verme?

Cait se levantó de su bonito escritorio estilo Reina Ana con una sonrisa.

–¿Ya fijaste fecha?

Rhi frunció el ceño.

-Sabías bien lo que sucedería al abandonarme en Bond Street, ¿verdad?

Cait se encogió de hombros.

Aye. Pero tú no lo sabías, y eso es lo que importa. Ahora dime, ¿estás feliz, Rhi?
 Ilevó a Rhiannon a una preciosa poltrona de brocado dorado colocada en una esquina y la sentó junto a ella.

Feliz no era la palabra exacta. Sentía *ansias* de tener a Matthew para sí, de pararse junto a él frente al altar y convertirse en su esposa. A la vez, estaba *preocupada* por su salud. Ciertamente no se veía como siempre, como el cortés caballero que había conocido en Hyde Park en plena tormenta. La forma en que lo había visto aferrarse el pecho y su expresión agonizante en el carruaje la habían aterrado.

-Blaire dijo que los vampiros son las criaturas más fuertes que existen.

Cait se rió discretamente.

-Que no te escuche un Lycan. Pueden ser muy sensibles al respecto.

Pero los Lycan no eran inmortales, ¿verdad? No, los vampiros eran más fuertes.

- -Estoy preocupada por Matthew. Parece sufrir mucho dolor. Necesita alimentarse y...
 - –A ti te gustaría ayudarlo con eso.

Rhiannon estaba segura de que jamás se había sonrojado tanto.

-Solo quiero que esté bien.

Los claros ojos azules de Cait brillaron divertidos.

- -Eso no es todo lo que quieres, pero dejaremos el tema de momento.
- –Lo que yo quiera no importa. Él no me deja ayudarlo –Rhiannon apretó los puños.
- −¿Y lo vas a dejar que decida eso, así como así? Hmmm, eso no suena como la Rhiannon Sinclair que he conocido toda mi vida.

Rhi fulminó a su hermana bruja con la mirada.

-Bueno, ¿qué se supone que haga? ¿Entrar a la fuerza a su hogar, amarrarlo y obligarlo a consumir mi sangre? No soy Blaire.

Cait clavó los ojos en su regazo, y quienes no la conocieran dirían que estaba siendo tímida.

-Creo que debes hacer lo que te diga tu corazón, Rhi. Es el único consejo que puedo darte.

La manera en que hablaba su amiga hizo que Rhi se estremeciera del miedo.

-Tú sabes qué pasará. Dime, Cait.

Su amiga negó con la cabeza, sin mirarla a la cara.

-Sabes que no puedo decirlo.

Rhi jamás había odiado tanto como ahora las reglas que controlaban los poderes de Cait. Si tan solo pudiese darle la más pequeña pista sobre su futuro, la decisión de Rhi sería mucho más fácil.

–Cait –suplicó.

Pero los labios de su amiga se apretaron testarudamente.

-Te dije que siguieras a tu corazón, Rhi. No puedo decir más.

El aliento escapó de los pulmones de Rhi. Eso no la ayudaba. Su corazón le decía que debía utilizar todos sus poderes de seducción para lograr que Matthew tomara

lo que necesitara de ella. Su corazón le decía que convenciera a su vampiro de correr hacia la frontera escocesa y olvidar todas estas tonterías inglesas. Su corazón le decía que se le estaba acabando el tiempo.

Los escoceses eran notorios bravucones. Matthew había conocido a varios durante su larga vida. Pero Alec MacQuarrie quizás fuese el peor de todos ellos. En el carruaje, el escocés había hecho de todo menos arrancarse el cabello.

- —Sé que eres mi mentor, mi hacedor, o como sea que prefieras llamarte, y se supone que me guías por este camino difícil, pero esto es pura basura. Te pedí una cosa, solo una cosita insignificante ¿Y acaso el legendario Sir Matthew Halkett se dignaría a complacer mi petición? No. Aparentemente pedirte que mantuvieras tus malditos colmillos alejados de Rhiannon fue demasiado. Docenas de muchachas esperan anhelantes tu regreso a *Brysi*. Podrías tener a cualquiera de ellas, o a todas, si así lo desearas. Pero eso no fue suficiente, ¿verdad? No, tenías que ir y hacer la *única* cosa que te pedí que no hicieras. Y no pudo ser solo eso. No, tuviste que ir y comprometerte con la muchacha. ¡Le has arruinado la vida! —le dio un puñetazo a la pared del carruaje.
 - -Cuidado, Alec -advirtió Matthew. -Otro golpe así y volverás astillas el carruaje.
 - –¿Preferirías que te golpeara a ti?
- -Puedes intentarlo, pero te recuerdo que he estado ganando peleas por más tiempo del que has vivido.
- -¿Cómo pudiste? –preguntó finalmente el escocés, sonando como si la pregunta le destrozara el alma.

Matthew aprovechó el silencio momentáneo para responder con calma, aunque en el fondo estaba de acuerdo con el escocés.

-No creo que el casarse conmigo le arruine la vida.

Alec lo fulminó con la mirada.

-Entonces te equivocas.

Matthew frunció el ceño.

- -No sabía que eras tan hipócrita, Alec.
- –¿Yo? –balbuceó el escocés.
- —Sí, tú. Estás tan convencido de que arruinaré la vida de Rhiannon, pero igualmente babeas tras la esposa de Eynsford como un colegial enamorado. Si el marqués tuviese algún inesperado y trágico accidente, ¿de verdad no correrías a Casa Thorpe para huir con la muchacha?

Alec apretó los dientes.

-Jamás expondría a Caitrin a lo que soy ahora.

Hasta ahora, Matthew tampoco se había pensado capaz de exponer a alguna mujer a su verdadera naturaleza.

- -Quizás pensarías distinto si fuese solo su sangre la que pudieses beber, amigo mío.
 - -No entiendo.
- -No puedo beber -admitió Matthew, estudiando a su pupilo de cerca. -Mis colmillos no funcionan con otra que no sea Rhiannon. Nada sabe bien. Ni la detestable sangre de cordero que me diste, ni la sangre humana que Callista me forzó a beber. Pero una pequeña gota de la sangre de Rhiannon fue la cosa más dulce que probé en mi vida.
- –¿En tu vida? –Alec lo miró con ojos entrecerrados. –En 650 años, ¿la sangre de Rhi es la mejor que has probado?

–No logro recordar a ninguna otra –Matthew se recostó contra el asiento. –No temas, Alec. No arruinaré su vida. Tenemos una conexión que no puedo explicar. Me aseguraré que su vida esté llena de felicidad.

–¿Y qué tan larga será esa feliz vida? –Alec se cruzó de brazos. –¿La transformarás, para que ambos puedan vivir una eternidad juntos?

La sugerencia de Alec animó a Matthew. Qué maravilloso sería compartir la eternidad con Rhiannon. Pero jamás se lo pediría. Su estilo de vida no era para los débiles.

-Sabes que tengo un código. Estabas a las puertas de la muerte, así que te salvé. No acostumbro transformar a gente sana.

Alec frunció aún más el ceño.

–¿Dijiste que fuiste a ver a Callista?

Matthew asintió.

-Debiste estar realmente preocupado. ¿Qué te dijo?

Matthew no deseaba repetir todo lo que su hacedora le había dicho. Las palabras de Callista de seguro incendiarían a Alec nuevamente.

-Sugirió que me casara con Rhiannon.

Alec resopló.

- -Así que solo sigues su directiva.
- -Jamás se me ha acusado de seguir las directivas de Callista. No, solo hago lo que exige la sociedad y el decoro, Alec. Rhiannon Sinclair quiere ser mi esposa. Yo la necesito para vivir. Jamás tomaría de ella a menos que fuese mi esposa.
 - -Noble hasta el final.
 - -El final aún no se acerca. Ahora me vendría bien tu consejo.
 - -¿Mi consejo? -Alec sonó realmente sorprendido.

-Necesito enviarle una carta a Mr. Sinclair, pidiéndole la mano de su hija en matrimonio. No lo conozco, pero tú sí. Todas las sugerencias son bienvenidas.

Alec resopló otra vez.

-Será un verdadero milagro hacer que a Dougal Sinclair le importe algo.

Matthew quedó boquiabierto. Jamás había escuchado a Alec expresarse así de alguien... excepto quizás el Marqués de Eynsford.

El escocés debió haber notado su sorpresa, pues se apresuró a explicar.

-No creo que sea un villano, y de verdad creo que ama a sus hijas. O por lo menos solía hacerlo. Solo pareciera que se olvidó que existen. Creo que al morir su esposa, se llevó mucho de lo que solía ser Dougal Sinclair. Llamarlo negligente sería un cumplido.

Matthew miró a su amigo. ¿Rhiannon se había visto desatendida? Eso explicaba mucho. Por eso era que parecía tan independiente en un momento y tan hambrienta de atención al siguiente. ¿Qué era lo que había dicho esta tarde? Jamás la habían deseado antes, mucho menos necesitado. El solo pensar en que habían ignorado a su dulce bruja le hizo sentir una punzada de dolor donde solía estar su corazón.

-Pobre Rhiannon -masculló.

Alec se encogió de hombros.

—Si me estás preguntando que deberías escribir en tu carta, un simple "Deseo su permiso para casarme con Rhiannon. Por favor tenga listos los contratos este domingo" será suficiente.

–¿Es todo?

—Probablemente querrás indicar a tu paje que espere una respuesta. Incluso sería conveniente que visitara al viejo Mr. Crawford, nuestro buen vicario, para asegurarse que todo sea hecho de la manera apropiada. Sinclair es bastante distraído. Puede que olvide enviar una respuesta a menos que tenga a alguien respirándole en la nuca.-

- -En ese caso, debería ir personalmente.
- -Yo lo haría de estar en tu lugar -Alec asintió severamente. -Pero si le haces daño, yo...

Matthew lo fulminó con la mirada.

- -Me alegra saber que tienes tan buena opinión de mí.
- -Considerando mis deseos con respecto a tu situación actual, mi opinión no es lo que era.

Matthew inclinó la cabeza.

-Espero, Alec, que jamás te encuentres en mi situación. Es difícil ser arrogante cuando tu pedestal se vuelve cenizas.

Capítulo 14

—Si sigues halando el cuello del vestido, romperás la costura, Rhiannon Sinclair —siseó Cait cuando abandonaron sus habitaciones. —No hay magia que te dé las pulgadas que crees que te faltan.

-Yo diría que a la buena dama no le falta nada -dijo Lord Radbourne graciosamente, mirándolas desde el fondo de las escaleras. Se veían sumamente guapos, el vizconde y el marqués de Cait. Rhiannon no estaba segura de como nadie adivinaba su parentesco. Pero evidentemente la gente de sociedad era ciega, o elegían hacer la vista gorda.

—Te ves hermosa, querida —dijo Lord Radbourne, tomando la mano de Rhi y colocándola contra su codo con una sonrisa. —Gracias por permitirme escoltarte a la reunión de la Duquesa de Hythe.

—Gracias por ofrecerte. No tengo ni idea de que puede estar reteniendo a Matthew —no lo había visto desde su último encuentro, cuando ambos habían sido arrancados del carruaje por un joven vampiro sobreprotector y un lobo con ropas de caballero.

—Sea lo que sea, debe ser importante —comentó Archer. —Si no, el tipo es un idiota al dejarte sola.

Cait le dirigió una mirada elocuente a Eynsford.

-¿Sabes dónde se encuentra, Dash?

Eynsford se encogió de hombros, pero evitó la mirada de Cait.

-Estoy seguro de que no me agradará saber dónde está -respondió enigmáticamente.

- -Solo estoy preocupada por él -dijo Rhiannon en voz baja.
- –No te preocupes, Rhi –dijo Cait. –Ha vivido por mucho tiempo. Sabe cómo cuidarse –se dirigió a su esposo. –¿Verdad, Dash?
 - -Mmm-hmm -dijo el marqués, evasivo.
- -Solo me sorprende que se ofreciera a acompañarte y que luego no se molestara en dar ninguna explicación.
- -Si mandó una nota, Cait -les recordó Eynsford. -Dijo que tenía un compromiso urgente.
 - –¿Con quién? −preguntó Rhiannon.
- —Probablemente no sea *alguien*, sino *algo* —Dashiel tomó la mano de Cait, dirigiéndose a la puerta. Radbourne ayudó a Rhi a subirse al carruaje, sentándose elegantemente junto a ella, con Cait y Eynsford en el asiento de enfrente.
- -Eres demasiado generoso, Dash -lo regañó Radbourne jocosamente. -Puede que sí sea un *alguien*. Después de todo, ¿no necesitan de muchos para evitar esa terrible sed?
- -Estoy seguro de que no funciona de esa manera -gruñó Eynsford, fulminando a su hermano con la mirada.
- -¿Planeas dejar que te muerda? -le preguntó Radbourne cándidamente a Rhiannon.

Cait ahogó un grito desde su asiento.

—¡Eso no es asunto tuyo, Archer Hadley! —apretó una mano contra su frente. —¿Por qué tengo que ser castigada con tres lobos que no saben mantener el hocico cerrado? —susurró.

Radbourne se encogió de hombros inocentemente.

-No me digas que no te da curiosidad también -é sonrió traviesamente a Rhiannon.

- No lo juzgues –dijo Rhi en voz baja. –No lo conoces lo suficiente para juzgarlo
 miró por la ventana a la concurrida calle que atravesaban.
- No lo juzgo, solo me da curiosidad –respiró profundo antes de continuar. –
 Nosotros los Lycan también tenemos rituales de apareamiento bastante raros.

¿De verdad? ¿Cuáles? Rhi dirigió su atención a los otros dos ocupantes del carruaje.

Radbourne hizo un gesto de dolor al recibir una fuerte patada en las espinillas de parte de Eynsford.

Compórtate –dijo. Solo eso. Compórtate. Entonces el vizconde cerró la boca.
 Con fuerza.

Rhiannon volvió a tratar de acomodarse el escote y suspiró pesadamente. Habría desdeñado las festividades del día de no ser porque Ginny también estaría allí. Rhi necesitaba desesperadamente hablar con ella, para ver cómo estaba. Ninguna de las cartas enviadas a casa de su tía había recibido respuesta. Ni una.

Se suponía que Matthew la ayudaría a ser respetable. ¿Cómo lo haría si ni siquiera estaba presente?

—¿Crees que estarás bien hoy, Rhi? —preguntó Cait en voz baja cuando el carruaje se detuvo y los hombres se bajaron. —Si sientes que tus emociones te embargan, dime y nos iremos temprano. Fingiré que me duele la cabeza. No creo que tenga que esforzarme demasiado, vistas las circunstancias.

Eso era probable. Todas las brujas estaban al tanto de que a Cait la atormentaban las visiones con respecto al futuro de extraños cuando estaba en reuniones sociales como esta. Eynsford era el único que podía proporcionarle algo de paz, pero no podía tenerla de la mano toda la noche.

-Te avisaré si siento la necesidad de... -casi dice *de congelar el ponche* pero notó la presencia de Lord Radbourne junto a ella. -Huir,- dijo entonces.

Cait se rió discretamente.

-Claro.

Radbourne guio a Rhiannon adentro y soportó con valor las interminables presentaciones. Era simpático y encantador, pero no era Matthew.

- -Si gustas de ir a jugar cartas, Archer, no te preocupes. Veo a mi hermana allí, iré a conversar con ella –le dijo.
- -Si no te molesta -comentó Radbourne, clavando la mirada en la puerta del saloncito al borde de la sala de baile.
 - -Cuidado -le advirtió Eynsford, al verlo dirigirse hacia allá.

Radbourne no pareció prestar atención a las palabras de su hermano. Pero Rhiannon no tuvo tiempo de notar eso. Ginny había notado su presencia y le hacía señas de que se acercara. Sin embargo, antes de que pudiese dar un solo paso, tía Greer tomó la mano de Ginny, halándola a su lado. Ginny hizo un gesto de dolor.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, Rhi alzó el dedo para enviar una descarga hacia la mujer. Pero antes de que pudiera lanzarla, la mano de Eynsford se cerró sobre su dedo extendido.

- -Ni se te ocurra -le advirtió él.
- -Suéltame -susurró Rhiannon.
- –Lo haré, en cuanto prometas no volarle las medias con una descarga a esa mujer. Guárdalo para después –fingió que la había tomado de la mano para guiarla al salón.

Rhiannon asintió.

- -Lo contendré.
- No lo contengas, muchacha. Explotarás. Solo encuentra un buen momento para usarlo –alzó la ceja, divertido.

Ella asintió nuevamente, y él la soltó, dejándola dirigirse a Ginny.

-Llámame si necesitas algo, Rhiannon -le advirtió antes de que se marchara.

Eso era tan probable como ver a la Duquesa de Hythe alzándose las faldas para su mayordomo. Sería interesante, en teoría, pero improbable.

La jovencita tocando el pianoforte no tenía ningún tipo de talento musical. Rhiannon pensó que los gatos apareándose emitían un sonido más agradable cuando la desafortunada chica tocó otra nota desentonada. Su tía había intentado enseñarle las finas artes, como bordar, tocar el piano y ser encantadora en reuniones sociales, pero Rhiannon había fallado estrepitosamente. Evidentemente su falta de buena crianza se notaba. No le importó espiar las conversaciones de otros, escondiéndose detrás de una planta que estaba justo detrás de su tía y su grupo de madres obsesionadas con casar bien a sus hijas.

—Su padre es bastante rico —le dijo tía Greer al grupo. —No lo notarías viendo a su otra hija, Rhiannon. Esa chica nunca tuvo buen gusto. No está hecha para el matrimonio. No logro entenderla. Por otra parte, Ginessa es una chica adorable con mucho potencial. Tengo muy poco tiempo educándola y mírenla ya. No se parece en nada a su hermana.

Rhiannon tragó saliva. ¿Cómo se atrevía su tía a discutir cosas tan privadas en público?

Su tía continuó, las otras mujeres escuchándola con atención.

—Ginessa se casará con alguien que valga la pena, estoy segura. No se verá engañada por ninguna cara bonita. Una mujer puede amar a un hombre rico tan fácilmente como a uno pobre, y de seguro la pasará mejor así —respiró profundo antes de seguir. —Dios no lo quiera, pero si mi Harry llegara a perecer antes de tiempo, me casaría por dinero la próxima vez.

Rhiannon casi se echa a reír. Creía que su tía se había casado esta última vez por dinero. Lastimosamente para ella, su marido guardaba celosamente sus bolsillos. Su única esperanza de poder gastar a su gusto era el apoderarse de parte de la dote de Ginny, para sobrevivir a la tacañería de su marido. Rhiannon estaba muy al tanto de eso.

Varios comentarios evasivos fueron intercambiados por el grupo.

-Ningún hombre ha corrido al altar luego de ver algo de bordado competente.

Rhiannon miró a su hermanita a través de las hojas, quien estaba sentada estoicamente junto a su tía, obviamente miserable.

Tía Greer se inclinó a susurrar algo al oído de Ginny. Rhiannon usó su viento para capturar sus palabras.

- -¿Crees que puedas atraer a Mr. Finchley al balcón?
- -¿Por qué diantres querría hacer eso? -respondió Ginny.
- —Si te comprometieras, esto sería más fácil —siseó su tía. —Es un hombre honorable. Solo atraviésatele y dile que estás exhausta por el calor. No tiene título pero tiene más dinero que la mitad de Yorkshire. No está nada mal.

Ginny puso los ojos en blanco, dando un gritito cuando tía Greer le pellizcó el antebrazo. Rhiannon haría temblar la tierra si esa mujer se atrevía a lastimar a su hermana. A su tía no le daría tiempo de reaccionar antes de que el vendaval se la llevara.

La Duquesa de Hythe se abrió paso hacia el círculo, dejándose caer pesadamente en una silla.

- −¿No han visto al Conde de Blodswell, verdad? −preguntó distraídamente.
- —Se suponía que escoltaría a esa sobrina mía —dijo tía Greer. —Pero acabo de verla del brazo del Vizconde Radbourne cuando llegó —bajó la voz en un susurro conspirativo. —Sabía que solo era cuestión de tiempo para que el conde la dejara.

La duquesa miró a Tía Greer con ojos entrecerrados, pero no dijo nada. Pero otra mujer, de cara amargada, decidió comentar. Arrugó la nariz.

- -La verdad todavía estoy alterada por lo que pasó en el baile de los Pickering.
- —lgual yo —suspiró tía Greer. —He tratado todos estos años de ser una guía para esa pobre muchacha —se enjugó una lágrima de cocodrilo. —Pero hay cosas que no tienen arreglo.

-El Conde de Blodswell -suspiró la mujer de cara amargada. -Me encantaría poder emparejar a mi hija con alguien así. Es tan guapo y noble.

Si ella tan solo supiera que tan noble.

- -Ciertamente -replicó su tía. -Lástima que esté tan encantado con Rhiannon.
- –¿Lástima? –preguntó la Duquesa. –¿Por qué es una lástima? –oh, cielos, los ojos de la mujer brillaban divertidos.
- -Claro, que de seguro ya la chica hizo algo para que él se desilusionara. Era cuestión de tiempo -su tía chasqueó la lengua. Era un chasquido con el que Rhiannon estaba familiarizada. Solo traía pena y remordimientos.
- –Escuché que visitó a Miss Sinclair y la llevó a pasear por Hyde Park. ¿Sabías?–preguntó la mujer de cara amargada.

Tía Greer asintió secamente. No parecía complacida.

-No creo que haya una jovencita más afortunada en todo Mayfair. ¿Qué habrá hecho para llamar su atención?

Lanzar rayos y truenos, en realidad. Rhiannon se sentía cada vez peor mientras escuchaba.

Tía Greer evitó la pregunta de la mujer por completo.

-Mr. Finchley parece muy interesado en mi querida Ginessa.

Otra anciana, alta y delgada, resopló.

-Mr. Finchley no es importante.

¿No es importante? Hablaban de hombres como si hablaran de fichas de ajedrez.

- -Es abominable -dijo otra mujer, estremeciéndose. -Las cosas que he escuchado de él.
- -Cierto -concordó la delgada anciana. -Pero no son cosas que deberían discutirse en público, Minerva.

La mujer de cara amargada se acercó a tía Greer.

−¿Vieron a Lord Blodswell en el parque?

Ginny se inclinó hacia adelante en su asiento.

- -Ciertamente, Lady Higgenbottom. Tiene un carruaje muy bonito.
- —Paseaba con tu hermana —la aparentemente amargada Lady Higgenbottom puso toda su atención en Ginny, como un halcón a punto de arrancar a un conejillo bebé de su madriguera. —¿Te ha visitado a ti, Miss Ginessa?-

—¿Por qué habría de hacer eso cuando ya tiene las atenciones de la hermana mayor? —intervino la Duquesa de Hythe. —Miss Ginessa tendrá su oportunidad para brillar, estoy segura. Pero la mayor, esa muchacha tiene talento. Se emparejará bien, eso lo sé.

Lágrimas amenazaban con escapársele a Rhiannon de entre los párpados. Nadie la había defendido así nunca, aparte de sus hermanas del aquelarre, claro.

Tía Greer se sonrojó mientras que la Duquesa de Hythe continuó alabando a Rhiannon.

- -Me gusta esa chica. Tiene carácter. Blodswell es poseedor de una de las mejores propiedades en Derbyshire. Su fortuna no tiene paralelo. Rhiannon Sinclair es una excelente adición a la misma.
- De todas maneras estoy segura de que perderá el interés en ella pronto
 comentó tía Greer, cortante. –Recuerde mis palabras.
- —En realidad lo dudo —repuso la duquesa, mirando a tía Greer con algo de desdeño. —Él jamás ha ido a ningún evento social. No hasta el baile de los Pickering. No acostumbra pasear con damiselas por el parque. Y ciertamente jamás acepta invitaciones a reuniones como la mía. Pero tu sobrina ha logrado que lo haga. Deberías estar orgullosa de ella. Mucho.

Tía Greer casi se ahoga de la indignación. No le agradaba Rhiannon. Ciertamente no sentiría nada remotamente parecido a orgullo de que Matthew se fijara en ella. De hecho, Rhiannon estaba segura de que detestaba la idea.

- —¿Sabes que es de mala educación escuchar conversaciones ajenas escondida tras las plantas, verdad? —dijo una voz tras ella. Rhiannon saltó. Radbourne solo se cruzó de brazos, mirándola divertido.
 - -Creí que estabas jugando cartas -le susurró Rhiannon.
- -Me parece que está más entretenido aquí en el follaje -Radbourne se encogió de hombros. -Creo que me quedaré aquí contigo. Me encanta cuando las ancianas inquebrantables como la Duquesa de Hythe ponen en su lugar a las simplonas. Es música para mis oídos.

Rhiannon no pudo evitar la sonrisa que le curvó los labios. El sentido del humor seco de Radbourne era contagioso.

- -Si tan solo la Duquesa se dignara a encerrar a mi tía en algún armario por el resto de la noche, podríamos salvar la velada -dijo Rhiannon, tratando de no reírse.
- —Conozco a dos jóvenes Lycans que se precian de lograr hazañas como esa —dijo Radbourne, señalando a sus hermanos menores, quienes conversaban con un caballero a unos pasos de distancia. —He escuchado que cobran barato.
- −¿Se colaron? –Cait estaría mortificada, pues ninguno de los Hadley tenía invitación.
 - -Han entrado a fiestas con más vigilancia que esta.
- -¿Y dices que cobran barato? Me pregunto cuanto piden por encerrar a mi tía en algún lugar y botar la llave −sonrió. No pudo evitarlo. La idea era descabellada.
- —Quizás lo hagan solo por verte sonreír. Han trabajado por menos —él le tendió la mano. —Vamos, salgamos de aquí. No deberías estar oculta en el follaje, Rhiannon —alzó las cejas.

- -No tienes idea de en dónde debería estar -si él supiera lo que ella era realmente, quizás no querría hablarle más nunca. Cómo tía Greer. Cómo su padre.
- —Entiendo más de lo que crees —dijo él, colocando la mano de ella en su brazo, halándola delicadamente para hacerla caminar. —Vamos a servirte un poco de ponche, querida.

Rhiannon se le quedó mirando a Radbourne.

- -¿Qué sabes sobre Mr. Finchley? ¿Hay algo malo con él?
- –¿Harold Finchley? –el vizconde frunció el ceño. –No se te ha acercado, ¿verdad?
- -No, pero mi hermana... -trató de explicar Rhiannon.

Radbourne negó con la cabeza.

- -Dile que se aleje de ese tipo.
- -¿Qué pasa con él?
- -No vas a dejar de preguntarme hasta que te diga, ¿verdad?

Rhiannon negó con la cabeza.

- -Necesito saber.
- –Muy bien –suspiró Radbourne. –Se sabe que ha tenido varias amantes –alzó una mano, defensivo. –No lo juzgo. He tenido un par, pero Finchley tiene reputación de no tratarlas bien.
- —¿No las trata bien? ¿Qué, no les compra joyas ni ropa cara? —después de todo ¿no era eso lo que querían las amantes? Ciertamente Mr. Finchley no podía ser tan malo. Tía Greer no podría de verdad querer amarrar a Ginny a alguien malo, ¿verdad?
- -Quiero decir -el vizconde susurró lo más bajo que pudo, -que tiene fama de maltratarlas. Preferiría no decir más.

Rhiannon asintió.

-Entiendo -y de verdad lo hacía. El estómago se le encogió. -Creo que no tengo sed, Archer.

Él concordó, inclinando la cabeza.

-Bueno, si te regreso a Dash con el ceño fruncido, él me cortará la cabeza. ¿Por qué no bailamos, Rhiannon?

Rhi le permitió que la guiara a la pista de baile, donde varias parejas se alineaban una en frente de otra.

-Esto debería animarte. No creo que puedas fruncir el ceño durante una cuadrilla -Radbourne le guiñó un ojo.

Rhiannon se rió discretamente.

-¿Pretendes fastidiarme hasta que cambie de humor?

Él alzó las cejas de forma dramática.

-Si no funciona, tendré que pensar en otra cosa.

Ella opinaba que él de verdad estaba dispuesto a hacerlo, lo que era algo intimidante. Al unirse a las otras parejas, notó que dos de los muchachos en el grupo eran Gray y Wes Hadley. Sacudió la cabeza.

-Cait no estará contenta de saber que se colaron en la fiesta. Está tratando de encajar en la sociedad londinense, ¿sabes?

Radbourne se rió.

- —Cait no tiene razón para preocuparse. Está casada con un hombre poderoso, y aunque Dash no es tan abrumador como el marqués anterior, el nombre de Eynsford todavía es suficiente para aterrar a cualquiera. La mitad de las personas aquí le tienen terror. La otra mitad están aterrados por la duquesa.
 - -Oh, ¿y cuál de las dos te aterra más a ti?

Radbourne miró a su alrededor, como para asegurarse de que nadie más lo escuchara.

-Ambas.

La idea era absurda, y Rhi no pudo evitar reírse.

- -No te creo ni por un momento.
- -¿No? −él sonrió lentamente. –Su Excelencia no necesita de ninguna arma. Tiene la lengua más afilada de Londres.
 - –¿Y Cait?
 - -Conoce a mi madre -él se estremeció dramáticamente.

Entonces, un violín tocó la primera nota del baile, y Radbourne le hizo una profunda reverencia. Entonces no hubo tiempo para seguir hablando. La animada canción hacía difícil estar de mal humor. Al avanzar el baile, cambió de parejas, y terminó bailando con los tres Hadley y con un tímido conde galés quien parecía no poder mirarla a la cara.

Cuando terminó la cuadrilla, Radbourne guio a Rhiannon a la mesa con bebidas, pero se vieron detenidos por la formidable Duquesa de Hythe.

–Miss Sinclair y... –se detuvo, llevándose un delicado par de lentes al rostro. – Radbourne, ¿no? –no sonaba muy complacida al reconocerlo. –No recuerdo haber puesto tu nombre en mi lista de invitados –miró por encima del hombro con ojos entrecerrados. –Ni los de tus maleducados hermanos.

Rhiannon se adelantó ligeramente.

-Lord Radbourne se ofreció a acompañarme durante la velada, Su Excelencia.

Los ojos helados de la anciana se volvieron a fijar en Rhiannon.

−¿Y dónde está el Conde de Blodswell?

Rhiannon no tenía ni idea de donde se encontraba el Conde de Blodswell, así que negó con la cabeza.

-Tuvo un compromiso urgente.

- −¿Un compromiso? –la duquesa frunció el ceño.
- -Tuvo que salir de la ciudad, creo.
- —Querida niña, deberíamos tener una conversación seria —la anciana tomó con gentileza la mano de Rhiannon, dirigiéndole una mirada desaprobatoria a Radbourne. —No lo necesitamos de momento, milord. Usted y sus hermanos pueden quedarse de momento. No me haga lamentar mi generosidad.
- -Estoy muy agradecido, Su Excelencia -dijo Radbourne, sin nada de su humor habitual en la voz.

Un instante después, Rhiannon se encontró caminando por un corredor lateral. La duquesa era más rápida de lo que parecía.

-Hay demasiados oídos curiosos por aquí.

¿Demasiados oídos? ¿Qué diantres querría decirle esa mujer?

Finalmente se detuvieron en un pequeño estudio. La duquesa le hizo señas a Rhiannon para que pasara.

-Siéntate, querida -indicó la anciana.

Rhiannon se sentó en una enorme poltrona de cuero.

-Confieso que me tiene algo preocupada.

La duquesa se paseó frente a la chimenea.

-¿Sabes quién es Lord Blodswell en realidad, Miss Sinclair?

Rhiannon se quedó mirando boquiabierta a la anciana. De seguro la *duquesa* no sabía la verdadera identidad de Matthew.

-D-disculpe.

Los ojos helados de la anciana brillaron divertidos.

-Veo que sí lo sabes.

Capítulo 15

Matthew ahogó un quejido al atravesar la puerta del hogar de Alec MacQuarrie. Normalmente no le molestaba la temperatura, pero Edimburgo era particularmente frío en esta época del año. No pudo evitar estremecerse.

- —S-señor —tartamudeó el estoico mayordomo de MacQuarrie, —no le esperábamos —abrió la puerta para dejar entrar a ambos caballeros.
- Por favor enciende la chimenea en mi estudio, Gibson. Y prepara una recámara para Lord Blodswell –indicó Alec.
- Por supuesto, señor –el mayordomo trotó en la dirección que había señalado
 Alec.

Las piernas de Matthew temblaron, y de pronto se encontró aferrado a su pupilo para no caer.

–¿Por qué demonios decidiste necesario hacer el viaje personalmente, Matthew?
 No entiendo −se quejó el escocés. −Apenas puedes caminar, mucho menos correr.

Matthew preferiría no aceptar la verdad en las palabras de Alec, así que solo gruñó.

Alec entrecerró los ojos.

–No estás en condiciones de siquiera ver a Dougal Sinclair. Es bastante despistado, pero hasta él se daría cuenta de que algo anda mal. ¿Cuándo te alimentaste por última vez?

Matthew no podía recordar. Se encogió de hombros.

-Consumí una gota de Rhiannon.

- –¿Y antes de eso? –gruñó Alec.
- -Tú me diste algo. Callista me dio otro tanto. No estoy seguro.

Alec gruñó en voz baja, halando a Matthew hacia una habitación de la cual emanaba un agradable calor.

- -Vas a matarme.
- -Creo que eso ya lo hice -replicó Matthew secamente.
- -No es gracioso.

Ambos entraron al cálido estudio. Alec lo guio a una cómoda poltrona de cuero frente a la chimenea, sobre la cual Matthew se dejó caer, absorbiendo el calor del fuego.

- –Solo tengo whisky aquí –se quejó Alec. –Déjame buscarte algo que puedas beber.
 - -¡No! -Matthew abrió los ojos de golpe. -Estaré bien, solo dame un momento.

Alec arrugó el entrecejo.

-No te ves nada bien en este momento, amigo mío. No me molesta buscarte a alguien.

Eso Matthew no lo dudaba. Desde su renacimiento, Alec se había adaptado a la vida de un vampiro con gusto. Los vampiros eran normalmente carismáticos, pero Alec había llevado su carisma a nuevos niveles.

-Le dije a Rhiannon que no tomaría de nadie más.

Su amigo lo miró boquiabierto.

–Esa es la cosa más tonta que has dicho. ¿Te has visto en el espejo, Matt? Necesitas sangre. Solo dame un momento para recuperarme del viaje, entonces llévame a la casa de Mr. Sinclair –Matthew cerró los ojos nuevamente, tratando de guardar sus energías.

Alec gruñó algo ininteligible, marchándose de la habitación. Matthew no esperaba que comprendiera. De hecho, él mismo tenía dificultades entendiendo la situación. Lo que si sabía era que nada lo llenaría como Rhiannon Sinclair.

Estaría bien. Solo necesitaba descansar un rato y estaría bien.

Alec recorrió el corredor, para luego marcharse escaleras arriba a sus habitaciones, las cuales habían permanecido vacías por meses. De seguro le había causado una apoplejía al pobre Gibson, presentándose sin avisar, pero la condición de Matthew no le había dejado mucha opción. Lamentablemente, Alec no estaba preparado para lidiar con una situación así, lo cual era bastante frustrante. Pero no tenía la experiencia para ayudar a Matthew.

No tenía ni idea de cómo arreglar lo que pasaba, especialmente con el testarudo caballero negándose a comer. Originalmente lo había acompañado con el propósito de servir de emisario entre Matthew y Dougal Sinclair. Ahora no estaba seguro si era un milagro que hubiese venido con su hacedor, o una molestia, ya que no sabía qué hacer para asegurar el retorno del mismo a salvo.

Luego de pasearse largo rato por su alcoba, se dejó caer en su lujosa cama y cerró los ojos. ¿Cómo haría para convencer a Matthew de que bebiera el elixir vital?

Alguien llamó a su puerta discretamente.

-Entra -dijo Alec, apoyándose en sus codos para enderezarse.

Gibson abrió la puerta.

-Mr. MacQuarrie -entonó, más estoico de lo normal. -Lord Benjamin le espera en el salón verde.

Alec se rascó la cabeza. ¿Benjamin Westfield? ¡Santo Dios! Hablar con Ben Westfield era lo último que quería hacer. En su vida. Había evitado hablar con su viejo amigo desde su renacimiento porque no sabía cómo explicar su situación actual.

-No estoy en casa, Gibson.

El mayordomo se retorció, incómodo.

- -Señor, el problema es que envié a buscar a su señoría luego de que usted llegó.
- —¿Por qué demonios harías eso? —Alec se levantó de golpe, parándose frente a su sirviente en menos de un segundo.

Gibson parpadeó, como si tratara de explicarse cómo había hecho Alec para salvar la distancia tan rápido.

-P-pues yo... eh... Lord Benjamin me pidió que lo contactara en caso de que usted regresara.

Alec frunció el ceño.

- -Hasta donde yo sé, Gibson, trabajas para mí, no para Westfield -De hecho, Gibson detestaba a Ben y había disfrutado atormentar al inglés varias veces en el pasado.
- -Él estaba sumamente preocupado por usted, Mr. MacQuarrie. Enfermo de preocupación.

Debía ser verdad, si Ben había logrado convencer a Gibson de que lo apoyara.

-Supongo que no hay manera de lograr que regrese en otro momento.

El mayordomo negó con la cabeza.

-Sabe lo persistente que puede ser Lord Benjamin.

Si, Alec lo sabía. En su juventud, Westfield siempre lo estaba metiendo en problemas, y siempre lograba convencerlo, a pesar que de Alec sabía que terminarían mal.

-Supongo que no hay nada más que hacer.

Gibson suspiró.

-Gracias, señor.

Alec dejó su habitación a regañadientes, bajando las escaleras y dirigiéndose al salón verde. Inmediatamente, percibió el aroma de un bosque en penumbra. Era un olor que jamás había percibido, hasta su reciente asociación con los lycan. ¿Qué demonios?

Entró al salón, encontrando a su viejo amigo Benjamin, sentado tras la poltrona que ocupaba su expectante esposa, con una mano protectora sobre su vientre. Alec miró a Benjamin y a Elspeth por turnos. El olor boscoso solo se había hecho más fuerte al entrar.

- -Cristo -masculló por lo bajo.
- -Bonita manera de saludar -Benjamin frunció el ceño.
- —¿Lo escuchaste, verdad? —sólo un lycan podría haber escuchado claramente sus palabras. El alma de Alec se le fue a los pies. Había conocido a Ben en Harrow, cuando ambos tenían doce años. Desde entonces, habían sido inseparables. Así que ¿cómo había logrado Benjamin ocultar el hecho de que era un hombre lobo por catorce años? ¿Acaso su amigo no confiaba en él?
 - -He estado muy preocupado por ti, Alec.

Alec ignoró las palabras de su amigo, fijándose en la bruja pelirroja aún sentada en la poltrona. ¿Acaso las brujas simplemente no podían resistir a los lycan? ¿Acaso era por eso que había perdido a Caitrin? ¿Acaso las brujas del *Còig* estaban destinadas a enamorarse de esas bestias?

-Lady Elspeth, se ve muy guapa, considerando...

Los ojos verdes de ella se oscurecieron, preocupados.

-¿Considerando qué exactamente, Alec MacQuarrie?

Considerando que estaba ahora amarrada a un baboso y mugriento lobo. ¿Por cuánto tiempo había sabido la verdad? ¿Desde antes de casarse con Ben? ¿Poco después?

- -Considerando tu condición, querida.
- -Sabemos lo que pasó en Briarcraig -dijo Ben, sin preámbulos. Ben siempre iba directo al grano. ¿Acaso la impaciencia era algo propio de lycans?
 - –¿De veras?

Elspeth Westfield asintió animadamente.

- Blaire y Lord Kettering nos contaron todo.
- –¿Así que no hay secretos entre nosotros? –Alec finalmente miró a su viejo amigo a los ojos. –¿Nada que quieras decirme, Ben? ¿Nada que confesar?

Ben negó con la cabeza, obviamente confundido.

-¿Qué crees que te oculto, amigo mío?

Alec cerró la puerta del salón cuidadosamente tras él. No deseaba que ninguno de sus sirvientes de orejas largas escuchara lo que se iba a discutir aquí.

-Bueno, ambos tienen secretos, ¿no? -se volteó a enfrentar a sus invitados. -Eres un lycan, ¿verdad? Y tu hermosa esposa es una bruja... -Una *bruja sanadora*.

Ese hecho casi envió a Alec al suelo. Había estado tan consumido por su preocupación por Matthew que no se le había ocurrido llamar a su viejo amigo o a su esposa sanadora. Que tonto era. Y que afortunado que Ben hubiese venido en su busca.

Ben se apareció inmediatamente junto a él para ayudarlo a recobrar el equilibrio.

-¿Estás bien?

Alec lo apartó, enderezándose.

-Tan bien como se puede estar luego de enterarme que mi mejor amigo me ha estado mintiendo toda la vida.

Ben gruñó por lo bajo.

- -¿Quién te dijo? ¿El desgraciado de Eynsford?
- —¡Benjamin! —lo regañó su esposa, aunque Alec no pudo determinar si era por el lenguaje que había utilizado o porque lo había utilizado contra el marqués.

Alec negó con la cabeza.

- -Puedo olerlo en ti. Pero tu engaño de más de una década no importa ahora
 -dirigió su atención a la bruja pelirroja. -Necesito tu ayuda, Elspeth, o más bien mi hacedor la necesita.
 - –¿Hacedor? –gruñó Ben.
 - −¿Qué le pasa? –Elspeth se levantó con dificultad.
 - -Siéntate, Ellie -ordenó su marido.

Ella no le prestó atención.

- -¿Está malherido? —la más dulce preocupación emanaba de la bruja. —Creí que los de tu especie podían regenerarse solos.
 - -¡Elspeth! -Ben gruñó terriblemente. -Llevas a nuestro hijo en tu vientre.

Ella fulminó a su marido con la mirada.

–No conozco a Lord Blodswell, Benjamin. No tengo ningún tipo de afecto por él. Sanarlo no me hará ningún daño, ni a mí ni a nuestra hija.

Alec sacudió la cabeza, maravillado por la suerte de su amigo de encontrar a una mujer tan amorosa y desinteresada. No llamó monstruo ni criatura a Matthew en ningún momento. Se refería a él como si fuese un hombre. Él ni siquiera se consideraba uno ya.

-No ha podido alimentarse en días.

Elspeth pareció sorprendida al escuchar la admisión.

-Es un problema harto curioso. ¿Qué han intentado?

Alec se encogió de hombros.

- -Le di sangre de cordero, y consumió algo de sangre humana fresca, pero no funcionó. La única... -dejó la frase sin terminar. Si les contaba sobre Rhiannon, ¿estaría Elspeth dispuesta a ayudar de todas formas?
 - −¿La única...? –repitió Elspeth, tocándole la manga de la camisa.
- -Vinimos a Edimburgo para que Blodswell pudiera pedirle formalmente a Dougal Sinclair la mano de Rhiannon en matrimonio.
 - –¿Rhi? –los ojos verdes de Elspeth brillaron de alegría. –¿De veras?

Alec estuvo tan impresionado por su alegría que solo pudo asentir.

- -Solo la sangre de Rhiannon calma su sed.
- -Estaba destinado -masculló Elspeth para sí. -Llévame con él, por favor.

Alec abrió la puerta, guiando a la dama a su estudio, con Ben pegado a los talones, gruñendo y quejándose todo el camino. Al llegar al estudio, Elspeth ahogó un grito de sorpresa: Matthew yacía en el suelo, aparentemente desmayado.

-¡Cielos! -ella se les adelantó. -¡Benjamin, Alec, levántenlo!

Su esposo obedeció, corriendo. Sujetó al conde por las axilas mientras que Alec lo agarraba por los pies.

- −¿A dónde, MacQuarrie? –preguntó Benjamin.
- –La primera puerta la derecha, escaleras arriba.

Ambos se dirigieron a toda prisa a la misma alcoba que Ben había ocupado montones de veces. Elspeth los siguió en silencio, contemplando como lo acomodaban en la cama.

- –Ben –pidió la bruja en voz baja, –¿me traes mi valija especial del carruaje?
- —Claro, querida —respondió su marido, posando su mirada color miel en Alec por un momento, casi como un cachorro arrepentido que espera que su amo perdone sus travesuras. Alec mantuvo la mirada fija en la forma casi sin vida de Matthew mientras Benjamin abandonaba la recámara.

Elspeth posó una mano gentil en el brazo de Alec, haciendo que la mirara.

- -No dejaré que le pase nada -prometió.
- –¿Por qué te preocupa tanto, Milady?

Sus ojos verdes brillaron afectuosos.

- -Porque te adoro, y puedo ver que él significa mucho para ti. Además, tengo el presentimiento que está destinado para Rhi.
 - -Creí que Cait era la vidente.

Ella le sonrió.

—Sabes más de nuestro aquelarre de lo que pensaba, Alec —entonces suspiró. —No te molestes con Ben. No se les permite discutir su naturaleza con otros. No podía decirte.

Alec no quería pensar en eso, no de momento.

-Por favor, ayuda a Blodswell.

Elspeth le apretó el brazo con cariño.

-Es lo que mejor se hacer.

Matthew abrió los ojos de golpe. Jamás se había sentido tan vivo. Miró la habitación azul oscuro, iluminada por montones de velas. Una hermosa mujer pelirroja se acercó a él, y la luz de las velas la hizo parecer un ángel.

-Bienvenido de vuelta al mundo de los vivos, Lord Blodswell -saludó ella.

-¿Q-quién eres? −susurró él, con la garganta seca. Pero adivinó la respuesta de inmediato. Era una de las hermanas brujas de Rhiannon. −Eres la sanadora.

Ella le sonrió.

- -Y tú tienes la lealtad de dos de los hombres que más quiero en este mundo.
- –¿De veras?
- –Lord Kettering y Alec MacQuarrie.

Él le devolvió la sonrisa, casi sin pensarlo.

- -Cuando salvas la vida de alguien, esa persona tiende a serte leal. Como un cachorro perdido al que se le ofrece alimento. Sienten la necesidad de protegerte, aunque no sea necesario.
- -Oh, tú sí que lo necesitabas -ella se sentó al borde de su cama, posando una mano sobre su frente. -Me temo que esto es temporal, milord. Mis poderes pueden darte algo de energía, pero no sustituye el alimento real.

Alimento real.

-Prometí que no lo haría.

Ella le acarició la mandíbula. Su caricia tenía mucho de sanación.

- -He conocido a Rhiannon toda mi vida. De seguro no querría verte así.
- -Me gustaría asegurarme de ello.

La pelirroja puso los ojos en blanco.

- -Eso no fue lo que quise decir. No puedes esconder tu condición de ella. Estoy segura de que si ella supiese lo grave de la situación, te ofrecería de buen grado un poco de sangre para recomponerte.
 - -Deberíamos casarnos primero.

Una expresión de admiración genuina se dibujó en el rostro de ella.

- –No creo que Kettering y MacQuarrie te sean leales solo porque los salvaste, sino por quien eres, milord.
 - -Necesito hablar con Mr. Sinclair.

Ella asintió.

- -Ciertamente. Hice que mi marido lo sacara a rastras de su casa y lo trajera aquí. En este momento está en la biblioteca de Alec, esperando que despiertes.
- -Creo que te debo mucho, querida -Matthew se dio cuenta de que no sabía el nombre de su ángel guardián. -¿Tu nombre, muchacha?
 - -Soy Lady Elspeth Westfield.
 - -Pues bien, Lady Elspeth, estaré siempre en deuda contigo.

Ella se levantó, haciéndole señas de que la siguiera.

-Lo único que pido a cambio, Lord Blodswell, es que regrese a Londres y ame a Rhiannon con todo su corazón.

Matthew asintió. No había razón para revelarle a Lady Elspeth que él no poseía un corazón, pero igual amaría y protegería a Rhiannon por el resto de su vida.

-Entonces vamos -ordenó ella, en tono suave. -Tienes la atención de Mr. Sinclair, lo que ya es un milagro en sí mismo. Aprovéchalo.

Matthew se levantó, arreglándose la ropa.

- −¿Me indicas donde está la biblioteca?
- -Con gusto.

Siguió a la bruja curandera desde la habitación de huéspedes a un salón escaleras abajo.

Ella le sonrió una última vez antes de empujarlo hacia unas bonitas puertas dobles.

-Buena suerte.

Como había descrito Lady Elspeth, Matthew encontró a un delgado caballero de cabello gris y anteojos redondos, paseándose impacientemente frente a la chimenea de la biblioteca.

–¿Mr. Sinclair? −preguntó en voz baja.

El caballero se detuvo, mirando hacia la entrada.

–¿Eres Blodswell, verdad?

Matthew asintió.

- -Muchas gracias por venir a verme.
- -Westfield no me dejó mucha opción -se quejó el padre de Rhiannon, acomodándose los anteojos. -Ahora, ¿quién eres y qué deseas hablar conmigo?

Por lo menos el esposo de la bruja no había divulgado la naturaleza de su visita. Las cosas tenían que hacerse de manera apropiada. Matthew se adelantó, ofreciéndole su mejor sonrisa al padre de Rhiannon.

-Soy Matthew Halkett, Conde de Blodswell, y vine desde Londres a pedir la mano de su hija en matrimonio.

Las espejas cejas grises del anciano se alzaron de sorpresa.

-Greer dijo que le encontraría esposo a mi Ginny, pero jamás esperé que vinieras desde Londres. Una carta habría sido suficiente, jovencito.

Matthew no sabía que era más gracioso: que el señor lo considerara un jovencito, o que pensara que Matthew deseaba desposar a la hermanita de Rhiannon.

-Me malinterpreta, Mr. Sinclair. Vengo a pedir la mano de su hija mayor, Rhiannon.

Las cejas del señor se alzaron todavía más, lo que sería cómico en las circunstancias adecuadas.

-¿Quieres casarte con Rhi?

-No tiene idea de cuánto.

Dougal Sinclair se encogió de hombros.

-Bien por mí. ¿Necesitas algo más, o puedo regresar a mi casa?

Todo el buen humor de Matthew se desvaneció. ¿Qué no quería saber más de él? ¿Si de verdad quería a Rhiannon?

–¿Es todo?

Los ojos del anciano se oscurecieron.

–¿Es sobre su dote?

Matthew casi se ahoga con su propia lengua.

- -¿Dote?
- -Si te casas con ella, es tuya. ¿Es de eso que quieres hablar?

A él no le importaba si ella tenía dote o no. Matthew había acumulado suficiente riqueza a través de los años. Negó con la cabeza.

-Pensé que querría hacerme preguntas. Asegurarse que soy una buena elección para su hija.

Dougal Sinclair se echó a reír.

-Rhi es una muchacha inteligente. Se puede cuidar sola. En cuanto a ti, estoy seguro de que si llegas a salirte de la línea, mi hija puede ponerte en tu lugar con el chasquido de un dedo.

¿Así que eso era todo? Matthew supuso que debería estar agradecido de que fuera tan fácil, pero desearía que Dougal Sinclair mostrara más interés por el futuro de su hija.

- -Agradezco su tiempo. ¿Se encargará de que lean los contratos?
- -Oh, aye, aye. Visitaré a Mr. Crawford.

-Ciertamente -comentó una voz poderosa en la entrada. Un hombre, con aroma a bosque y cabello marrón claro se hallaba en la puerta. Un Lycan, sin duda. -¿Le parece si nos detenemos en casa del vicario de camino a su casa, Sinclair?

El padre de Rhiannon lo miró, ceñudo.

−¿No confías en que vaya por mí mismo, Lord Benjamin?

El Lycan negó con la cabeza.

–No tengo duda de que tendrá las ganas, Sinclair, pero la vida tiene formas de entrometerse. Mejor hablar con Crawford lo más pronto posible –entonces dirigió su atención a Matthew. –Benjamin Westfield –se presentó.

Ah, el marido de Lady Elspeth. Matthew asintió, agradecido.

- -Ya tuve el placer de conocer a tu esposa.
- –Y el placer de transformar a mí mejor amigo –murmuró Westfield, solo para los oídos del vampiro.
 - -Te equivocas. Eso no fue un placer, sino necesidad.

Los ojos de Westfield se entrecerraron levemente antes de agregar en voz baja.

-Cuida de Rhiannon y de Alec, o si no, te las verás conmigo.

Nuevamente, Matthew asintió.

- -No necesitas preocuparte -respondió, en voz baja.
- -Veré que todo esté en orden -agregó Westfield, para todos. Entonces señaló el corredor. -Vamos, Sinclair. Nos espera una noche ajetreada -la puerta se cerró suavemente tras ellos.
- -Todo este tiempo, y jamás lo supe -dijo Alec, tras él, mirando distraídamente la puerta por la cual los Westfield y Dougal Sinclair acababan de salir.
- -Algunas cosas es mejor no mencionarlas -dijo Matthew, volteándose a mirar a Alec, quien se encontraba apoyado contra la pared. -Cuando no se es

completamente humano, uno debe protegerse. Sin mencionar a sus amigos y familiares –Matthew suspiró pesadamente. –¿Le habrías confesado lo que eres por voluntad propia?

- -Jamás le habría confesado que no soy un hombre.
- -Tu virilidad no está en juego, Alec -le espetó Matthew.
- –Pero mi humanidad sí –respondió Alec, cortante.

De pronto, la puerta principal se abrió, sin ninguna llamada. Una muchacha se deslizó por la abertura como un vendaval. En su prisa, ni se molestó en mirar a su alrededor antes de cerrar la puerta y lanzarse a los brazos de Alec MacQuarrie.

−¿Qué demonios? –farfulló Alec, ayudándola a recuperar el equilibrio.

Pero la bonita hadita no prestó atención a la confusión de su amigo. En lugar de eso, se echó a reír, rodeando la cintura de Alec con sus brazos y apretando el rostro contra su pecho.

-Escuché que estabas en casa -dijo, inhalando con fuerza, con la nariz apretada contra él.

Por alguna razón, Matthew se sintió como un intruso.

—¿Estás loca, Sorch? —dijo MacQuarrie, tomándola por los hombros y apartándola de sí. —No puedes entrar a la casa de otro sin llamar. Ni acosar a un hombre sin advertirle.

Así que esta era Sorcha, la pequeña bruja que podía controlar la naturaleza. Era absolutamente encantadora. Y obviamente la peor pesadilla de Alec.

No te acoso, Alec MacQuarrie –por fin respiraba con normalidad.
 Aparentemente había corrido desde la entrada hasta acá. –Te abrazo. Incluso tú deberías ser capaz de reconocer un abrazo.

−¿Qué quieres decir con eso? −preguntó Alec, su tono algo seco.

Ella continuó como si él no hubiese hablado.

—¿Dónde está Elspeth? Es por ella que vine. Mrs. Niven está dando a luz a su sexto bebé y las cosas no van tan bien —la hadita del bosque se dirigió al salón más cercano, asomándose antes de suspirar. —No está aquí, ¿verdad? Mi viaje fue en vano.

—Ella y Benjamin acaban de irse —la informó Alec. Todavía tenía el ceño fruncido. Interesante. Muy, muy interesante. La más joven de las brujas exudaba una felicidad tal que hasta Matthew quería sonreír con ella. Pero no MacQuarrie. Él parecía querer huir del salón.

-Hice un tónico para ayudar a Mrs. Niven, pero no parece funcionar muy bien.

—¿Hay algo que pueda hacer? —ofreció Matthew. La más pequeña de las hermanas del aquelarre de Rhiannon saltó de la sorpresa al escucharlo hablar. MacQuarrie se le acercó discretamente.

—¡Cielos! No sabía que tenías invitados —sonrió ampliamente, apartándose el cabello oscuro del rostro. Entonces le dio un codazo a Alec en las costillas. —¿Dejaste tus modales en Londres? —siseó. —Preséntame.

Alec suspiró, haciendo un amplio gesto con el brazo.

-Matthew Halkett, Conde de Blodswell, esta es Miss Sorcha Ferguson.

-Oh, así que eres el conde que... -ella dejó la frase sin terminar, ladeando la cabeza con curiosidad. -Kettering -dijo, con una sonrisa.

-Si, Kettering -fue todo lo que él respondió. Él era el hacedor de Kettering. La bruja obviamente podía inferir el resto.

Ella señaló al hombre enfurruñado junto a ella.

–¿Y a Alec?

Él se limitó a asentir.

Pero la brujita se echó a reír, corriendo hacia Matthew y poniéndose de puntillas para darle un sonoro beso en la mejilla.

-Gracias por salvarle la vida.

Era la primera vez que le agradecían por convertir a MacQuarrie.

—A veces dudo que haya sido la decisión correcta —dijo Matthew, obviamente en juego, mientras Alec daba golpecitos impacientes con el pie. —Puede ser algo malhumorado.

La brujita solo se rió, apretándose contra el costado de Alec hasta que él la rodeó con el brazo. Le puso una mano en el pecho.

- -No es malhumorado, solo malentendido -se rió. -Aunque tengo entendido que ahora si muerdes. Supongo que deberíamos ser cuidadosos a partir de ahora -pero de todas maneras se apretó más contra él.
- -Westfield es el perro baboso y con el que se meten es conmigo -se lamentó MacQuarrie, tratando de apartar a Miss Ferguson de su costado.

Ella lo miró con ojos entrecerrados, apartándose de él.

- −¿Así que ya sabes lo que es? −preguntó.
- −¿Y desde cuándo lo sabes tú? −preguntó Alec.
- −¿Yo? Desde siempre –respondió ella, encogiéndose de hombros.
- −¿Y no pudiste molestarte en decírmelo?
- −¿Habrías cambiado tu amistad con él de saber lo que era desde un principio?

Él no le respondió, sino que fingió quitarse una pelusa del abrigo.

- —¿Lastimó tus sentimientos el ser el último en enterarte? —una sonrisa bailaba en los labios ella.
- —Por supuesto que no —le espetó él. —A los hombres no se les puede lastimar los sentimientos.
 - -Yo lo dudo -se burló Miss Ferguson.
 - -Y yo quisiera que dejaras de fastidiarme -respondió Alec.

Matthew ahogó una risita con la mano.

- -¿Él dijo a dónde iba? -preguntó Miss Ferguson, como si acabara de recordar su propósito original.
 - -Primero a casa del vicario y luego a casa de Sinclair -respondió Matthew.
- −¿Por qué diantres irían a casa del vicario? −preguntó la jovencita, frunciendo el ceño.
- —El conde vino a pedir la mano de Rhiannon en matrimonio. Es por eso que estamos aquí. Es tan noble que decidió venir en persona a pedir la bendición del padre. Ahora Ben está ayudando a Sinclair para que no olvide los contratos.
- –Oh, que romántico –dijo Miss Ferguson, con una expresión soñadora. –¿La amas? Por favor di que sí. Ella necesita amor. Siempre lo ha necesitado –la brujita habló sorprendentemente.
- -Siento un muy profundo afecto por ella -dijo Matthew, sintiéndose de pronto a la defensiva bajo la penetrante mirada de la jovencita.
- -Tienes que *amarla*. Es la única manera -ella suspiró pesadamente. -Desearía poder decírtelo, pero entonces podría no ocurrir.

Matthew miró a Alec, extrañado.

–¿Sabes de qué habla?

Alec se encogió de hombros.

-Jamás sé de qué parlotea Sorcha. Estoy convencido que ni siquiera ella lo sabe la mayoría del tiempo.

La joven bruja golpeó el hombro de Alec.

-Si sé de qué hablo. Pero no puedo revelar el secreto. No sería correcto. Tienes que enterarte por ti mismo. Cuando suceda, lo sabrás.

-¿No tienes otro lugar al que acudir? -Alec cruzó la habitación, abriendo la puerta. -Vamos, hadita. Te llevaré a casa. Luego iré a por Elspeth y la llevaré a casa de Mrs. Niven. No quiero que estés sola por ahí de noche.

Miss Ferguson se rió.

- -Estoy aquí, acompañada de dos vampiros que podrían devorarme en cualquier momento. ¿De verdad crees que me da miedo lo que esté afuera? -entonces se rió más duro. -Qué gracioso, Alec.
- -No debes temerme a mí -dijo Matthew. Él no podía morderla, aunque quisiera. Pero MacQuarrie acababa de lamerse los labios, mirándola como si acabara de darse cuenta de que era una mujer. Una mujer de verdad, parada en su puerta. -Pero creo que si tienes que temerle a él -señaló a Alec.

La pequeña hadita corrió hacia la puerta.

- –No necesito escolta –dijo por encima del hombro. –Mi hermano espera en el carruaje –se montó en el mismo de un salto, asomándose por la ventana a saludar. Me siento mucho más a salvo ahora, lejos de ustedes –gritó por la ventanilla con una risotada.
- -Y así debería ser -masculló Alec por lo bajo, tanto que Matthew casi no lo escucha. Suspiró pesadamente, bajando la mirada. Descubrió entonces una bonita rosa floreciendo en su solapa y sonrió.
- -Es la primera sonrisa espontánea que te he visto desde que renaciste -comentó Matthew, estudiando a su pupilo con curiosidad luego de la partida de la brujita.
 - -Sorcha tiene algo... -respondió él. Pero su frase quedó sin terminar.

Capítulo 16

-¿Quién es Lord Blodswell? Quiero decir, ¿quién es realmente? -Rhiannon se inclinó hacia adelante, los ojos clavados en la Duquesa de Hythe.

La anciana se echó a reír.

-Pues es el soltero más codiciado del reino.

¿De eso hablaba la duquesa? Rhiannon suspiró aliviada. No sabría qué hacer si la duquesa llegaba a murmurar la palabra "vampiro".

La Duquesa acercó su silla a la de Rhiannon, dándose golpecitos en el mentón mientras la miraba de arriba abajo.

-Su Excelencia -empezó Rhiannon.

Pero la señora se levantó de golpe, cruzando la habitación hasta llegar a una licorera. Sirvió dos vasitos de un líquido ambarino. Se tomó el suyo de golpe, antes de rellenarlo y regresar para ofrecerle el otro a Rhiannon.

Con dedos temblorosos, Rhi aceptó el vasito. Por lo menos sus poderes no amenazaban con manifestarse. Todavía. Olisqueó el vasito.

- –¿Qué es? −preguntó, temerosa.
- -Valor líquido -exclamó la duquesa. -Jamás he podido tolerar la basura que se sirve en este tipo de eventos. Pero si sirvo brandy, tendría gente bailando en paños menores en mi jardín antes de acabar la noche -por alguna razón, la idea no parecía desagradarle demasiado a la duquesa. Le hizo señas a Rhiannon de que bebiera.

El líquido le escoció la nariz.

-Gracias -logró suspirar pesadamente.

-Tu tía no es una mujer agradable -comentó la duquesa.

Eso no era ninguna noticia nueva para Rhiannon, pero no sería apropiado admitirlo.

−¿Por qué opina tal cosa? −preguntó cuidadosamente.

La duquesa se rió discretamente.

—Querida niña, eres demasiado amable. Esa mujer está determinada a que fracases esta temporada.

Rhiannon ya lo sabía, pero le pareció sumamente interesante que la duquesa se hubiese dado cuenta. Tomó otro sorbo. El segundo no fue tan desagradable como el primero, más bien acompañado de una sensación cálida.

—Pues me rehúso a permitirlo —dijo la duquesa. —Me rehúso a permitir que esa mujer arruine tus posibilidades. Tendrás éxito, querida, como que soy la Duquesa de Hythe. Y estoy muy segura de que lo soy. Y estoy todavía más segura de lo pérfida que es esa mujer-

Gracias al cielo, por fin alguien más lo veía.

-Aprecio que se interese tanto en mi éxito.

La duquesa sonrió, lo cual fue algo sorprendente.

- -Me recuerdas a mi nieta.
- −¿De veras? –Rhiannon estaba realmente impresionada. No esperaba que la duquesa admitiera tal cosa.

La anciana asintió.

-Es cierto. Mi Madeline será presentada en sociedad el año que viene. Es una chiquilla con carácter, justo como tú. Detestaría que estuviese sola en la ciudad. Querría que alguien se interesara en ayudarla a sortear las aguas profundas de esta sociedad. Pero más importante, quisiera que alguien se preocupara por aplastar a todo aquel que quisiera hacerle daño.

- -Como tía Greer -masculló Rhi, recordando las cosas horribles que había dicho su tía.
- —No pienses más en Greer Cooper, querida. No permitiré que te lastime de ninguna manera. Estás formalmente bajo mi protección. Considérame tu mentora. Tu ayudante. Incluso tu confidente, de ser necesario —hizo un gesto agrandado con la mano. —Sé que cuentas con el apoyo de Lady Eynsford, pero creo que necesitas un empujón extra si quieres atrapar a un hombre como Blodswell —miró a Rhiannon directamente a los ojos. —¿Planeas atraparlo, verdad?

Bueno, me chupó el dedo mientras su mano hacia magia bajo mis faldas. No, comentar eso no sería apropiado. Rhi se terminó su brandy de golpe.

- -Pues sí, planeo atraparlo, Su Excelencia -asintió enfáticamente. Quizás demasiado, pues la bebida ya se le había ido a la cabeza. La duquesa sirvió otro vaso, pasándoselo a Rhiannon. Esta lo tomó con ambas manos, apoyándolo en su regazo.
- —¡Esplendido! —celebró la duquesa. —He esperado durante años a que el buen conde caiga.
 - −¿De veras? −Rhiannon se sintió de pronto como una espectadora.
 - -Verás, conocí a su abuelo -la duquesa adoptó una expresión soñadora.
- ¿El abuelo de Matthew? Eso significaba que había conocido a Matthew. Cielos, ¿qué tan bien conocía a Matthew? De seguro no había... ¿verdad? Rhi tomó otro sorbo de su vaso.
- -Parecen gemelos -continuó la duquesa. -Con esos ojos oscuros, ese cabello negro. Esa postura gallarda.
 - ¿Había admirado la postura de Matthew? Cielos.
 - -Ciertamente tiene una postura gallarda -murmuró Rhiannon.
- -Ciertamente la tiene -suspiró la duquesa. -Lamentablemente nada pasó entre su abuelo y yo. No podía convencerlo ni de mirarme, mucho menos de que me mostrara más de su *postura* -la duquesa se echó a reír.

—¿Exactamente qué tan familiarizada está con su postura, Su Excelencia? —Rhiannon intentó levantarse de golpe, dejándose caer nuevamente en la mullida poltrona cuando la habitación empezó a dar vueltas.

–No lo suficiente –suspiró la duquesa, con tristeza. –Era demasiado caballeroso para mostrarme más de él, a pesar de mis peticiones –la mirada se le perdió, sumida en sus recuerdos. –Oh, pero si quería explorarlo. Cada pequeño rincón –miró a Rhiannon de pronto. –Aunque dudo que tenga nada pequeño –se echó a reír de buena gana.

Si alguien le hubiese dicho a Rhiannon que se encontraría discutiendo las dimensiones de Matthew con la Duquesa de Hythe, ella los habría mandado derecho al manicomio. Pero allí estaba, haciendo justamente eso.

—¿Cómo te va con Blodswell, querida? Dime la verdad, puede que sea capaz de ayudarte —la duquesa se inclinó hacia adelante, prestándole toda su atención a Rhiannon, quien se sintió de pronto como una mariposa debajo de una lupa.

Sintió como si la lengua le pesara, pero se forzó a hablar.

-Es un maldito caballero, Su Excelencia -comenzó. Entonces se sonrojó al darse cuenta de que había usado una mala palabra en presencia de la Duquesa de Hythe. - Mis disculpas -masculló, apretando una mano contra su frente. Si tan solo pudiera concentrarse. La duquesa tomó su vaso vacío. ¿A dónde se había ido el brandy?

-Ciertamente es un maldito caballero -canturreó la duquesa, sus palabras extrañamente alegres. -Creo que es momento de tomar al toro por los cuernos, querida niña -le brillaron los ojos. -O por lo menos un cuerno -bajó tanto la voz que Rhiannon tuvo que concentrarse para escucharla. -Si quieres atrapar a tu galán, deberás elegir la parte apropiada de él de la cual aferrarte.

Rhiannon soltó una carcajada. No pudo evitarlo. Simplemente se le salió. Y aparentemente era contagiosa, pues la duquesa se le unió. Ambas estaban bastante bebidas, sobre todo Rhiannon, quien no estaba acostumbrada al brandy. De pronto todo era sumamente gracioso.

- —¿Necesito explicarte exactamente a qué parte me refiero? —preguntó la duquesa, los ojos vidriosos por la bebida.
- –No creo que sea necesario, Su Excelencia. Creo tener una idea de a lo que se refiere –¿De verdad? A lo mejor entendería mejor en la mañana, cuando su vista no estuviese tan...difuminada.
 - -Sedúcelo -dijo la duquesa, de pronto. -Sedúcelo. Él caerá, te lo garantizo.
- –No quiero que se caiga –tartamudeó Rhiannon. Jamás le haría daño a Matthew, no a propósito.

La duquesa alzó una ceja.

- -Caerá en tus brazos, querida.
- -¿En mis brazos? -repitió Rhiannon.
- -En tus brazos -confirmó la duquesa, asintiendo. -Se enamorará de ti, a pesar de tu tía metiche y tu predisposición al desastre.
 - -No puedo evitarlo. El desastre solo ocurre.
- —Déjalo —dijo la duquesa. —Deja que ocurra. Entonces el buen conde se sentirá en la obligación de salvarte. ¿A quién le importa si te salva de ti misma? Le dará un propósito en tu vida. Además de meterse bajo tus faldas, lo que será su objetivo principal. El evitar los desastres puede venir de segundo.

La duquesa tomó la mano de Rhiannon, alzándola. Era más fuerte que Rhiannon en este momento, así que esta última se dejó guiar de vuelta al salón de baile. La duquesa mantuvo a Rhiannon pegada a su costado hasta que se toparon con Archer Hadley.

- Radbourne –dijo la anciana en tono serio, llamando su atención inmediatamente. Él se apartó educadamente de la conversación que tenía para aproximarse a ellas.
 - -¿Estás bien, Miss Sinclair? -preguntó el Lycan.

- -Oh, tonterías -dijo la duquesa con un gesto desdeñoso. -Ella está bien.
- –¿Entonces por qué se ve como si estuviera a punto de perder el equilibrio?
 –gruñó Radbourne. Qué bonito gruñido.

La duquesa lo miró con ojos entrecerrados.

-Servirás bien a mi propósito -canturreó, colocando la mano de Rhiannon en el brazo de él. -Más que bien -agregó, aplaudiendo ligeramente.

Rhiannon pudo escuchar como anunciaban a alguien en la entrada, a pesar de lo distraída que se sentía.

- Oh, acaba de llegar Lord Blodswell. Y trae al encantador Mr. MacQuarrie con él
 se acercó a Rhiannon para susurrar de manera conspiradora. –Podría mirarlo toda
 la noche sin arrepentirme.
- —Su Excelencia —empezó Archer, una advertencia en su tono. Pero ella ya se había retirado para ir a recibir a sus nuevos invitados. A lo mejor quería admirar la postura de Matthew un poco más.
- −¿Planeas sacarme a bailar? –susurró Rhiannon en voz baja, pero estaba segura de que Archer la escuchaba.
 - –No creo que puedas caminar, mucho menos bailar –comentó el vizconde.
 - -Pruébame -susurró Rhiannon.

Las cejas de Archer se alzaron.

- No deberías decir cosas así, Miss Sinclair. Mucho menos cuando estás tan ebria
 dijo, con ojos entrecerrados.
- -¿Qué te hace pensar que estoy ebria? -preguntó ella. Estaba de pie por sí misma. ¿Y qué si tenía que apoyarse de él?
- -Te olvidas que los Lycan podemos oler cosas como el brandy, especialmente cuando parece que te metieron en una cuba.

- -¿En una cuba? –Rhiannon se echó a reír. –Lo bebí, no me bañé en él. Es culpa de la duquesa. No paraba de rellenarme el vaso.
- −Es una mala influencia −pero él parecía estar conteniendo una sonrisa.−¿Quieres bailar? Entonces bailaremos.

La llevó de pronto a la pista de baile, sin darle tiempo ni de respirar. Los primeros compases de un vals rompieron el silencio y él la apretó contra sí, escandalosamente cerca. ¿Pero no era ese el propósito de un vals? ¿Romper las reglas de la sociedad un rato? ¿Tentar a un conde? O a un vizconde, en este caso.

- —¿Me encuentras bonita, Archer? —preguntó Rhiannon, la lengua todavía pastosa y pegada al paladar. Gracias al cielo que Radbourne era tan buen bailarín, guiándolos con pie seguro.
 - -No, no te encuentro bonita, Rhiannon -masculló él.

Ella forzó un puchero.

-Pero si sigues haciendo ese gesto con los labios, me veré forzado a besarte -le advirtió él.

Lo miró a la cara entonces, encontrando que sus ojos ambarinos brillaban divertidos.

- -Me tientas, Miss Sinclair -dijo él, suavemente.
- −¿A hacer qué? −su mente aún estaba nublada por el alcohol. Tendría que recordarse no volver a beber nada ofrecido por la Duquesa de Hythe.
- —A hacer lo que se me venga en gana contigo. Particularmente cuando estás ebria, con la guardia baja y en mis brazos en lugar de los de Blodswell. ¿Estás al tanto de que acaba de llegar?
- Aye, escuché el anuncio. Pero la duquesa me dejó contigo, así que supongo que de momento soy tuya.

Él respiró profundamente, un gruñido profundo retumbando en su pecho antes de guiarla a una puerta que llevaba al jardín en un movimiento fluido. Ella se aferró a su abrigo, su cuerpo deteniéndose antes que su cabeza.

- -Mía de momento -susurró él, apartándole un mechón de cabello de la frente.
- -Así parece -la cabeza de Rhiannon empezaba a aclararse, gracias a la brisa fría en el jardín.
 - -¿Te sientes mejor ahora? −preguntó él al sentirla apartarse de su abrazo.
 - -Bastante respondió ella. Gracias.
 - –¿Por qué?
 - -Por ser quien eres -contestó ella.
 - −¿Y quién eres tú, Miss Sinclair? –pregunto él, estudiándola de cerca.

Rhiannon abrió la boca para contestar, pero una voz tras ella interrumpió sus pensamientos.

-Es mi prometida.

Matthew maldijo la necesidad de parecer humano cuando vio a Radbourne desaparecer con Rhiannon al jardín. Había querido saltar y arrancarla de su abrazo desde las primeras notas del vals, pero MacQuarrie lo había detenido. Aunque, cuando los vieron desaparecer al jardín, no había habido manera de que Alec lo mantuviera en su sitio. Matthew cruzó la puerta en un segundo, desde donde pudo ver como el Lycan la abrazaba.

Decapitar al lobo con ropa de caballero sería demasiado noble. Quizás destriparlo sería mejor. Más satisfactorio para Matthew de todas formas.

- -Es mi prometida, se hizo oficial hoy temprano. Así que apreciaría que la soltaras en este instante.
 - –Si lo hago, se caerá –suspiró Radbourne.
 - –¿Por qué? –escupió Matthew. –¿Qué le hiciste?
- –No fui yo –rió Radbourne. –La responsable es la Duquesa de Hythe. La draconiana anciana la embriagó. Yo solo la traje a tomar algo de aire.
 - -¿Llamas a esto "tomar aire?

Radbourne se enderezó.

- -Si. Tomar aire. Nada más.
- -No es su culpa, Matthew -suspiró Rhiannon. -Solo trataba de ayudarme.
- -De aprovecharse de ti, más bien -gruñó Matthew.
- -Si eso quisiera, ya habría intentado algo. Puedo llegar a ser bastante encantador.

Rhiannon sonrió.

- -Eso es cierto -entonces se echó a reír. -Puede ser muy encantador -se volteó a ver a Radbourne. -¿Te importaría dejarnos solos un rato, Archer? Tengo cosas que hablar con Matthew.
 - -No creo que sea buena idea dejarte a solas con alguien -comentó Radbourne.
- -Estaba a solas contigo y no me paso nada -ella dio una vueltecita, tropezando con su propio vestido. Radbourne alzó la mano para agarrarla, pero Matthew se le adelantó, agarrándola y apartándola del Lycan.
- −¿Qué hiciste, muchacha? –preguntó. –Si no hubiese llegado, estarías a la merced de una manada de lobos.
 - -Son adjestrables -ella se echó a reír.
 - -También los osos lo son, pero tampoco te dejaría con uno de esos a solas.

- -Hey, un momento. No hay necesidad de insultar -gruñó Radbourne.
- -Sigue hablando y haré algo más que insultarte -respondió Matthew.
- –¡Ya basta! –exclamó Rhiannon. –Los dos –se dirigió a Radbourne. –Gracias por cuidarme, pero ya me siento mejor, y tengo cosas que hablar con mi prometido.
- Los dejaré a solas –dijo Radbourne en tono seco. –Pero si me necesitas,
 Ilámame. Vendré al instante.
 - -Por supuesto -le espetó Matthew.
 - El Lycan le hizo una reverencia a Rhiannon antes de marcharse.

Rhiannon alzó la mano para acariciar la frente de Matthew.

- -¿Estás bien?
- -Tan bien como podría esperarse, gracias a tu hermana del aquelarre, Lady Elspeth.
 - -¿Conociste a Elspeth? ¿Cómo se encuentra? -quiso saber ella.
- —A punto de dar a luz en cualquier momento. Conocí a su marido también. Es un buen tipo —tomó a Rhiannon de la mano, guiándola a un rincón discreto para conversar. Eso era lo único que quería, conversar. Quizás abrazarla un rato. Solo un rato. Entonces la llevaría de vuelta a la reunión.
 - −¿Hablaste con mi padre? −preguntó ella, tentativamente.
 - −Sí.
 - −¿Y? −ella se detuvo, mirándolo inquisitiva.
- Y nos ha dado su bendición. Están leyendo los contratos en este momento. Todo es como debería ser.

Ella jugueteó con su cabello.

−¿Parecía preocupado por mí?

No. Ni un poco. Ni siquiera al ser interrogado por Matthew.

–Estaba muy preocupado –mintió Matthew. –Y me sometió a una inquisición que rivalizaría con la española si las comparase. Quería saber todo sobre mí. Pero al final estuvo de acuerdo –no la miró a los ojos. Ella vería la verdad si lo hacía. Vería que su padre no se preocupaba por ella ni un poco. –También conocí a Miss Ferguson –comentó, más animadamente.

- –¿Qué tal Sorcha?
- -Encantadora. Hay una dinámica sumamente interesante entre ella y Alec.
- −¿Entre Sorcha y Alec? Tienes que estar equivocado.

Él se encogió de hombros.

- –Quizás lo esté.
- —¿Te alimentaste durante tu viaje? —ella se le acercó lentamente, hasta que tuvo que alzar la cabeza para mirarlo. Su aroma a gardenias lo envolvió, haciendo que sus colmillos descendieran. Bonito momento para descender.
- No –admitió él. No podía aunque quisiera. Pero no quería. Quería preservarse para ella. Para compartir ese placer.
- -¿Qué tanto puedes durar sin alimentarte? –preguntó ella, internándose más en las sombras del jardín. –¿Puedes aguantar las tres semanas a que terminen los contratos?
 - -Probablemente no. Pero haré lo posible -cómo, no sabía. Pero lo haría.

Rhiannon se sentó en uno de los muros bajos del jardín, quitándose los guantes con delicadeza. Qué dedos tan bonitos tenía.

- -Ven -suspiró.
 -No te he visto en días, y aun así insistes en pararte tan lejos
 -dijo, dejando sus guantes al borde del muro y haciéndole señas que se acercara.
- -Rhiannon -protestó él, pero de todas maneras su cuerpo obedeció. -Estás bastante ebria. Y yo sería el peor de los tunantes si me aprovechara de tu estado.

—¿Un tunante? —susurró ella, separando sus muslos, agarrándolo por las solapas de la chaqueta y apretándolo contra sí. Él se dejó caer contra ella, completamente anonadado. Demonios. Esta mujer le robaba el aliento. —¿Y si mi más profundo deseo fuese ser poseída por un tunante en un jardín a oscuras?

-Yo soy un caballero -no estaba seguro si se lo recordaba a ella o a sí mismo. Pero sus labios estaban a milímetros de los de él, y no pudo resistirse a probarlos. Sabía a brandy, ardiente y especiado. Ella abrió la boca tentativamente. Sus lenguas se encontraron, y ella ladeó la cabeza para que él pudiera consumirla mejor.

 No quiero un caballero –susurró, agarrándolo por la nuca para guiarlo hacia su cuello descubierto. –Te deseo. Completamente. Ahora.

−¿Qué te poseyó? −preguntó él, entre besos frenéticos sobre su delicado cuello.

-Nada. Quiero que me poseas tú -suspiró ella.

Demonios.

Rhiannon pudo sentir como se le subía el rubor a las mejillas, pero no podía detenerse ahora. Él necesitaba alimentarse. Y ella era la única que podía ofrecerle sustento.

El quejido ahogado que él había soltado al besarle la mandíbula casi la había hecho recular. No sabía cómo seducir a un vampiro, pero haría su mejor esfuerzo.

-Te deseo -suspiró contra su piel. Él soltó un quejido, tomándola por la cintura y atrayéndola contra sí. Rhiannon se alzó las faldas por encima de las rodillas, rodeándolo con sus piernas.

Matthew la tomó con ternura por el mentón, clavando sus ojos oscuros como la noche en ella.

- -Rhiannon, podrían encontrarnos en cualquier momento. Tenemos que parar.
- –¿Tú quieres detenerte? –susurró ella.
- -Dios, no. Quiero continuar para siempre.
- —Bien, porque me molestaré mucho si te detienes ahora —ella volvió a besarlo. Tomó la mano de él, guiándola a sus senos. Calzó perfectamente sobre ellos, mientras la boca de ella conquistaba la suya. El bulto de su virilidad estaba *justo allí*, en la juntura entre sus muslos, dura e inflexible. Y ella la deseaba.

Él se apartó de pronto de su beso.

- –No podemos hacer esto aquí –gruñó. Tocó su frente con la de ella. –Rhiannon, soy un caballero. Por favor no me tientes a lo contrario. No sería capaz de resistir.
- —Bien —le espetó ella, tanteando hasta encontrar el botón que cerraba sus pantalones. Él trató de apartar sus manos, pero ella atrapó las de él, guiándola a su centro. Sabía que estaba mojada y no le apenaba en lo más mínimo. Cuando él hizo presión sobre su feminidad, ella se arqueó contra él. —Por favor —rogó contra sus labios.
- -Todavía no -dijo él, con un quejido. Entonces empezó a desamarrarle el vestido con movimientos rápidos y eficientes. Haló gentilmente, descubriendo uno de sus pechos. Se le quedó mirando, con una expresión feroz y hambrienta que ella nunca había visto. Llevó sus labios hacia la cálida piel, cerrándolos sobre el enfebrecido pezón.

Rhiannon dejó caer la cabeza hacia atrás, la boca abierta en un gemido silencioso. Rápidamente se descubrió el otro hombro, ofreciéndosele como un banquete a un ser hambriento. Y eso es exactamente lo que era.

Matthew siguió enfocándose en sus pechos hasta que la sensación entre las piernas de ella se tornó en pulsaciones que demandaban satisfacción. Ella hundió los dedos en su cabello, halándolo con gentileza para que la mirara. Él obedeció, el deseo claro en su rostro. Sus colmillos brillaron a la luz de la luna.

-Por favor -susurró ella.

—Sí —suspiró él en respuesta. La mano de Matthew encontró su centro nuevamente, rozándose contra ese ramillete de nervios que le había traído tanto placer anteriormente. Ella lo atrajo contra sí con las piernas, atrapándolo allí, cerca. Volvió a buscar la abertura de sus pantalones, y esta vez él le permitió descubrirlo. Pero su virilidad quedó escondida entre sus faldas, como su mano, la cual todavía la acariciaba frenéticamente. Deslizó uno de sus dedos dentro de ella, mientras que su pulgar seguía trabajando al ritmo de su pulso.

—Poséeme, Matt —suspiró ella contra su oído, antes de lamer cuidadosamente el lóbulo de su oreja y deslizarlo entre sus dientes. La boca de él estaba peligrosamente cerca de su hombro, y ella lo guio discretamente hacia donde nacía su pulso. —Por favor, Matt —sollozó, el placer que le traía su mano recordándole la primera vez que lo había hecho, en el carruaje. No quería llegar al clímax sin él. —Por favor —rogó.

Las caderas de ella iban al ritmo de la mano de él, mientras que sus dientes le roían el cuello, no lo suficientemente duro como para romper la piel, pero lo suficiente para que los sintiera. Su pulgar la llevaba cada vez más alto, la hundía cada vez más profundo en el placer de su caricia. Entonces, justo antes del clímax, la mordió. Ella soltó un gemido desesperado, que hizo eco en la oscuridad de la noche mientras la recorría ola tras ola de placer.

Ella se estremeció alrededor de sus dedos, que todavía estaban dentro de ella. Dejó caer la cabeza hacia atrás, dejándolo consumirla. Él tragó, estremeciéndose de placer, bebiendo del clímax de ella.

Cuando dejó de estremecerse, él sacó sus dientes de su carne, lamiendo la herida para cerrarla y suspirando pesadamente.

- −¿Te hice daño? –le susurró en voz baja, sin atreverse a mirarla al rostro.
- -Más bien lo contrario -suspiró ella, feliz de encontrarse entre sus brazos mientras se calmaba.

Pero pesados pasos en el camino de gravilla llamaron la atención de él.

-Si das un paso más en esta dirección, Radbourne, te asesinaré -advirtió Matthew en voz alta.

Los pasos se detuvieron.

- —Ella está bien. La regresaré a la reunión en su momento —dijo. Los pasos empezaron a alejarse entonces. —Al parecer tienes un guardián en ese perro —gruño Matthew, ayudándola a vestirse.
- −¿Acaso tú...? –ella dejó la pregunta sin terminar, queriendo saber si él había acabado, pero sin saber cómo preguntar.
- -Sí, llegué -confirmó él, asintiendo. -Lo cual me avergüenza mucho, pues no había perdido el control de esa manera desde que era un muchacho.
 - -A mí me encanta ser la responsable de ello -rió ella.
- −Claro que sí −rió él, satisfecho con el estado de su ropa. La miró a los ojos.−¿Estás bien?
- –No estoy hecha de cristal, Matthew. No me romperé –contestó ella, soltando un quejido cuando él se apartó del agarre de sus piernas, volteándose para acomodarse los pantalones.

La miró de arriba abajo, cuando terminaron de arreglarse y limpiarse.

-Parece como si te hubieran lanzado por encima del muro del jardín -se lamentó.

Rhiannon ahogó una sonrisa.

- –¿Parece que lo disfruté?
- -¿Lo disfrutaste? -él la miró intensamente.
- -Eso yo lo sé, pero tú tienes que averiguarlo, milord -canturreó ella, escurriéndose de él. Él corrió para atraparla. Ella pudo escuchar sus pasos acercándose, pero se detuvieron de repente.

Capítulo 17

Justo después de que Rhiannon desapareciera tras un arbusto, Matthew se encontró rodeado por una manada de lobos. Oh, se veían como hombres, pero a pesar de ello eran lobos.

La luz de la luna brilló sobre el cabello dorado del Marqués de Eynsford.

- -Teníamos un arreglo, Blodswell -gruñó amenazadoramente.
- −¿De verdad? –Matthew se llevó las manos a la espalda, forzándose a componerse delante de esta manada de locos.
- -No ibas a tomar ni una gota de ella hasta que no estuviesen casados. Ese era el trato -le recordó el marqués.
- Ah, eso. Matthew retaría a cualquier hombre, incluso al mismísimo marqués, a resistir la tentación que era Rhiannon. La necesitaba más de lo que había necesitado a nadie en su vida, y ella se le había ofrecido libremente.
- -Olí sangre cuando pasó junto a mí -gruñó el vizconde Radbourne. -Estaba más a salvo conmigo.

Matthew resopló de la risa. Radbourne de seguro estaba más molesto por los suspiros de placer que había escuchado antes que por cualquier aroma a sangre.

- -Como es mi prometida, yo determinaré con quién está a salvo y con quién no.
- –Uno pensaría que, como es tu prometida –gruñó Eynsford, –la habrías acompañado a esta reunión en lugar de enviar tus disculpas.
- -No pude evitarlo -Matthew se cruzó de brazos. De verdad, la devoción de Eynsford a Rhiannon era admirable, pero Matthew no tenía tiempo para justificarse

ante el marqués y su manada o cualquier otro lycan con buenas intenciones. Había tenido suficiente de perros por esa velada.

-Tendrás que pensar en una mejor excusa -le espetó uno de los gemelos.

Eso colmaba el vaso. Una cosa era lidiar con la arrogancia de Eynsford y lo pomposo de Radbourne, pero otra muy distinta era escuchar como uno de sus cachorritos traviesos hablándole como si él fuese un pajecillo recalcitrante, necesitado de un buen regaño. Matthew fulminó al marqués con la mirada.

-Westfield me llamó la atención temprano. Retira a tus perros.

Eynsford pareció terriblemente sorprendido por lo que acababa de escuchar.

-¿Westfield? -gruñó, negando con la cabeza. -¿Cuál Westfield?

Había algo más allí, algo que Matthew no entendía. Ni le importaba.

-Lord Benjamin.

Eynsford pareció aliviado entonces, antes de fruncir el ceño, confundido

-¿Benjamin? ¿Dónde te encontraste a Benjamin Westfield?

Matthew se acomodó el abrigo.

- -En Edimburgo -contestó, limpiándose unas pelusillas olorosas a gardenias.
- Pero dijiste... Eynsford dio un paso hacia Matthew. Creí que habías conocido a Rhiannon en Londres.
 - -Es cierto.
- -¿Entonces cuando fuiste a Edimburgo? ¿Cuándo fue que Westfield te llamó la atención?

Ah, así que estos lycan no estaban al tanto de la celeridad vampírica, ni lo extenso de sus poderes. Matthew contuvo una sonrisa.

-Hace alrededor de una hora.

Eynsford lo miró entonces con ojos muy abiertos, entendiendo por fin la verdad.

- -No tenía idea.
- -Eso es obvio -Matthew se enderezó por completo. -Tu devoción hacia Miss Sinclair es admirable pero innecesaria, Eynsford. El padre de la muchacha me ha dado su bendición. Este domingo iniciaran la lectura de los contratos. Será mi esposa antes de la próxima luna llena. Así que Rhiannon no necesita que la protejas de mí.

Uno de los gemelos se echó a reír al escuchar eso.

-Todo Londres necesita ser protegido de ti, incluida Miss Sinclair.

Pero antes de que Matthew pudiera contestar, el gemelo bocón se vio alzado por los aires, sus pies pataleando inútilmente a varios centímetros del suelo. Les tomó un momento a sus hermanos y al marqués darse cuenta de que alguien lo había alzado por la nuca.

- -¡Callista! -exclamó Matthew. -Suelta al muchacho.
- -Querrás decir perro -gruñó su hacedora, apretando su agarre en el cuello del gemelo Hadley.
 - –¡Suéltalo! –insistió Matthew. –¿Y si alguien te ve?
- -Los haría olvidar rápidamente -Callista empujó al muchacho, quien trastabilló, jadeante antes de darse contra un arbusto. Entonces se cruzó de brazos lentamente mientras era rodeada por los demás lycan. -Vaya banda de seres patéticos.
 - -¿Perdón? -escupió Radbourne.

Callista lo miró de arriba abajo.

-Puedo admitir que son bastante guapos, pero igualmente patéticos.

Matthew ahogó un quejido. No había manera de que esto terminara bien. Pero esperaba poder razonar con los participantes de la conversación.

-Callista, tengo todo bajo control.

Ella lo fulminó con la mirada, sus ojos negros echando chispas.

-Contigo lidiaré más tarde -entonces retornó su atención a los cuatro lycans a su alrededor. -No tengo tiempo para lidiar con egos masculinos, así que permítanme acabar con su debate, caballeros: yo soy el ser más poderoso en este lugar, y ninguno de ustedes puede superarme de ninguna manera, excepto quizás ese galante caballero de allí, quien por alguna razón ha consentido responder sus estúpidas preguntas.

-¿Consentido? -repitió Eynsford.

Callista resopló, fijando la mirada en el marqués de cabello dorado.

-Y yo que pensaba que los lycan tenían un excelente sentido del oído. Si, consentido. ¿Acaso no entiende el término, milord? ¿Desea que lo defina?

Eynsford gruñó por lo bajo.

-Callista, detente, ahora -exclamó Matthew.

Luego de poner los ojos en blanco, su hacedora volvió a fijar su atención en el marqués

- -¿Sabes quién es él? -preguntó, señalando a Matthew.
- -Claro. Es el Conde de Blodswell. ¿Quién eres tú?
- —Él es mi creación —le espetó ella. —Vale más que todos ustedes juntos. Es un noble vampiro de la orden del Grifo. Y aun así lo cuestionan y maltratan, como si fuese algún vulgar ladrón —pausó para darle más dramatismo al asunto, como acostumbraba. —Pues eso termina ahora.
- -¿Noble? –gruñó Radbourne. –No creo que un tipo capaz de aprovecharse de una jovencita pueda llamarse noble.

En un segundo, las afiladas uñas de Callista se encontraron envueltas alrededor del cuello del vizconde.

- -Mantendrás la boca cerrada, ¿entendido? -entonces lo empujó hacia sus hermanos.
- —¿El ser su hacedora la hace su *madre*? —murmulló uno de los gemelos. —Se ve muy bien para su edad.
- –¿Crees que él deja que su mamá pelee todas sus batallas? −agregó su gemelo, en voz baja.

Matthew se frotó la frente. Todas las oportunidades de que esta velada acabase pacíficamente habían terminado ahora. A Callista no se le conocía por su paciencia. Y el sarcasmo tendía a lastimar su orgullo terriblemente. Aunque claro, los cachorros no sabían la clase de furia que habían invocado.

Callista enfocó su mirada seductora en el elocuente gemelo Hadley, encantándolo por completo en segundos. Le hizo señas que se acercara.

–Qué jovencito más encantador.

Matthew se interpuso entre ellos, manteniendo al cachorrillo lejos de la seductora vampiresa.

- -Les *permiti* interrogarme porque se preocupan por mi querida humana. Se preocupan por ella, Callista. Es todo.
- —¿Les preocupa que ande *contigo*? —ella apartó sus rizos rojizos con un ademán desdeñoso. —Es la cosa más divertida que he escuchado este siglo.
- —Me alegra que Rhiannon tenga gente que se preocupe por ella —su padre no se preocupaba, ni su tía. Por muy fastidioso que encontrara a Eynsford y su pandilla, por lo menos ellos se preocupaban realmente por ella, sin importar lo equivocados que estuviesen.
- –Sentimientos humanos –se quejó ella. –Necesito hablar contigo *ahora*, Matthew.

Matthew asintió. No había manera de discutir con Callista. Le dirigió una elocuente mirada a Eynsford.

-Asegúrate que Rhiannon llegue a salvo a casa.

A Callista le tomó solo un segundo de su distracción agarrar al gemelo que había llamado originalmente por la solapa de su chaqueta.

-La insolencia es algo tan feo -con una de sus afiladas uñas marcó la cara del joven lycan, de la oreja hasta la comisura de sus labios. -Quizás esto te recuerde en un futuro que debes elegir bien tus palabras.

Matthew soltó un quejido.

-¡Por todos los cielos, Callista!

Ella empujó al lycan malherido hacia sus hermanos.

-Considérenlo una advertencia.

El joven soltó un quejido de dolor, aferrándose el rostro, como si esperara a que la herida sanara. Era en vano. Los lycan podían sanar rápidamente. El dolor y el sangrado pararían en algún momento, pero el joven lycan llevaría la marca de Callista hasta el fin de sus días.

Eynsford tomó al jovencito del brazo, ayudándolo a levantarse.

-Wes, déjame ver -entonces le dirigió una mirada a Matthew, la cual prometía que este ataque sin provocación no sería inconsecuente. -Archer, anda a buscar a mi esposa y recoge a Miss Sinclair en el camino. Gray, llama al carruaje y hazlo rápido.

Tanto el vizconde como el gemelo sano se apresuraron a cumplir órdenes.

-Y a ti, Blodswell, te espero en mi estudio a primera hora mañana.

Entonces el marques se retiró hacia las sombras, llevando al lobo malherido del brazo.

- -Cuida tu tono, milord -le advirtió Callista antes de que desapareciera. -No debes darle órdenes a Blodswell, o a ninguno de mi especie.
- —Allí estaré, Eynsford —dijo Matthew, tratando de evitar que la situación empeorara. —Y por favor dile a Rhiannon que la veré pronto.

El marqués y su lobo malherido desaparecieron tras un arbusto, y Matthew pudo escucharlos dirigiéndose a la entrada principal. Se mesó el cabello oscuro, fulminando a su hacedora con la mirada.

–¿Eso era necesario?

Callista se encogió de hombros.

—Hará más fácil saber quién es quién en el futuro. Además, no me agradó su insolencia. Como si me necesitaras para pelear por ti —entonces se enderezó por completo, clavándole una de sus miradas más fulminantes a Matthew, haciéndolo estremecerse aunque ella era varios centímetros más pequeña que él.

—Pero si tú te hubieses comportado como debías, ellos no se hubiesen pasado de insolentes. ¿Un vampiro, permitiendo que esas bestias babosas lo traten así? Es completamente absurdo. Todo este desastre es culpa tuya, Matthew.

-¿Culpa mía? -repitió Matthew, molesto.

—Por supuesto, ¿quién si no sería el responsable? —Callista arregló su vaporoso vestido, como si no hubiese nada más importante. —En momentos como este, Matthew, casi no creo que seas mi creación. Primero chicas inocentes y ese deseo de paternidad. Y ahora ¿te juntas con lycans? —escupió esa última palabra como si le dejara un mal sabor de boca. —¿Acaso has perdido la cabeza?

Su debilidad por chicas inocentes y huérfanos lo entendía. Pero fraternizar con lycans había sido demasiado para ella.

-Mi prometida es un huésped en casa de Eynsford, querida. No busqué a los lycans por mi cuenta.

—Pues espero que no —ella arrugó la nariz, como si oliese algo desagradable. —¿Y por qué tu *prometida* se queda con lycans? ¿Acaso no sabe lo que es bueno para ella?

-Su amiga de toda la vida es esposa de Eynsford.

Callista arqueó una de sus bonitas cejas.

−¿Así que el mal gusto se pega? Nada de esto habla bien de tu novia, hijo mío.

Matthew negó con la cabeza.

-Deja a Rhiannon fuera de esto.

Callista alzó una delicada mano, acariciando la mandíbula de Matthew.

-Pero tú no la has dejado por fuera, ¿verdad? Tienes mejor color -posó un maternal beso en su mejilla. -Por fin hueles a sangre humana. Dime ¿acabaron tus dificultades? ¿O finalmente tomaste de tu prometida?

Matthew todavía tenía la dulzura de Rhiannon en la lengua. No debió haberlo hecho. Debió esperar. Pero se había visto anonadado por la pasión de ella, y sus colmillos habían penetrado su tierna carne. Había estado a punto de robarle su inocencia.

- Nos casaremos apenas se terminen de leer los contratos.
- —¿Tres semanas? —Callista resopló, indignada. —¿Vas a pasar tres semanas sin beber de la muchachita? ¿O acaso pretendes hacer algunas travesuras, galante caballero?
- -Eso no lo discutiré contigo -en especial porque no sabía que decir. Quería ser fuerte, pero no sabía si lo lograría, lo cual no quería admitirle a nadie, mucho menos a Callista.
- —Si me hubieses visitado antes, mi excursión al jardín de Eugenia Hythe no habría sido necesaria. Te dije que quería verte al finalizar la semana.
 - –Estaba en Escocia.

Ella se encogió de hombros.

- Entonces debiste visitarme antes de ir allá –se dirigió al caminito del jardín.
 -¿Cómo está Eugenia estos días?
 - -Sigue siendo el mismo dragón de siempre.

Callista se echó a reír.

-Bien. Sabía que tenía carácter. Me encantaría visitarla uno de estos días.

Matthew se frotó el rostro. ¿Por qué lo torturaba así? Ella sabía que visitar a su antigua némesis sería desastroso. No creía que lo hiciera de verdad, de todos modos. Solo lo decía por molestarlo.

-Vete a casa, Callista. No compliques más esta noche.

Un movimiento en los arbustos cercanos llamó la atención de Matthew y Callista.

-¿Quién está allí? -preguntó su hacedora.

Los pasitos suaves de un par de zapatillas se dirigieron entonces a la casa principal. Santo cielo. ¿Quién los habría estado espiando? ¿Y qué tanto había escuchado? Matthew corrió tras los pasitos, mirando por encima de su hombro mientras lo hacía.

-Vete a casa, te lo ruego.

En un segundo atrapó a la muchachita de cabello oscuro, pero esta se deslizó por la puerta trasera, perdiéndose en la multitud antes de que él pudiera verle el rostro.

Una lluvia de piedrecillas golpeó la ventana de la alcoba de Rhiannon. De haber estado dormida, la habría despertado, pero ella estaba despierta, meditando sobre los extraños sucesos de la velada. Lord Radbourne las había sacado a ella y a Caitrin de la reunión de Lady Hythe a toda prisa. Las miradas ansiosas que habían intercambiado Archer y Gray durante el corto recorrido en carruaje a casa. El hecho de que Eynsford no las había escoltado personalmente a casa, y no se había presentado todavía en Casa Thorpe. El hecho de que nadie había contestado sus preguntas.

Otra lluvia de piedrecillas golpeó la ventana antes de que Rhiannon pudiese apartar las cortinas. Haló la tela, pegando el rostro del frío cristal. Parada bajo su ventana, Ginny se estremecía envuelta en un largo abrigo, con una bufanda verdeazul, el patrón de la familia Sinclair, alrededor del cuello. Rhiannon abrió la ventana de golpe.

- –¡Ginny! –exclamó, casi cayéndose por la ventana. –¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí? Su hermana sacudió la cabeza.
- -Escapé de tía Greer porque necesito hablar contigo.

Rhiannon corrió apresuradamente escaleras abajo. Trató de abrir la puerta principal, pero estaba trancada. El pobre Price ya se había ido a acostar, de lo tarde que era.

-Fosgail -murmuró Rhi, inclinándose sobre la cerradura, la cual se abrió con un satisfactorio chasquido, permitiéndole empujarla.

Ginny entró corriendo, lanzándose en brazos de su hermana.

–Estoy tan feliz de verte.

Rhiannon apretó a su hermanita contra sí. No recordaba la última vez que le habían permitido abrazar a Ginny de tal manera.

- -Yo también estoy feliz de verte, pero ¿qué haces fuera en una noche así? Tía Greer te matará –se apartó ligeramente para ver a su hermana a la cara.
 - -Oh, Rhi, tengo tanto que contarte que no sé por dónde empezar.

A Rhiannon no le importaba. Estaban juntas, sin su malvada tía esperando en un rincón para separarlas. Ginny podía empezar cuando quisiera y hablar toda la noche.

-Vamos a mi habitación. Tendrás que contarme todo entonces.

Ginny permitió que Rhiannon la halara escaleras arriba, y por el corredor hacia su habitación. Cuando estuvieron a salvo tras puertas cerradas, Rhiannon tomó el abrigo y la bufanda de su hermana, haciéndole señas para que se sentara en la cama.

-Siéntate aquí, como antes.

Ginny obedeció, dejándose caer sobre la cama de Rhi.

-Tía Greer. Mr. Finchley. Lord Steven Patterdale. Y-y el jardín. Lord Blodswell. Y una mujer. La duquesa. Y mi estúpido vestido, y...

Rhiannon no tenía ni idea sobre lo que decía su hermanita. Reconoció algunos nombres, pero nada más.

-Gin, solo comienza por el comienzo. No hay prisa.

Su hermana tragó saliva, enderezándose.

—Tía Greer insistía en hacerme salir al balcón con Mr. Finchley. Pero no me gusta Mr. Finchley. Es amable, creo, o por lo menos eso pensé, pero huele como el interior de las zapatillas de Papá y ahora no sé si me agrada o no —arrugó la cara. —Pero a tía Greer le dio calor, y me arrastró al balcón a tomar algo de aire. Cuando me volteé, desapareció, pero allí estaba Mr. Finchley —dejó escapar un suspiro tembloroso.

Rhiannon empezaba a enfurecer, los truenos a la distancia prueba de ello. ¿Cómo se atrevía su tía a poner a Ginny en una situación como esa? Claro, ella también había estado en el jardín, en una posición terriblemente comprometedora con Matthew, pero no era lo mismo.

Ginny continuó.

–Y él trató de besarme, y no me soltaba. Yo lo empujaba y entonces... –Ginny suprimió una sonrisa. –...se cayó. Cuando abrí los ojos, Lord Steven se encontraba sobre Mr. Finchley, frotándose los nudillos como si acabara de lanzarlo al suelo de un golpe.

Rhiannon no conocía a Lord Steven, pero acababa de convertirse en una de sus personas favoritas en todo Londres.

-¿Qué pasó entonces, Gin?

Su hermana bajo la vista hacia su abrigo, como si todavía estuviera usando el vestido del baile.

-Mi corpiño estaba flojo, el cuello desgarrado. De seguro me veía horrible.

Otro trueno reventó sobre sus cabezas. Mr. Finchley sería afortunado de escapar de los relámpagos que ahora iban en su dirección.

-No te molestes, Rhi -suplicó Ginny. -Lord Steven se ocupó de mí. Nos internamos en el jardín para que nadie me viera y me ayudó a reparar el cuello.

–¿Y el corpiño?

Ginny se sonrojó hasta las orejas.

–Eh- pues, yo...

Rhi se frotó la frente.

-Oh, Ginny -suspiró, ignorando la vocecita que le decía que ella sabía exactamente lo que se sentía ser devorada en el jardín y que no tenía moral para juzgar a su hermanita. Pero ella *era* la hermana mayor, y luego de cuidar de Ginny por tanto tiempo, era difícil no hacer algún comentario. -¿Y si alguien te hubiese visto? No puedes andar besando caballeros en el jardín.

Ginny se echó a llorar.

Rhiannon se maldijo a sí misma por ser la hermana más hipócrita y tunante del mundo.

-Lo siento, Gin, no llores.

Su hermana sacudió la cabeza.

-Esa es la peor parte -sollozó, tratando de calmarse. -S-si vi a alguien.

A Rhiannon se le fue el alma al piso.

-¡Cielos! ¿Quién fue? ¿Qué tanto vio? ¿Tía Greer sabe?

Ginny estaría arruinada en la mañana.

- -¡Lord Blodswell! -exclamó Ginny.
- ¿Matthew? De seguro había escuchado mal.
- -¿Dijiste Lord Blodswell?

La fiereza en los ojos de su hermana casi la queman, y estaba sonrojada hasta las orejas. Si Ginny la había visto con Matthew, Rhiannon no superaría la mortificación.

-Ese tunante. Creí que te quería, Rhiannon.

¡Cielos! Ginny la había visto.

-Sí me quiere.

Ginny apretó los dientes.

-Lo vi, Rhi. En el jardín, con otra mujer, quien lo besó allí mismo.

Rhi se sonrojó todavía más.

- -Y-yo -tartamudeó, esperando que le llegara la inspiración para decir algo más. Fue en vano.
- -Eres más bonita que esa tipa -continuó su hermana, defendiéndola con cada frase. -Lo que quiere decir que él está ciego. Deberían amarrarlo y lanzarlo al Támesis.

Rhi se enderezó, estudiando a su hermana cuidadosamente.

- −¿Viste a la mujer con la que estaba Matthew?
- —¿Matthew? —Ginny parpadeó, confundida. —Ah, te refieres a Lord Blodswell. Aye, la vi. Vi a esa bruja de pelo rojo —se sonrojó de un carmesí brillante. —No quise llamarla bruja.

A Rhiannon no le importó el insulto. Ginny había pasado demasiado tiempo en casa de tía Greer. Pero ese no era el problema. ¿Alguien había besado a Matthew en el jardín? Y no había sido ella. Bueno, si había sido ella. Pero ¿había habido alguien más? Le empezó a doler el corazón.

–¿Sabes quién es?

Ginny negó con la cabeza.

-Jamás la había visto antes. Pero él la conocía bien. Estaban discutiendo. No sé de qué exactamente, pero ella le acarició el rostro y lo beso.

Si Casa Thorpe hubiese colapsado sobre su cabeza, a Rhiannon no le habría sorprendido tanto.

-Se supone que me visitará en la mañana.

Capítulo 18

—¡El rostro de mi hermano está desfigurado! —Eynsford descargó su puño contra el escritorio y Matthew pudo escuchar el chasquido de la madera. No aguantaría nada más pesado que un pote de tinta ahora.

Parado en el umbral del estudio de Eynsford, Matthew se llevó las manos a la espalda.

-¿Hermano?

-Yo...eh... -el rostro de Eynsford se puso más púrpura, si eso era posible. No sería bueno para su salud. -Me escuchaste. Cierra la maldita puerta.

Matthew cerró la pesada puerta, apoyándose de ella. No le agradaba mucho la idea de sentarse frente al iracundo Eynsford.

—Weston debió haber sanado —gruñó Eynsford. Trazó un caminito desde su oreja hasta la comisura de su boca antes de continuar. —Pero tiene una cicatriz de aquí hasta acá.

Matthew asintió.

-Confío en tu palabra -de hecho, le habría sorprendido si el joven Hadley hubiese salido sin mácula luego de su encuentro con Callista. -Sus cuerpos no reaccionan bien al interactuar con los nuestros. Puede que la cicatriz sane ligeramente, pero no por completo.

-¿Quién demonios es ese monstruo?

Matthew se encogió de hombros. ¿Qué más podía hacer?

-Te dijo la verdad. Callista me encontró entre un montón de caballeros moribundos y me salvó.

El marqués resopló

- -No me la imagino salvando a nadie.
- –No es fácil acostumbrarse a ella. Es bastante, eh, formidable, por así decirlo, y no le agrada que cuestionen la superioridad de los vampiros.
 - -Es una perra malvada.

Matthew asintió.

-Puede llegar a serlo -suspiró. -Lamento lo que ocurrió con tu hermano. Me di cuenta demasiado tarde de lo que se proponía.

Eynsford lo fulminó con la mirada.

-No quise revelar eso último. Apreciaría que lo mantuvieras en secreto.

¿El hecho de que los Hadley eran sus hermanos? Matthew lo había sospechado desde el principio, pero jamás ensuciaría el nombre del marqués. Por lo menos asumía que el marqués se vería afectado negativamente si eso salía a la luz.

–¿Tu padre...?

Eynsford suspiró.

—¿Cuál de los dos? ¿El amargado y anciano marqués que crio a un hijo bastardo al que odiaba o el licencioso vizconde que lo permitió? —se sentó, cruzándose de brazos. —No sabía que tenía hermanos hasta hace unos meses. Cait los buscó.

Pero la camaradería entre los cuatro hombres era obvia.

- -Parece como si hubiesen sido criados juntos.
- -Los lazos son más fuertes de lo que imaginé.

Matthew sonrió. Compartía el mismo lazo con Kettering y MacQuarrie. Incluso con Callista, aunque creyó prudente no mencionarlo en este momento.

Eynsford se mesó los cabellos dorados.

- −¿Entonces Wes está desfigurado de por vida? Su madre me matará.
- -Debería aclararse con el tiempo -repitió Matthew, aunque sabía que esa no era la respuesta que el marqués quería escuchar.
- -Suficiente sobre mis familiares -el Lycan se enderezó en su silla. -¿De verdad regresaste ayer de Escocia?

Matthew asintió.

- —Me reuní con Mr. Sinclair. Me dio su bendición para casarme con su hija. Y Benjamin Westfield prometió asegurarse de que el vicario leyera los contratos.
 - -Dijiste que Westfield te llamó la atención. ¿Qué significa eso?
 - -Supongo que muchos lo interpretarían como una amenaza.

Eynsford se echó a reír con ganas. Rió hasta que le lagrimearon los ojos. Se limpió las mejillas, haciéndole señas a Matthew de que ocupara la poltrona de cuero frente a él.

- -Siéntate.
- –No creo entender que es tan gracioso –dijo Matthew, sentándose cuidadosamente.

Eynsford sacudió la cabeza.

-Les encanta amenazar. No te lo tomes personal. Yo personalmente he recibido bastantes amenazas de parte de los Westfield.

Matthew pensó para sí que de seguro el marqués merecía todas y cada una de las amenazas que había recibido en su vida.

-Solo quería asegurarse de que cuidaría bien de Rhiannon y de MacQuarrie.

La sonrisa se borró del rostro de Eynsford.

-MacQuarrie -gruñó por lo bajo. Entonces suspiró pesadamente. -Supongo que debería anunciarle a Rhiannon que estás aquí, pero sabes lo que normalmente le pasa al mensajero.

−¿Le disparan? –comentó Matthew, sin entender a donde iba el marqués.

Eynsford asintió, el gorgoteo de voces femeninas llegándoles a través de la puerta cerrada.

- –Aquí vienen –el marqués hizo un gesto de dolor. –Debería advertirte –comentó,
 pero Matthew ya se dirigía a la puerta.
 - -¿Advertirme qué? -preguntó, deteniéndose.

El Lycan se rascó la cabeza.

 No importa –gruñó. –Te enterarás pronto de todas formas –masculló por lo bajo.

Matthew abrió la puerta, yendo al encuentro de las señoritas. Rhiannon, su hermana y la esposa de Eynsford se detuvieron al verlo, fulminándolo con miradas desdeñosas que habrían acabado con cualquier hombre normal.

-Que Dios te acompañe -dijo Eynsford, detrás de él.

Las tres mujeres asumieron idénticas poses, con los brazos cruzados sobre el pecho y miradas asesinas.

- —¿Buenos días? —intentó saludar él, probablemente sonando como el peor de los idiotas.
 - −¿De verdad? –preguntó la más joven.
- -Claro que lo es para él, Ginny -escupió Rhiannon. -Es un *hombre*, después de todo.

¿Qué diablos significaba eso?

Eynsford lo empujó fuera del estudio, cerrando la puerta apresuradamente tras él. El ahogado "¡Buena suerte, Blodswell!" que le dedicó no fue de mucha ayuda, ya que ahora Matthew estaba solo, a la merced de las tres muchachas, las cuales parecían estar sumamente molestas con él por alguna razón.

—¿Iban a salir? —preguntó, horrorizado al descubrir que la voz le temblaba al enfrentarse al trío. Tenía más de seiscientos años de edad, ¿y tres pequeñas muchachitas lo tenían a punto de hincarse de rodillas a rogar su perdón? Impensable.

Rhiannon miró a sus compañeras de arriba abajo antes de mirarse a sí misma.

-¿Acaso estamos vestidas para estar en casa?-

De hecho, ahora que se fijaba bien, las tres llevaban sus pellizas largas. Obviamente estaban por salir. No sabía cómo no lo había notado antes. Bueno, claro, estaba concentrado en el ritmo frenético del latido del corazón de Rhiannon. Y su deseo de volver a probar su cuerpo oloroso a gardenias le difuminaba la razón. Cualquiera pensaría que lo de ayer lo habría satisfecho lo suficiente. Pero ese no era el caso.

- -Estoy a su disposición si necesitan escolta -ofreció, mirando a Rhiannon a los ojos por primera vez. Sus ojos miel relampagueaban de la ira. Estaba molesta. Muy molesta. Si tan solo él supiese por qué.
- -Creo que estaremos bien solas, pero gracias por tu oferta -le espetó Rhiannon. Debajo de toda su ira, él pudo notar algo de tristeza también.
- –¿Podría hablar contigo un momento antes de que te marches, Rhiannon?
 –preguntó casualmente.
- -¿Podría usted lanzarse a un caldero de aceite hirviendo, Lord Blodswell? -dijo la más joven. Parecía muy complacida consigo misma. Esa no era siquiera una bruja, pero obviamente había sido criada por una.

Él suspiró, exasperado. Lady Eynsford tomó a Rhiannon con un brazo y a la hermanita con el otro. Entonces embistieron, forzándolo a apartarse como un ratón frente a un batallón para evitar ser aplastado.

-Quizás más tarde -dijo él, dirigiéndose a sus espaldas.

Cuando las mujeres desaparecieron por la esquina, Matthew se dejó caer contra la puerta del estudio con los ojos cerrados, tratando de controlar sus pensamientos erráticos. ¿Qué diablos había hecho enfadar tanto a Rhiannon? La noche anterior, él le había brindado placer mientras consumía el néctar de su vida. Y hoy, era un paria. ¿Qué había cambiado?

La puerta del estudio de Eynsford se abrió lentamente, y el marqués asomó su dorada cabeza, mirando de un lado al otro.

−¿Ya se fueron? –susurró dramáticamente.

Matthew asintió.

—Gracias a Dios —suspiró Eynsford, relajando los hombros. —No sé qué demonios hiciste, pero tienes hasta que regresen a la casa para arreglarlo. Porque si tengo que pasar otra mañana con mi esposa lanzándome miradas asesinas solo porque soy hombre, te cortaré la cabeza —señaló enfáticamente a Matthew con el dedo mientras hablaba. —Y me importa un bledo que tan fuerte sea tu hacedora ni cuantas cicatrices me deje en el cuerpo por hacerte daño. Valdría la pena.

Entonces sonrió. Oh, disfrutaba la incomodidad de Matthew. La disfrutaba mucho.

−¿Qué hiciste? −preguntó el Lycan.

Si tan solo lo supiera. Matthew se encogió de hombros.

- -Ni idea -se llevó una mano al oído. -No escuchaste nada, ¿verdad?
- -Susurros -explicó Eynsford. -Más bien siseos a mis oídos, y he estado preocupado por la salud de Weston toda la mañana.

No era para tanto, o por lo menos eso pensaba Matthew, pero decidió no comentarlo.

-Claramente hiciste algo.

Claramente. Pero no tenía idea de qué podía ser.

-Diría que solo el hecho de que respiro les molesta, pero como no necesito respirar para vivir, no creo que sea eso.

Eynsford sonrió ampliamente.

-Oh, no es que respires. Es tu mera existencia lo que les molesta -el Lycan se rió de camino a su escritorio. Matthew suponía que se reiría de él hasta que le doliera el estómago.

Rhiannon se acomodó en el asiento del carruaje de Eynsford, conteniendo las lágrimas.

- -¿Cómo pudo? -se quejó. -Ginny, ¿estás segura de que la besó? Quizás te equivocas -dijo, dirigiéndose a su hermana.
- -Estoy completamente segura -dijo Ginny, la verdad clara en su voz. -Bueno, fue ella quien lo besó. Pero a él le gustó.
- —¿Cómo sabes que le gustó? —preguntó Cait, preocupada. Había estado de mal humor desde el desayuno, cuando se había enterado de lo que había sucedido la noche anterior.
 - –Él no la detuvo –dijo Ginny.

Cait soltó un quejido, dejándose caer en el asiento.

- -No puedo creer que me haya equivocado tanto. ¿Por qué no lo vi?
- -Cait, solo tienes que mirar en el futuro para ver si lo que vio Ginny es cierto. Quizás se equivoca -claro, Cait podría hacerlo. ¿Qué tan bueno era un poder si no se le usaba?

- —Tendríamos que ver el pasado —gruñó Caitrin. —Y ese es un poder que no tengo —entonces sacudió la cabeza con vehemencia. —Además, ya me he metido lo suficiente. No te habrías enamorado de él si yo no te hubiera forzado.
- -No forzaste nada -la corrigió Rhiannon. Como si Cait pudiese realmente forzarla a hacer algo que no quería. El poder de Cait era bastante pasivo, mientras que el de Rhiannon era activo. Más de lo que le gustaría la mayoría del tiempo.

Cait se masajeó la frente.

—Pero si lo hice —gruñó. —Te atravesé en su camino siempre que pude —alzó las manos, derrotada. —Y mira lo que pasó. Te enamoraste de un tunante que anda besando a otras mujeres por allí.

Rhiannon se enderezó.

- -Cait, escudriña mi futuro, solo esta vez -le pidió. -Y dime lo que sucederá.
- -No -Cait se volteó a mirar por la ventana, efectivamente rehusándose a mirar a las otras dos. -No participaré más en este cortejo.
- -Es mi vida -le espetó Rhiannon. -Y ya que es cierto que me atravesaste en el camino de ese hombre, me debes una.
- -Lo que probablemente causó todo este lío. Sé que no debo interferir en el futuro de los demás, pero te veías tan feliz en mi visión. Solo quería que fueses feliz.
- –¿No puedes ver lo que ya ha causado mi interferencia, Rhi? –Cait sacudió la cabeza. –Es mi culpa, y no lo arreglaré cometiendo otro error –cerró la boca con firmeza.

Rhiannon supo entonces que no había más nada que hacer. Cait se negaba a participar. Y no habría forma de convencerla de lo contrario.

—¿A dónde vamos? —preguntó Ginny en voz baja desde su asiento. —Debería regresar a casa de tía Greer. He estado fuera toda la noche. De seguro está preocupada.

O fuera de sí porque no podía controlar todos los movimientos de Ginny. Eso último era lo más probable.

- -Tengo que hablar con la Duquesa de Hythe -dijo Rhiannon.
- −¿Por qué diantres querrías hablar con ella? −preguntó Cait.
- —Anoche se ofreció a ser mi mentora —masculló Rhiannon. No deseaba confesar toda la verdad, pero estaba desesperada.
 - −¿De verdad? –Cait se enderezó como si Rhiannon le hubiese lanzado un rayo.
 - -Sí -asintió Rhiannon. -Le caigo bien.
 - -A ella nadie le cae bien -anunció Ginny.

Entonces el carruaje se detuvo frente a Casa Hythe y Cait abrió la cortina de la ventana con cautela.

—¿No esperarás que entre allí? Preferiría que me colgaran por los dedos de los pies que presentarme en casa de la Duquesa sin invitación. Eso es algo que no se hace —miró a Rhiannon como si hubiese perdido la cabeza.

La puerta del carruaje se abrió y Rhiannon se bajó rápidamente. Se volteó a ver a Ginny y a Cait con una sonrisa traviesa.

-Pueden quedarse en el carruaje o acompañarme. Pero si se quedan, no les contaré los pormenores -sus ansias de saber lo que pasaría serían demasiadas para resistirse. Ella las conocía bien.

Ambas se bajaron a regañadientes, como Rhiannon sabía que harían. No había manera de que consintieran perderse lo que estaba por ocurrir.

Rhiannon se preparó entonces para enfrentar el primer obstáculo. El mayordomo abrió la puerta, mirándolas ceñudo por encima de su nariz ganchuda.

-Miss Rhiannon Sinclair, para la Duquesa de Hythe, por favor -dijo ella, feliz al darse cuenta que la voz no le temblaba. Bueno, no mucho.

-Su Excelencia no recibe visitas de momento —dijo él, frunciendo todavía más el ceño.

Pero Rhiannon se rehusó a ser amedrentada. Lo empujó discretamente fuera de su camino, entrando al recibidor.

-Me gustaría que le dijera que me encuentro aquí de todas maneras.

Él cerró la puerta, asintiendo con deferencia antes de alejarse lentamente por el pasillo. Tan pronto como desapareció, Rhiannon abrió la puerta, haciéndole señas a Cait y a Ginny de que entraran.

-Finalmente pasó. Perdió la cabeza. Sabía que todo ese tiempo a la intemperie le harían daño -masculló Ginny para sí, cerrando los ojos con fuerza.

Los pasos pesados del mayordomo señalaron su regreso al recibidor.

-La Duquesa la recibirá en su salón privado.

Cait agarró a Rhiannon del brazo con fuerza.

- -¿Te acaban de invitar al salón privado de la Duquesa?
- -Si te desmayas, no te atraparé -le advirtió Rhiannon.
- –Y las señoras pueden... –comenzó el mayordomo.
- —Pueden acompañarme —le espetó Rhiannon antes de que terminara la frase y las relegara a otra habitación. Cuando el mayordomo quiso protestar, ella se limitó a fulminarlo con la mirada.
- -Muy bien -dijo él secamente. Las tres lo siguieron escaleras arriba y por los pasillos.

Finalmente él se detuvo, tocando delicadamente a una puerta cerrada. Un formidable gruñido fue su única respuesta.

—No está de buen humor en las mañanas —dijo con autosuficiencia, abriendo la puerta e indicándoles que pasaran. Entonces la puerta se cerró tras ellas, con el mismo sonido que la tapa de una urna antes de ser clavada. Santo Cristo.

La duquesa se hallaba reclinada en una cómoda poltrona, con una taza de chocolate caliente en las manos. Miró a Rhiannon con ojos entrecerrados, quien se apresuró a hacerle reverencia, y Caitrin y Ginny la imitaron al momento.

- -Buenos días, Su Excelencia -saludó Rhiannon.
- No recuerdo la última vez que me molestaron tan temprano en la mañana
 comentó la duquesa secamente.

Rhiannon respiró profundo.

- -Dijo que podía visitarla -le recordó a la duquesa.
- –Me refería a una hora decente –alzó las cejas, mirando a Rhiannon elocuentemente mientras esta se sentaba frente a ella.

A Rhi no le importó que no la hubiesen invitado a sentarse. Lo hizo igual. Pudo escuchar el quejido de Caitrin tras ella.

- -Tengo unas cuantas dudas -mejor ir directo al grano. -Necesito su consejo.
- -Eso es obvio -respondió la Duquesa.
- -Es con respecto a Lord Blodswell -aclaró Rhiannon.

Los ojos de la anciana brillaron.

- -Continúa -dijo.
- —Bueno, ¿recuerda que anoche me dijo lo que debía hacer para ganarme a Lord Blodswell? —no quería decirlo en voz alta, no con Caitrin y Ginny tan cerca. Les echó una mirada elocuente, tras la cual estas se retiraron a la ventana, pretendiendo admirar un bonito roble en el jardín.
 - -Continúa -insistió la anciana.

Rhiannon continuó en voz baja.

-Pues, lo hice. Y bueno... nosotros... lo hicimos, Su Excelencia -Rhiannon sintió como se le calentaban las mejillas al confesarlo.

La duquesa dejó su taza en la mesita frente a ella.

- –¿De verdad?
- -Bueno, usted sabe... no hicimos eso... pero algo parecido. Si, algo parecido.

La duquesa sonrió, aplaudiendo emocionada, lo cual tomó a Rhiannon por sorpresa.

- –Estoy tan orgullosa de ti –exclamó. –¿Y qué tan lejos llegaron, querida? –le suplicó a Rhiannon con la mirada que continuara.
- -Oh, maldición -escupió finalmente Rhiannon, escondiendo la cara entre las manos. -Todavía soy inocente, pero no por mucho -masculló contra sus palmas.

Los ojos de la anciana brillaron divertidos, y palmeó la rodilla de Rhiannon cariñosamente.

- -Estoy tan feliz. Él caerá. Y estaré aquí para verlo -Rhiannon no estaba segura si la duquesa hablaba con ella o para sí. Así que solo esperó, con el corazón en la garganta, a que continuara. -¿Te pidió que te casaras con él, verdad? -preguntó la anciana.
 - -Sí, lo hizo. Y pidió ya el permiso de mi padre.
 - –¿Y? –preguntó la duquesa.
- –Y lo recibió. Ya están leyendo los contratos –Rhiannon alzó el pulgar y el dedo índice, sosteniéndolos a milímetros el uno del otro. –Pero tengo un pequeño problema.
- -Tienes al tipo a punto de arrodillarse y declarar su eterna devoción a ti, Miss Sinclair. Lo tienes por los cojones, como diría alguien menos refinado -Cait se echó a reír del otro lado de la habitación, pero sofocó su divertimento contra su puño cerrado, transformándolo en tos.
- -Puede que lo tuviera entonces por los cojones, Su Excelencia. Pero tan pronto como me marché, se reunió con otra -contuvo las lágrimas que amenazaban con

caer. La Duquesa jamás le perdonaría si arruinaba su alfombra de Aubusson con lluvia incontrolable.

- —¿Cuál otra? —ladró la duquesa. —¿Y cómo te enteraste de eso? —se enderezó por completo en su silla, pareciendo a punto de saltar de ella. Bueno, saltar no sería el término más apropiado por su grueso.
 - -Ginny -dijo Rhiannon. -Ven y cuéntale a Su Excelencia lo que viste.
- —¿No lo viste con tus propios ojos, Miss Sinclair? —quiso saber la duquesa. Miró a Ginny con un aire de superioridad inconfundible.
- –No, Su Excelencia –suspiró. –Ginny lo vio –de haberlo visto personalmente, habría freído a la barragana de un rayo.

La duquesa le hizo señas impacientemente a Cait y a Ginny para que se sentaran.

- -Vamos, dilo de una vez, muchacha. No me hago más joven.
- -Estaba en el jardín y vi a Lord Blodswell con una mujer. Ella se puso de puntitas y lo besó -Ginny respiró profundo, como si necesitara recomponerse. Todas necesitaban recomponerse.
 - -¿Dónde lo besó? -preguntó la duquesa.
 - -Pues... en el jardín, Su Excelencia -tartamudeó Ginny.
- —¿Dónde en su persona, chiquilla? —demandó la duquesa, dando un pisotón que puso nerviosa a Ginny.
- —En su rostro. Le acarició el rostro y lo besó y él no se quitó. Y entonces le preguntó si quería ser travieso, o por lo menos eso creí escuchar —Rhiannon notó que Ginny luchaba por mantener la compostura.
- –¿Y cómo era esa señorita? –su Excelencia frunció el ceño tan severamente que una "v" se dibujó en su frente.
 - -Estaba oscuro... -empezó Ginny.

—Oh, eso espero, ya que tu hermana andaba haciendo de las suyas con él en el jardín —interrumpió la duquesa, echándole una mirada cómplice a Rhiannon. —Por lo cual debo felicitarte —le palmeó la rodilla. —¿Le viste el rostro? —preguntó, dirigiendo sus ojos helados a Ginny nuevamente.

-Tenía los ojos oscuros. No estoy segura del color. Pero tenía el cabello rojo. Bueno, marrón rojizo -aclaró Ginny. -Y tenía el cabello suelto. Le caía por la espalda como una cualquiera.

La duquesa se enfurruñó y Rhiannon esperó que no se preguntara que tanto sabía Ginny de las cualquieras.

–Y no llevaba guantes. Pude ver sus largas uñas afiladas.

La duquesa asintió, como si eso significara algo.

–¿Era bajita, verdad?

Ginny asintió.

-Aye, y tenía voz de sirena, y una sonrisa tan perversa que me hizo estremecer.

La duquesa hizo un gesto desdeñoso.

- -Suena como Callista.
- -¿Quién es Callista? -preguntó Rhiannon.
- —Quién *era*, querrás decir —corrigió la duquesa. —Conocí una mujer parecida hace años, antes de casarme con Hythe. Callista de Burgh exudaba sensualidad en todo lo que hacía. Jamás he visto a una mujer con tanta confianza. Tenía a medio Londres a sus pies.
 - -Bueno, no puede ser la misma mujer -dijo Ginny. -Sería una anciana.

La duquesa volvió a fruncir el ceño.

-Claro que no es la misma mujer, Miss Ginessa. Y no sería una anciana, sería de mi edad. Por favor evita abrir la boca si no tienes nada bueno que decir -entonces

enfocó su atención nuevamente en Rhiannon. –Lo que quise decir, Miss Sinclair, es que estoy familiarizada con ese tipo de mujeres.

¿Acaso Matthew acostumbraba a juntarse con ese tipo de mujeres? Rhiannon se inclinó en su asiento.

-¿Acaso el abuelo de Lord Blodswell estaba enamorado de esta Callista?

La duquesa negó con la cabeza.

-Dije que tenía *la mitad* de Londres a sus pies. La otra mitad, incluyendo a mi Hythe, eran algo más exclusivos.

Rhiannon suspiró aliviada, aunque sabía que las acciones de Matthew cinco décadas antes no significaban demasiado ahora. Pero aun así, la respuesta de la duquesa la alivió ligeramente.

−¿Así que el Lord Blodswell que usted conoció era más exclusivo?

La duquesa se encogió de hombros.

- -Bueno, le tenía cariño. De una manera fraternal. No era de los que la perseguían de habitación en habitación.
- −¿Y qué tiene que ver eso con lo que pasa ahora? −preguntó Ginny. −Necesitas ayuda con el Lord Blodswell actual, Rhi.

La duquesa miró a Ginny con ojos entrecerrados.

- -Ustedes dos se pueden ir -le hizo señas a Cait y a Ginny de que se marcharan. -Tengo planes que hacer con Miss Sinclair y no necesitamos interferencias.
- -No puedo irme a casa. No sin una razón de peso para haber pasado la noche fuera. Tía Greer me matará -le dijo Ginny en voz baja a Rhiannon.

La duquesa suspiró, como si Ginny pudiese acabar con la paciencia del mismísimo Job.

-Puede esperar en uno de mis salones, Miss Ginessa, y la escoltaré personalmente de vuelta a Casa Cooper. Cuando termine con su tía, no solo la habrá

perdonado, sino que le deberá un favor. Ahora, márchense –señaló la puerta nuevamente.

- −¿Estarás bien, Rhi? −preguntó Cait en voz baja.
- No acostumbro devorar debutantes, Lady Eynsford. Vaya a acompañar a Miss
 Ginessa mientras tanto.

En lo que se marcharon, Rhi se encontró a solas con la Duquesa de Hythe, quién parecía más emocionada que nunca.

–Tengo una idea –dijo la duquesa. –¿Qué tan atrevida eres, Miss Sinclair?

Capítulo 19

Matthew se dejó caer tras su exquisito escritorio de caoba y cerró los ojos. Su dolor de cabeza se había intensificado al dejar Casa Thorpe, como si un tambor africano repicara en su cerebro. Se masajeó las sienes, en vano.

-Te ves tan mal como en Edimburgo -comentó Alec MacQuarrie desde la entrada del estudio.

Matthew abrió un ojo para fulminar a su pupilo con la mirada.

- -Es solo un dolor de cabeza.
- -Creía que no nos daban esas cosas.

Matthew se frotó el rostro. Al parecer estaba destinado a sufrir.

-Tratar de entender a una mujer es difícil para cualquier tipo de hombre.

Alec se echó a reír.

- -Bueno es saberlo -se apartó de la puerta, caminando hacia el escritorio. -Me limitaré a alimentarme en *Brysi*, lavándome las manos del resto.
- —Es un plan excelente —pero no para Matthew. No quería olvidarse de Rhiannon. Aunque pudiera alimentarse de otra, no sentía el deseo de hacerlo. Quería deleitarse para siempre con sus ojos color miel. Quería sentir sus suaves labios besando su fría piel. Quería desvestirla por completo y apretarla contra sí por toda la eternidad.

Lo que no quería volver a ver era esa mirada terrible y dolida con la que lo había fulminado antes de salir a toda prisa de Casa Thorpe.

Alec se acomodó en la silla frente a Matthew.

−¿Qué tratas de entender? ¿Cómo ella puede tolerar estar rodeada de perros?

Matthew resopló. Tampoco estaba exactamente encantado con *esos perros*. Eynsford podría haber tratado de ser más útil en la mañana. Lycan imbécil.

-Honestamente no tengo idea, Alec.

Su amigo le dirigió una mirada llena de preocupación y devoción. Quizás le vendría bien confiarle sus preocupaciones a Alec. Después de todo, el escocés conocía a Rhiannon desde hace mucho. Su opinión sería útil.

Matthew se enderezó, apoyando los codos del escritorio.

-Ella estaba feliz de verme anoche -más que feliz. Él se había ido a la cama, reconfortado por el recuerdo de sus suspiros. -Pero esta mañana, en Casa Thorpe, me miró como si hubiese matado a su mejor amiga.

Alec alzó las cejas, divertido.

-Asumo que no mataste a su mejor amiga, ya que Sorcha está a salvo en Escocia.

Y pensar que había creído que Alec sería útil. Matthew fulminó al escocés con la mirada.

- -Olvídalo. No dije nada.
- –No, no, no –protestó Alec. –Continúa. Rhi no estaba contenta de verte esta mañana.

Matthew sacudió la cabeza.

- -Creí que tendría algo que ver con la herida de Weston Hadley, pero hizo un comentario sobre que soy un *hombre*, como si fuese el insulto más vil en existencia.
 - -Eso suena más como algo que diría Blaire.
 - -Algo pasó. Pero no sé qué.
 - –¿Creíste que tenía algo que ver con una herida?

–Callista lastimó a uno de los gemelos anoche, por insolente. Si Rhiannon estuviese molesta por eso, me lo habría dicho. Aunque no sé por qué estaría molesta conmigo. No fui yo quién lo lastimó.

Alec pareció confundido.

−¿Pero qué tan grave es la herida del perro? Tenía entendido que sanan como nosotros.

Matthew asintió distraído.

- -Cierto, con las heridas normales. Nada menos que una herida mortal puede sanar en minutos.
 - –¿Pero Hadley no sanó?
- —Sí sanó —Matthew hizo hincapié en eso último. —Pero llevará la marca de la herida de Callista en su rostro para siempre. Pero como dije, no creo que sea por eso que Rhiannon está molesta conmigo. No tiene nada que ver con que yo sea *hombre*.
- -Espera -dijo Alec. -Si Hadley sanó, ¿por qué llevará la marca de Callista para siempre?
- —Porque las heridas infligidas por un vampiro dejan cicatriz —explicó Matthew, preocupado entonces por el brillo travieso en los ojos de Alec, —y no, no puedes ir por allí desfigurando a Eynsford o a cualquier otro lycan. No necesitamos que estalle una guerra.
 - −¿Una marca pequeñita? −preguntó Alec, sus ojos aun brillando.
- –No lastimarás a Eynsford. Puede que te traiga algo de alivio momentáneo, pero luego tendrás que enfrentarte a una vida de arrepentimiento.
 - −O eso dices tú −Alec se dejó caer en su silla.

Matthew resistió el impulso de poner los ojos en blanco.

-¿Crees que Lady Eynsford estaría agradecida por ello? Recibí una de sus miradas asesinas esta mañana y preferiría no volver a pasar por... -dejó la frase sin terminar

al ocurrírsele algo. La clarividente Caitrin Eynsford también había estado furiosa con él, ¿no? –¿Crees que quizás no estén furiosas conmigo por algo que hice, sino por algo que haré?

Alec se encogió de hombros.

- -¿Seguro que no has hecho nada que las haga molestar?
- –No he hecho nada –Matthew frunció el ceño. –En lo absoluto. ¡Santo Cielo! ¿Qué cosa terrible crees que haré?
- –¿Desfigurar a Eynsford? –ofreció Alec, esperanzado. –¿Cortarle algún miembro, quizás?

Matthew volvió a fulminar a su pupilo con la mirada.

-No has sido para nada útil, Alec. Gracias por tu visita.

¿Qué pensaba Rhiannon que iba a hacer? ¿Qué futuro crimen había visto Lady Eynsford? Es un hombre, después de todo. Las palabras de Rhiannon reverberaron en su cabeza. No era una pista útil. Podían significar un millón de cosas, porque después de todo, él *era* un hombre.

Rhiannon creyó que no había escuchado bien a la Duquesa de Hythe.

–¿Disculpe?

La anciana se carcajeó con ganas.

−¿Y de qué otra forma podrías averiguar contra lo que te enfrentas?

Rhiannon sacudió la cabeza.

-Si me descubren, estaré arruinada.

-Un riesgo que vale la pena. ¿Lo amas?

Una lágrima cayó por la mejilla de Rhiannon, al tiempo que una delicada lluvia golpeteó la ventana. Por lo menos la lluvia estaba afuera y no adentro. Rhi se limpió la lágrima traicionera mientras asentía.

-Por eso duele tanto, Su Excelencia.

La duquesa le ofreció un pañuelo.

—Claro que duele. Y es por eso que debes averiguar que trama. El tipo de lugares que frecuenta. El tipo de personas con las que se junta. Hasta que lo atrajiste a la sociedad, Miss Sinclair, nadie le había visto ni la sombra. Pero debe haber algún sitio que frecuente, gente con la que se junta. Luego de que la rosa florezca, regresará a sus viejos hábitos. Es lo que hacen los hombres. Y luego de dar el sí, es demasiado tarde para arrepentirse. No, no, es mejor saber a qué clase de tunante le has entregado tu corazón.—

Matthew ni siquiera había esperado hasta intercambiar votos para regresar a sus viejos hábitos. Rhiannon apretó el pañuelo entre sus manos.

-No sé por dónde empezar. El subterfugio no es algo que se me da bien.

Su Excelencia sonrió.

-Recluta a ese chico, Radbourne, para que te ayude. Parece dispuesto a hacer lo que le pidas. Y si hay alguien que sepa esconderse de cualquiera, sobre todo cobradores, es el Vizconde Radbourne.

–¿Y si nos pillan?

—Tengo la sensación de que Radbourne jamás se dejaría pillar. Créeme, Miss Sinclair, ese chico sabe cómo mantenerse en las proverbiales sombras. Y necesitas saber en qué te estás metiendo con Blodswell. Le diste tu corazón. Hora de enterarte si fue una decisión sensata. Y si descubres que sus pecados son demasiado oscuros para ti, es mejor enterarte antes de intercambiar votos. No sería entonces demasiado tarde para tomar otro camino.

Rhiannon asintió. Sabía que la Duquesa tenía razón. Era mejor enterarse de antemano en qué se metía con Matthew que dejar que su corazón la guiara a ciegas.

-Buena chica -su Excelencia palmeó cariñosamente la mano de Rhi. -Ahora anda, y dile a esa hermanita tuya que venga. Tenemos que tener una historia concreta antes de ir a Casa Cooper.

Luego de que Rhi abandonó el salón privado de la duquesa, el mayordomo de los Hythe la guio a otro saloncito, decorado en rosado y amarillo pastel, donde se encontraban Cait y Ginny. Cuando entró Rhiannon, Ginny se levantó de golpe.

–¿Qué te dijo?

Rhiannon se encogió de hombros. No quería compartir sus planes con Ginny, no sea que quisiera hacer lo mismo con Lord Steven.

-La duquesa dice que está lista para recibirte y discutir lo que le dirán a tía Greer.

Ginny le echó los brazos al cuello.

-Siento tanto todo esto.

Rhi también lo sentía. Le palmeó cariñosamente la espalda.

- -No te preocupes, Gin. Las cosas saldrán bien de una manera u otra.
- Ese deshonorable fantoche mujeriego. Me gustaría borrarle la sonrisa de una cachetada.

Rhi se apartó de los brazos de su hermana.

-No hagas esperar a la duquesa.

Ginny se despidió de Cait y de Rhiannon con un rápido beso en la mejilla antes de marcharse.

Cait se cruzó de brazos, frunciendo el ceño.

-Espero que a mí sí me digas la verdad.

Como si alguien pudiese mentirle a Cait y salirse con la suya.

- -Claro que sí, pero preferiría hablar en la privacidad del carruaje.
- -Pues bien -Cait tomó a Rhiannon del brazo. -Vamos entonces.

Rhiannon se habría echado a reír si no le pesara tanto el corazón. Cait detestaba no estar al tanto de todo. Esperaron pacientemente a que el carruaje de Eynsford llegara a la entrada, y entonces Cait empujó a Rhi dentro, cerrando la puerta ruidosamente tras ellas.

- -Muy bien. Cuéntame.
- -Estás un poco impaciente, Caitrin.

La vidente entrecerró sus bonitos ojos azules.

-Estoy esperando, Rhiannon Sinclair.

Rhi asintió.

-Muy bien. Su Excelencia dice que debo seguirlo por una semana. Ver a donde va a pasar sus ratos libres y con quién. Que si no puedo lidiar con eso, entonces debería echarme para atrás antes de que sea tarde.

Cait frunció el ceño, apoyándose de su asiento con un bufido.

- –No creo que sea buena idea, Rhi.
- —¿Por qué no? Puede que me entere de quién es esta mujer. De lo que ella significa para él.
- -Creo que ya sabemos eso, Rhi. Ella es una de esas muchachas dispuestas. Además, yo he visto alguno de los lugares que él y Alec rondan, y no te querría cerca de ninguno de ellos.

Rhi se inclinó en su asiento.

–¿Qué clase de lugares?

Cait frunció aún más el ceño, cruzándose de brazos.

-Por amor a Cristo, Rhi. El tipo es un vampiro. El tipo de lugares que acostumbra no son buenos para nadie. Yo desearía no haber visto ese cochinero que se hace pasar por club de caballeros.

–¿Club de caballeros?

—Oh, no —Cait negó con la cabeza. —No diré ni una palabra más al respecto. No te acerques a ese lugar, y nada de seguir a Blodswell. No tenía ni idea de que la duquesa te llenaría la cabeza de tonterías. Estaba segura de que te diría que te apartaras y buscaras un hombre merecedor de ti.

-Me preguntó si lo amaba -dijo Rhi en voz baja.

Cait soltó un quejido, cerrando los ojos.

- -Es mi culpa.
- –No es tu culpa, Cait. Creo que Su Excelencia tiene razón. Debo averiguar todo lo que pueda sobre Matthew. Si voy a casarme con él, debo saber toda la verdad. Necesito saber si puedo vivir con ello.

La expresión dolorida de Cait expresaba mejor su desacuerdo que ninguna palabra.

El carruaje se detuvo lentamente.

-Le pediré a Archer que me acompañe. Te prometo que me cuidaré.

La puerta del carruaje se abrió, y Lord Radbourne se asomó, una encantadora sonrisa en su guapo rostro.

-¿Acaso escuché mi nombre?

Cait puso los ojos en blanco.

-Te imaginas cosas, Archer. Nadie hablaba de ti -claramente su amiga pensaba que podía convencer a Rhiannon de que abandonara su plan.

Rhiannon suspiró. No la iban a manipular tan fácil.

- -De hecho, si hablaba de ti, milord. Esperaba que estuviese dispuesto a ayudarme con algo.
 - -Tus deseos son mis órdenes.

Cait lo apartó de su camino al bajarse del carruaje.

-Ya veremos que dice tu hermano al respecto -subió las escaleras tan rápido como se lo permitieron sus delicadas zapatillas.

Antes de que Rhiannon pudiese bajarse, Archer se montó en el carruaje, dando un golpecito en el techo antes de dejarse caer en el asiento frente a ella. El carruaje empezó a moverse, y él le sonrió pícaramente.

-Si voy a tener al alfa de mi manada gruñéndome por el resto de la semana como si le hubiese robado su hueso favorito, prefiero que me cuentes tu plan de una vez. Así veré si el regaño valdrá la pena. ¿A dónde vamos?

Rhiannon se asomó para ver a Cait con los brazos en jarra en la puerta de Casa Thorpe.

- -Va a estar furiosa -murmulló, antes de dirigir toda su atención a Radbourne. No estoy completamente segura de a dónde nos dirigimos. Pero estoy segura que lo sabremos cuando lleguemos.
 - −¿Por qué será que eso me pone nervioso? –él fingió estremecerse.
- No es necesario que me acompañes. Estoy segura que puedo encontrar a
 Matthew por mí misma –se negó a mirar a Radbourne al decir eso último.
 - −¿Se te perdió? –él ni siquiera sonrió.
 - –No, no se me perdió –Ella negó con la cabeza.
- -No lo perdiste, ¿pero sientes la necesidad de encontrarlo? -La miró con ojos entrecerrados, como si pudiese adivinar sus pensamientos más profundos.
- -Solo me...interesa -ella se encogió de hombros en un gesto que esperaba pareciera desinteresado. Él de seguro lo vería como algo tonto.

—Ya sabía que estabas interesada, considerando que están comprometidos y lo cerca que estaban durante la reunión de la Duquesa de Hythe —él alzó las manos para detener sus protestas indignadas. —Sé que no es apropiado discutirlo, pero casi te arruinas. Estarías siempre metida en líos si no tuvieses a alguien pendiente de tu bienestar.

−¿Y te has endilgado el trabajo de protegerme, Lord Radbourne? –respondió ella, indignada.

Él se rió, alzando las cejas.

- −¿Regresamos a las formalidades, entonces?
- —No me conoces lo suficientemente bien como para juzgarme —dijo ella en voz baja, lágrimas mortificadas derramándosele por las mejillas. Se las limpió con el dorso de la mano, y una lluvia tenue golpeteó el techo del carruaje.

—¿Ahora vas a ser una regadera? Santo Dios, ustedes las mujeres sí que saben enternecer el corazón de un hombre —gruñó, cambiándose de asiento y permitiéndole descansar la cabeza contra su hombro. No la abrazó, pero la dejó llorar a gusto contra la manga de su abrigo. —¿Ahora si quieres hablar de lo que te tiene tan molesta? —preguntó gentilmente.

Ya no era el insidioso y despreocupado Vizconde Radbourne. En su lugar estaba Archer Hadley, y ella no estaba muy segura de cómo procesar eso.

- —Mi hermana sorprendió a Matthew con una muchacha en el jardín durante la reunión de la Duquesa —dijo ella en voz baja, odiando tener que decirlo. Como si decirlo en voz alta lo hiciera más real.
- -¿Eso fue antes o después de que yo los sorprendiera en el jardín? −no había ni rastro de divertimento en la voz de él, pero Rhiannon tuvo miedo de mirarlo a la cara.
 - -Después -contestó ella.

- –¿Así que crees que buscó a otra muchacha desprevenida luego de estar contigo?
 –esta vez ella pudo adivinar la sonrisa en su voz. El muy tunante. Le dio un discreto codazo.
 - -No creo que ella estuviese desprevenida -dijo Rhiannon. -Más bien prevenida.

Él se echó a reír con ganas, lo que hizo que Rhiannon se sintiera peor. La lluvia arreció sobre el carruaje.

- -Querida, él es solo un hombre. Y puedo decirte, por experiencia, que no hay forma de que haya hecho lo que hizo contigo con otra tan rápido -vaciló entonces, como sopesando algo en su mente. -Bueno, yo sí puedo, pero dudo que Blodswell pueda.
 - −¿Hacer qué? −ella se enderezó, mirándolo a la cara. −No entiendo.
- -No importa -dijo él, guiándola nuevamente contra su hombro. Respiró profundo antes de continuar. -Por mucho que deteste la idea de ayudar a ese tipo, ¿le preguntaste a Blodswell que sucedió entre él y esa mujer en el jardín?
 - -No -admitió ella.
- -Claro que no. Eso sería algo demasiado directo para las que llevan faldas, ¿verdad? Por una sola vez me gustaría encontrar a una mujer que me hablara de frente, sin cuestionar todas mis acciones y mi existencia –suspiró.
- –La duquesa me aconsejó que lo siguiera –admitió. –Que lo vigilara y viese a donde va.

Él resopló.

- Por supuesto que no. No haremos tal cosa. Iremos y le preguntaremos directamente –dio un golpecito en el techo. –Upper Brook Street, Casa Blodswell –entonces miró a Rhiannon. –Tomaremos a ese toro por los cuernos.
- La duquesa dijo algo parecido, que debía saber por cuál cuerno agarrarlo, pero no estoy segura de lo que quiso decir... –ella dejó la frase sin terminar.

Él ahogó otra risotada con la mano.

-La duquesa es más traviesa de lo que pensé. La próxima vez que trate de echarnos de una de sus reuniones, le haré saber que estoy al tanto de su lado picaresco.

—Si lo haces, no me menciones —pidió Rhiannon. Era lo último que necesitaba, estar en malos términos con la Duquesa de Hythe, su única aliada, además de sus hermanas del aquelarre. —¿Seguro que deberíamos ir a casa de Matthew?

Los ojos ambarinos de Archer brillaron con picardía.

-Luego de lo que ya has hecho con él, visitar su hogar no es nada. Aparte, estás conmigo.

Lo que en realidad no era mucho mejor que ir sola, por lo menos a los ojos de la sociedad. De hecho, podría ser peor.

-No debería siquiera estar contigo. Todavía tengo algo de buena reputación.

El carruaje se detuvo. Archer alzó la cortina, mirando por la ventana. Todavía llovía. Ella estaba aún melancólica, así que era normal.

-¿Estás lista? -preguntó.

¿Lo estaba? No, jamás estaría lista para enfrentar a Matthew y simplemente preguntarle qué había pasado con esa chica. Que cosa más ridícula. Negó con la cabeza.

La frente en alto, Rhiannon –le recordó él. –No es tan malo como piensas.
 Cuando haces preguntas directas, obtienes respuestas directas.

Ella enderezó sus hombros. Era una bruja, con los elementos a su disposición, y años y años de un próspero legado mágico apoyándola. Y aun así, ¿pretendía estar escondida como una muchachita asustada? Qué tontería.

–Estoy lista –dijo entonces.

Él se bajó del carruaje, bajando la cabeza para no mojarse el rostro. Hizo ademán de quitarse el abrigo para cubrirla, pero ella lo esquivó.

- -Adoro la lluvia -explicó, atrapando las gotas en el cuenco de sus manos. Inhaló profundamente, usando el temporal para calmar sus emociones.
- —¿Has perdido la cabeza, Rhiannon? —preguntó él, agarrándola por el mentón para estudiarle el rostro. —¿Estás bien, Rhi?
- -Estoy mejor -suspiró ella. Entonces se puso de puntitas para besarlo en la mejilla. -Gracias, Archer. Pero puedes marcharte. Estaré bien -con ello, se dirigió a la puerta de la casa de Matthew.

Archer se le pegó a los talones, pero ella se volteó rápidamente, empujándolo con un vendaval. Él trastabilló.

- –¿Qué diablos? –exclamó.
- -Disculpa -dijo ella, sintiéndose más liviana de lo que se había sentido en días. Gracias por acompañarme, pero esto es algo que debo hacer sola.
- -Estás empapada, Rhiannon -se quejó él, mirando alrededor como si todavía quisiera saber de dónde había venido ese vendaval. -Déjame llevarte a casa.
- -Estoy decidida a quedarme, Archer, pero igual aprecio la oferta -lo dejó allí, dirigiéndose resueltamente a la puerta. Tocó una vez.

El mayordomo de Matthew respondió, mirándola desdeñosamente.

–¿Puedo ayudarle?

De seguro se veía como una huérfana, con el vestido empapado y el cabello pegado a la frente. Pero de todas maneras alzó la frente y pidió ver a Matthew.

- —Su señoría no se encuentra en este momento —respondió él, cerrándole la puerta en la cara. Atrevido.
 - –¿Ya estás lista para ir a casa? −preguntó Archer tras ella.
 - -No, no estoy lista para ir a casa -respondió ella.

Él suspiró pesadamente.

- -¿Cuándo te rendirás?
- Oh, no me conoces nada bien si piensas que me daré por vencida, Archer
 evidentemente él la creía débil. Claro, la sociedad la forzaba a guardar apariencias.
 Pero no estaba dispuesta a seguir aparentando ser una débil muchachita escocesa.
 No más.
- -Esto es una tontería. El tipo no está en casa y tú estás empapada. Regresa al carruaje, Rhiannon.

Pero ella sacudió la cabeza.

- -No hay cosa que puedas decir para disuadirme, así que vete.
- −¿De veras planeas esperarlo en la lluvia?
- -No, planeo colarme en su casa y esperarlo adentro.

Capítulo 20

Rhiannon apoyó la oreja contra la puerta de la casa de Matthew, aliviada al no escuchar a nadie del otro lado. La abrió cuidadosamente, asomando la cabeza antes de entrar. No había moros en la costa. Le hizo señas a Archer de que se marchara antes de cerrar la puerta tras sí. Esperaba que él le hiciera caso.

Seguramente él no lo haría.

Miró al suelo, dándose cuenta de que estaba haciendo un desastre con su vestido mojado. Rhiannon se recogió las faldas, corriendo escaleras arriba lo más rápido que pudo. La mayoría de las casas tenían los dormitorios escaleras arriba, ¿no? Ciertamente eso esperaba.

Caminó de puntitas hasta encontrar lo que estaba segura era el dormitorio principal del conde. No sabía que se esperaba, pero la opulencia que encontró la sorprendió de todas maneras. Enormes muebles de madera oscura decoraban la habitación, pero el punto focal era una enorme cama con dosel. Varias curiosidades llamaron su atención, más prefirió correr hacia la chimenea. Estaba empapada y tiritando de frío. Afortunadamente aún quedaban algunos rescoldos allí. Los revolvió para revivirlos y pronto tuvo un buen fuego andando. Ahora, ¿qué podía hacer con respecto al agua?

Se sacudió las faldas, rociando agua de lluvia por todos lados.

—Pensará que un Lycan se metió en su casa y se sacudió en su habitación —masculló. No podía hacer mucho más que dejar que sus ropas se secaran. Pero estaría más cómoda si se desvestía y las colgaba frente a la chimenea. Matthew no llegaría sino más tarde, así que de seguro no habría problemas. Se desvistió hasta quedar en camisola, que también estaban tan empapada que transparentaba, por lo cual se la quitó.

Cuando hubo arreglado la ropa a su gusto, se metió en la cama de Matthew para calentarse. Se quedaría allí solo lo suficiente para que se secara su vestido, y entonces volvérselo a poner y sentarse a esperarlo. Le haría caso a Archer y preguntaría directamente lo que quería saber. No se iría hasta tener las respuestas deseadas. ¿Quién era esa mujer que había besado en el jardín? ¿Y qué significaba para él?

Rhiannon jamás había esperado casarse por amor. Siempre asumió que terminaría casada con algún escocés, más enamorado de su dote que de ella. Así eran la mayoría de los matrimonios, después de todo, y ella se había resignado a ello. Pero entonces Matthew la había hallado en plena tormenta... Rhi sacudió la cabeza: no le importaba si terminaba casada con Matthew o con algún escocés sin nombre, de todas maneras esperaba fidelidad.

Se imaginó varios escenarios y conversaciones, buscando la mejor manera de llegar al asunto. Pero finalmente se aburrió. Le costaba mantener los ojos abiertos. Descansaría un momento. Para cuando despertara, sus ropas estarían secas. Si, solo un momento. No más...

Matthew llegó a su casa para encontrar a todos sus sirvientes nerviosos. Miró ansiosamente a su alrededor, esperando descubrir alguna tragedia, como a su mayordomo maniatado por algún ladrón. O alguna de sus sirvientas atrapada en el acto con uno de los mozos. Eso había pasado la semana pasada, pero él había decidido no castigarlos por su afecto.

Se dio cuenta de que su mayordomo estaba a salvo, pues se acercaba a él, retorciendo las manos.

 Lord Blodswell –dijo, la voz quebrándosele. Obviamente estaba preocupado por algo.

- -¿Qué sucede, Hughes? ¿Por qué los nervios? –Matthew le lanzó su abrigo y sombrero, a pesar de sus protestas ahogadas. –Habla ya –le espetó. No tenía tiempo para escuchar a un viejo parlotear sobre plata perdida o algún saqueo en la alacena.
- Lord Blodswell, no sé cómo ocurrió –empezó el hombre nuevamente, paseando la mirada por toda la habitación, como si no quisiera mirar a Matthew.
- —¿A qué te refieres, exactamente? —preguntó Matthew, quitándose los guantes con un gesto de irritación.
- -Ella llamó a la puerta, señor -él señaló el aparentemente ofensivo portal, como si estuviese a punto de nacerle alas y salir volando. -Yo le dije que usted no estaba. Le dije que se marchara.
 - –¿Ella? –repitió Matthew.
- —Se veía bastante desarreglada. Calada hasta los huesos. Por eso no la invité a pasar —todavía parecía sumamente nervioso. Y debería estarlo.
- –¿Una mujer calada hasta los huesos llamó a mi puerta y no la dejaste pasar?–preguntó Matthew. Eso no sonaba muy caballeroso.
- -Estaba lloviendo, señor, y tenía rato mirándola por la ventana. Solo se quedó allí parada, recogiendo el agua de lluvia con las manos. Creí que estaba algo mal de la cabeza -se empezó a calmar.

¿Una mujer loca disfrutando de una tormenta? Una sonrisa curvó sus labios. Solo podía tratarse de una mujer en específico. Había venido a él, a pesar de lo terriblemente inapropiado que era. A pesar de que había estado terriblemente furiosa con él en la mañana, por algo que él no entendía.

Matthew alzó la mano para tomar su sombrero.

- -Creo saber a quién te refieres -dijo. -¿Cabello largo y negro? ¿Ojos color miel que brillan como relámpagos?
- -No vi muy bien sus ojos, señor -el mayordomo aún estaba pálido. -Pero si vi el resto -murmuró. Al ver la expresión de sorpresa en el rostro de Matthew, se

apresuró a explicarse. –No lo hice a propósito, señor. Ella ni siquiera lo notó. Subí a ver como estaba, por insistencia del caballero –Hughes apuntó al salón, desde donde podían verse dos pies calzados en pesadas botas descansando en uno de sus sillones. Matthew se dirigió hacia ellos.

—¿Qué demonios? —murmuró. Radbourne estaba dormido en su sillón. —¿Y cuánto tiempo tiene él aquí? —el mayordomo trató de explicar, pero Matthew lo interrumpió. —Espera. Mencionaste a una chica.

Matthew se cruzó de brazos, determinado a esperar a que Hughes recuperara el aliento.

Una voz ahogada emanó de su sillón.

-Rhiannon está en tu cama -Matthew se volteó rápidamente a ver a Radbourne. El Lycan se acurrucó más en el sillón.

-¿Disculpa? –preguntó Matthew.

Radbourne se levantó lentamente con un quejido, estirando las piernas y arreglándose la ropa.

-¿Qué haces aquí?-

-Protejo la virtud de Rhiannon -dijo el Lycan, con un ligero tono de picardía en la voz, como si supiera un secreto que nadie más sabía. -Aunque he decidido rendirme, si respondes a mis preguntas. Entonces me marcharé.

Matthew se masajeó la frente, frustrado. El dolor de cabeza había regresado.

-Creo que soy yo el que merece respuestas.

Radbourne miró al mayordomo, ceñudo.

–Puede marcharse.

El pobre hombre salió huyendo. Qué leal.

-Dime que sucede.

- -No le agrado a tu mayordomo -dijo Radbourne.
- -Tampoco me agradas mucho, para ser sincero -admitió Matthew.
- —Sí, lo sé —Radbourne se echó a reír. —Lo prefiero así —señaló un plato lleno de migajas. —Pero por lo menos me dio de comer. Deberías quedártelo.
 - -¿Quedarme a quién? -Dios, esto era cada vez más absurdo.
- –Al mayordomo –miró a Matthew con ojos entrecerrados. –¿Has estado bebiendo? –entonces sacudió la cabeza.

Matthew desearía poder beber algo fuerte en este momento, para calmar sus nervios. Se limitó a fulminar a Radbourne con la mirada.

- -Es la pregunta más tonta que he escuchado en mi vida.
- -Mi meta es entretener -dijo el vizconde, orgulloso.
- −¿Por qué estás aquí, Radbourne? –preguntó Matthew nuevamente, dejándose caer en la silla frente al lobo. Decidió dejar de ser amable. No tenía sentido.
- Acompañé a Rhiannon hasta acá –dijo Radbourne, recogiendo las migajas en el plato con los dedos y llevándoselas a la boca. –Tu cocinero es excelente, por cierto –agregó.
 - -No sabría decirte -Matthew respiró profundo. -¿Rhiannon estaba aquí?
- -Está aquí. ¿Me estás escuchando o no? -tuvo las agallas de parecer ofendido ante la incomodidad de Matthew.
- Radbourne, te juro ante Dios –dijo Matthew, poniéndose de pie de un golpe,
 que si no empiezas a hablar claro, tendré que encargarme de ti.
- -¿Encargarte de mí? ¿No podías haber usado un mejor término? Como "estrangular", "decapitar", "eviscerar" –siguió limpiando tranquilamente el plato.

Matthew gruñó. El lobo le gruñó en respuesta. Bien, por fin tenía su atención.

- -¿Qué sucede con Rhiannon? –Matthew alzó la mano para interrumpir la posible respuesta del vizconde. –Por favor dime algo útil.
- -Rhiannon estaba molesta contigo esta mañana -el vizconde vaciló, lamiendo todavía las migajas en su mano. De seguir así, Matthew tendría que pedir más galletas.
 - -Sí, lo estaba.
- —Su hermana te vio besando a otra mujer en el jardín —el vizconde pareció complacido por ello.
- -No hice tal cosa -protestó Matthew. La única mujer que había besando en el jardín había sido Rhiannon. Ella era a la única que quería besar. Para siempre.
- —Ella estaba convencida de lo contrario. Así que se le ocurrió un plan descabellado para averiguar lo que tramabas. Vino hasta aquí. Ese mayordomo tuyo le cerró la puerta en la cara. Llovía a cántaros —el Lycan se puso pensativo. —Quizás deberías echarlo de todas maneras. No sería mala idea.
 - –¿Dónde está Rhiannon?
- –Ya voy a eso –le espetó Radbourne. Lo miró con ojos entrecerrados. –La hiciste llorar.

Así que a eso se debía la lluvia. Había caído un torrente sobre Mayfair, pero el resto de la ciudad seguía seca.

- —Me despidió antes de colarse en tu casa, correr escaleras arriba y meterse en tu dormitorio. En este momento está dormida en tu cama —su mirada se desvió hacia el corredor principal. Suspiró profundamente al levantarse, fulminando a Matthew con la mirada. —Harás lo correcto con respecto a ella.
 - –Lo haré –dijo Matthew.
 - -Entonces me retiro -se dirigió a la puerta.

- -¿Por qué estabas dormido en mi sillón? –le preguntó Matthew antes que se marchara.
- –No podía solo abandonarla –se encogió de hombros. –¿Y cómo iba a pasar el tiempo? –se volteó al último minuto, antes de desaparecer por la entrada. –Trátala bien, Blodswell. No te la mereces, pero ella te eligió.

Matthew estaba muy feliz por ello. Vigiló a Radbourne por la ventana hasta que este desapareció por la esquina.

Se mesó el cabello con la mano. ¿Rhiannon estaba en su cama? Solo se había ido por un rato. De seguro ella se paseaba ahora por la habitación, esperando para lanzarle un florero en lo que lo viera.

El mayordomo asomó la cabeza.

- –¿Todo bien, señor?
- -No estoy completamente seguro -admitió Matthew.
- -Ese caballero -el mayordomo hizo un gesto de disgusto, -dijo que me haría pedazos y me enterraría en el jardín si llamaba a la policía.
 - −¿Y le creíste? –Matthew contuvo una sonrisa.
 - –Sí, señor –admitió Hughes.
- -Eres un hombre inteligente -masculló Matthew, dirigiéndose escaleras arriba. Las subió rápidamente, deteniéndose solo al llegar a su puerta, abriéndola cuidadosamente. Caminó de puntitas hacia la cama, notando el desorden en su recámara. Las ropas de ella colgaban de sus muebles, y un aroma de gardenias permeaba la habitación. Tocó distraídamente el vestido al pasarle por al lado. Todavía estaba húmedo. La pobrecilla de seguro se había congelado. Notó la camisola guindada en la silla de al lado con interés, mirando a la cama donde pudo ver sus hombros desnudos asomados por debajo del cobertor. Estaba desnuda. Se limpió la boca con el dorso de la mano. Santo Dios. Las medias de ella colgaban del poste de la cama.

La miró. Estaba acurrucada de lado, con una mano bajo la mejilla. Era la mujer más hermosa que había visto en toda su vida. Tenía el cabello arrebolado alrededor de la cara, perfectamente despeinado. El calor de la habitación le había coloreado las mejillas. Él alzó la mano para acariciarle la mejilla, pero la apartó al último minuto.

Ella era todo lo que él había deseado siempre. Era viento, lluvia, granizo y tormenta. También era amor, devoción, amabilidad y corazón. El pecho le dolía al recordar el corazón que una vez había latido allí. Si todavía lo tuviese, se lo daría por completo. En lugar de eso, ella tendría que conformarse con la sombra del hombre que solía ser, uno que jamás envejecería ni le daría hijos. Uno tan egoísta que le permitiría de todas maneras formar parte de su vida. No podía no tenerla consigo.

Ella tenía su marca. Dos puntitos rosáceos en el punto donde se unían su cuello y su hombro. Allí la había mordido anoche, marcándola para siempre como suya. Era parte de él. Sintió una puntada de dolor en el pecho, y se lo frotó distraídamente. Ella se estremeció en sueños, acurrucándose todavía más contra la almohada.

Era hermosa. Era más de lo que había soñado. Y lo amaba.

Ella alzó la mano, levantando el cobertor y dejando al descubierto un seno. Santo cielo, era impresionante. Si hubiese alguna persona a la que pudiese amar, sería ella. Pero él ya no tenía un corazón. Volvió a sentir la punzada de dolor en el pecho, esta vez acompañada de un latido. Se dobló, con la mano contra el pecho. Se suponía que los vampiros no sentían dolor. También se suponía que no se enamoraban.

El dolor volvió, esta vez con más fuerza, haciéndolo caer de rodillas, tratando de alcanzar a Rhiannon a ciegas, en vano. Gruñó, tratando de expeler el dolor a punta de fuerza de voluntad. Se tendió en el suelo, viendo como su pecho se expandía. Entonces exhaló.

Exhaló de verdad.

Matthew se frotó nuevamente el pecho, sintiendo como el dolor se atenuaba. Si estaba muriendo, no quería irse sin decírselo.

-Te amo, Rhiannon -dijo suavemente, sin moverse del suelo. Hablar y respirar a la vez se le dificultaba un poco, y le costó modular mientras controlaba la respiración. Se llevó la mano a la boca y pudo sentir el vaho húmedo de su respiración. Entonces escuchó su propio latido retumbando dentro de sí.

¿Cómo era eso posible? Era un vampiro. No podía tener un corazón que latiera.

Rhiannon asomó la cabeza por el borde de la cama, aún medio dormida.

- -Yo también te amo -susurró, frotándose los ojos. -¿Por qué estás en el piso?
- No estoy seguro, amor –susurró él, encontrando que cada vez le era más fácil hablar y respirar al mismo tiempo. Parecía como si tuviera que hacer ambos a la vez.
 Parecía el mejor lugar para caerme –se alzó, apoyándose en una rodilla, y se volvió a palpar el pecho. Los dedos le latían.

Ella tomó su rostro entre sus manos.

–¿Qué pasa, Matthew? −preguntó.

Él se le acercó, su boca a centímetros de la de ella y suspiró contra sus labios. Ella se estremeció.

–¿Qué diablos fue eso? −preguntó, echándose para atrás apresuradamente, hasta golpearse contra el cabezal de la cama, apretando el cobertor contra su pecho.

Él se subió a la cama, agarrándola por el pie.

-Quédate -le dijo. -No sé qué me está pasando, pero tengo la sensación de que tiene que ver contigo. ¿Me hechizaste? ¿Para hacerme volver a la vida?

Rhiannon frunció el ceño, como si recordara algo. Entonces sacudió la cabeza.

-De haber podido hacer eso, lo habría hecho desde el principio, Matt -admitió. Entonces se arrimó hacia él, y él le tomó la mano para posarla contra su pecho. Ella sonrió al sentir el palpitar rítmico de su corazón. Luego apretó la cabeza contra su pecho. La proximidad del rostro de ella a sus partes íntimas lo puso duro al instante. La urgió a enderezarse.

- -Quiero intentar algo -le dijo. Ella asintió, quedándose quieta. Él le besó de la mandíbula al cuello, mordisqueando ligeramente la piel que el día anterior había mordido. Entonces se apartó, sonriendo ampliamente. -¿Ves colmillos?
 - -No, en lo absoluto -respondió ella, negando con la cabeza.

Él estaba excitado, ella estaba desnuda, dejando que la besara, ¿y sus dientes no funcionaban?

- —Tu corazón late, tus dientes no funcionan, y respiras porque tienes que hacerlo, no porque gustas —ella ladeó la cabeza. —¿Sabes qué significa eso? Que te convertiste en humano.
 - -Eso es imposible -gruñó él. Jamás había escuchado eso en toda su vida.

Los ojos miel de ella brillaron traviesamente al señalar el prominente bulto en sus pantalones.

Normalmente cuando te pones así, tus colmillos aparecen, pero no lo hicieron
se sonrojó de manera encantadora cuando se dio cuenta de lo que había dicho.
¿Crees que necesites algo más de motivación?

Matthew soltó un quejido cuando ella se arrimó todavía más cerca.

Capítulo 21

El corazón de Rhiannon se estremeció de alegría al darse cuenta que el *hombre* frente a ella de verdad la amaba. No estaría así de ser mentira. Pero él no estaba demasiado convencido de que su situación actual era real. Pero luego de pasar seis siglos como vampiro, ella no podía culparlo por su renuencia. Así que tendría que probarle la verdad y no tenía problemas de utilizar sus encantos femeninos para lograrlo. Bajó el cobertor, permitiéndole ver la parte superior de sus pechos. Él recorrió la línea divisoria, aún cubierta, con la yema de los dedos.

-¿Colmillos? -preguntó ella.

–No –dijo él, halando impacientemente el cobertor para descubrir más de ella. Ahogó un suspiro al descubrir por completo sus pechos. Alzó sus ansiosas manos hacia ella, con una mirada hambrienta.

Matthew la empujó gentilmente hacia atrás, haciéndola yacer sobre las almohadas mientras tomaba sus pechos entre sus manos, rozando los pezones con sus pulgares.

–¿Colmillos? –volvió a preguntar ella.

-No -respondió él, con la voz un poco más ahogada que la última vez. Inclinó la cabeza, tomando uno de los pezones entre sus labios y acariciándolo con la punta de su lengua. Rhiannon cerró los ojos, perdiéndose en la sensación. Entonces él se lo llevó por completo a la boca, haciéndola ahogar un grito de placer y aferrarse a él, atrayéndolo contra sí.

–¿Colmillos? –preguntó jadeante.

Él sonrió lentamente mientras se inclinaba a tomar el otro pezón en su boca.

- -No, amor -dijo, antes de cerrar sus labios sobre su carne enfebrecida.
- -Esto es extraño -susurró ella, mientras él alzaba el rostro para mirarla, su dulce aliento acariciándole las mejillas.
- -Esto es maravilloso -dijo él antes de besarla. Gentilmente la hizo abrir la boca con su lengua, acariciándole los labios. Ella se abrió para él. La sensación entre sus muslos se hizo más fuerte. -Mi corazón late como un loco -admitió él.
- -El mío también -admitió ella. Entonces se echó a reír por lo ridículo de la comparación.
- —¿Qué es tan gracioso, pequeña bruja? —preguntó él, mientras recorría su vientre con una mano, yéndose a posar finalmente en su entrepierna. La acarició con un dedo antes de enfocarse en ese ramillete de nervios del que ella no sabía nada hasta que lo había conocido.

La respuesta de ella fue eclipsada por el gemido de placer que le arrancó sus caricias. Él continuó encendiendo el fuego en su vientre usando sus dedos y sus labios sobre sus pechos, lo que casi la hace acabar al momento.

- –Matthew –gimió.
- −¿Sí, querida? −preguntó él, sonando extrañamente calmado.
- –¿Podrías hacerlo de una vez? −rogó ella.
- —¿Hacer que? —preguntó él, de manera juguetona mientras se quitaba las botas. —¿Llevarte de vuelta a casa de Eynsford? —se desabotonó los pantalones, bajándoselos antes de acomodarse firmemente entre sus muslos. Estaba duro y cálido, rozándose suavemente contra ella. —Solo tienes que pedírmelo.

Ella le dio una palmada en el hombro.

- -Sabes que no me refiero a eso -lo ayudó a quitarse la camisa.
- -Soy un caballero, Rhi -se rió él. -Deja de desnudarme.

Se apretó contra su cálido centro, rozándose con más firmeza contra su humedad. Pero no se deslizó dentro de ella. No todavía.

- -Ya estás desnudo -contestó ella. -El daño está hecho. Que quede constancia que el día de hoy corrompí al caballero -le rodeó la cintura con las piernas, atrayéndolo contra ella.
- —Que quede constancia que el día de hoy un hombre le entregó su corazón a una bruja y lo recuperó a la vez —una lágrima de deslizó por la mejilla de ella al oírlo decir eso.
- —Hazlo constar como mejor te parezca —lo urgió. Entonces él finalmente se deslizó dentro de ella. Se empezó a mover lentamente, a un ritmo que la hizo enloquecer mientras lo miraba a los ojos. Lo sintió mordisquearle el cuello, lo cual la hizo tensarse ligeramente.

-¿Colmillos? -preguntó.

Entonces él la llenó por completo, quedándose quieto para darle oportunidad de acostumbrarse a su grosor y a la ligera molestia que venía con ello.

- No hay colmillos –le confirmó, obviamente luchando para quedarse quieto dentro de ella, apartándole el cabello sudado de la cara.
- -Tus ojos -dijo ella, acariciándole la mejilla. Todas sus dudas se desvanecieron cuando pudo ver bien sus tiernos ojos verdes.
- -Estoy dentro de ti y tú quieres hablar de mis ojos -la fastidió él antes de empezar a moverse, robándole el aliento.
- -Luego -gruñó ella, sintiendo como el placer crecía en su interior. Él llevó su mano nuevamente a su centro, llevándola a nuevas alturas mientras se movía en su interior, cálido, pesado y duro. Le aferró las caderas para poder hundirse más profundamente en ella, cosa que no había creído posible.

Murmuró palabras de amor en su oído mientras la hacía perder el control, finalmente llevándola más allá, al clímax. Él la siguió inmediatamente, derramándose dentro de ella mientras ella se estremecía a su alrededor.

Matthew apartó las piernas de ella de alrededor de su cintura, dejándose caer de lado. Entonces la abrazó contra sí, haciéndole descansar la cabeza en su hombro. Posó sus labios sobre sus cabellos, mientras ella se maravillaba en la sensación de los latidos de su corazón y sus jadeos contra su oído.

-¿Colmillos? –preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

Él cerró la boca con un chasquido.

–No. Y no pensé en beber tu sangre en ningún momento. De hecho la idea me da un poco de asco.

El estómago de él gruñó fuertemente, haciéndola levantarse para mirarlo.

-Yo tampoco sé porque acaba de pasar eso -comentó él.

-Pero yo si sé que pasa. Necesitas comida de verdad. Lord Kettering vació su cocina cuando le sucedió. El festín podría haber alimentado a la mitad de Edimburgo.

Matthew se alzó sobre un codo para mirar a su bruja. Lo que acababa de decirle no tenía sentido.

–¿Qué dices sobre Kettering?

Ella se le quedó mirando, como si lo viera por primera vez.

-Cuando su señoría vino por Blaire, cambió. Justo como te acaba de pasar -se encogió de hombros contra las almohadas. -De hecho, jamás lo conocí como vampiro.

Matthew supo entonces que de verdad respiraba, pues acababa de quedarse sin aire.

—¿James se transformó? ¿Cómo yo? —era demasiado fuerte. Tenía doscientos años conociendo a Kettering. Lo había conocido cuando Kettering era aún un niño, que vivía en la propiedad conjunta a la suya. Lo había salvado de la muerte. ¿Cómo era posible que James hubiese cambiado y no le hubiese dicho nada? Miró su anillo, idéntico al de James. Todavía podía sentir su presencia. Y la de Alec.

Rhiannon parpadeó.

- -No lo sabías.
- –No –había recibido una carta de su viejo amigo, con un anillo mágico que le había pasado a Alec al llegar el momento. La carta describía un enfrentamiento final con un viejo enemigo. Y también había recibido otras cartas luego de esa. James y Blaire se habían retirado a su propiedad en Derbyshire, y deseaban verlo pronto. Su viejo amigo había hablado sin parar de la felicidad que había encontrado con su nueva novia, y que su deseo eterno era que Matthew pudiera encontrar la *misma paz en su corazón* algún día. ¿Qué significaba todo esto? –¿Humano? –murmuró para sí.

-Lord Kettering dijo que fue su amor por Blaire lo que hizo que su corazón volviese a latir -ella sonrió. -Y fue tu amor por mí lo que hizo que el tuyo latiera. De verdad me amas.

Claro que la amaba de verdad. La amaba con todo su corazón. Amaba que oliera a gardenias. Amaba que disfrutara plenamente de sus propias tormentas. Amaba como lo hacía sentir.

- –De verdad te amo.
- —¿Entonces que hacías besando a otra en el jardín anoche? —preguntó ella, acentuando su pregunta con una palmada en su hombro.

¿De dónde habría sacado una idea tan tonta? Recordó entonces la conversación con Radbourne.

- -Si Lady Eynsford vio algo así, sus poderes deben estarle fallando.
- -No fue Cait. Mi hermana te vio en el jardín con otra mujer y te vio besarla.

Callista. ¿De eso se trataba toda la alharaca? Que ridículo. Matthew se frotó el rostro con la mano.

-No recuerdo haber besado a Callista. Supongo que puede ser cierto. Pero...

Rhiannon palideció.

–¿Callista? –repitió.

Matthew le apartó un mechón de cabello del rostro.

- -Si la besé, fue por puro cariño filial. Tuvo un berrinche anoche y me temo que terminó lastimando a uno de los cachorros de Eynsford.
- –¿De qué diablos hablas? –Rhiannon se enderezó, tapándose con el cobertor. –
 Quiero saber porque la besaste, ya que ahora estoy segura de que me amas a mí.

Matthew le besó la punta de la nariz.

-Es mi hacedora. Ella me salvó esa fatídica noche en Tierra Santa. Me sacó de entre una pila de cadáveres, hombres que conocía de toda la vida y junto a los que habían peleado todas mis batallas. No estaría aquí ahora de no ser por Callista.

Diferentes emociones recorrieron el rostro de Rhiannon.

-La Duquesa de Hythe la mencionó. Dijo que tu abuelo le tenía mucho cariño.

Él no alcanzaba a imaginarse como habían llegado Rhiannon y Eugenia Hythe a ese tema. Casi no quería preguntar por miedo a la respuesta.

- –¿Cómo fue que llegaron allí?
- -Ginny describió a la mujer con la que te vio, y Su Excelencia dijo que le recordaba a alguien que había conocido de joven.
 - –¿Y sobre mi cariño hacia Callista?

Rhiannon se mordió los labios, como si decidiera como responderle.

-La duquesa me dijo que Callista tenía a la mitad de Londres a sus pies, así que pregunté si tu abuelo era uno de ellos -respondió finalmente.

-Chica traviesa -él sonrió. ¿Quién hubiera dicho que los celos te ponían los ojos brillantes? -Podrías haberme preguntado. Te habría dicho exactamente cuánto cariño le tengo a Callista. Es solo eso. Es como mi madre, de una manera algo extraña.

Rhiannon tragó saliva.

–¿Seguro?

Al escuchar eso, Matthew se dejó caer sobre sus almohadas, riéndose a carcajadas. Había conocido a Callista por más de seis siglos, y jamás la había deseado. Sabía que era hermosa, y el objeto del deseo de muchos hombres mortales, pero jamás había formado parte de ellos. No podía verla de ese modo. Era Callista. Su hacedora, su amiga más antigua.

-No me parece divertido -masculló Rhiannon, mirándolo dolida.

Matthew la haló contra sí, rodeándola con sus brazos.

-Eres muy bonita cuando estás celosa. Y más cuando te molestas. De hecho, siempre eres bonita -la besó.

Ella le echó los brazos al cuello, suspirando.

-¿Harás eso siempre que quiera distraerme?

Él no pudo evitar echarse a reír otra vez. Podía imaginar reírse así con ella por el resto de sus días. Y jamás repetir la tortura del día anterior.

-¿Sabes cómo pasé el día de ayer, querida?

-Nay.

Matthew hizo un gesto de desagrado al recordar su propia estupidez.

-Lo pasé en White's, tratando de averiguar por qué estabas tan molesta conmigo. Me convencí de que era por algo que yo todavía no había hecho. Que Lady Eynsford había visto algo en sus visiones y te había revelado algún pecado futuro de mi parte.

Ella pareció apropiadamente contrita.

- -Cait jamás haría eso. Tiene un código, y jamás revelaría el futuro de otra persona sin su consentimiento.
 - –¿De verdad?
- —Sí. Aunque a veces hace trampa. Te vio en mi futuro e hizo todo lo posible para que nos encontráramos.

Entonces Matthew recordó algo.

- —¿Sabes que la primera vez que conocí a tu vidente, ella viajaba con Alec y no estaba casada con Eynsford, a pesar de llevar su marca? —acarició su propia marca sobre el cuello de Rhiannon.
- -Cait jamás me lo mencionó -ella entrecerró los ojos. -¿Su marca? ¿Qué significa eso?

¿Acaso podía ser más encantadora? Él se rió.

-Los Lycan tienen un ritual extraño donde muerden a sus parejas.

Ella pareció aterrada al prospecto.

- –¿Y beben su sangre? −susurró.
- –No, solo los posee un arrebato de pasión. Algo como los vampiros, pero completamente diferente, si es que eso tiene sentido −frotó las ligeras marcas de dientes en su hombro, sonriéndole. –¿Recuerdas cómo te mordí cuando sentiste placer?

Ella se estremeció ligeramente. Claro que recordaba.

-Creí que solo bebías -dijo, con una discreta sonrisa. -Así que Cait fue marcada antes de casarse con Eynsford. Interesante -él casi pudo ver la información dando vueltas en su cabeza.

Él sonrió, recordando todo con más claridad.

- -Supo enseguida lo que era yo, pero jamás tuvo miedo. Y antes de marcharse, me dijo que yo aprendería mucho más sobre su especie. Ya lo sabía, incluso entonces, ¿verdad? Que yo estaba destinado a encontrarte en una tormenta en Hyde Park.
 - -Creo que sí.
- —Incluso me dijo que disfrutara el buen clima mientras pudiera —se lamentó. Ella lo había sabido. Lo había visto meses antes de que pasara. Matthew estaba seguro. Brujilla insolente. Tendría que agradecerle apropiadamente por su intervención. Su estómago volvió a gruñir. Moría de hambre. Esperaba que Radbourne no se hubiese acabado las galletas, si de verdad estaban tan buenas.
 - –Necesitas comer.
- -Me temo que sí. Aunque no quiero abandonar esta cama. Me quiero quedar contigo abrazada toda la noche.

Rhiannon se echó a reír, besándole el hombro.

-Podríamos asaltar la alacena y traernos el botín para acá.

Matthew se enderezó, besándola antes de levantarse de un salto.

-Excelente idea. Quédate aquí que ya regreso -dijo, con una mirada que prometía más sorpresas sensuales esa noche.

Se tardó un poco, aunque Rhiannon sospechaba que eso se podía deber a que Matthew jamás había estado en una cocina moderna y no tenía ni idea de dónde se guardaba la comida. Sonrió para sí, imaginándolo haciendo un desastre que su cocinero tendría que limpiar en la mañana: alacenas abiertas, ollas tiradas por doquier, harina tirada en el suelo. Entonces pensó algo extraño: ¿acaso Matthew tendría algún cocinero empleado? Después de todo, un vampiro no necesitaba de uno. Pero tenía sirvientes humanos y ellos necesitaban comer. Lo cual era bueno porque significaba que había comida en la casa y ella se había saltado la cena por completo.

Se recostó de lado, acariciando el lugar donde había yacido Matthew minutos antes. Estaba caliente todavía. Él estaba caliente ¡Estaba vivo! Y era suyo. Debía ser la muchacha más afortunada del mundo. Jamás se había imaginado que su amor verdadero resultara ser un verdadero caballero de armadura brillante. Aunque jamás lo había visto en su armadura. Quizás pronto.

-Para mi hermosa dama -dijo Matthew desde la puerta, entrando con una bandeja cargada de galletas en las manos.

Rhiannon se enderezó.

- -Matthew, ¿conservas tu armadura?
- –¿Mi armadura? –sus verdes ojos brillaron. –¿Te dejo sola un momento y cuando regreso quieres saber si guardé mi armadura?

Ella se echó a reír.

- -Bueno, eres mi caballero. Me gustaría verte en armadura.
- —Interesante —él sonrió, sentándose al borde de la cama para presentarle la bandeja. —Bueno, tu caballero está muriéndose de hambre, pero todo lo que pude encontrar fueron galletas. Al parecer Hughes siente debilidad por los dulces.
 - -¿Hughes?
- -Mi mayordomo -explicó él antes de meterse una galleta a la boca y quedarse maravillado por el sabor.

Ah, así que ese era el tipo amargado que le había tirado la puerta en la cara.

-Oh.

-Sé que no fue muy amable contigo hoy. Lo echaré a la calle mañana si eso deseas -dijo él, mirándola seriamente.

Rhiannon sacudió la cabeza.

- -Seguro pensó que yo era una vagabunda.
- -Dijo algo parecido -admitió Matthew. -Pero no permitiré que nadie vuelva a tratarte mal. Ni mi mayordomo, ni tu tía, ni tu padre. Eres mía, Rhiannon y te amo.

Ella no supo que contestar a eso. Una lágrima solitaria le recorrió la mejilla. Matthew la limpió.

-He esperado por más de una vida para encontrarte.

A ella se le derritió el corazón. Para evitar echarse a llorar, sonrió plenamente.

-Pues que mala suerte tuviste. Yo fui lo suficientemente afortunada para encontrarte en mi primera vida.

Él se echó a reír, y Rhiannon pensó que jamás se cansaría de escucharlo. Matthew siendo completamente feliz. Entonces él calló.

- -Vamos a tener que regresarte a casa de Eynsford en algún momento, ¿sabes?
- Ella sacudió la cabeza.
- -Dijiste que nos podíamos quedar aquí el resto de la noche.
- -Lo sé, y fue algo tonto de mi parte. Solo Radbourne y Hughes saben que estás aquí. Creo que podemos confiar en el vizconde, a pesar de todo, y pago el salario de Hughes, así que no dirá nada.

Todavía estaba preocupado por la reputación de ella. Sabía que debía apreciar el gesto, pero no pudo evitar hacer un mohín de disgusto.

-Y aun así te ves preciosa -rió él, guiándole el ojo.

Capítulo 22

Luego de cerrar la puerta del carruaje, Matthew haló a Rhiannon hacia su regazo. Detestaba tener que regresarla a casa de Eynsford, pero sabía que era lo más sensato. Pronto sería su esposa y no había razón para exponerla al escándalo. El viaje sería corto, así que tenía que disfrutar el tiempo que les quedaba.

-¿Sabes que tienes los ojos verdes? -Rhiannon se acurrucó contra él.

Matthew resopló divertido. No le había prestado mucha atención a sus ojos en aquel momento. No había muchos espejos donde mirarse.

- –¿De verdad?
- -Los de Lord Kettering son azules.

Si lo habían sido, siglos atrás. Entonces era verdad. James se había transformado también. No estaba seguro de que pensar sobre eso de momento.

- -Luego de casarnos, me gustaría pasar una temporada en Derbyshire.
- –No me importa a donde vayamos, siempre que estemos juntos.

Matthew le besó la coronilla.

- -Creo que te gustará Halcourt.
- –¿De verdad?
- -Mmm -respondió él. -Mi armadura está allí.

Ella se rió contra su pecho.

-James y Blaire viven en la propiedad de al lado. Tenemos mucho de qué hablar.

-Estás molesto porque él no te dijo -ella se apartó lo suficiente para mirarlo a los ojos.

No tenía por qué mentir.

- -Sí, lo estoy -contestó. -Después de todo lo que hemos pasado no puedo creer que no me contara lo más importante que le ha pasado en la vida.
 - -Quizás quería decirtelo en persona -ofreció ella.

Quizás fuese cierto, pensó Matthew a regañadientes. De todas maneras el silencio de su amigo lo molestaba, aunque merecía el beneficio de la duda.

-Quizás solo quería disfrutar del inicio de su nueva vida con Blaire.

Bueno, eso Matthew lo podía entender. Luego de que Rhiannon fuese por fin suya, se irían a Derbyshire, y no la dejaría salir de la habitación en dos semanas. Comerían galletas en la cama y él modelaría su vieja armadura para ella. Se rió de lo absurdo que era todo.

El carruaje se detuvo y Matthew apartó a Rhiannon de su regazo, acallando sus protestas con una mirada.

-Lo sé, cariño, pero es lo mejor.

Abrió la puerta, dispuesto a ayudarla a bajar cuando notó que todas las ventanas de Casa Thorpe estaban iluminadas por velas. ¿Acaso todos estaban despiertos? Aparentemente sí. La puerta principal se abrió, y Caitrin Eynsford salió, con una mirada fulminante.

Matthew supo que no era capaz de lanzar a Rhiannon a los lobos, y francamente ese pensamiento era bastante literal. Detrás de la señora de la casa estaba parado su lobuno y rubio esposo, flanqueado por sus tres medios hermanos Lycans.

-Quizás debería hablar con ellos primero -sugirió Matthew cuando Rhiannon le puso la mano en el brazo para bajarse.

- —No es necesario —respondió ella con una sonrisa. —Puede que seas humano ahora, pero yo soy una bruja. Una poderosa, a decir verdad —sus ojos brillaron divertidos. Dios, la amaba de verdad. Aquí estaba ella, preparada para enfrentarse a la ira de la sociedad y era él quien estaba nervioso. —Un corrientazo a tiempo puede enderezar a cualquier caballero.
- —¿Puedes lanzarlo justo al entrecejo de Eynsford? —susurró Matthew, mirando al ceñudo marqués.
- -Buenas noches, Cait -dijo su bruja con una risita mientras subían las escaleras. La mirada de la vidente era tan fría como el tono de sus ojos.
 - −¿Dónde has estado? −preguntó Lady Eynsford, con las manos en la cintura.
- -Como si no supieras... -murmuró Rhiannon, pasando junto a su amiga apenas dirigiéndole la mirada. La marquesa no estaba acostumbrada a que la trataran así, y se le notó en la mirada.
- —Te dije que no miraría en tu futuro —dijo la rubia, tomando a Rhiannon del brazo, halándola hacia sí para mirarla a los ojos. Lo que vio debió asustarla, pues la soltó rápidamente. Se le aguaron los ojos.
- –Oh, Cait –dijo Rhiannon, rodeando a su hermana del aquelarre con sus brazos. –
 No llores. Harás que llore yo también y nos empaparemos.

Matthew miró al cielo, que se oscurecía rápidamente.

- -Quizás deberíamos entrar -sugirió.
- —Quizás deberías regresar a tu propia casa —contestó Eynsford desde su lugar tras su esposa. Posó su enorme mano en el hombro de Cait, y ella frotó la mejilla contra él como un gato.
- –Adentro todos –dijo Lady Eynsford, haciendo un gran gesto con las manos. Los Lycans obedecieron al instante, permitiéndole entonces a Matthew ver que había otra persona tras la multitud.
 - -¡Todo esto es culpa tuya! -tronó una acusación al final del pasillo.

Rhiannon no esperaba encontrarse a su tía Greer esperándola en casa de Eynsford, mirándola como un halcón acechando a un ratón, ansiosa de destrozarlo con sus garras.

- -Si jamás hubieses venido a Londres, esto jamás habría pasado -Greer se llevó un arrugado pañuelo a los ojos. -Ahora no conseguiré nada ¡Y la culpa es tuya!
 - −¿Sabes que de habla? –le preguntó Rhiannon a Cait en un susurro.
 - -Es Ginny. Huyó -respondió Cait.
 - –¿Qué hizo qué? –exclamó Rhiannon.
 - −¿Estás bien? −preguntó Caitrin en voz baja, mirando a Rhiannon de arriba abajo.
- -Aye, estoy bien -respondió Rhiannon, dejando esas preocupaciones de lado. ¿Cómo había podido huir Ginny? ¿Acaso tía Greer le había hecho algo? -¿Qué pasó? -le preguntó a su tía. -Empieza por el comienzo -los sólidos dedos de Matthew se cerraron sobre los suyos, recordándole su presencia.
- -Tenía planes -siseó tía Greer. Los Lycans se habían retirado, excepto el marqués, quien mantenía una reconfortante mano en el hombro de Cait. -Y entonces te apareciste en Londres -subrayó cada palabra con un dedo acusador.
- –Aye, tenías planes de juntar a Ginny con alguien de mucho dinero y poco sentido común y decencia –respondió Rhiannon.

Greer puso los ojos en blanco.

- -Así es como se llega a algún lado en esta sociedad -dijo, como si hablara con una niña ignorante. -Uno tiene que olvidarse del amor y la devoción. Debe hacer un buen matrimonio con alguien rico y de sangre noble.
 - -Eso no está bien -le espetó Rhiannon con una risotada. -¿A dónde se fue Ginny?

- -Se marchó a Gretna -respondió Cait en voz baja.
- -¿Con quién?- Rhiannon esperaba que no se tratara del despreciable Mr. Finchley.
- -¡Con Lord Steven! -chilló su tía. -¿Puedes creerlo? Tuvo que escoger a un segundo hijo, con ninguna propiedad a su nombre. Ya tenía listo un buen contrato para que se casara con Mr. Finchley.
 - -Ese matrimonio la arruinaría -respondió Rhiannon, con voz pétrea.

La mirada fulminante de su tía se paseó de ella a Matthew.

- Arruinada estás tú. Jamás esperé nada bueno de ti, pero Ginessa tenía potencial.
 Quería que tuviese una casa opulenta de la cual pudiese sentirse orgullosa.
- —La cual tendría que compartir con un tipo que solo la querría para llevársela a la cama un par de veces y que le diera un heredero —dijo Rhiannon. —Todo el mundo sabe que Mr. Finchley tiene más de una amante. Y que las ha maltratado a todas.
- -Ella solo tendría que soportarlo un rato -trató de explicar su tía. -Luego tendría todo lo que deseara.
- Déjame decirte algo –dijo Rhiannon, avanzando amenazadoramente, apuntando con un dedo a su asustada tía.

Matthew la agarró por la cintura, atrayéndola a su lado.

-Rhi -le susurró. Cuando ella luchó contra su agarre, todavía tratando de acercarse a su tía, él alzó la voz. -Detente.

Todos en el cuarto se quedaron quietos, mirándolo.

Él se dirigió a la tía.

–¿Cuánto? –preguntó.

Tía Greer fingió estar confundida al escucharlo.

- -¿Cuánto qué? -preguntó, llevándose el pañuelo a la cara.
- −¿Cuánto prometió pagarte luego de que se fijara la fecha? −preguntó Matthew.

- –No sé a qué se refiere –dijo tía Greer, con los cabellos de punta, pero su rostro se coloreó. Mentía.
- –¿Cuánto prometió pagarte a cambio de tu sobrina? –preguntó él nuevamente, cruzándose de brazos con una expresión pétrea.
 - –Lo hace sonar como si la vendiera al mejor postor.
 - -Eso es exactamente lo que digo -le espetó Matthew. -¿Cuánto? Puedo pagarlo.
 - -No, Matthew -masculló Rhiannon, halándolo del brazo.
 - -¿Cuánto? -repitió él lentamente, impacientándose.
 - -Me prometió cinco mil libras -gruñó la tía.
- No puedo creer que fueses capaz de vender a tu propia sobrina –le escupió
 Rhiannon. –Deberías sentir vergüenza.
- —Pasa todos los días —intentó explicar tía Greer. —Lo sabrías, querida, si hubieses recibido la preparación que recibió tu hermana. No teníamos esperanzas de conseguirte un buen prospecto, siendo lo que eres... pero Ginny tenía posibilidades...

Matthew la interrumpió en tono cortante.

- —Por Rhiannon no debe preocuparse —chasqueó la lengua. —Estoy tentando a pagarle toda la suma de golpe, pero creo que la pondré en un fideicomiso, del cual solo podrá sacar dinero si se cumplen ciertas condiciones.
 - -¿Cuáles condiciones? -era triste que su tía estuviese dispuesta a rogar.
- —Si mi futura esposa, la futura Condesa de Blodswell llega a decirme que la has hecho enfadar de alguna manera, retiraré todos los fondos. De hecho me gustaría que me informara de las buenas acciones que usted hará en su presencia de ahora en adelante —se inclinó hacia la tía Greer, como si hablara con una simplona. —Será amable con sus sobrinas, con *ambas* de ahora en adelante. Si cumple mis condiciones, recibirá un pago anual. Si falla, no recibirá nada.

Su tía pareció ofendida por un instante.

- –¿Acepta? –ladró él. Rhiannon vio como Eynsford ocultaba una sonrisa tras la mano.
- —Acepto —respondió ella de inmediato. Se volteó hacia Rhiannon entonces. —Estoy muy feliz que hayas hallado un conde rico con el cuál casarte, querida.
 - -Me imagino que así es -respondió Rhiannon secamente.
- —Sabía que encontrarías un buen matrimonio por ti misma. Es por eso que me ocupé tanto de Ginessa. Tú ya estabas destinada a la grandeza —tía Greer buscó los ojos de Matthew, como si esperara aprobación. Él se limitó a mirarla ceñudo.

Rhiannon suspiró pesadamente, sacudiendo la cabeza. Le dirigió una mirada elocuente a Matthew.

-No es necesario que me mienta así. Arreglaremos tu acuerdo para evitar que yo pierda la cabeza.

Matthew se echó a reír.

-Veré que puedo hacer.

Tía Greer se marchó de Casa Thorpe con el rabo entre las piernas. Rhiannon se relajó en los brazos de Matthew luego de que su tía se marchara. Él había sido tan fuerte, y había lidiado con tía Greer de una manera tan eficiente.

-Gracias por eso. Aunque no tenías que pagarle.

Él le sonrió, sus ojos verde claro brillando a la luz de las velas.

- -No es molestia si logro que esa barragana se comporte bien contigo.
- -Vamos al salón -dijo Eynsford, guiándolos al salón más cercano.
- -Después de ti, querida -Matthew colocó una mano en la espalda de Rhi, guiándola gentilmente al salón, decorado en tonos dorado y pastel.

Ella se sentó en la poltrona de brocado, aliviada cuando Matthew tomó asiento junto a ella. Se acurrucó contra él. Así sería de ahora en adelante: los dos juntos, enfrentando todo lo que tratara de lastimarlos.

Eynsford se dejó caer en la silla frente a ellos, gemela de la que ocupaba su esposa. Su mirada haría retroceder al más nutrido ejército.

- -Ahora que estamos solos, Blodswell, quisiera una explicación.
- -Dash -lo interrumpió su esposa gentilmente. -Mira bien a su señoría.
- -¿Y qué se supone exactamente que vea?
- –¿No te parece que está diferente?

El marqués gruñó por lo bajo.

- -La mayoría de los hombres lucen bastante arrogantes, Caitie, luego de...
- No me refiero a eso –dijo Cait, aclarándose la garganta. Entonces miró sonriente
 a Rhi y a Matthew. –Estoy segura de que si miras bien notarás la diferencia.

Matthew ni siquiera se tensó: estaba completamente relajado, como si disfrutaran de un paseo en el bosque.

Rhiannon notó la mirada en los ojos en Eynsford, y supo que no se daría cuenta del cambio por sí mismo.

-Es humano ahora -explicó. -Tan humano como tú o... espera, mal ejemplo. Tan humano como la Duquesa de Hythe, ¿qué te parece?

Eynsford escudriñó a Matthew con la mirada antes de cerrar los ojos.

- -Puedo escuchar su corazón. Bueno, por lo menos escucho cuatro latidos diferentes en la habitación. No sé cuál sea el de él –el marqués abrió sus ojos dorados. –¿Cómo paso esto?
 - -Amor -explicó Cait. -Es la magia más poderosa que existe.

Su esposo se dejó caer nuevamente en la silla.

-Eso lo sé, Caitie, pero no sabía que era así de poderosa.

En ese momento, los tres Hadley entraron de golpe.

-Le diste su merecido a esa vieja bruja -Gray miró orgulloso a Matthew.

Rhiannon notó entonces la diferencia que ahora había entre él y su gemelo y se levantó con un grito ahogado.

-¡Wes! ¿Qué te sucedió?

El Lycan se llevó la mano a la marca roja e hinchada en su rostro.

- –¿Me hace ver peligroso?
- -¿Qué? -chilló ella. ¿Peligroso? ¿Se había vuelto loco?

Matthew la haló de vuelta a su lado.

-Callista -le recordó.

Había dicho que Callista había lastimado a uno de los cachorros de Eynsford, ¿verdad? Pero ella no tenía idea de que se refería a esto. ¡Justo en el rostro! El pobre Wes jamás se vería igual. Todavía era guapo, pero...

-Bueno -dijo, en el mejor tono que pudo tomar, tragando saliva para tratar de bajar el nudo en su garganta. -Supongo que si te hace ver peligroso.

Los ojos marrones de Wes brillaron.

- -Eso supuse.
- La hinchazón bajará –comentó Matthew en voz baja.

Rhiannon miró a su caballero.

-No puedo creer que ella hizo algo así.

Él suspiró.

-Ella es capaz de mucho más, querida.

Gray se apoyó de la pared, mirando a Matthew.

−¿Así que el amor te trajo de vuelta a la vida, eh?

Matthew asintió.

–Así es.

-Hmm -Wes frunció el ceño. -¿Crees que funcione igual para los Lycan? ¿Qué si encontramos al amor de nuestra vida, dejaremos de transformarnos y de aullar a la luna llena?

Radbourne suspiró.

-¿Acaso no conoces a nuestro hermano, Wes? ¿Crees que es posible que alguien ame como Dash ama a Caitrin? A él todavía le sale cola y garras con la luna llena.

Wes sacudió la cabeza.

-Buen punto, Archer -entonces sonrió. -Qué alivio. Detestaría ser solo un hombre normal -miró contrito a Matthew. -Sin ofender, Blodswell.

Matthew se echó a reír.

-No se preocupe, Mr. Hadley. Luego de seis siglos me emociona volver a ser un hombre normal.

Capítulo 23

Matthew cruzó el portal de *Brysi*. Qué extraño le parecía el lugar ahora. Miró la madera oscura de las paredes, preguntándose cómo había pasado tantos años allí. Entró al salón principal, encontrando inmediatamente los ojos azules de Tillie.

La sensual muchacha agitó las pestañas al verlo. Entonces se le acercó con un mohín.

-¿Ahora si está dispuesto a estar conmigo, milord?

Matthew la miró ceñudo.

-Busco a mi amigo, Mr. MacQuarrie.

Ella empezó a desabotonarle el abrigo.

-Está arriba. ¿Quiere que lo lleve con él?

Matthew le apartó las manos del abrigo, mirándola severamente.

-Esperaré aquí a que baje -por lo menos lo había encontrado. Había esperado hallarlo en sus habitaciones en Picadilly, pero había sido en vano.

Tillie suspiró indignada, retirándose.

-Como usted prefiera.

Gracias al cielo que no tendría que pisar este lugar otra vez. Matthew se dejó caer en la misma poltrona de cuero en la que se había sentado varias veces antes. Su vida había cambiado irrevocablemente, de maneras que jamás había esperado. ¿Cómo haría para explicarle a Alec?

–¡Blodswell! –exclamó el escocés desde la puerta, sin camisa. Por lo menos se había puesto pantalones. –¿Qué demonios hiciste para que la chica llorara de esa manera?

Matthew miró a su antiguo pupilo, quien ahora debería enfrentarse al mundo sin su guía.

- -Necesitamos hablar, Alec.
- De verdad. Es difícil mantener el buen humor cuando una chica entra llorando a la habitación.

Matthew estaba seguro que eran lágrimas de cocodrilo. La chica se había molestado por su indiferencia, pero no estaba destrozada.

-Disculpa por interrumpirte.

Alec se le acercó de golpe.

–¿Qué te pasó?

¿Acaso él había sido capaz de moverse así de rápido? Ya no le parecía posible. Matthew suspiró.

-Tenemos que hablar.

Alec se dejó caer en una silla frente a él, el horror claro en su mirada.

-Estás diferente. Tienes los ojos... verdes -masculló, incrédulo.

Todos parecían notar sus ojos últimamente.

- -Algo pasó -confirmó. -Algo mágico. Algo que no creí posible.
- -¿Acaso eso es tu corazón? -preguntó Alec. -Puedo escucharlo latir.
- -Estoy tratando de explicarlo. ¿Puedes escuchar?

Alec cerró la boca de inmediato, pero todavía parecía confuso.

–No sé cómo pasó. Solo sé el por qué.

-¿Qué pasó? -le espetó Alec.

Matthew se levantó. No sería tan fácil como esperaba. Se paseó frente a su amigo.

–Soy humano.

En un segundo, Alec lo tuvo apresado contra la pared, con las manos alrededor de su cuello. Jamás habría podido hacer eso antes.

- –¿Qué dijiste?
- -Bájame -dijo Matthew, con voz calmada.

Alec lo soltó con suavidad, sumamente confundido.

- -No lo estás tomando bien.
- −¿Cómo se supone que lo tome? –Los ojos oscuros de Alec brillaron rabiosos.
- Con algo de esperanza, quizás –sugirió Matthew. –Si me pasó a mí, si le pasó a
 Kettering, también podría pasarte a ti.
 - -¿Kettering? -preguntó Alec. -¿También es humano?
- —Así dice Rhiannon, y no tengo razón para dudar de ella —Matthew se alzó por completo, arreglándose el abrigo. —Fue el amor, Alec. El amor más puro, lo que hizo que mi corazón latiera nuevamente. De un tiempo acá sentí dolores y punzadas. Pero esta noche, cuando miré a Rhiannon, caí de rodillas del dolor. Sentí que moría, entonces mis pulmones se hincharon y tuve que respirar. Puedo sentir la sangre en mis venas. Soy humano otra vez.
 - –¿Amor? –ladró Alec. –¿Tu amor verdadero?
 - -Sí -respondió Matthew, mirando a su amigo con toda la sinceridad del mundo.
- -¿Y cómo me ayudaría eso a mí? –rugió Alec. –Dime, Matt, ¿cómo me ayuda eso a mí cuando el amor de mi vida se casó con otro, ama a otro?

- -Entonces ella no es para ti -dijo Matthew, pero cerró la boca al ver la ira en los ojos de Alec.
- —Quiere decir que estoy condenado —susurró Alec. Se dejó caer en la silla, mesándose el cabello. —No sé lo que hago. No me has dicho ni la mitad de lo que necesito saber. Y ahora estoy completamente solo en el mundo.
- –Lo sabes todo –le aseguró Matthew. –Te enseñé todo lo necesario. Lo demás viene con el tiempo, Alec.
- -Supongo que de eso tengo bastante, ¿verdad? -Alec le dirigió una última mirada fulminante antes de marcharse del salón.

Rhiannon se vistió y lavó distraídamente, recordando los sucesos de la noche anterior. Matthew era humano. Ginny había huido con Lord Steven Patterdale. Y su tía estaba obligada a ser amable con ella ahora. Era difícil creer que todo había ocurrido la misma noche.

Se dirigió al comedor, y no le sorprendió encontrar a los tres Hadley peleando como niños. Rhi sacudió la cabeza. Nuevamente los tres habían devorado cada bocado en la mesa.

- -El cocinero prepara más -le informó Wes, con una sonrisa.
- —Supongo que puedo empezar con café —le hizo señas a un sirviente para que le llenara la taza mientras se deslizaba en su asiento junto a Archer. —Quiero agradecerte por acompañarme anoche. Tenías razón. Hacer las preguntas directas funciona mejor.

El vizconde le guiñó un ojo.

-Creí que así sería. Puede que desee que las cosas hubiesen sido diferentes, Rhiannon, pero jamás dudé del cariño de Blodswell.

Price llamó discretamente a la puerta.

-Disculpe por interrumpir su desayuno, Miss Sinclair, pero la Duquesa de Hythe está aquí y la solicita.

No había nada de comer de todas maneras. Rhi se levantó.

- -Gracias, Price. ¿Dónde se encuentra la Duquesa?
- -En el salón blanco, señorita.

Ella asintió antes de dirigirles una mirada elocuente a los tres muchachos Hadley por encima del hombro.

- -Compórtense hasta que ella se marche.
- -¿Escuchaste eso? -preguntó Gray, fingiendo incredulidad.

Rhiannon le sonrió.

—Si se comportan, puede que no tengan que colarse en la próxima fiesta de la duquesa —entonces escapó antes de que los Hadley pudiesen hacer algún comentario.

La Duquesa de Hythe se paseaba nerviosamente por el salón cuando llegó Rhiannon. Suspiró al verla entrar.

-Espero que hayas tenido más suerte que yo el día de ayer.

Rhiannon asintió.

–Aye, Su Excelencia. Matthew, eh... Lord Blodswell me indicó la naturaleza del beso.

La anciana sonrió de verdad.

–¿Y estás complacida con la explicación?

- -Aye -más que complacida.
- -Son buenas noticias entonces. La boda sigue en pie, ¿no?
- -En lo que terminen de leer los contratos.
- -Bueno, eso nos da tiempo para organizarlo todo.
- –¿Organizarlo todo?
- —Pues claro —respondió la duquesa, mirando a Rhiannon como si le hubiese crecido una cabeza extra. —Te casarás en St. George, por supuesto. Imagino que Lady Eynsford ya estará planeando el festín nupcial. Pero necesitamos conseguir un vestido espectacular que haga hablar a todo el mundo por el resto de la temporada. Y tenemos que hacerlo antes que todos se enteren de la boda escocesa de tu hermana.

Rhiannon tragó saliva.

–¿Ya escuchó de eso?

La duquesa resopló de manera poco femenina, pero era una duquesa y no había forma de censurarla.

-Yo estaba allí cuando llegó Lord Steven. Estaba regresando a la tonta de tu hermana a casa de tu tía cuando ella saltó al carruaje de Patterdale. Lo vi todo con mis propios ojos.

¡Santo cielo, Ginny! Rhi cerró los ojos, esperando que su hermana hubiese tomado la decisión correcta.

-Tía Greer quería casarla con Mr. Finchley.

La duquesa se rió.

–Lo sé, ¿quién crees que le aconsejó a tu hermana que huyera con el chico Patterdale?

Rhiannon ahogó una carcajada.

–¿No me diga?

-Claro que lo hice -respondió la duquesa, elegantemente. -El jovencito está encantado con ella. Y tu hermana está prendada de él. No es el tipo de muchacho que querría para mi Madeline, pero es lo suficientemente bueno para Ginessa.

Rhi la miró boquiabierta.

- −¿Qué hay de malo con Lord Steven que usted no lo querría para su nieta?
- No hay nada malo con el muchacho, solo que no es el hijo mayor –respondió la duquesa.
 De haber sido el primogénito, lo habría considerado para Madeline.

¿Eso era todo?

- -Ya veo -Rhiannon se echó a reír. Ginny no necesitaba títulos. Y si la duquesa consideraba que Lord Steven tenía buen carácter, eso era suficiente para ella. Todo había salido bien. Bueno, casi.
- -Ríe todo lo que quieras, Rhiannon, pero deberíamos apresurarnos en regar la noticia de tu compromiso y el baile que daré en tu honor para celebrarlo. Todos estarán tan emocionados al respecto que no le prestarán atención a la huida de tu hermana.
- -Esa es una excelente idea -dijo Cait, desde la entrada. -Ayudaré en todo lo que sea posible.
 - -Perfecto, Lady Eynsford -la duquesa saludó a Cait con un asentimiento.
 - -Propongo empezar con el vestido -suspiró Cait, entrando al salón.
- —Primero la lista de invitados, Milady —respondió la duquesa con un gesto grandioso. —Tenemos que asegurarnos de invitar a la gente correcta.
 - -Tiene razón -admitió Cait con una ligera reverencia.
- Claro que la tengo –la duquesa se dejó caer en la poltrona de brocado. –
 Deberías pedir algo de té.

Mientras Cait llamaba a Price, Rhiannon se sentó junto a Su Excelencia.

- –¿Puedo hacerle una petición?
- –¿Cuál?
- −¿Podría incluir a Lord Radbourne y a sus hermanos en la lista de invitados? Les he agarrado cariño últimamente.

La anciana se echó a reír.

-Muy bien, Rhiannon. De todas maneras buscarían la manera de colarse. Es por eso que jamás los invito. Me gusta ver que se les ocurre para lograr entrar.

Capítulo 24

Las tres semanas pasaron volando. Rhiannon no sabía que el tiempo podía pasar tan rápido. Pero con los esfuerzos conjuntos de Caitrin y la Duquesa de Hythe, su boda se había vuelto un muy importante evento social. Casi no había podido ni ver a Matthew con tanto ajetreo. Pero eso cambiaría hoy. Hoy se convertiría en la Condesa de Blodswell, y ella y Matthew estarían juntos hasta el fin de sus días. Se preguntó si a él le molestaría el saber que sus días eran finitos ahora, que el estar con ella le había costado su inmortalidad.

Se miró en el espejo, contemplando el vestido verde brillante en el que Cait había insistido, diciéndole que combinaba con los acentos verdes en los ojos de Rhiannon. Rhi se acercó al espejo, sacudiendo la cabeza. No veía ni un poco de verde. Pero eso no importaba: no había manera de discutir con Cait. Especialmente ya que la Duquesa había estado de acuerdo con ella.

–No sé –suspiró Cait, tras ella. –Algo no está bien.

Rhiannon volteó de golpe.

- –¿Cómo que algo no está bien? –¿Acaso había pasado algo? ¿En el día de su boda?
- Vaya, vaya, estás nerviosa –una sonrisa malvada y un brillo travieso en los ojos de Cait jamás vaticinaba nada bueno. –Pensaba que las flores se veían algo marchitas. Quizás sea el calor.

Cait se dirigió a la puerta de la habitación, abriéndola de golpe. Allí parada, con una sonrisa, estaba Sorcha, quien se lanzó inmediatamente a los brazos de Rhiannon.

-¡Santo cielo, que bonita estás! Ese vestido combina con tus ojos.

Rhiannon casi no lo podía creer. ¿Cómo había hecho Sorcha para llegar desde Edimburgo? Se le aguaron los ojos, los cuales al parecer si tenían algo de verde, aunque ella no pudiera notarlo.

-Cuidado con tus emociones -advirtió Cait. -No querrás que se nuble tu día. ¿Qué pensará Lord Blodswell?

Sorcha se apartó de Rhi, ofreciéndole un pañuelo.

- -Cait tiene razón. No puedes tener los ojos hinchados antes de dar el sí. Tienes que estar radiante y ser la novia más feliz del mundo.
 - –¿Cómo? –Rhiannon sacudió la cabeza. –¿Cómo llegaste hasta acá?
- -Tengo mis modos de obtener lo que quiero -Sorcha se dejó caer en la cama de Rhiannon. -Apenas conocí a Lord Blodswell y supe que se casarían, empecé a molestar a Papá. Finalmente aceptó traerme -entonces frunció el ceño. -Elspeth lamenta no poder estar aquí, pero con el bebé...
- -Estoy tan feliz que estés aquí, Sorch. Te extrañé tanto -Rhi se limpió las lágrimas. -¿Vino mi padre contigo? -era mucho pedir, pero ella preguntó de todas maneras.

La tristeza se vio reflejada en los suaves ojos marrones de Sorcha cuando negó con la cabeza.

–Pero manda saludos –entonces se levantó con la energía de una chiquilla. –¿Qué puedo hacer? Dijiste que había algo mal con las flores. Eso puedo arreglarlo.

Cait negó con la cabeza.

- –No hay nada malo con las flores, tontita. Solo lo dije para sorprenderla.
- -Ah, ¿así que no hay nada con lo que pueda ayudar?
- -Puedes sentarte junto a la Duquesa de Hythe durante la ceremonia. Dash y los demás le tienen pavor.
 - −¿De verdad? –Sorcha se echó a reír. –No puedo esperar a conocerla entonces.

- -Bueno, será pronto, porque tenemos que llevar a Rhi a la iglesia antes de que Blodswell piense que ha sido plantado.
- -Su carruaje espera afuera -dijo Sorcha alegremente. -Puedo irme con ustedes y enviar a Papá adelante a la iglesia.
- –Dash y sus hermanos ya están allá –explicó Cait, arreglando la falda de Rhi con las manos.
- –¿Eynsford tiene hermanos? –preguntó Sorcha atropelladamente. –¿También son lobos? ¿Puedo conocerlos?
 - -Ahora que se lo dijiste no te dejará en paz -se rió Rhiannon.

Cait se encogió de hombros.

—Se habría enterado de todas maneras —sonrió de esa manera enigmática en la que normalmente lo hacía cuando pensaba que nadie la miraba. —Es un secreto, así que no andes de bocazas por ahí —le advirtió a Sorcha.

La más pequeña de las brujas miró a Cait con ojos entrecerrados.

- –¿Sabes algo de mi futuro? –exclamó. –¿Tendré a mi propio Lycan? –Aplaudió con alegría.
- No comiences con eso, Sorch –advirtió Caitrin, mientras arreglaba el peinado de Rhi. –Qué bonita estás.
- –¿Y Blaire? –preguntó Rhiannon esperanzada. –¿También vino? Matthew desea hablar con Kettering.

Una de las bonitas cejas rubias de Cait se alzó.

-Puedo decirte esto. ¿Sabes lo sobreprotector que es Benjamin con él?

Rhi asintió. Todavía era un tema delicado de hablar con Caitrin, la naturaleza sobreprotectora, a veces hasta el punto del ridículo de Lord Benjamin con respecto a su bruja sanadora.

-Kettering es igual de imposible con Blaire.

−¿Por qué dices eso? Ni siquiera lo conoces −declaró Sorcha. −Es un hombre encantador y sumamente guapo también.

Cait echó su cabello hacia atrás.

- -Eso puede ser verdad, pero yo he visto el futuro, Sorcha Ferguson. Blaire no dejará Derbyshire en por lo menos siete meses más.
- -¿Siete meses? –preguntó Sorcha. –Han estado casados por solo tres. ¿Quieres decir que está esperando un bebé? –dio saltitos de emoción.
 - -Ciertamente.
- Pues eso fue rápido –dijo Sorcha con una sonrisa. –Blaire debe estar tan emocionada.

Cait se encogió de hombros.

- -No la ha pasado bien este primer mes. Estómago revuelto y eso, pero luego estará bien. Entonces se emocionará muchísimo.
 - -Entonces podremos visitarla -exclamó Sorcha.
- -Yo le echaré un vistazo en unos días -comentó Rhiannon. -La propiedad de Kettering colinda con la de Matthew. Me aseguraré de que esté bien.
- Por lo que he visto, Kettering es una mamá gallina Cait puso los ojos en blanco.
 Como si Blaire fuese una damisela delicada. Es completamente ridículo. Cuando Dash y yo tengamos nuestro primer hijo, no dejaré que me ronde como un perro ovejero.

Rhiannon se echó a reír. Lord Eynsford ya vigilaba muy de cerca a su esposa, pero Cait no lo notaba porque lo amaba y lo quería cerca. Esperaba que Matthew la sobreprotegiera de igual manera cuando esperaran a su primer hijo. Sonrió al imaginárselo.

- −¿No deberíamos irnos? –preguntó Sorcha, interrumpiendo su ensoñación.
- -Por supuesto -dijo Cait, abriendo las puertas de par en par. -Es hora.

Rhiannon se volvió al espejo una última vez, pellizcándose las mejillas para darse algo de rubor natural.

–Bien, estoy lista.

Habían pasado tantos años desde la última vez que Matthew había entrado a una iglesia que ya se le había olvidado como eran por dentro. Claro, mucho había cambiado desde entonces, incluyendo la Reforma. Miró el alto techo sobre él, tan diferente a las iglesias católicas de su juventud.

Una mano lo palmeó cariñosamente en el hombro. Matthew volteó para encontrarse con el rostro sonriente del Marqués de Eynsford.

–¿Alguna noticia de ellas?

El Lycan sonrió todavía más.

-Llegarán a tiempo. Es temprano todavía. ¿Cómo te sientes, Blodswell?

Matthew sacudió la cabeza.

-Magnifico. Nunca me imaginé que estaría aquí parado, Eynsford. Jamás me imaginé que mi vida cambiaría de este modo. No me atreví a soñar tal cosa.

El marqués le apretó el hombro en solidaridad.

-Llámame Dash. Eres parte de esta loca familia ahora. Este aquelarre es como nada que haya visto jamás.

Pero Matthew había visto a varias generaciones del aquelarre. Desde su primer encuentro con el *Còig*, había respetado el vínculo cercano que unía a las chicas escocesas.

-Son increíbles juntas.

—¡Lord Eynsford! —ladró la Duquesa de Hythe desde su asiento en la primera fila. — A sus lugares. Ya llegó la novia.

Matthew se volteó para ver a Rhiannon, en el vestido verde más bonito que había visto, con no una, sino dos hermanas del aquelarre arreglándole las faldas. Sus miradas se encontraron y ella sonrió beatíficamente. Él se quedó sin aliento. Casi no podía esperar a volver a tenerla en sus brazos.

El rector se aclaró la garganta.

–¿Estamos listos, milord?

Rhiannon asintió, más ansiosa de lo que él la había visto nunca. Sorcha Ferguson le entregó un ramo de gardenias. Eynsford se dirigió a Rhiannon, ofreciéndole su brazo. Matthew recordó cómo semanas atrás había pensado que cualquiera que dejara que el Marqués de Eynsford lo representara estaba completamente loco. Pero tenía la sensación que el Lycan era más cercano a Rhiannon que su propio padre. Era mejor de este modo.

Pero al último momento las puertas de la iglesia se abrieron estrepitosamente, revelando a Alec MacQuarrie en la entrada. Este miró a Matthew, profundamente consternado por la idea de tener que pisar el edificio, pero entonces se encogió de hombros, alzando las manos. Arrastró a un tipo desde detrás de él de manera poco ceremoniosa, empujándolo dentro. Le sonrió a Rhiannon con un guiño antes de cerrar la puerta tras él.

—¡Papá! —Matthew escuchó la exclamación de Rhiannon y vio la sonrisa dibujada en su rostro. Había comenzado a pensar que Alec no cumpliría su promesa de traer al hombre a tiempo para la ceremonia. Pero esto completaría el día de Rhiannon. Él quería que ella tuviera todo lo que necesitaba, y ella necesitaba que su padre la entregara. Así que envió a Alec en una misión de último minuto a buscar al tipo. Después de todo, ya no podía hacerlo él mismo: carecía de la velocidad para hacer el viaje y de la habilidad de hacerle olvidar a su futuro suegro el accidentado viaje, el cuál de seguro había involucrado largas horas echado sobre el hombro de MacQuarrie. Pero Alec si podía hacerlo.

El padre de Rhiannon luchó por no caer luego del empujón. Se acomodó los lentes, mirando finalmente a su hija. Se le quedó mirando largo rato, boquiabierto.

- -Eres idéntica a tu madre -murmuró.
- -No sabía que vendrías -la voz de su bruja estaba llena de emoción.
- -No me lo perdería por nada del mundo -contestó él, tomándola del brazo y preparándose para escoltarla al altar.

Matthew se volteó a mirar al clérigo.

-Estamos listos, Mr. Hogsdone.

Lady Eynsford y Miss Ferguson corrieron a sus lugares, flanqueando a la duquesa.

El padre de Rhiannon la llevó por el pasillo hasta llegar al altar.

−¿Quién entrega a esta mujer en matrimonio? −preguntó el clérigo.

Rhiannon se limpió una lágrima al escuchar a su padre decir con una sonrisa.

–Yo, con mucho orgullo –le dio un beso en la mejilla antes de entregarla a Matthew.

Matthew tenía la sensación de que el tipo era sincero con sus palabras. Se alegró de que hubiese recuperado la cordura. Le sonrió a su novia. Tenía el corazón tan lleno de amor que sentía que le estallaría.

—Lady Eynsford me pidió que recitara una línea de "La canción de Salomón" —el rector alzó la voz. —"He encontrado a aquél a quién mi corazón ama." Y viendo a Miss Sinclair y a Lord Blodswell, ese parece ser el caso para ellos. Empecemos.

Jamás un verso bíblico había tenido más significado para Matthew. Respiró profundo.

-Matthew Jonathan Halkett, ¿aceptas tomar como esposa a Rhiannon Moira Sinclair, para amarla en la riqueza y la pobreza, y en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte los separe?

Ella le sonrió, sus ojos miel brillando con lágrimas de felicidad sin derramar.

-Acepto -respondió Matthew, con toda la sinceridad del mundo.

El rector dirigió su atención a Rhiannon.

- -Y tú, Rhiannon Moira Sinclair, ¿tomas a Matthew Jonathan Halkett como esposo, para amarlo en la riqueza y en la pobreza, y en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte los separe?
 - –Acepto –suspiró ella.
 - -Entonces los declaro marido y mujer.

Matthew abrazó a Rhiannon con fuerza, como si jamás la quisiera soltar.

Apoyado contra uno de los pilares de la fachada de St. George, Alec escuchó pacientemente la ceremonia. Cerró los ojos para que nada lo distrajera, escuchando los conmovedores votos y las promesas intercambiadas por Rhiannon y Matthew. Luego de que fuesen pronunciados marido y mujer, la feliz pareja salió del edificio, con su séquito de brujas y Lycans siguiéndolos.

La alegre luz del sol era prueba definitiva de la felicidad de Rhiannon. Alec la saludó con una reverencia.

-Felicitaciones.

Rhi le echó los brazos al cuello, besándole la mejilla.

-Alec, muchas gracias por venir. Y gracias por traer a mi padre.

Alec le sonrió.

-No me lo hubiese perdido por nada del mundo, chiquilla -se inclinó conspirativamente, susurrando al oído de Rhiannon. -Tu padre recuerda solo un

agradable viaje en el cómodo carruaje de Blodswell –entonces se estiró, frotándose los hombros con una sonrisa traviesa. –Eso no fue lo que pasó en realidad.

Una brisa cálida le rozó las mejillas, asustándolo hasta que se dio cuenta que era obra de ella.

–De nada –le gruñó.

Matthew le tendió la mano.

-Me alegra verte, amigo mío. Estarás bien sin mí.

Bueno, no tenía opción, ¿verdad? Pero Alec fingió indiferencia.

-Claro. Cuida bien de ella.

Matthew asintió.

-Hasta el fin de mis días.

Alec suprimió un gesto de dolor. La vida de Matthew terminaría eventualmente, mientras que la suya no. Se despidió de la pareja cuando llegó el carruaje para llevarse al conde con su nueva condesa. Entonces se dirigió rumbo a Conduit Street, hasta que alguien lo llamó.

-Alec -la voz de Caitrin Eynsford lo detuvo en seco.

Miró por encima de su hombro para ver a la bruja parada junto a uno de los pilares de St. George. Tonto como era, Alec se apareció frente a ella en un segundo.

-Cait.

Ella le sonrió, como lo había hecho incontables veces en el pasado.

-Tendremos un festín en Casa Thorpe. Estoy segura que Lord Blodswell querría que estuvieses presente.

¿Y verla gobernando el hogar de Eynsford? ¿Ver a Rhiannon y al ahora muy humano Matthew intercambiar miradas amorosas y palabras de devoción? Alec negó con la cabeza.

-No creo que sea buena idea, Lady Eynsford.

Cait frunció el ceño. Él no estuvo seguro si era porque la había llamado por su título o porque se había negado a asistir al evento.

- -No todo está perdido. No pierdas la esperanza, Alec -susurró finalmente.
- –¿Y por qué no debería perder la esperanza? −preguntó él, aunque tenía una idea de lo que ella hablaba.
 - -Aún puedes encontrar la felicidad, ¿sabes?

Alec hizo un gesto desdeñoso.

- No soy como Kettering o Blodswell, Cait. Mi corazón no dormita, esperando que el amor verdadero lo traiga de vuelta a la vida.
 - -Alec -dijo ella, pero su gesto ceñudo evitó que siguiera hablando.
- –No tengo corazón, Caitrin –dijo él, quizás con más fuerza de la necesaria. –Ya no tenía uno antes de renacer. No espera ser reparado. No sé lo que hayas creído ver en mi futuro, pero bien puedes olvidarlo de una vez.
 - -Si tienes un corazón, Alec -susurró ella. -Eso lo sé.

Él negó con la cabeza.

—Te equivocas. Entregué mi corazón hace tiempo y jamás me fue devuelto —entonces se despidió con un gesto, dirigiéndose hacia Conduit Street e ignorando las súplicas de Caitrin de que se detuviera, a Sorcha Fergunson llamándolo por su nombre, y el discreto comentario de la Duquesa de Hythe sobre las "bonitas piernas de Mr. MacQuarrie".

Prácticamente echó a correr. Llamó un carruaje en Conduit Street y regresó a los placeres y pecados de *Brysi*, para olvidarse del mundo.

Después de todo, *este* mundo ya no tenía nada que ofrecerle. Ya no. Había perdido todo lo que le importaba.

Capítulo 25

Rhiannon no podía recordar haber tenido tantos ojos fijos en ella antes. Tampoco estaba segura de como la Duquesa de Hythe había logrado acomodar a tanta gente en su salón de baile.

-Esto es abrumador -comentó, posando la mano sobre el brazo de Matthew.

Matthew le besó la frente.

- -Hay más gente aquí que en casa de Eynsford.
- -Cait tendrá un disgusto horrible al verse eclipsada -rió Rhiannon.

Él se sacó la leontina del bolsillo, verificando la hora.

- -Podemos despedirnos pronto.
- –¿Y entonces nos vamos a Derbyshire?

Matthew le guiñó el ojo.

-Donde me pondré mi armadura, y tú -le rodeó la cintura con un brazo, atrayéndola hacia sí para susurrarle traviesamente al oído, -te pondrás lo menos posible -le besó la punta de la nariz.

Rhiannon se echó a reír.

- -Casi no puedo esperar. Sir Matthew.
- -Vaya demostración de afecto más nauseabunda -comentó Lord Radbourne al pasar junto a ellos.
 - -Será tu turno pronto -le respondió Rhiannon.

Radbourne se estremeció dramáticamente.

- -Ahora suenas como Cait, Lady Blodswell -sonrió, dedicándoles una reverencia antes de mezclarse entre la multitud.
 - -¿Lady Eynsford ha escudriñado el futuro de él? -preguntó Matthew.
- –No que yo sepa –ella se encogió de hombros. –Pero él encontrará a alguien. Es un buen hombre, a pesar de todos los problemas que causa.
- -Todos los Hadley necesitan mano dura -comentó Matthew. -Deberían llevárselos de vuelta al colegio.
- Hablando de problemas –dijo Rhiannon. Señaló a la entrada, donde había una suerte de conmoción.
- -¿Qué pasa? –preguntó Matthew, abrazándola mientras trataba de ver lo que pasaba por encima de su cabeza. –Oh –suspiró desganadamente.
 - −¿Qué? −preguntó Rhiannon, tratando de asomarse en vano.

Matthew soltó una palabrota por lo bajo.

- -Callista -suspiró. -Sabía que tendría que hablar con ella en algún momento, pero quería postergarlo lo más posible. Me pregunto qué piensa de todo esto. No puedo sentirla ya. Nuestra conexión ya no existe.
 - –¿Crees que ella lo sienta?
 - -Me imagino que sí -dijo él, encogiéndose de hombros.
 - −¿Su Excelencia no le prohibiría la entrada, verdad? −preguntó Rhiannon.
 - -Parece que no -murmuró él. -Pero quizás sería mejor que lo hiciera.

La banda empezó a tocar y él la jaló juguetonamente hacia la pista de baile.

-Baila conmigo, Rhiannon.

Ella no pudo evitar reírse.

-Ya has bailado conmigo dos veces -protestó al ser llevada al centro de la pista.

- -Eres mi esposa -respondió él. -Bailaré contigo todas las veces que quiera.
- -Un caballero jamás haría algo tan escandaloso como bailar toda la noche con su esposa, olvidando al resto.
 - -Hasta el fin de mis días -respondió él.

Matthew la rodeó con sus brazos, y el mundo de Rhiannon se asentó. No se le escapó ningún rayo. No apareció ningún nubarrón en el salón principal. Nada cayó en el escote de Su Excelencia, para su desgracia. Tuvieron tres minutos de felicidad ininterrumpida. Pero Rhiannon pudo ver de soslayo como los tres Hadley salían a paso decidido al jardín, con Eynsford pisándoles los talones. Cait trató de escabullirse junto a ellos, pero Rhiannon la detuvo.

–¿Qué pasa? –le susurró.

Cait se estrujó las manos.

-Es esa mujer -susurró en respuesta. -Tuvo las agallas de reírse de la cicatriz de Wes. Y ahora los gemelos y Archer la llevan al jardín. Dash fue a intervenir, pero está solo.

–¿Viste el futuro?

- —¡Ese es el problema! —exclamó su hermana del aquelarre. —Dash me tenía en sus brazos cuando ella llegó y no me soltó hasta que se marchó a intervenir. No pude ver nada y lo que veo ahora no es nada prometedor.
 - -Ya regreso -dijo Matthew, besando la frente de Rhiannon.
- –¡No, Matthew! –exclamó Rhiannon, sujetándolo por el brazo. –Eres humano –le susurró.

Matthew la tomó por los hombros.

- -Estaré bien. No creo que me haga daño -le acarició los brazos mientras miraba ansiosamente la puerta.
 - -Esa es la cosa -le dijo ella. -¡No estás seguro de nada!

Matthew se apartó de ella, dirigiéndose decidido tras los Hadley.

Rhiannon no vaciló en seguirlo.

- -Él no querría que fueses allá -le advirtió Cait.
- -Es humano. Pueden hacerle daño. No puedo quedarme aquí sin hacer nada.

Cait asintió solemnemente, tomando a Rhiannon por el brazo y caminando con ella. Quizás solo fueran dos, pero el tener a Cait a su lado la calmaba. Pero la verdad Rhiannon preferiría que Matthew no se viera envuelto en esos asuntos.

- -Asumo que es imposible que Matthew se quede al margen, ya que estuvo envuelto en el último incidente.
 - -No es responsable por las acciones de esa mujer -le recordó Cait.

Las dos salieron al jardín, la noche más oscura de lo que habían esperado. Nubes pesadas cubrían la escasa luz de la luna, y no eran obra de Rhiannon. Pero una femenina carcajada la guio por el camino del jardín, con Cait pegada a los talones.

Los gemelos Hadley habían acorralado a Callista en una esquina oscura, donde ella al parecer estaba muy a gusto. Rhiannon no estaba segura de que los hacía creer que podrían vencer a un vampiro tan antiguo y poderoso como Callista. De seguro terminarían pagando por su error. Con su vida.

En un esfuerzo por ayudar, Rhiannon aclaró el cielo, empujando las nubes hasta que la luz de luna iluminó por completo el claro.

Encontró a Matthew en el medio de todo, tendiéndole la mano a Callista.

-Callista, creo que es hora de que te marches. Ven, te llevaré a tu carruaje.

Ella tomó la mano que le tendía Matthew, pero no lo siguió.

- -Es tan triste lo que te han hecho -le dijo en voz baja.
- –¿Triste? –le espetó Wes, señalándose la cicatriz que le cruzaba el rostro. –*Esto* es lo verdaderamente triste, señora.

-Eso es solo la consecuencia de tus tonterías juveniles -respondió ella, riéndose por lo bajo. Ese sonido hizo que se le erizaran los cabellos de la nuca a Rhiannon. - Tonterías que al parecer están destinados a repetir -señaló a Gray con sus afiladas uñas. -Puedo hacer que sean completamente iguales otra vez. ¿Los haría sentir mejor?

Archer gruñó por lo bajo.

- -Ah, pero que criaturas más salvajes -canturreó Callista. Le dirigió una mirada elocuente a Cait. -¿Cómo tolera tener a una de estas bestias en su cama, Lady Eynsford?
- -Has hecho suficiente daño, Callista. Es hora de ir a casa -Matthew señaló el caminito, indicándole que caminara delante de él.
- —¿Me acompañarás, Matthew? Tenemos cosas que discutir de todos modos. Necesito tu compañía.
 - -Sobre mi cadáver -dijo Rhiannon, saliendo a la luz.
- -Eso puede arreglarse, querida -dijo la vampiro, con una sonrisa maliciosa. Le dirigió a Rhiannon una mirada cargada de odio. No era la misma animosidad juguetona que tenía para con los lobos. No, esto era distinto.
- -¡Callista! -ladró Matthew. -Tú y yo sabemos que no harás nada de eso. Si tengo que sacarte en brazos, lo haré.
- —¿Tú y quién más? —respondió ella en voz baja. —No eres el hombre que creé —señaló a Rhiannon con una de sus garras carmesí, haciéndole señas de que se acercara. —Ven, querida. Tengo un regalo de bodas para los dos —se dirigió a Matthew. —Si la mato, puedo traerla de regreso, Matthew. No te preocupes, funcionó contigo, después de todo.

Le dio una palmadita en la mejilla que resonó como una cachetada. Pero cuando se volteó, Rhiannon pudo ver el dolor en sus ojos. Estaba destrozada. Ya extrañaba a Matthew y él aún no se marchaba. Se habían conocido por más de seiscientos años. El mismo Matthew había admitido que la consideraba como su madre.

Los Lycan rodearon a Callista apenas la escucharon amenazar a Rhiannon. Eran cuatro y estaban determinados a hacer algo bueno esa noche. Rhiannon llamó a un vendaval que recorrió el claro, apartando a los Lycan de la vampiro. No le prestó atención a sus maldiciones mientras apartaba también a Cait y a Matthew del medio. Rhiannon alzó los brazos hacia el cielo, levantando una pesada niebla que los cubrió, separando a Cait y a los lobos de ellos. Los escuchó maldecir al no poder encontrar el camino en la niebla. Entonces se acercó a Callista.

Callista podía moverse con una rapidez sobrenatural, pero antes de que se lanzara hacia ella, Rhiannon lanzó seis lanzas de hielo a sus pies. Matthew solo pudo ahogar un grito mientras contemplaba impotente la escena.

Callista miró sorprendida las lanzas que habían atravesado su vestido, clavándola a la tierra y envolviéndola en una jaula de hielo. Miró a Rhiannon con ojos entrecerrados.

- −¿Crees que esto me detendrá? –le preguntó directamente.
- -No, pero tengo más bajo la manga. Así que puedes continuar o sencillamente aceptar que no ganarás esta pelea -la voz no le tembló en ningún momento.

La vampiresa se liberó de las pesadas lanzas dándole un jalón a sus faldas. Pero antes de que pudiera liberarse de la última, Rhiannon alzó un dedo, soplando a su alrededor mientras lo hacía girar. Un pequeño tornado envolvió a la vampiresa, sacudiéndola hasta que quedó amarrada por sus propias faldas.

-Callista -dijo Matthew. -No tiene que ser así.

La vampiresa dirigió nuevamente su mirada a Matthew, el dolor esta vez más evidente. Rhiannon supuso que si ella tuviese un corazón, se estaría rompiendo.

- -Yo te hice -exclamó.
- -Es cierto, y estaré agradecido por el resto de mi vida -respondió Matthew, con una mano sobre el corazón.
 - -Pero morirás -dijo ella en voz baja.

- -Es cierto. Pero también viviré. Y amaré. Tendré hijos. Y jamás dejaré de ser tu amigo.
 - -Con ella no -escupió Callista, fulminando a Rhiannon con la mirada.

Rhiannon trató de parecer aburrida, mirándose las uñas. Pero Callista trató de hacer un último intento desesperado, saltando todo lo que sus faldas enredadas le permitían, tendiéndole los brazos a Matthew. Fue entonces cuando Rhiannon tuvo suficiente. Alzó los brazos, llamando al relámpago más poderoso que había conjurado en su vida. Este se deslizó en cámara lenta, hasta quedar suspendido sobre la cabeza de Callista, como una enorme y brillante flecha.

-¿Qué decidirás? –preguntó Rhiannon, señalando el relámpago. –Si esto no te mata, haré que el viento me traiga una estaca. No dejaré que lastimes a nadie esta noche.

Pudo ver el momento justo en el que Callista se rindió. Cuando dejo de lado su actitud superior y su odio. Cuando se permitió sentir el dolor. Se dejó caer con un susurro de sus faldas.

Rhiannon regresó el relámpago a los cielos, y se arrodilló para mirar más de cerca a la mujer que una vez había salvado a su esposo. Pues eso era lo que era en este momento. Una mujer.

-Siempre llega el momento en el que una madre debe entregarle la seguridad de su hijo a alguien más. En este caso, soy yo. ¿He probado ser merecedora de él? -ladeó la cabeza, esperando respuesta.

Escuchó un sollozo ahogado, que casi la hizo reírse. Pero se obligó a permanecer seria.

- −¿Estará a salvo contigo? −preguntó Callista con voz trémula.
- -Siempre -respondió Rhiannon, asintiendo. -Lo amo.
- -Yo también lo amo. No de la misma manera que tú, obviamente.
- -Entiendo -dijo Rhiannon, conteniendo una sonrisa.

- -Me rehúso a ser cordial con esas bestias -gruñó Callista, señalando la niebla.
- -Eso tendrás que remediarlo con ellos -Rhiannon se echó a reír, ofreciéndole la mano para ayudarla a levantarse.
- —Te pediría que bailaras conmigo, Callista, pero parece que te perdiste en una tormenta. Tu vestido tiene unas rasgaduras sumamente peculiares —Matthew estaba obviamente bromeando.
 - -¿Me llevas a casa? −preguntó ella.
- -Claro. Te llevaremos juntos -dijo Matthew, rodeando la cintura de Rhiannon con un brazo. Ella se apoyó de él, aceptando su fuerza. Levantó la niebla. Dash y Cait estaban abrazados, rodeados por los confundidos Hadley.
 - -Podíamos oír, pero no ver -explicó Archer.

Rhiannon asintió.

Los Lycan se dispersaron, gruñendo al alejarse. Pero ella pudo escuchar a Archer exclamar.

-Sabía que había algo raro con Lady Blodswell. Gracias al cielo tienes una esposa normal, Dash.

Rhiannon ahogó una risotada con el dorso de la mano. Cait era de todo menos normal.

- -No puedes decirle nada a nadie sobre este... clima anormal -advirtió Cait.
- −¿Y quién nos creería? –dijeron los gemelos al unísono.

Matthew apartó un mechón de cabello de la frente de Rhiannon.

- -Llevaré a Callista al carruaje. ¿Te importaría entrar y despedirnos?
- -Claro -dijo Rhiannon, sonriéndole antes de marcharse.

Entró a la casa, localizando rápidamente a la Duquesa de Hythe, quien susurraba algo al oído de Sorcha. La distracción de la duquesa había prevenido que Sorcha se

les uniera en el jardín, lo cual había sido una bendición. Rhiannon sonrió, saludando y sonriéndole a las personas en su camino.

- -Rhi –saludó Sorcha emocionada cuando llegó junto a ellas. –La he pasado fenomenal.
- -Ésta amiguita tuya -dijo la duquesa, -es la muchacha más alegre que he conocido.

Rhiannon asintió.

- -Es cierto.
- —Tiene que conocer a mi Madeline, quizás la ayude a salir un poco de su encierro —su Excelencia fijó sus gélidos ojos en Sorcha. —¿Tienes planes de venir a la ciudad la próxima temporada?
 - -No había pensado en ello -dijo Sorcha, encogiéndose de hombros.
- Bueno, piénsalo. Estoy segura de que podremos conseguirte un conde propio,
 con el tiempo suficiente.

A Sorcha no le interesaba ningún conde, a menos que fuese Lycan. Rhiannon le guiñó el ojo a su amiga, sabiendo que compartían ese chiste privado. Entonces le sonrió a la duquesa.

- -Lamento tener que marcharme temprano, Su Excelencia, pero Blodswell ya mandó a llamar al cochero.
- -Quiere llevarte a casa lo más pronto posible, ¿no? -los ojos de la anciana brillaron divertidos.
 - -Ciertamente. Partimos a Derbyshire esta misma noche.
- –¿De noche? –la duquesa se llevó la mano al pecho. –¿Con lo peligroso que están los caminos?
- -Estaremos bien -ningún tunante soportaría un relámpago entre los ojos. Rhiannon besó la mejilla de la anciana. -Gracias por todo lo que ha hecho por mí.

La duquesa apretó la mano de Rhiannon.

-El placer fue mío, Lady Blodswell -entonces dirigió su atención nuevamente a Sorcha. -Planeo una fiesta este verano, Miss Ferguson. Espero guste de asistir. A Madeline le vendría bien tener una chica de su edad con quien conversar.

 –Qué amable. Espero que Cait, digo, Lady Eynsford me permita quedarme con ella.

La duquesa puso los ojos en blanco.

-Miss Ferguson, el hogar ancestral de los Hythe en Kent colinda con la propiedad de Eynsford. Tanto el marqués como su esposa están invitados, claro. Pero usted debería hospedarse en mi hogar.

Rhiannon se dirigió a la salida, con una sonrisa. El Marqués de Eynsford no estaría contento de enterarse que ya habían planeado su verano por él.

Apretando la mano de Rhiannon entre las suyas, Matthew dirigió la mirada hacia Callista, sentada al otro lado del carruaje. Ella no había dicho más de dos palabras en todo el viaje a Hampstead. En lo profundo de su corazón, sabía que esta sería la última vez que viese a su hacedora.

-Puedes visitarnos cuando gustes -le dijo, sabiendo que ella jamás aceptaría.

Callista asintió.

Desde la ventana pudo ver la casita donde ella residía. Se quitó el anillo, tendiéndoselo.

-Quiero que tengas esto -le dijo, colocándoselo en la palma de la mano.

Ella lo miró, con una expresión desdeñosa en sus ojos oscuros como la noche.

-No quiero tu anillo, Matthew.

Pero sería mucho más feliz si lo tomara.

—¿No extrañas la luz del sol? ¿La alegría de un día despejado? —su anillo le había permitido todos estos años vivir en el mundo de los humanos. Era una de las razones por las cuales su perspectiva de la vida era diferente. Si ella tan solo lo tomara, su vida podría ser más de lo que era ahora.

Callista suspiró, sopesando el anillo entre sus manos.

-Puedo sentir la vida en su interior.

Matthew se acomodó en su asiento.

-Disfrútalo, Callista.

Ella sacudió la cabeza, dejando caer el anillo de vuelta en la mano de Matthew.

-Jamás quise ninguno de tus anillos. Me negué la primera vez que me lo ofreciste, y me niego ahora. Dáselo en herencia a tus hijos -miró brevemente a Rhiannon.

El carruaje se detuvo frente al discreto hogar de Callista, y Matthew la tomó de la mano antes de que se bajara.

-Pero tú lo aprovecharías mucho más. Por favor.

Finalmente el brillo regresó a los ojos de ella.

- —Pero no me sirve de nada. Vivo en el mundo al que pertenezco. Y ahora tú vivirás en el mundo al que perteneces —miró a Rhiannon otra vez. —Confío en que lo protegerás, Lady Blodswell.
 - -Por supuesto que lo haré -dijo Rhiannon en voz baja. -Lo amo.

Por primera vez en esa noche, Callista sonrió.

-Lo sé -entonces abrió la puerta del carruaje, desapareciendo en la noche, tan rápidamente que Matthew no pudo ver a donde se había marchado. Por alguna razón, mientras más se acercaban a Halcourt, más ansiosa se ponía Rhiannon. Jamás había estado al mando de una propiedad tan grande. Había mandado en Casa Sinclair, pero solo porque su padre estaba demasiado distraído para hacer lo propio. ¿Qué le esperaría en Halcourt?

- -No hay nada de qué preocuparse, querida -dijo Matthew con una sonrisa.
- -¿Cómo sabes que estoy preocupada?
- -Se te arruga el ceño -respondió él, besándole la nariz.

El carruaje se detuvo de golpe, y Rhiannon no pudo creer que por fin habían llegado. El cochero abrió la puerta, extendiendo los escalones y Matthew la ayudó a bajarse.

-Bienvenida -dijo, con la voz llena de orgullo.

La luz del sol se reflejaba gentilmente sobre la casa estilo Tudor. Halcourt era enorme. Nuevas alas habían sido agregadas con el tiempo, dándole un aspecto como de mosaico. Dejó a Rhiannon sin aliento.

-Es hermosa.

Y lo era. Era tan antigua como Matthew, y podía sentir su presencia en cada roca y cada tabla del edificio.

-Es toda tuya -él la guio sonriente hacia la puerta principal.

Antes de que llegaran, la puerta se abrió, revelando a un hombre de mediana edad, vestido de negro.

- -Lord Blodswell -los saludó. -Y Lady Blodswell. Bienvenidos a casa.
- -Gracias, Lynch -Matthew empujó gentilmente a Rhiannon a través de la puerta.
 -Mi esposa querrá tomar un baño en su habitación.

Un baño sería excelente. Deseaba quitarse el polvo del camino.

El mayordomo asintió.

-Por supuesto, señor, pero... -dejó la frase sin terminar.

Pero Matthew no le prestó atención al sirviente. Alzó a Rhiannon en brazos, corriendo escaleras arriba.

- −¡Agua, Lynch! −exclamó por encima del hombro.
- -Si, señor -respondió el mayordomo, poniéndose manos a la obra.
- -Bájame, Matt -Rhiannon se echó a reír. -Los sirvientes pensarán que no me puedes quitar las manos de encima.
- —Eso es correcto —gruñó él, al entrar en lo que ella suponía era el dormitorio principal, y dejándola deslizarse de vuelta al suelo. —He pasado días contigo encerrado en un carruaje, y todavía no es suficiente. Jamás lo será —dijo mientras se quitaba la corbata. A través de la puerta se podía escuchar el chapoteo del agua siendo preparada por los sirvientes. —Desnúdate, esposa, o si no, no respondo por lo que le suceda a tu ropa.
- -Puras promesas -se burló ella, apartándose de él y corriendo a la puerta que llevaba a la otra habitación.

Él la atrapó en segundos, dejándola sin aliento al rodearla con un brazo y acariciarle los senos con el otro.

- -Bienvenida a casa -suspiró contra sus labios.
- -¿Acaso recibes a todos tus visitantes de la misma manera? -susurró ella, sintiendo como las manos de él le arremangaban las faldas. Sus dedos se escurrieron hacia su entrepierna mientras la apoyaba contra la puerta. Ella le rodeó la cintura con las piernas.
 - -Esperé hasta casarme contigo, como todo un caballero.

- —Me llevaste a tu lecho antes de casarnos, señor —ella luchó para no desmoronarse bajo sus habilidosos dedos. —Qué rápido te olvidaste.
- -Me olvidé de cómo se siente estar dentro de ti -gruñó él, desabotonándose los pantalones y dejándolos caer.
- -Gracias al cielo que estoy aquí para recordártelo -ella gimió en voz alta cuando él la penetró. La había poseído varias veces luego del festín nupcial, e incluso en el carruaje. Pero el sentirlo penetrarla en su propio hogar era algo distinto.
- —Hasta el fin de nuestros días —gruñó él, llenándola nuevamente y sosteniéndola por completo entre sus brazos, bamboleándola al ritmo de sus caderas.

Ella no pudo evitar reírse.

- -Solo un caballero sería tan cuidadoso con mis faldas al apartarlas del medio.
- -Hay momentos en que soy caballeroso -dijo él, penetrándola lentamente. -Este no es uno de ellos.

Entonces tocó ese punto, ese que la volvía loca. Ella suspiró, aferrándose a él.

-No te detengas -chilló, dejando caer la cabeza hacia atrás. Minutos después llegó al clímax, con él pisándole los talones.

Él escondió el rostro en su cuello mientras recuperaba el aliento.

-Esto de respirar es algo inconveniente, amo -le susurró antes de besarla.

La soltó delicadamente, dejando que sus faldas cayeran al suelo.

- -Vamos a limpiarnos y te mostraré el lugar.
- -Si no hubieses sentido la necesidad de devorarme, ya lo habría visto todo -le espetó ella, de buen humor.
- —Te encanta cuando te devoro —le guiñó el ojo antes de abrir la puerta. Tras la misma se hallaba el mayordomo, retorciéndose incómodo. —¿Sí, Lynch? —Matthew caminó hacia su sirviente.

El hombre tragó saliva.

-Bueno, señor, Lord y Lady Kettering han estado esperando en el salón azul toda la mañana.

Rhiannon olvidó su baño por completo, su corazón saltando a su garganta.

- -¿Blaire está aquí?
- —Gracias, Lynch —suspiró Matthew. Su buen humor se tornó en seriedad al momento. —Entonces trae algo de té, por favor. Bajaremos en un momento —el mayordomo se retiró a cumplir las órdenes de su amo.
- —Antes estaba tan sincronizado con James que habría sentido su presencia al entrar —suspiró pesadamente.

Rhiannon le acarició la espalda con ternura. Podía ver la tensión en su rostro y deseaba aliviarla.

-Deberíamos ir a verlos -dijo en voz baja.

Él volvió a sonreír de manera encantadora.

- -Claro. Después de lavarnos.
- -Retrasas lo inevitable -le advirtió ella, mientras él la ayudaba a desnudarse. Déjalo que te explique -sugirió.

Él pretendió estar más interesado en ayudarla a bañarse y vestirse que en ver a su viejo amigo. Pero finalmente Matthew le ofreció el brazo, escoltándola por un corredor desconocido. ¿Cuánto le tomaría aprenderse el lugar? Antes de que pudiera apreciar el decorado o preguntarse qué cambios podía hacer, Matthew abrió una puerta escaleras abajo y le indicó que pasara.

Blaire se levantó de su lugar en el sillón junto a Lord Kettering, sonriendo más radiantemente de lo que Rhiannon la había visto sonreír en su vida.

—¡Allí estás! —exclamó, corriendo hacia Rhi y abrazándola con fuerza. Con demasiada fuerza, quizás. La bruja guerrera no estaba al tanto de lo fuerte que era todo el tiempo. —Disculpa que no hayamos podido ir a Londres, pero...

Rhi besó la mejilla de Blaire.

- -Tranquila. Cait me contó.
- −¿De verdad? –Blaire regresó junto a James Maitland, el barón Kettering. –Es imposible ocultarle algo a Cait.

Rhi sonrió.

–Es verdad –concordó. –De hecho, me dijo que Lord Kettering era tan consentidor como Lord Benjamin.

Blaire se echó a reír, rodeando la cintura de su esposo con el brazo.

-Conozco a Cait y estoy segura que no usó la palabra "consentidor".

Era cierto. Rhiannon tomó a Matthew del brazo.

- -Espero que mi esposo sea igual cuando nos toque.
- -Estoy seguro que así será -dijo Lord Kettering, su profunda voz de barítono resonando en la habitación, -conociendo a Matthew como lo conozco, le aseguro que no tiene de que preocuparse, Milady -el barón miró fijamente a su viejo amigo. ¿Cómo estás, Matt?

Matthew intercambió miradas con Kettering y suspiró. Había conocido a James durante dos siglos. Lo había visto convertirse en hombre, y luego en vampiro. Y todavía no podía creer que su viejo amigo hubiese mantenido en secreto su transformación.

-Aparentemente igual que tú, James.

James se mesó el cabello.

-Sabía que te molestarías -cerró sus brillantes ojos azules, tan claros como el cielo de verano, tal como habían sido siglos atrás. -No sabía cómo decírtelo. De seguro entenderás.

-Creo que puedo entenderlo.

James le dirigió una mirada elocuente a Matthew.

- -No sabía que algo así era posible.
- -Ni yo.

James frunció el ceño.

–No sabía si la... posibilidad de este cambio fuese una opción para alguien más. Jamás escuché de algo así –sacudió la cabeza con expresión contrita. –Te he conocido durante toda mi vida, Matt. He visto tu sonrisa genuina al ver niños jugando y parejas de la mano. No podía revelarte que eso era posible para mí pero no para ti.

Rhiannon apretó el brazo de Matthew y él se le quedó mirando a su hermosa bruja.

-Y aun así lo fue -supuso que podía ver el punto de James. El decírselo a MacQuarrie le había roto el corazón. James lo había conocido por más tiempo. El decírselo habría sido más difícil todavía.

Alzó la frente. No había razón para empezar esta nueva vida con rencores. James era su amigo de toda la vida, y al ser vecinos y ambos estar casados con brujas del mismo aquelarre, lo seguirían siendo.

-No te preocupes por esto, James -finalmente le sonrió al barón. -Supongo que navegaremos estas aguas juntos.

James suspiró aliviado, estrechando la mano de Matthew.

- -Como siempre lo hemos hecho.
- -Como siempre -concordó él. Aunque esta vez sería diferente. Esta vez ambos habían encontrado un amor lo suficientemente fuerte para devolverles el aliento, y esposas que los amaban con igual intensidad. Esta vez eran hombres con un futuro real por delante, incluyendo hijos y nietos. No, esta vez sería diferente de la manera más importante.